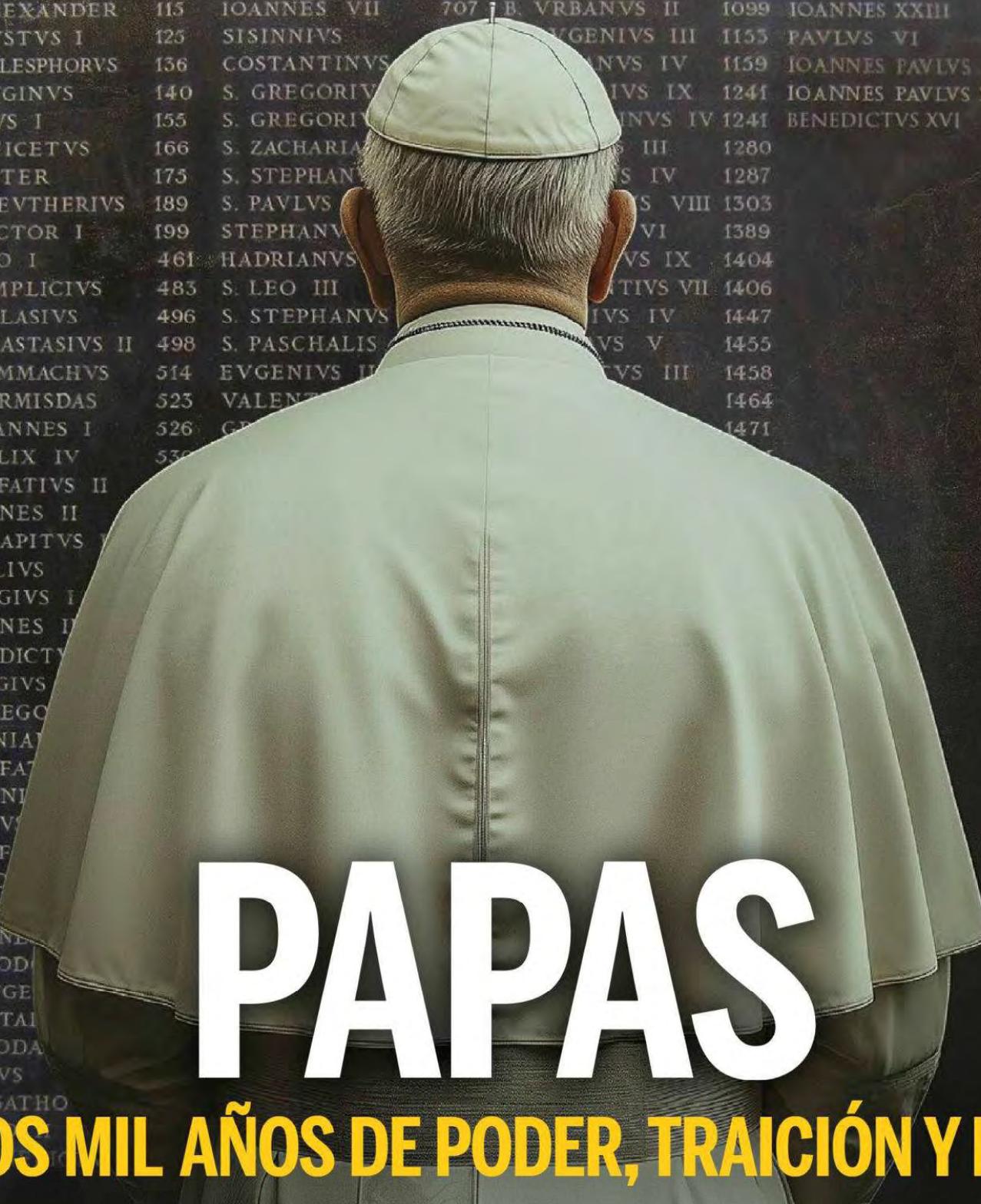


MUY HISTORIA

WOLFFERS

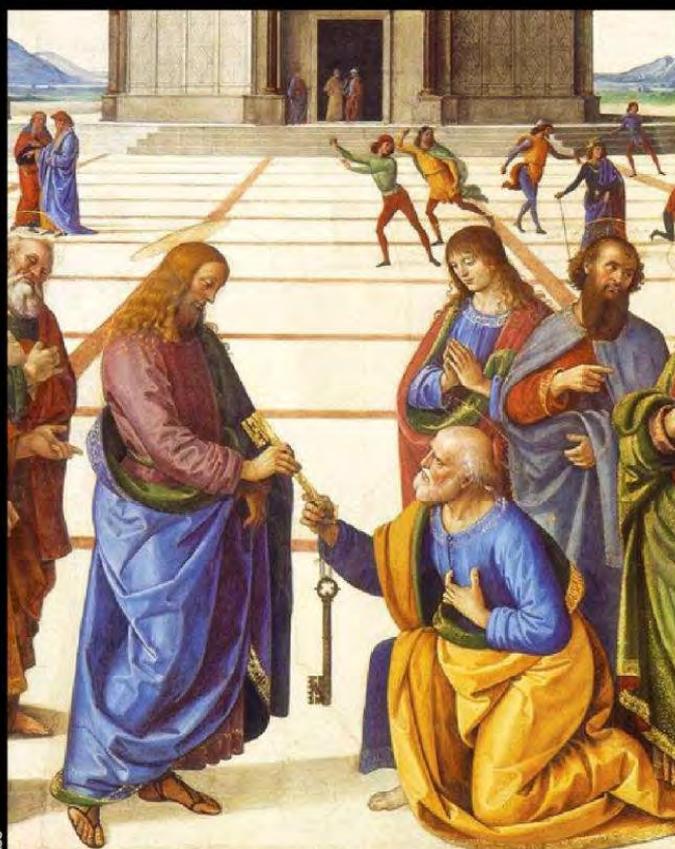
EDICIÓN COLECCIONISTA

S. PETRVS	67-64	IOANNES V	686	IOANNES XVIII	1009	PIVS X	1914
S. LINVS	76	CONON	687	BENEDICTVS VIII	1024	BENEDICTVS XV	1922
S. CLETVS	88	S. SERGIVS I	701	IOANNES XIX	1032	PIVS XI	1939
S. EYARISTVS	105	IOANNES VI	705	S. LEO IX	1054	PIVS XII	1958
S. ALEXANDER	115	IOANNES VII	707	B. VRBANVS II	1099	IOANNES XXIII	1963
S. XYSTVS I	125	SISINNIVS		EVGENIVS III	1155	PAVLVS VI	1978
S. TELESFORVS	136	COSTANTINVS		INVS IV	1159	IOANNES PAVLVS I	1978
S. HYGIVS	140	S. GREGORIVS		IVS IX	1241	IOANNES PAVLVS II	2005
S. PIVS I	155	S. GREGORIVS		INVS IV	1241	BENEDICTVS XVI	2022
S. ANICETVS	166	S. ZACHARIA		III	1280		
S. SOTER	173	S. STEPHANVS		IV	1287		
S. ELEVETHERIVS	189	S. PAVLVS		S VIII	1303		
S. VICTOR I	199	STEPHANVS		VI	1389		
S. LEO I	461	HADRIANVS		VS IX	1404		
S. SIMPLICIVS	483	S. LEO III		TIVS VII	1406		
S. GELASIVS	496	S. STEPHANVS		IVS IV	1447		
S. ANASTASIVS II	498	S. PASCHALIS		VS V	1455		
S. SYMMACHVS	514	EVGENIVS II		TVS III	1458		
S. HORMISDAS	523	VALENTINVS			1464		
S. IOANNES I	526	GRIGORIVS			1471		
S. FELIX IV	530						



PAPAS

DOS MIL AÑOS DE PODER, TRAICIÓN Y FE



ASC

Entrega de las llaves a San Pedro (1481-1482).

Este fresco —realizado por Pietro Perugino en la Capilla Sixtina del Vaticano— recrea el momento en el que Jesús elige a san Pedro como su sucesor, legitimando el poder, la supremacía y la infalibilidad de sus sucesores, es decir, de los propios papas como el que encargó la obra, Sixto IV.

**«Y mientras yo dormía
o bebía la cerveza de
Witenberg junto a mis
amigos Philip y Amsdorf,
la Palabra delibitaba
al Papado de forma
tan grandiosa que ningún
príncipe o emperador
logró causarle tantas
derrotas. Yo nada hice:
la Palabra lo hizo todo»**

Martín Lutero,
teólogo, filósofo y fraile alemán

SANTOS, GUERREROS, PECADORES Y REFORMADORES

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mateo 16:18). Con estas palabras comenzó la historia del papado, una institución que ha sobrevivido a imperios, revoluciones y guerras, mientras han ido pasando por la silla de Pedro todo tipo de personajes: desde los más santos a los más canallas y pecadores, desde los de corazón puro a los traidores y asesinos, de los reformadores a los reaccionarios... Todos ellos han tejido la historia más apasionante del poder espiritual en Occidente.

En esta revista, coordinada por Manuel Pérez Villatoro, grandes expertos nos sumergen en los momentos más fascinantes y controvertidos que se han vivido en la cabeza de la Iglesia Católica occidental. Desde aquella decisión de Constantino que cambió para siempre el rumbo de la Iglesia, pasando por los primeros debates teológicos que definieron el catolicismo o los relatos sorprendentes que nos trajo el medioevo, es decir, la leyenda de la Papisa Juana, el macabro Sínodo del Horror con el cadáver de Formoso, y el infame «Siglo de hierro» con Juan XII, el «papa fornicario». También surgieron figuras renovadoras como Gregorio VII, quien impuso el celibato clerical y humilló al emperador en Canossa, o el poderoso Inocencio III, arquitecto de la teocracia papal. La familia Borgia (no podían faltar los Borgia) «secuestró» el papado, mientras Julio II combinaba arte, guerra y poder. Más tarde, las indulgencias de León X llevaron a la ruptura protestante, y la Contrarreforma consecuente vino a transformar la Iglesia para siempre.

Ya en la era moderna, Pío IX pierde los Estados Pontificios mientras define la infalibilidad papal, Pío XII enfrenta dilemas morales durante la II Guerra Mundial, y Juan XXIII revoluciona todo con el Concilio Vaticano II. Afrontamos los últimos papados con el brevísimo pontificado de Juan Pablo I (33 días), que sigue envuelto en misterio, la contribución de Juan Pablo II para derribar el comunismo, la histórica renuncia de Benedicto XVI, y la llegada del jesuita Francisco, un papa de reformas y resistencias. Con su sucesor al frente, a la Iglesia le queda aún mucha historia por escribir. Disfruta de la lectura.

CARMEN SABALETE
Directora





Estatua de san Pedro en el Vaticano, en la que el «príncipe de los apóstoles» sostiene la llave del Edén. La Iglesia católica lo identifica a través de la sucesión apostólica como el primer papa, basándose en las palabras que le dirigió Jesús: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

SHUTTERSTOCK

CONTENIDOS

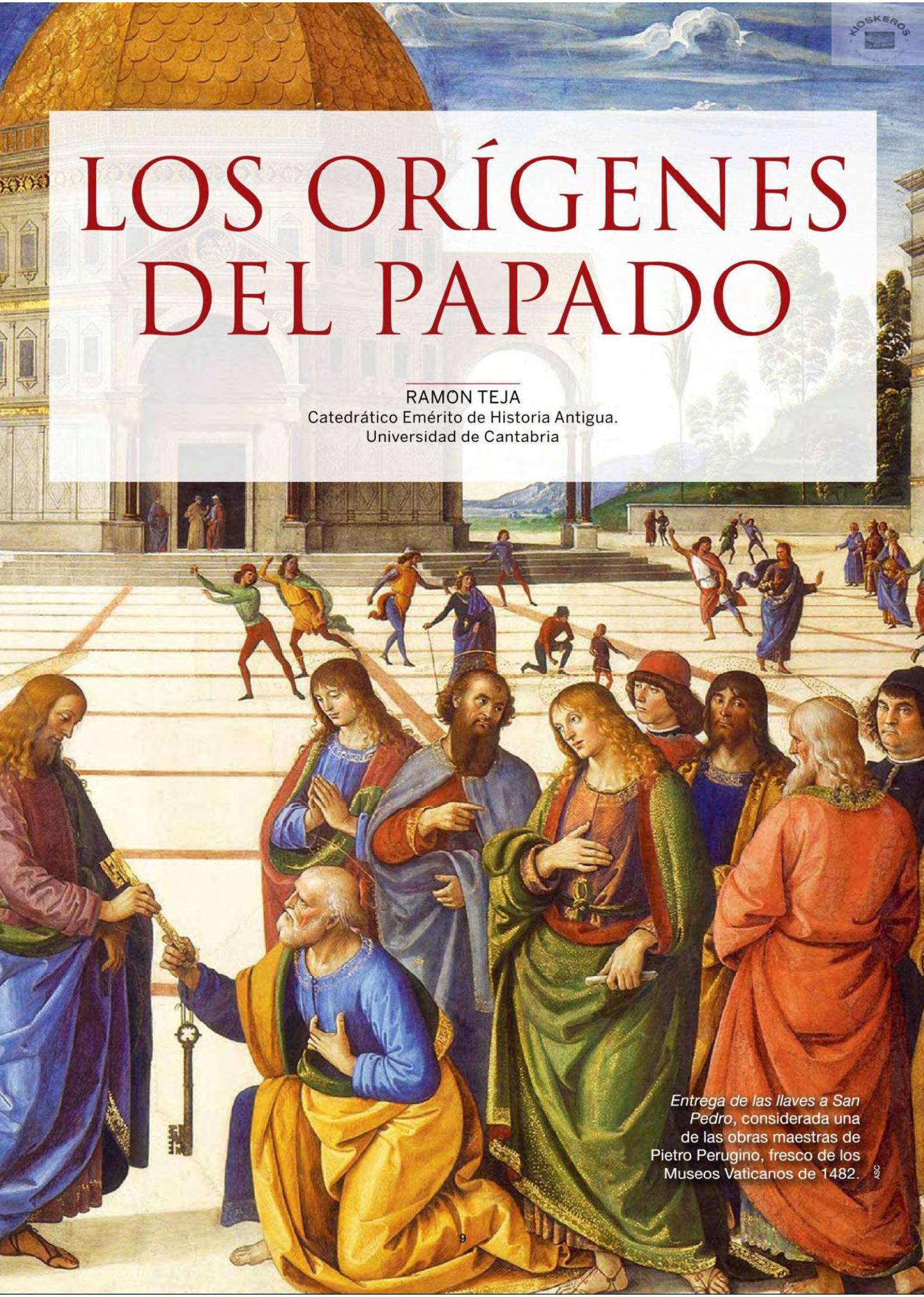
- 08 LOS ORÍGENES DEL PAPADO
- 18 LA BÚSQUEDA DE UNA IGLESIA CRISTIANA UNIFICADA
- 28 LA PAPISA JUANA Y OTRAS MUJERES EN EL VATICANO
- 40 EL CONCILIO DEL TERROR
- 50 JUAN XII. LA LEYENDA NEGRA DEL PAPA MÁS LASCIVO DE LA IGLESIA
- 60 GREGORIO VII Y LA LLEGADA DEL CELIBATO OBLIGATORIO PARA EL CLERO
- 70 INOCENCIO III. EL PAPA MÁS PODEROSO
- 80 ALEJANDRO VI. UN BORJA EN LA SANTA SEDE
- 90 LA TORMENTOSA RELACIÓN ENTRE JULIO II Y MIGUEL ÁNGEL. UN ARTISTA EN EL AVISPERO PAPAL
- 100 LA CRISIS PROTESTANTE
- 112 FELIPE II Y LA CONTRARREFORMA
- 122 PÍO IX. EL ÚLTIMO PAPA REY
- 132 LOS PAPAS Y LA MODERNIDAD. DE LEÓN XIII A PÍO XI
- 144 PÍO XII. UNA FIGURA CONTROVERTIDA
- 154 EL FALSO MISTERIO DEL CADÁVER DE JUAN XXIII. EL PAPA QUE VENCIO A LA PUTREFACCIÓN
- 162 EL MISTERIO TRAS LA MUERTE DE JUAN PABLO I. ¿ASESINATO O TRAGEDIA NATURAL?
- 172 JUAN PABLO II. LA REVOLUCIÓN DEL PAPA POLACO
- 184 EL PAPA FRANCISCO. MISERICORDIA EN SALIDA
- 192 BIBLIOGRAFÍA



LOS ORÍGENES DEL PAPADO

RAMON TEJA

Catedrático Emérito de Historia Antigua.
Universidad de Cantabria



Entrega de las llaves a San Pedro, considerada una de las obras maestras de Pietro Perugino, fresco de los Museos Vaticanos de 1482.

El primado del papa, obispo de Roma, cuyo reconocimiento separa a la Iglesia Católica de las demás Iglesias, se basa en dos grandes falsificaciones o manipulaciones históricas. La primera en el tiempo es la creencia de que los papas son sucesores de san Pedro como obispos de Roma. Se trata de una falsificación que definió muy bien el escritor italiano Elemir Zolla en estos términos: «La idea de que los papas son los sucesores de san Pedro es tan poco demostrable como la descendencia de Venus de Julio Cesar y los emperadores romanos». Y un famoso teólogo, Hans Küng, ha escrito: «No puede verificarse que los obispos sean sucesores de los apóstoles en un sentido directo y exclusivo. Resulta históricamente imposible encontrar en la fase inicial del cristianismo una cadena directa desde los apóstoles hasta los obispos de hoy».

La segunda falsificación en el tiempo es la denominada *Donación de Constantino* al papa Silvestre, que el estudioso italiano y antiguo director del periódico vaticano *L'Osservatore romano* ha calificado en estos términos: «La *Donación de Constantino* es un documento falso, quizá el más famoso de la historia de Occidente». El que quien esto escribe ha dedicado recientemente al tema una monografía con el título: *Los papas ¿sucesores de Pedro o de Constantino? La mayor falsificación de la historia* (Guillermo Escolar Editor, Madrid, 2022). Se trata de una gran ficción histórica, surgida en el ambiente romano hacia el siglo VI, en la que se narra que el papa Silvestre curó al emperador Constantino de la lepra mediante el bautismo y que este, en agradecimiento, le concedió una serie de privilegios como el primado sobre todos los obispos de la cristiandad y el poder político sobre toda Italia y el Occidente romano, convirtiéndole en el único y auténtico heredero del Imperio de Occidente. La trascendencia de esta falsa historia fue tal que dio origen a la concepción del papa-emperador en la Edad Media y a la posesión de los Estados Pontificios hasta su pérdida en 1870. Pero esto también hizo posible la pervivencia hasta nuestros días de la institución del papado romano como heredero del Imperio romano hasta el punto de que, cuando Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, declaró que su objetivo era «limpiar el polvo imperial que desde Constantino permanece sobre el trono de Pedro».

EL PAPA Y SAN PEDRO: ENTRE EL REGISTRO HISTORICO Y LA TRADICION

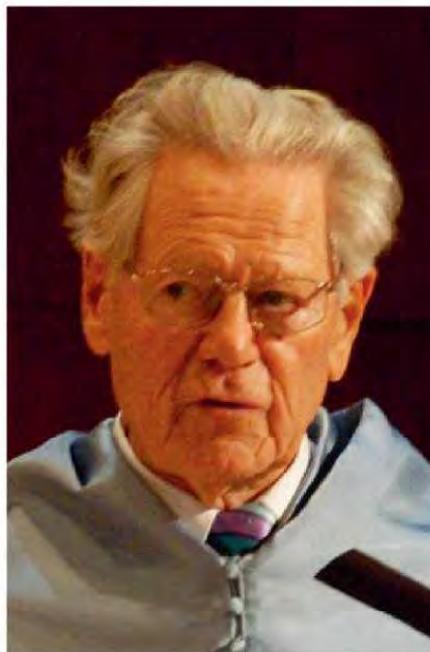
Trataré de dar respuesta a estas preguntas:

- ¿Fue san Pedro el fundador de la primera comunidad de cristianos de Roma?
- ¿Fue san Pedro realmente el primer obispo de Roma?
- ¿Pueden los obispos de Roma considerarse realmente sucesores de san Pedro?

En el Nuevo Testamento no hay ninguna prueba de que san Pedro fuese el fundador de la comunidad cristiana de Roma, sino de todo lo contrario. Cuando hacia el año 58 san Pablo escribió su *Epístola a los romanos*, ignora totalmente que san Pedro estuviese o hubiese estado alguna vez en Roma. Cuando algunos años después san Lucas escribió los *Hechos de los apóstoles* termina recordando la llegada de san Pablo preso a Roma y que allí permaneció en arresto domiciliario, pero ignora la presencia de san Pedro entre los cristianos que le atendieron durante dos años.

Si no fue el fundador de la comunidad cristiana de Roma mucho menos pudo ser su primer obispo. La figura del obispo, es decir la existencia de una única au-

EN EL AÑO 58 SAN PABLO IGNORA QUE SAN PEDRO HUBIESE ESTADO EN ROMA CUANDO ESCRIBE SU EPÍSTOLA A LOS ROMANOS



El sacerdote católico, teólogo y escritor suizo Hans Kung (en la imagen de arriba) famoso por su postura contra la infalibilidad papal. afirma que no puede verificarse que los obispos romanos sean sucesores de los apóstoles. La imagen de la izquierda corresponde al cuadro *Consecración del Déodat* que se representa una ordenación episcopal. Fue pintado por el artista francés Claude Bassot en el año 1620.

toridad vitalicia al frente de una comunidad, institución que se suele denominar «episcopado monárquico» está atestiguada por vez primera a comienzos del siglo II en Siria. Lo normal era que los cristianos se rigiesen por un colegio de presbíteros o ancianos o por el presbítero de más edad. Y esto es lo que sucedió también en Roma. Hacia el año 98 un presbítero, denominado Clemente Romano, escribió una epístola o carta a los cristianos de Corinto en la que demuestra que son los presbíteros quienes aparecen como responsables de su comunidad romana. Algunos años después, Ignacio de Antioquía, el primer cristiano que sabemos que se denominó y actuó como obispo, escribió una carta a los cristianos de Roma, pero, a diferencia de lo que hace con otras comunidades de Asia Menor, no menciona la existencia



El papa san Silvestre fue obispo de Roma en el año 314, durante el imperio de Constantino.

de ningún obispo. Como ha escrito la estudiosa italiana Emmanuela Prinzivalli, «la no mención de un obispo local es indicio de la persistencia en Roma del sistema de gobierno presbiterial. Si en Roma hubiese habido un obispo, Ignacio habría demostrado todo su interés en saludarlo y dirigirle una súplica en primera persona».

Todo esto demuestra, y es un hecho histórico generalmente admitido, que en Roma no se implantó, como en otras muchas ciudades, la figura del obispo hasta bien entrado el siglo II. En el siglo III, Ireneo, obispo de Lyon, elaboró una lista de los primeros obispos supuestos sucesores de san Pedro que se ha repetido hasta nuestros días comenzando por un tal Lino, Cleto, Clemente, Evaristo... Pero no se trata más que de nombres, sin ninguna consistencia histórica: quizá el primer obispo real de esta lista sea Pio (140-155) y el primero atestiguado con toda seguridad es Víctor (189-199), un africano de lengua latina.

Si esto es así, ¿cómo se explica que la Iglesia haya defendido y siga defendiendo que los papas, es decir, los obispos de Roma, son los auténticos sucesores de San Pedro y que de esto deriva su autoridad sobre toda la Iglesia? Se trata de una construcción teológica que la Iglesia desde antiguo ha querido presentar como si fuese una realidad histórica. Pero el ilustre teólogo y cardenal, Prosper Grech, en una reciente *Historia de los papas* editada en Roma lo ha expresado clara y brevemente: «Se puede decir que en el término <<Pedro>> se encierra un concepto teológico

PARA AUMENTAR SU PRESTIGIO LAS SEDES EPISCOPALES SE ATRIBUÍAN UN ORIGEN APOSTÓLICO REAL O SUPUESTO



Basílica de los Cuatro Santos Coronados, capilla de san Silvestre, en Roma, donde se representa el falso bautismo de Constantino por el papa Silvestre I en Roma.

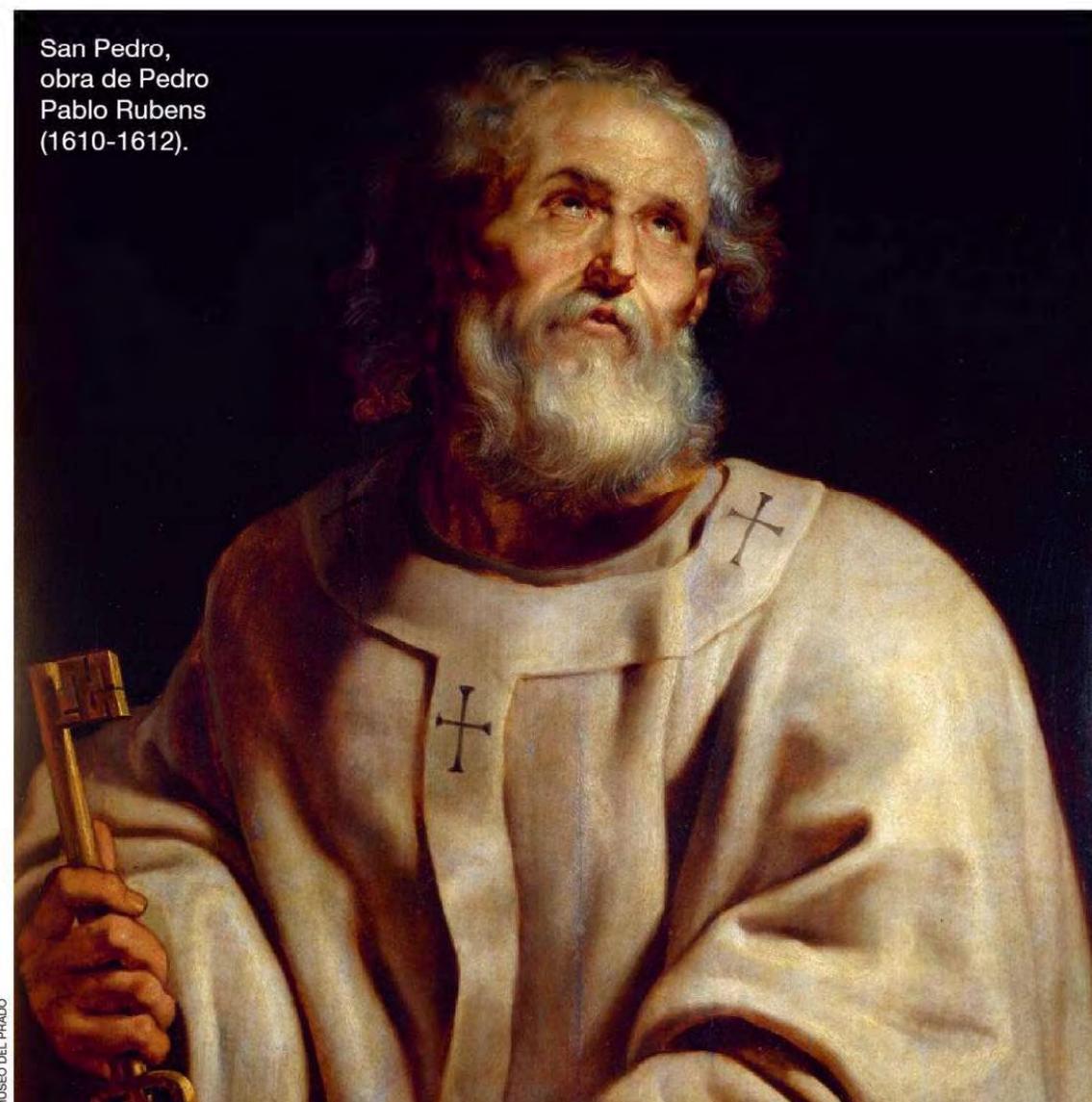
(*theologoumenon*)... pero no fue el fundador de la iglesia de Roma, sino, junto con Pablo, su fundamento».

Pero también los constructos teológicos como este tienen un origen o explicación histórica, y en este caso se explica por las circunstancias en las que nació y se desarrolló la figura del obispo en el Imperio Romano. A medida que se fue generalizando en el siglo II la figura del obispo como autoridad única y vitalicia, el denominado «episcopado monárquico», fue surgiendo también una jerarquía de las sedes episcopales en función de la importancia de la ciudad, Roma, Alejandría, Antioquía, Cartago... Además, para aumentar su prestigio, la mayoría se atribuyen un real o supuesto origen «apostólico», es decir la fundación por un apóstol. La Sede Romana resultó beneficiada por ambos criterios, por ser la ciudad más importante en cuanto capital del Imperio y por contar con las tumbas de los más importantes apóstoles, Pedro y Pablo. Esto fue el punto de partida para desarrollar lo que se llama «teología petrina» del papado, es decir la atribución al papa de un primado universal en base a una interpretación restringida del famoso texto del evangelio de Mateo, que recorre en grandes letras el interior de la cúpula de san Pedro, obra de Miguel Ángel: *Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam* («Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia»).

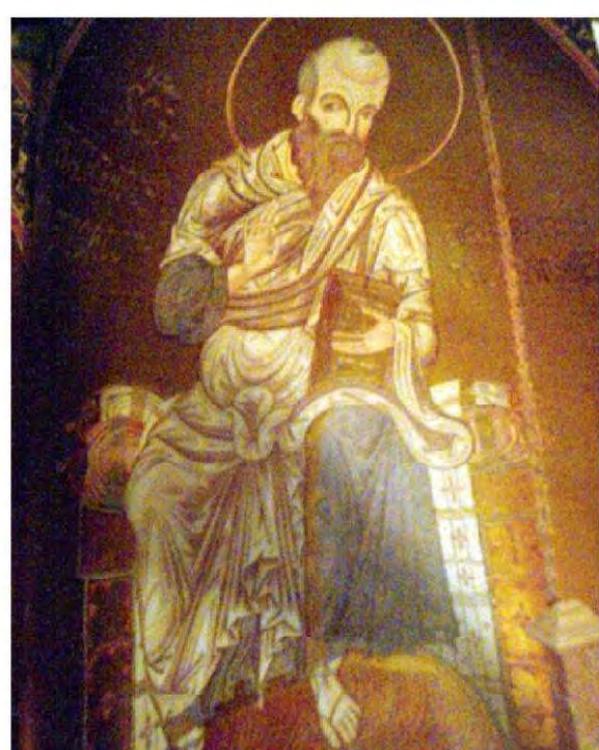
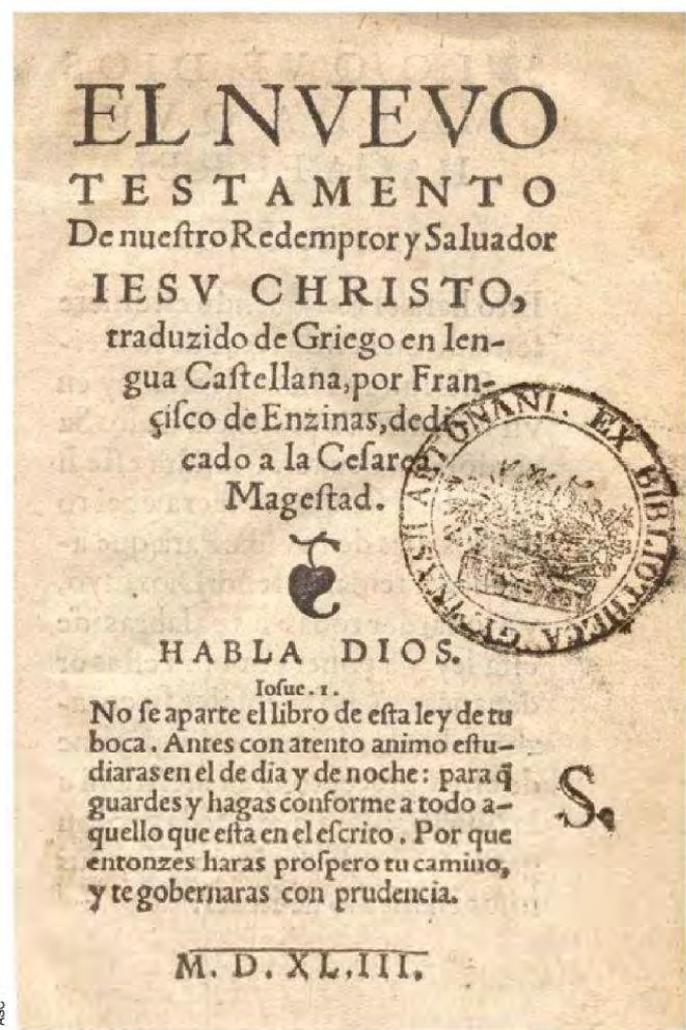
Este texto fue interpretado por los primeros obispos romanos como dirigido solo a Pedro y a sus sucesores, que serían, por lo tanto, también el fundamento de la Iglesia. Por el contrario, todos los teólogos y obispos de la parte oriental del imperio, donde también había ciudades tan importantes como Alejandría y Antioquía, siempre defendieron que bajo el término Petrus se escondían todos los obispos y eran el conjunto de los obispos el fundamento de la Iglesia. Incluso san Agustín, un occidental, fue partidario de esta interpretación: «Así como Pedro había hablado en nombre de todos, también el poder que recibió, lo recibió junto con todos, como representante de la unidad misma. Uno recibió el poder por todos porque la unidad está en todos». Como ha escrito Hans Küng, «No solo un obispo sino la iglesia en su conjunto es una “iglesia apostólica”, como se la llama en el Credo».

LAS ASPIRACIONES DE ROMA A UN PRIMADO UNIVERSAL

Se entiende claramente que desde la aparición de los primeros obispos en Roma estos tuvieron un alto concepto de sí mismos y disfrutaron de un respeto general, algo



San Pedro,
obra de Pedro
Pablo Rubens
(1610-1612).

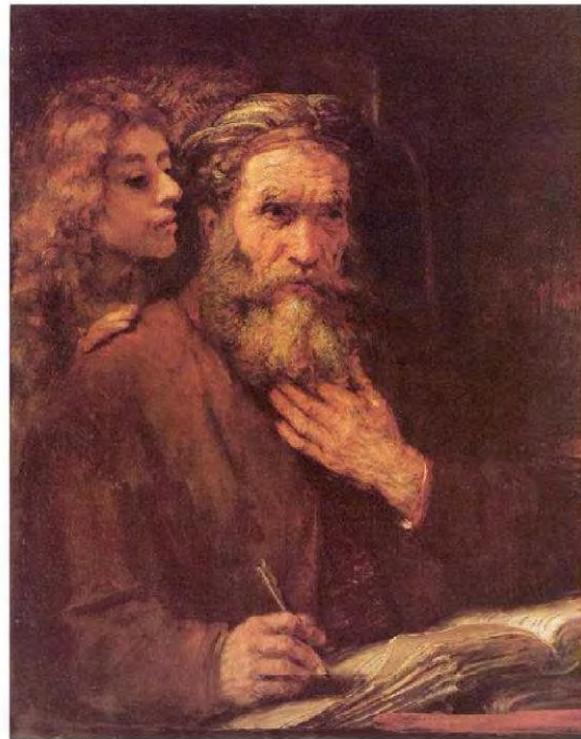


El apóstol Pablo, arriba, en un mosaico bizantino de la catedral de Monreale, en Sicilia. A la izquierda, primera traducción completa del Nuevo Testamento del griego al castellano por Francisco de Enzinas en el año 1543, donde están los cuatro evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

que ellos pronto intentaron transformar en una primacía jerárquica sobre los demás obispos. El primer caso conocido lo protagonizó ya el primer obispo de Roma cuya existencia es segura, el citado Víctor (189-199). Existían en las distintas iglesias diversas tradiciones sobre la fecha de celebración de la Pascua y Víctor quiso imponer por doquier la costumbre romana, hasta el punto que escribió al obispo de Éfeso, en Asia Menor, Polícrates, una carta en la que le amenazaba con la excomunión si no se acogía al calendario romano. Desistió aconsejado por otros obispos que defendía la variedad de tradiciones y que no le reconocían esta autoridad que él se atribuía.

A mediados del siglo III tenemos atestiguado el primer gran enfrentamiento con los obispos de Oriente que no reconocían las aspiraciones de Roma. Se trata de una carta del famoso obispo san Firmiliano, de Cesarea de Capadocia, al no menos famoso san Cipriano de Cartago. La carta es del 256 y fue originada por el debate sobre la validez del bautismo impartido por un hereje. Mientras los obispos de Roma

**BAJO EL TÉRMINO *PETRUS* SE ESCONDÍAN
TODOS LOS OBISPOS Y TODOS
ELLOS ERAN EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA**



El evangelista Mateo y el ángel, arriba, obra de Rembrandt. A la izda., *Ananías restaura la vista a san Pablo*, de Pietro da Cortona.

defendían su validez, otro muchos defendían la opinión contraria, como fue el caso de Firmiliano y el propio Cipriano. En la citada carta el obispo capadocio critica y ridiculiza al obispo de Roma, Esteban, por la supuesta autoridad que se atribuía al presentarse como sucesor de Pedro, aspiración que es calificada como una «insolencia y una necesidad», al tiempo que ridiculiza, mediante un juego de palabras entre «piedra» y «Pedro» la supuesta «piedra» en que se apoya su autoridad y la de la Iglesia: «Pasemos por alto de momento la conducta de Esteban, no vayamos, al recordar su audacia e insolencia, a causarnos tristeza por sus procedimientos... Me lleno de indignación ante esa necesidad (*stultitia*) tan manifiesta y clara de Esteban porque, quien se gloria de la dignidad de su episcopado y lucha por defender su condición de sucesor de Pedro, sobre el cual se estableció el fundamento de la Iglesia, introduce otras muchas piedras y levanta muchas nuevas iglesias».

La carta es la 75 del corpus de Cipriano, que es quien nos la ha conservado. Para los editores católicos modernos de las cartas del obispo cartaginés resultaron chocantes estas expresiones sobre un obispo de Roma en la pluma de otro obispo de gran prestigio y fama de santidad, por lo que algunos como I. Latini las censuró en su edición de las cartas de Cipriano de 1563, porque contradecía la doctrina oficial de la Iglesia.

LEÓN MAGNO SERÁ EL PRIMER OBISPO DE ROMA QUE SE PRESENTE Y ACTÚE COMO PAPA Y OBISPO DE LA IGLESIA UNIVERSAL



ASC/MUSEO DEL PRADO
 El papa san León I Magno, obra de Francisco Herrera el Mozo. Este papa acuñó la expresión *papa Petrus ipse*, es decir, «el papa es el propio Pedro», para defender el primado universal.

Las palabras del obispo Firmiliano en el siglo III de que los papas con sus aspiraciones a un primado universal «introducen nuevas piedras y levantan muchas nuevas iglesias» resultaron proféticas. Con el tiempo, los papas no hicieron sino consolidar estas aspiraciones que se vieron favorecidas por la debilidad del poder imperial al que intentaron y en parte lograron suplantar en Occidente.

En el siglo V surgió la figura de León Magno (440-461), al que se puede calificar como el primer obispo de Roma que se presenta y actúa como papa y obispo de la Iglesia universal con todas las consecuencias. Para plasmar en su propia persona las aspiraciones a un primado universal recurrió a todo tipo de argumentos jurídicos, sin excluir la manipulación e interpolación de textos conciliares anteriores, y teológicos: frente al *Tu es Petrus* evangélico acuñó la expresión *papa Petrus ipse* («el papa es el propio Pedro»).

Esta forma de concebir el papado encontró la oposición general y radical de todas las iglesias orientales y precisamente a partir del pontificado de León se aceleró un proceso irreversible que terminó con la separación de Roma de todo el Oriente cristiano, el denominado «cisma de Oriente» que aún persiste. En el Occidente romano y latino los papas no encontraron mayores problemas para implantar su primacía, aunque tampoco rehusaron recurrir a nuevas falsificaciones como la citada *Donación de Constantino* para consolidarla con nuevos y supuestos argumentos políticos basados en la autoridad y prestigio de este emperador. Habrá que esperar a la Reforma luterana para que se produzca otro nuevo e importante cisma, esta vez en Occidente, pero provocado también por el no reconocimiento del primado de los obispos de Roma. ■

ALBUM

La visión de la cruz, pintura de la Escuela de Rafael de los Museos Vaticanos. Rafael Sanzio murió prematuramente antes de finalizar la obra que representa la visión del emperador Constantino antes de la batalla contra Majencio.



DEL CADALSO AL CONCILIO

LA BÚSQUEDA
DE UNA
IGLESIA
CRISTIANA
UNIFICADA

FEDERICO ROMERO
Historiador, presidente de plataforma
Divulgadores de la Historia.

La Iglesia, a la altura de la segunda mitad del siglo II fue víctima de varias persecuciones por parte del Imperio romano, que veía en los minoritarios cristianos a una secta digna de desprecio y sospecha. Su crecimiento en número e influencia fue paralelo al aumento del odio hacia ellos por parte de las autoridades, así como por parte del pueblo, especialmente en contextos de crisis.

Los cristianos se vieron obligados, durante casi toda la dinastía antonina, a moverse en los estrechos parámetros que Trajano dejó escritos en una carta de respuesta a unas dudas que le planteaba Plinio el Joven, su gobernador en Bitinia y Ponto, alrededor del 112 d.C. Plinio dudaba sobre qué medidas adoptar contra unos cristianos que habían sido denunciados ante su persona. Trajano, en su mensaje, le dio unas pautas que ilustran el ambiguo y peligroso marco en el que los seguidores de Cristo tuvieron que vivir. El hecho de que el Estado no se dedicara a perseguir por propia iniciativa a los cristianos no impidió que algunos poderes locales, movidos por exceso de celo, denuncias particulares y, en muchas ocasiones, por presión popular, acosaran a los cristianos, que eran acusados de delitos tan curiosos como el ateísmo, al negarse a sacrificar a los dioses romanos tradicionales, o de canibalismo. Tácito por ejemplo, les acusaba de sufrir de «odio al género humano».

Según Trajano, las autoridades imperiales no debían ir tras los cristianos de oficio. Tampoco se podían admitir denuncias anónimas, y si el cristiano llevado ante un magistrado se retractaba y hacía sacrificios a los dioses romanos, debía ser liberado. Por último, si este persistía y se negaba a adorar a los dioses tradicionales había que castigarlo. Adriano ordenó al procónsul de Asia, Minucio Fundano, que acabara con todas las ejecuciones sumarias de cristianos.

En época de Marco Aurelio el acoso se incrementó debido al contexto de crisis generalizada. Septimio Severo (193-211) en el año 202, promulgó un decreto contra los cristianos y los judíos que trataba de impedir que hicieran nuevos adeptos. Sus sucesores fueron bastante más tolerantes con los cristianos, en especial Alejandro Severo (222-235).



ASC

Estatua de Plinio el Joven, gobernador en Bitinia y Ponto del emperador Trajano.

EL CRISTIANO QUE SE RETRACTABA Y HACÍA SACRIFICIOS A LOS DIOS ROMANOS DEBÍA SER LIBERADO DE INMEDIATO



El cristianismo fue prohibido en el imperio en el año 250 y en época de Nerón sufrió una de las más crueles persecuciones. En la imagen, *Las antorchas de Nerón*, obra del pintor polaco Henryk Siemiradzki que representa a un grupo de mártires cristianos que van a ser quemados vivos frente a la Domus Aurea, en el año 64 d C. durante su reinado.

A pesar de las persecuciones a nivel local, el cristianismo como tal, no se prohibió hasta el año 250. Decio pretendió, nada más llegar al poder, revivir los cultos tradicionales frente a la amenaza que representaban religiones emergentes como el cristianismo. Acusándoles de practicar la magia negra y de causar la peste, promulgó un edicto que obligaba a todos los habitantes del Imperio a sacrificar a los dioses. A los que lo hicieron, las autoridades les emitieron certificados *libellus*. Los cristianos que se negaron, se arriesgaron a sufrir tortura y ejecución. Tras un breve paréntesis, llegó al poder Valeriano (253-260), otro emperador tradicionalista que retomó el hostigamiento a los cristianos con nuevos bríos en agosto de 257. La dolorosa senda del martirio fue seguida por los papas Fabián (250), Esteban (254/257), Sixto (257/258), los diáconos Agapito y Lorenzo, y por muchos otros fieles de la Iglesia de diferentes niveles y jerarquía, como el célebre Cipriano, obispo de Cartago, Dionisio en París, Eugenia en Roma, San Fructuoso en Tarragona, etc. Otros, temerosos del castigo, sacrificaron a los dioses generando años después, una profunda división en el seno de la comunidad cristiana.

La «cacería» cesó en el 260 con Galieno, abriéndose un periodo de crecimiento cuantitativo y de desarrollo institucional en la Iglesia que tuvo un brusco final con la «Gran persecución» de Diocle-



Busto del emperador Decio.

LOS MÁRTIRES DEL EMPERADOR FILOSOFO

Mucho se ha hablado del número exacto de mártires cristianos. Mientras que la Iglesia habla de miles, otros historiadores reducen el número a unos pocos centenares de ajusticiados a lo largo de los siglos que duró la persecución al cristianismo. Sorprende que en uno de los momentos en los que el Imperio experimentó su máximo esplendor, en el segundo siglo de nuestra era, abundan los nombres de cristianos perseguidos, fundamentalmente miembros del clero, que acabaron sus días en el martirio. Vamos a hacer un breve repaso.



Grabado del martirio y crucifixión de Simeón de Jerusalén.

Bajo el gobierno de Trajano se ejecutó a varios cristianos. Plinio el Joven, su gobernador en Bitinia, condenó a algunos de ellos. También pasaron por el cadalso el papa Clemente, el obispo Simeón de Jerusalén e Ignacio de Antioquía, que fue arrojado a los leones. Con Antonino Pío se martirizó a Policarpo, obispo de Esmirna, a pesar de tener 86 años, debido sobre todo a la presión popular.

Con Marco Aurelio, a causa del empeoramiento del marco social y económico, a la presión de los germanos, a la crisis demográfica y económica y a la peste antonina, se agravó el odio del pueblo y de muchas de las autoridades hacia los cristianos, que eran responsabilizados de las desgracias que acontecían, siendo especialmente graves los sucesos de Lyon y Vienne. Algunos autores como Melitón de Sardes o Atenágoras, protestaron ante Marco Aurelio por la expropiación de las propiedades de los cristianos en varias partes del Imperio. De poco sirvió ya que Marco Aurelio y el círculo de intelectuales que le rodeaban, despreciaban a esta secta considerada como fanática e ignorante. Justino, el fundador de una escuela cristiana en Roma, pagó con su vida. Varias personas vinculadas a la corte, fueron asesinadas al descubrirse que eran cristianas.

ciano. En el marco de la Tetrarquía, a partir del 303, se publicaron cuatro edictos sucesivos contra la Iglesia y sus fieles. Estas medidas se llevaron a término con mayor celo y continuidad en las provincias orientales donde primero, bajo la autoridad de Diocleciano, y después bajo la de Galerio, muchos cristianos fueron acosados hasta que, en Serdica, en abril del 311, poco antes de morir, el emperador promulgara el conocido como edicto de tolerancia que puso fin a la persecución al cristianismo, que era reconocido legalmente a cambio de no atentar de ninguna manera contra el orden público y de que sus fieles orasen por el bien del emperador y el Imperio.

CONSTANTINO Y EL CRISTIANISMO. ENTRE LA FE Y LA CONVENIENCIA POLITICA

Flavio Valerio Aurelio Constantino, en el Edicto de Milán (313) suscrito por Constantino y Licinio, augustos de Occidente y Oriente respectivamente, reforzó y

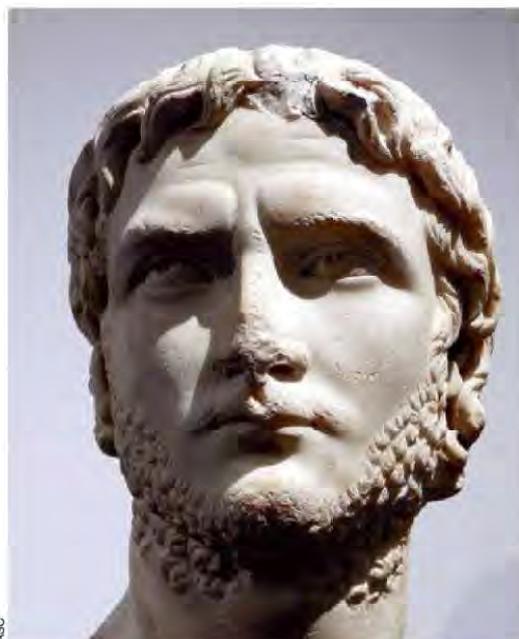
EL EMPERADOR CONSTANTINO SE CONVIRTIÓ AL CRISTIANISMO JUSTO ANTES DE FALLECER, EN EL AÑO 337

amplió lo dispuesto. En este texto, reafirmando la libertad religiosa para los cristianos establecida en el 311, se ampliaba el alcance de la tolerancia añadiendo la restitución de las propiedades arrebatadas a los cristianos o a la iglesia durante las persecuciones anteriores. Esto, unido al hecho de que en los territorios gobernados por Constantino nunca se acosó a la Iglesia, nos puede inducir a error y llevarnos a pensar que en realidad Constantino se consideraba cristiano desde, al menos, el comienzo de su gobierno. Sin embargo, la cuestión no está nada clara.

En contra de su temprano cristianismo podemos aducir el hecho de que en el Arco de Constantino no se incorpora referencia alguna a dicha religión. En el 321, el domingo, día de la semana en el que se honraba a la divinidad del Sol Invictus, fue declarado como día de descanso. Constantino consciente de la realidad religiosa y social, mantuvo siempre un discurso con un amplio componente tradicionalista. Hasta el 318 la mayor parte de sus monedas en bronce, las que más se manejaban entre las clases humildes, incluían en su reverso menciones al Sol y otras divinidades como Marte. A partir de esa fecha, sin embargo, las divinidades tradicionales desaparecen de ellas y son sustituidas por referencias de carácter militar. Otro factor de peso para dudar del cristianismo de Constantino fue el hecho de que se convirtió a esta religión justo antes de fallecer, en el 337.

A favor del sentimiento cristiano en Constantino, podemos también argumentar varias razones. Además de la no persecución de cristianos y el Edicto de Milán, hay otras, como el decidido apoyo a la construcción de grandes basílicas en Roma, donde los cristianos pudieran orar públicamente a su dios en espacios amplios y diáfanos, siendo las basílicas de San Pedro, San Juan de Letrán o la de la Natividad en Belén, magníficos ejemplos. Dice la leyenda que Constantino antes de la noche de la batalla del puente Milvio (312) tuvo una visión y mandó marcar sus escudos con la señal de Cristo *In hoc signo vinces* enarbolando el célebre *labarum* o símbolo que a partir de ese momento llevarían en sus escudos los soldados de Roma. También prohibió la magia y cualquier actividad sobrenatural que se considerara dañina. Otro dato a favor es la carta que envió a los obispos participantes en el concilio de Arlés en la que se reconocía a sí mismo como cristiano.

La discusión sobre la fe cristiana de Constantino la podemos remontar a



El emperador Galieno suspendió las persecuciones a los cristianos.

CÁNONES DEL CONCILIO DE NICEA

El número exacto de cánones que se promulgaron en Nicea es discutido por los especialistas, aunque lo que sí es comúnmente aceptado es la existencia de veinte de estas normas que tratan algunos aspectos de lo más curioso, como la castración, la convivencia con mujeres de los clérigos, el ejercicio de la usura, el transfuguismo entre diferentes diócesis, etc. Vamos a enumerarlas brevemente:

Canon 1: trata de la admisión, apoyo o expulsión de clérigos castrados voluntaria o forzosamente. Se establecía la prohibición de la castración voluntaria.

Canon 2: orientado a evitar la ordenación precipitada de sacerdotes y a regular la expulsión de ese cargo, en caso de falta grave.

Canon 3: establece la prohibición para el clero de vivir con cualquier mujer, a excepción de la madre, hermana o tía o «persona de la que no quepa ninguna duda».

Canon 4: determina el sistema de elección de obispos que deben ser elegidos por el resto de los obispos de la provincia, como mínimo tres, siendo obligatorio que la decisión sea corroborada por el obispo metropolitano.

Canon 5: regula la excomunión por parte de los obispos y la obligación de estos de no aceptar en el seno de su Iglesia a excomulgados en otras provincias.

Canon 6: proclama la prevalencia de la jurisdicción del obispo de Alejandría en Egipto, Libia y Pentápolis.

Canon 7: confirma el derecho del obispo de Jerusalén a ciertos derechos honoríficos.

Canon 8: enumera normas para la readmisión de los novacianos o puros en el seno de la Iglesia.

Canon 9: afirma que nadie puede ser ordenado sin el examen necesario. Aquel que haya sido ordenado de esta manera debe ser depuesto.

Canon 10: legisla que los renegados de la fe o *lapsi*, ordenados a sabiendas de su condición, deben ser excluidos de sus responsabilidades.

Canon 11: se establece la penitencia a los apóstatas de la última persecución de Licinio.

Canon 12: castigo a quienes ayudaron a Licinio en su persecución contra los cristianos.

Canon 13: indulgencia a las personas excomulgadas en peligro de muerte.

Canon 14: se determina la penitencia a imponer a los catecúmenos (personas que están en proceso de formación y preparación para recibir el bautismo y convertirse en miembros plenos de la comunidad cristiana) que flaquearon durante la persecución.

Canon 15: se impide a los clérigos pasar de una iglesia a otra. Si un sacerdote era expulsado de su iglesia no podía ser aceptado por otra.

Canon 16: se prohíbe a los clérigos abandonar su iglesia. Impidiendo a los obispos que ordenen para su diócesis a los sacerdotes pertenecientes a otra.

Canon 17: se regula que los clérigos no pueden prestar dinero con interés.

Canon 18: recuerda a los diáconos su posición subordinada respecto a los sacerdotes.

Canon 19: trata las condiciones de retorno al seno de la Iglesia de los seguidores de Pablo de Samosata, cuya herejía nació en el siglo anterior bajo el gobierno de Aureliano.

Canon 20: establece que los domingos y durante los días de Pascua las oraciones deben hacerse de pie.

las mismas fuentes primarias. Los autores cristianos, en especial Eusebio de Cesarea, pretenden mostrar a Constantino como el primer emperador cristiano, mientras que otros como Zósimo, justifican su traición a los dioses tradicionales de Roma como un burdo intento de lavar su conciencia a causa de las ejecuciones de varios de sus familiares más próximos

Sabemos que, tras su victoria en el 324 sobre Licinio, se convirtió en el único gobernante de todo el Imperio romano. Es posible que en ese momento abandonara su estrategia de equilibrio con la religión tradicional y comenzara a verse y mostrarse ante su pueblo como el salvador y reunificador del Imperio, al que ahora debía amparar bajo la protección del único y supremo Dios de los cristianos.

Un dogma único y aceptado por todos sus fieles era imprescindible si el cristianismo quería asociarse al poder y jugar el papel rector al que sus dirigentes pensaban estar destinados por su dios. Y eso se iba a tratar de hacer bajo la autoridad de Constantino en un gran concilio que reuniera a gran parte de los obispos en Nicea.



Constantino quitó a las divinidades tradicionales de las monedas.

LA IGLESIA EN BUSCA DE SU IDENTIDAD. EL CONCILIO DE NICEA (325)

Tras la tolerancia y las medidas favorecedoras de Constantino, la principal amenaza para el futuro éxito de la Iglesia eran las divisiones doctrinales, entre las que representaban la doctrina trinitaria, defensora de la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y los seguidores de Arrio, un religioso de Alejandría que ne

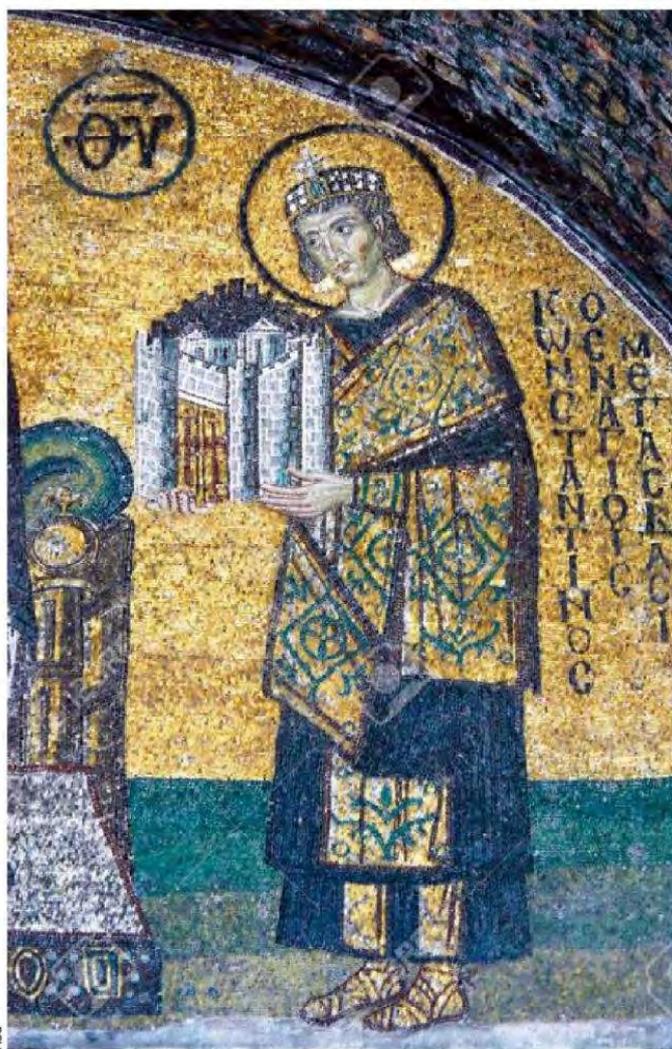


La batalla en Puente Milvio, en la imagen en una obra de Giulio Romano, enfrentó a Constantino y su rival Majencio, marcando la victoria del cristianismo sobre el mundo pagano.

ARRIO, UN RELIGIOSO DE ALEJANDRÍA, NEGABA LA NATURALEZA DIVINA DE JESUCRISTO, TEMA TRATADO EN NICEA

gaba la naturaleza divina de Jesucristo. También era necesario establecer de forma definitiva, el ideario de la Iglesia plasmado en una serie de cánones de obligado cumplimiento que evitaran futuras rencillas.

Para poner remedio definitivo a esta situación, el emperador, convencido por Osio, obispo de Córdoba, convocó el primer concilio ecuménico de la Iglesia católica en la ciudad de Nicea (Bitinia) en la actual Turquía. Como anfitrión, Constantino puso el *cursus publicus*, o sistema de transporte estatal a disposición de todos los obispos que decidieron acudir. El número de los obispos que asistieron varía según la fuente, pero se calcula que fue entre 250 y 300 obispos de todo el mundo romano, aunque eran mayoritariamente de procedencia oriental.



Constantino, en la imagen en un mosaico en Santa Sofía de Estambul, convocó el primer concilio ecuménico.

Las discusiones se prolongaron durante un mes, en el que Constantino, a pesar de presidir los debates, no tenía voto en ellos. El concilio se pronunció en contra de la doctrina arriana, siendo desterrados Arrio y un par de obispos que persistieron en sus creencias. A partir de entonces, el arrianismo pasaba a ser herejía, definiéndose esta como todo aquello que no se recogía en la interpretación oficial del cristianismo. Es en este concilio en el que se fija el Credo, que es una profesión de fe en la que se enumeran los principios en los que deben creer los cristianos. También se acabó en Nicea con el cisma de los melecianos. La Iglesia fue organizada jerárquicamente en regiones y diócesis, estableciéndose la superioridad de las sedes de Roma, Alejandría y Antioquía, cuyos titulares junto al de Jerusalén, recibieron el nombre de metropolitanos o arzobispos. Por último, se aceptó la decisión del sínodo celebrado en Arlés en el 314 en el que se establecía que todas las Iglesias cristianas debían celebrar la Pascua en la misma fecha.

A pesar de la firmeza de las disposiciones de Nicea al arrianismo, le quedaba por delante una prolongada historia. Sus seguidores continuaron con sus ideas. Sabemos por Jerónimo de Estridón, que el propio Constantino fue bautizado como cristiano por Eusebio de Nicomedia, el obispo arriano de Constantinopla en el 337. Constancio II (337-361), hijo y sucesor de Constantino, fue un ferviente arriano que envió al obispo que había bautizado a su padre a evangelizar a los godos. Eusebio nombró como obispo a un godo llamado Ulfilas que puso la semilla del cristianismo arriano en este pueblo bárbaro, al que imitarán otros pueblos, como los vándalos. Tras el breve y fracasado intento de Juliano (361-363) de volver a los cultos tradicionales romanos se restableció el cristianismo siendo Valente (364-378) otro ferviente arriano. Tras su muerte en la batalla de Adrianópolis (378) fue sustituido por el hispano Teodosio que impuso, también en Oriente, la versión nicena del cristianismo predominante en Occidente, quedando el arrianismo a partir de ese momento en una situación defensiva de inferioridad en el mundo romano. Sin embargo, los bárbaros mayoritariamente y como seña de identidad frente a los romanos, practicaron la versión arriana del cristianismo, que en Hispania encontró su fin tras la conversión del rey de los visigodos Recaredo a finales del siglo VI. ¿Con esta conversión se puso fin a las corrientes heréticas en la Iglesia? Por supuesto que no, pero esa es ya otra historia. ■



Icono conmemorativo del Concilio de Nicea con el credo que se fijó como procesión de fe.

La papisa Juana, que había ocupado el trono de San Pedro dos años y medio, fue desenmascarada al dar a luz, como muestra esta ilustración medieval.



LA PAPISA JUANA

Y OTRAS MUJERES EN
EL VATICANO

ALBERTO DE FRUTOS
Periodista y escritor

Según la leyenda, en el siglo IX una mujer se hizo pasar por un hombre y se sentó en la silla de Pedro durante más de dos años y medio. En cualquier caso, y al margen de esta leyenda, si bien ninguna mujer se ha sentado nunca en la silla de Pedro, lo cierto es que muchas han marcado la agenda del Vaticano de una u otra manera. Antes de hablar de ellas, empecemos por arrojar luz sobre la existencia o no de este personaje llamado Papisa Juana. ¿Existió realmente o no fue más que una fantasía medieval?

ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

El estudio de unos denarios de plata del siglo IX sacó a la luz un inusual monograma que, según los investigadores Michael E. Habicht y Marguerite Spycher, cabría adjudicar al misterioso pontífice Juan Anglico, la identidad masculina de la papisa Juana. De acuerdo con estos autores, Juana siguió a Benedicto III (855-858) y antecedió a Nicolás I (858-867) en el papado. Sin embargo, un posible error numismático no basta para avalar una teoría que se empezó a fraguar allá por el siglo XIII, cuando diversos escritos coincidieron en dar forma a un personaje sobre el que han corrido muchos ríos de tinta.

De ella habló, por ejemplo, la *Chronica Universalis Mettensis*, del dominico borgoñés Jean de Mailly, quien, en su narración, presentaba a una mujer disfrazada de hombre que, en torno al año 1100, ascendió al papado y, tras ser desmascarada en el momento de dar a luz, fue arrastrada por un caballo y lapidada por el pueblo hasta su muerte. De *Septem donis Spiritus Sancti*, obra de Esteban de Borbón, se ceñía a ese modelo, y, unos años más tarde, Martín de Opava — también llamado Martín de Troppau o Martinus Polonus — aportaba su visión en el *Chronicon Pontificum et Imperatorum*, que conocería tres ediciones en el año 1268, en el 1272 y en 1277.

Este último fue el primero en «bautizar» a la papisa y fijar su lugar de nacimiento en Maguncia, si bien el apelativo «Anglicus» podría apuntar al origen inglés de su padre. Se trata, sin duda, del documento más interesante para acercarnos a esta mujer, que, según Martín, siguió a León IV (847-855) a la cabeza de la Iglesia católica. Vestida con hábito masculino, acompañó a su amante a Atenas, donde sobresalió en el estudio de las ciencias, y en Roma llegó a contar con numerosos discípulos, a los que instruyó en el *Trivium* (gramática, retórica y lógica). Tras la muerte del papa, se convirtió en vicario de Cristo durante nada menos que dos años, siete meses y cuatro días. Al igual que en la versión de Mailly, el parto fue su perdición, aunque, en este caso, su final fue menos espeluznante. De camino a Letrán desde San Pedro, en un callejón entre el Coliseo y la iglesia de San Clemente, dio a luz a una criatura, y allí murió.

DOS TESTICULOS Y BIEN COLGANTES

Que tantos autores dieran carta de naturaleza a la leyenda de la papisa Juana no fue casual, pero tampoco demuestra nada. «¿Existió realmente este papado?», se pregunta el historiador Alain Boureau en *La papisa Juana*. «Desde luego que no», se responde en la misma línea. En un contexto muy delicado para la institución — la fábula nace cuando el poderoso (y excomulgado) Federico II de

I Deal. Pag. 85.



Grabado renacentista que representa a la papisa Juana dando a luz durante una procesión. Este hecho habría sido su perdición, despojándola de su cargo como obispo de Roma.

Hohenstaufen, *stupor mundi*, desafiaba al poder de Dios en la tierra, y tiene lugar durante el enfrentamiento del antipapa Anastasio el Bibliotecario contra Benedicto III o en la época del cisma de Focio, cuando Juan VIII fue acusado de debilidad por sus cesiones a la Iglesia de Oriente—, el mito de esa usurpadora se usó con una finalidad política, bien para desacreditar a la Iglesia, bien para mostrar que la vigencia de la institución estaba por encima de esos accidentes.

De ese argumento tirarían el filósofo Guillermo de Ockham en el siglo XIV o el dominico Tomás de Torquemada en el XV: «Puesto que está establecido que un día el conjunto de los católicos tuvo por papa a una mujer, no resulta increíble que un día un hereje pueda ser considerado papa, aunque no sea el verdadero papa», dirá este. En el lado opuesto, el protestantismo y el humanismo ilustrado cebarían aquella improbable pifia para hacer mofa de la Iglesia, mientras que la

**PARA COMPROBAR QUE EL PAPA ERA
UN HOMBRE SE PALPABAN
SUS TESTÍCULOS A TRAVÉS DE UNA SILLA**



ASC

Ilustración del libro *Historia de la papisa Juana* del profesor, teólogo calvinista y escritor Friedrich Spanheim, publicada en el año 1695.

imaginación literaria, véanse Giovanni Boccaccio en *De mulieribus claris* (1362) o, mucho más tarde, el griego Emmanuil Roídis en *La papisa Juana* (1866); lúdica, a partir de su inclusión en las cartas del Tarot como el arcano número 2; o, ya en nuestros días, cinematográfica, con películas como *La papisa Juana* (1972) o *La mujer papa* (2009), mantendrían vivo el personaje hasta el día de hoy.

LA PORNOCRACIA

Naturalmente, hay también una lectura feminista, extensible, por qué no, a la historia de otra «papisa» medieval, Manfreda, discípula de Guglielma de Bohemia, quien, en el siglo XIII, encabezó el movimiento herético de las guillelmitas,

¿HAY MUJERES ENTERRADAS EN EL VATICANO?

Haberlas, haylas», son cuatro y todas laicas. En la basílica de San Pedro, entre el altar mayor y el centro de la nave, bajando a la altura de las estatuas de santa Elena y san Andrés, se encuentran las grutas vaticanas, que albergan la morada final de más de noventa papas, entre ellos Juan Pablo I y Benedicto XVI (Juan Pablo II yace en la capilla de san Sebastián, contigua a la de la Piedad de Miguel Ángel). Junto a todos esos pontífices, nos encontramos con la tumba de cuatro mujeres, a saber, Carlota de Chipre, Cristina de Suecia, María Clementina Sobieska y Matilde de Canossa. Pero ¿por qué comparten ese espacio reservado a los papas y a otras personalidades relevantes de la Iglesia?

Las dos primeras fueron reinas, la tercera princesa y la última, una noble que vivió a caballo de los siglos XI y XII. Todas se significaron por su apoyo incondicional al papado, en ocasiones en trances muy peliagudos. Por orden cronológico, la primera sería Matilde de Canossa (1046-1115), aliada de Gregorio VII frente al emperador Enrique IV en la Querrela de las Investiduras. El mismo Bernini esculpió su monumento funerario en el siglo XVII, cuando sus restos fueron trasladados al Vaticano. La reina Carlota de Chipre (1444-1487) conoció a varios papas y mantuvo una relación bastante estrecha con dos de ellos, Sixto IV e Inocencio VIII, quien costeó su funeral. Su hermano bastardo le disputó la Corona y la empujó a su exilio romano, donde, con el apoyo de los Estados Pontificios, trató sin éxito de recuperar el reino. La princesa polaca María Clementina Sobieska (1702-1735), esposa del «viejo pretendiente» Jacobo Estuardo, fue enterrada con todos los honores en la basílica de San Pedro, y el gran Pietro Bracci se ocupó de su monumento funerario. Para los papas Clemente XI e Inocencio XIII, Jacobo y ella eran los verdaderos reyes de Inglaterra, Irlanda y Escocia, y no los protestantes Guillermo III, María II y Ana I. Finalmente, Cristina de Suecia abjuró de su fe, se convirtió al catolicismo y vivió varios años en los palacios vaticanos, donde se instaló definitivamente en 1668. No dudó en criticar la persecución de los hugonotes en Francia ni la de la Inquisición, y amparó a los judíos de Roma. Aun así, Inocencio XI, que falleció unos meses después que ella, le organizó un funeral de Estado.

que la tenían por una encarnación del Espíritu Santo. Manfreda, proclamada papisa por su superiora, se las tuvo que ver con los dominicos de la Inquisición, que la acusaron de nombrar cardenales mujeres —entre ellos, a su sirvienta Taria—, distribuir la eucaristía y escribir evangelios. Si Juana acabó mal, la suerte de Manfreda no fue mejor: el santo tribunal la sentenció a morir en la hoguera en 1300.

Sin salirnos de la época de Juana, avancemos solo unas décadas en el calendario para abordar otro inquietante episodio, que puso a la Iglesia contra las cuerdas y amenazó su supervivencia. La pornocracia, el gobierno de las prostitutas, fue un término popularizado por el cardenal Baronius en sus enciclopédicos *Annales Ecclesiastici*, del siglo XVI.

Durante el llamado *saeculum obscurum* (siglo oscuro), tras la muerte del papa Formoso en 896, se sucedieron una serie de pontífices, entre Sergio III (904) y Juan XII (964), cuya acción se vio gravemente comprometida por el ascendiente de dos mujeres, las «rameras» de la pornocracia: Teodora, esposa del senador romano Teofilacto I, conde de Túsculo, y, fundamentalmente, la hija de estos, Marozia, concubina de Sergio III, que no dejó de poner y deponer papas como si tal cosa (de

hecho, su hijo Juan XI y su nieto Juan XII, el «fornicario» lo fueron, este último a la tierna edad de doce años). En realidad, aquel sometimiento de la Iglesia a las familias patricias romanas se prolongó hasta mediados del siglo XI, cuando Clemente II se sacudió por fin el yugo.

Al lado del siglo oscuro, los tejemanejes de la Iglesia del Renacimiento parecen una broma, y es que, entre los años 882 y 1046, se contabilizaron nada menos que cuarenta papas y antipapas, algunos de los cuales, como el «flojo» Juan VIII, vinculado a la leyenda de la papisa Juana, Juan X o Esteban VII, fueron asesinados.

LA ITALIA RENACENTISTA

Ninguna mujer, siempre que descartemos la sustantividad de la papisa Juana, se ha sentado en la silla de Pedro, pero muchas han marcado de forma poderosa la agenda del Vaticano; y aquí es inevitable hablar, aunque no nos extendamos en su figura, de Lucrecia Borgia.

La obra del prerrafaelita Frank Cadogan Cowper, *Lucrecia Borgia reina en el Vaticano en ausencia del papa Alejandro VI*, nos muestra a la hija de este y de su amante

LAS CUATRO DOCTORAS DE LA IGLESIA

Santidad declarada, ortodoxia en la fe, eminencia en la doctrina e influjo benéfico en las almas. Esos son los requisitos para acceder al selecto club de los doctores de la Iglesia. Desde los cuatro primeros –san Jerónimo, san Agustín, san Ambrosio y san Gregorio Magno, promovidos en 1295– hasta el último, san Ireneo, en 2022, la nómina alcanza los 37 nombres. De ellos, solo cuatro son mujeres.

Dos lo fueron en 1970, «nuestra» santa Teresa de Jesús, la mística que fundó la orden de los Carmelitas Descalzos, y santa Catalina de Siena, que guio a los hombres más poderosos de su tiempo, el siglo XIV, con las tribulaciones del cisma de Aviñón que sacudió a la Iglesia en los últimos años de vida de la dominica.

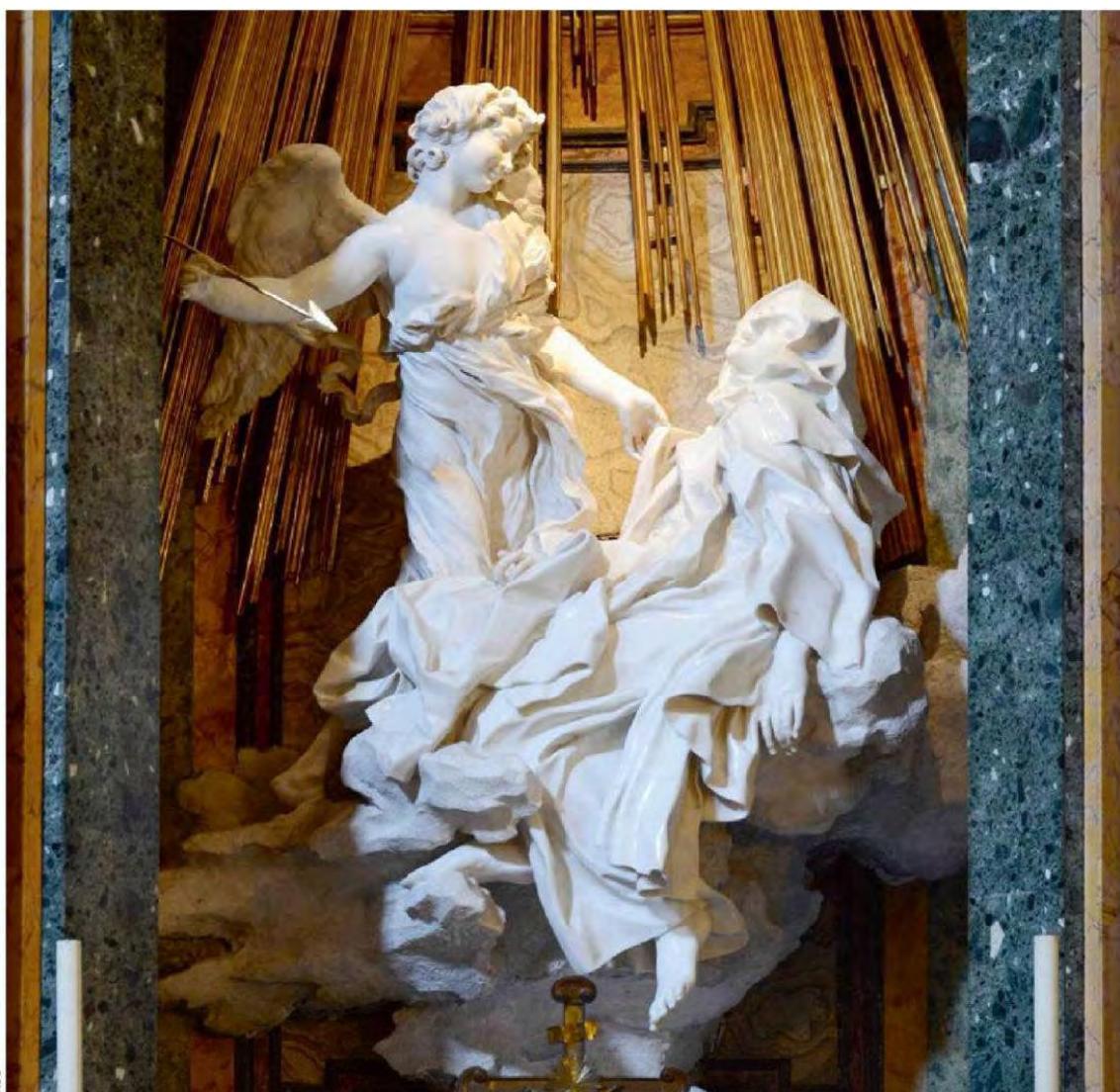
La Doctora del Amor santa Teresita del Niño Jesús, Teresa de Lisieux, se incorporó a la lista en 1997, y no hay más que visitar esa localidad normanda para apreciar su legado, sustanciado en los miles de peregrinos que visitan su santuario cada día. La «santa más grande de todos los tiempos», en palabras de Pío X, murió a los veinticuatro años de tuberculosis, pero, en su corta vida, emocionó a una legión de seguidores con sus intuiciones espirituales y con la belleza de su autobiografía, *Historia de un alma*.

Finalmente, la abadesa benedictina Hildegard von Bingen, llamada la sibila del Rin, fue promovida en 2012. Excelente compositora y visionaria, fue, además, una notable científica y un referente para la literatura mística merced a sus obras *Scivias*, *Liber vite meritorum* y *Liber divinorum operum*.

Actualmente, hay varias mujeres en «lista de espera», por así decirlo, aunque el proceso puede demorarse años. Brígida de Suecia, Juliana de Norwich, Veronica Giuliani o la filósofa y mártir de origen judío Edith Stein, copatrona de Europa y canonizada por Juan Pablo II en 1998, acreditan méritos suficientes para obtener el «doctorado» de la Iglesia.

MAROZIA NO DEJÓ DE PONER Y QUITAR PAPAS, NOMBRANDO INCLUSO A SU HIJO Y A SU NIETO A LA EDAD DE DOCE AÑOS

Vannozza Cattanei rodeada por un séquito de cardenales. Es, sin duda, un cuadro impresionante, que trasluce el poder de que gozó esta mujer, que, a los veintiún años, ya sustituía a su padre como vicaria en ausencia de este. La leyenda negra de su familia, muy discutible, arrastró su nombre por el fango durante varios siglos, y todavía hoy, qué duda cabe, sigue sin restaurarse como merece, pero al menos ya hay investigadores que rompen una lanza en su favor. Valiente y culta, Lucrecia no mató a nadie y puede que supiera de la *cantarella*, el veneno preferido de los suyos, lo mismo que usted y que yo.



Santa Teresa de Jesús fue nombrada doctora de la Iglesia el 27 de septiembre de 1970. En la imagen, *El éxtasis de Santa Teresa* o la *Transverberación de Santa Teresa*, escultura de mármol de Gian Lorenzo Bernini que representa a la santa en un éxtasis místico.



ASC

El cuadro del pintor prerrafaelita Frank Cadogan Cowper, *Lucrecia Borgia reina en el Vaticano en ausencia del papa Alejandro VI*, muestra el poder que tuvo la hija del papa Borgia.

OLIMPIA MAIDALCHINI, CUÑADA DEL PAPA INOCENCIO X, PASÓ A LA POSTERIDAD COMO LA *PAPESSA*

Felice della Rovere, hija ilegítima de Julio II, contrajo matrimonio con el noble Gian Giordano Orsini y fue otra de las grandes damas del Renacimiento. Como muestra de su influencia política, que es el ingrediente de este artículo, valga un botón: por orden de su padre participó en las negociaciones entre los Estados Pontificios y el reino de Francia, una vez que Julio II disolvió la Liga de Cambrai contra Venecia y forjó la Liga Santa para cercar, esta vez, a Francia. Mientras su esposo limaba asperezas con Luis XII, ella hacía lo propio con la reina consorte Ana de Bretaña. Su vida fue «extraordinaria», tal como adjetiva su biógrafa Caroline P. Murphy, pero su memoria ha declinado bajo paladas de olvido.

Quizá para distanciarse de los modos de Alejandro VI, en un principio Julio II marcó distancias con su hija —ni siquiera fue a su boda—, pero luego la honró con un fastuoso banquete en el Vaticano. Emprendedora, Felice hizo una fortuna con el negocio de los cereales y, resuelta, salió airosa del Saco de Roma de Carlos V en 1527. Si queremos ver un retrato suyo, solo tenemos que pasarnos por las estancias de Rafael en el Vaticano y contemplar *La misa de Bolsena*: Felice es la mujer de negro arrodillada a la izquierda.

Finalmente, si el siglo xv fue el de los Borgia, el poder en el xvi se desplazó irremisiblemente a los Médici, que dieron cuatro papas —León X, Clemente VII, Pío IV y León XI— y valiosísimas mujeres ligadas a ellos, como las reinas de Francia Catalina o María de Médici.

LA CUÑADA DE INOCENCIO X

Por las venas de Inocencio X, papa retratado por Velázquez en una obra presente en la galería Doria Pamphili de Roma, corría también sangre de los Borgia, puesto que era tataranieta de Juan Borgia, el *infans romanus*.

Su pontificado, entre los años 1644 y 1655, no fue un camino de rosas, con una Europa vacilante entre la guerra y la paz de Westfalia; y en esa senda de espinas contó siempre con la inestimable ayuda de su cuñada Olimpia Maidalchini, casada



Retrato de Inocencio X del pintor Diego Velázquez. Galería Doria Pamphili de Roma.



Olimpia Maidalchini fue una de las mujeres más poderosas del siglo XVII. En la imagen, *La princesa Olimpia Maidalchini y el papa Inocencio X*, obra de Guillermo de Sanctis.

con su hermano Pamphilio Pamphili. «Señores, acabamos de elegir a una papisa», se lamentó el cardenal Alessandro Bichi cuando el cónclave se decidió por Inocencio X frente a la opción del cardenal Firenzola, el candidato de España. Y así, como la *papessa*, pasó a la posteridad Olimpia Maidalchini.

A ella, por cierto, también la inmortalizó el pintor sevillano. En 2019, su retrato, perdido durante trescientos años, fue subastado en Londres por la casa Sotheby's, con una presentación de lo más incitante, como supuesta amante de Inocencio X. No hay pruebas que avalen ese vínculo. Lo que sí es seguro es que Olimpia manejó, a veces desde la sombra y normalmente a la luz de todo el mundo, los hilos de los Estados Pontificios.

El papa correspondió a sus consejos nombrando cardenales a varios familiares suyos, y ella multiplicó sus ingresos gracias a su parentesco. Inocencio tenía setenta años cuando vistió la muceta roja y a Olimpia, a sus cincuenta, le fue dado exhibir todo su dinamismo para organizar el Jubileo de 1650 o promover la creación del Instituto de Viudas en Duelo.

LA HERMANA PASCALINA, CONSEJERA DEL PAPA PÍO XII, TUVO UN GRAN PODER EN EL VATICANO DURANTE SU MANDATO

Cerca de la plaza Navona había (y hay) una estatua, la del Pasquino, en la que los romanos se desahogaban dejando mensajes sarcásticos de todo tipo, como el que en cierta ocasión le encasquetaron a la *papesa*: «Olim pia, nunc impia» (antaño piadosa, ahora impía).

Se sabe que tras la muerte del pontífice Inocencio X, Olimpia Maidalchini se llevó de los aposentos papales todo lo que pudo y más, de modo que su sucesor en el trono de san Pedro, Alejandro VII, abrió una investigación por el desfalco. La muerte de la cuñada del anterior pontífice a consecuencia de la peste cerró el proceso en falso. Olimpia, una mujer casi desconocida pero de gran influencia, murió el 26 de julio de 1657.



Nathalie Becquart es subsecretaria del Sínodo de Obispos, la primera mujer con derecho a voz y voto en un sínodo.

EL PODER EN LOS ÚLTIMOS SIGLOS

Ni que decir tiene que la inmensa mayoría de las mujeres que han rondado los pasillos vaticanos no han sido mezquinas ni pérfidas. Ahí están, por ejemplo, las tres hermanas solteras de Pío X (1903-1914), Rosa, María y Ana, que no se separaron de él y vivieron en un piso próximo a la Ciudad del Vaticano. O la monja Pascalina Lehnert, consejera del papa Pío XII y su ama de llaves desde los años en que él era nuncio en Alemania.

En el libro *Pío XII, Hitler y Mussolini*, Giorgio Angelozzi Gariboldi cuenta que, cuando los nazis proyectaron invadir el Vaticano y secuestrar al papa, varias personalidades próximas al sumo pontífice —el abogado Antonio Milo di Villagrazia, monseñor Edoardo Prettnner Cippico, más tarde involucrado en un sonoro escándalo financiero y de espionaje, y el arquitecto y conde Enrico Galeazzi— se pusieron en contacto con la hermana Pascalina para notificarle sus planes de ponerlo a salvo en la villa de Galeazzi. Aquel operativo lo supervisó la misma monja, quien, al ir a inspeccionar el recinto, trepó por un muro, resbaló y se rompió un tobillo. ¿Cómo se llama la biografía que Paul I. Murphy escribió sobre ella? Han acertado: *La papisa*.

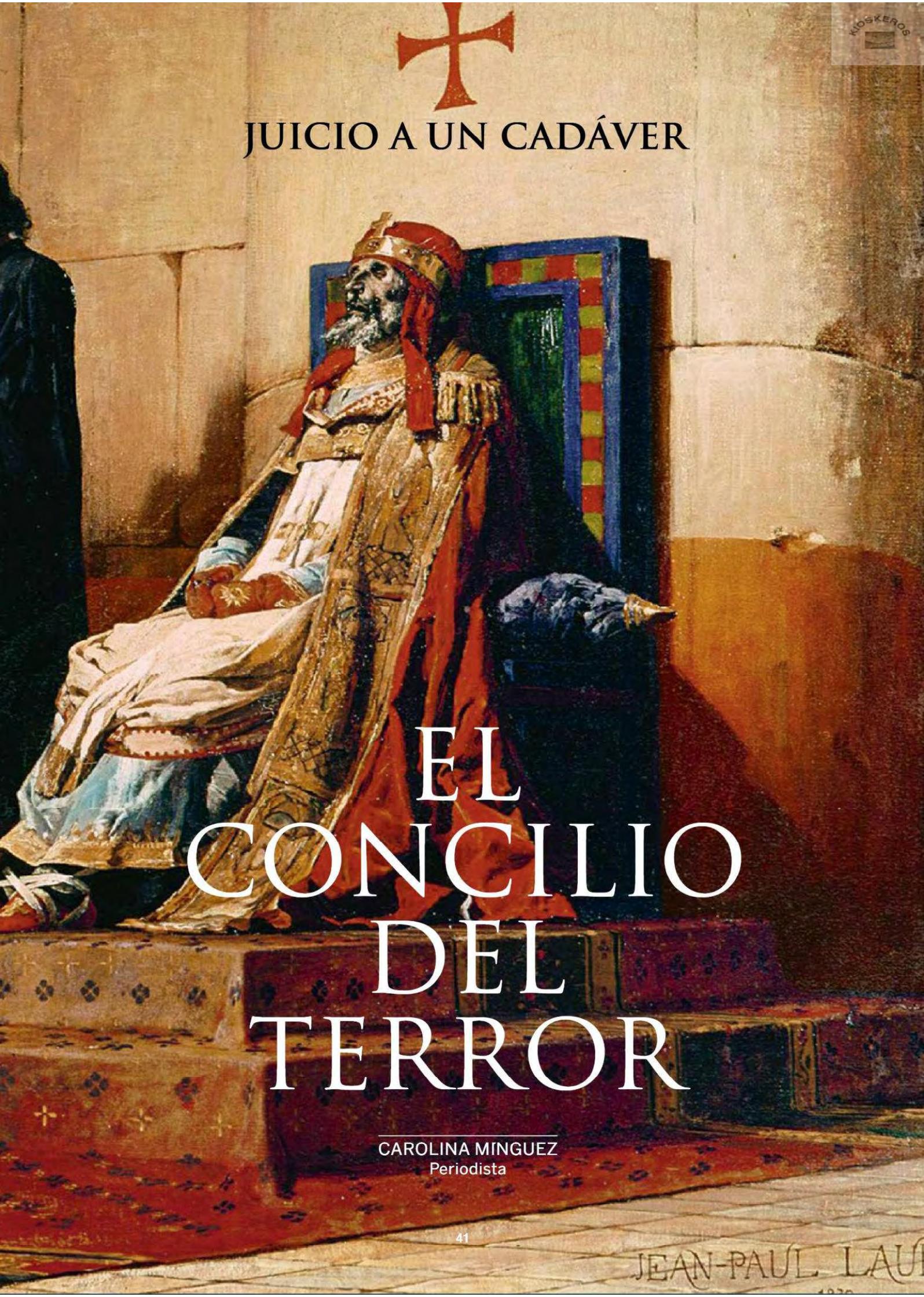
Grandes profesionales han trabajado y trabajan en la Ciudad del Vaticano, donde el número de empleadas representa ya más del 24 % del total. Ese fue el caso de la arqueóloga Hermine Speier, la primera mujer contratada por los Museos Vaticanos, institución que hoy dirige otra mujer, Barbara Jatta, guardiana de la Capilla Sixtina y antes directora de la Biblioteca Vaticana.

Otra laica, Raffaella Petrini, fue nombrada por Francisco secretaria general del Governatorato, que se encarga de supervisar la administración y de coordinar los distintos órganos. Y en una lista que publicó la BBC en 2022 con las cien mujeres más influyentes e inspiradoras del mundo, había una monja del Vaticano, Nathalie Becquart, subsecretaria del Sínodo de los Obispos y, por tanto, la primera mujer con derecho a voz y voto en un sínodo. «Las mujeres son un regalo —ha señalado el papa argentino—. Dios no creó al hombre y luego le dio un perro faldero para que jugara con él. Creó a ambos por igual, al hombre y a la mujer». ■

ASC El papa Formoso protagonizó uno de los juicios más infames de la historia de los papas, al que hubo de asistir cuando ya llevaba meses muerto, ejerciendo Esteban VI como fiscal. En la imagen, cuadro de Jean-Paul Laurens.



JUICIO A UN CADÁVER



EL CONCILIO DEL TERROR

CAROLINA MINGUEZ
Periodista

Fue una venganza ataviada con las hechuras de un proceso judicial. La vil pantomima, ejecutada en la basílica constantiniana, frente al cuerpo exhumado del papa Formoso, ilustró con precisión cómo se vivía la batalla por el poder en la Italia del siglo IX.

Durante la Alta Edad Media las disputas por el control de los territorios y el monopolio de la doctrina religiosa estaban en plena efervescencia. Los últimos reyes merovingios ya habían echado mano de conversiones espontáneas de fe, bautismos e investiduras sacralizadas para obtener el favor de la Iglesia de Occidente, la figura que les ayudaría a mantener sus vastos territorios más o menos cohesionados y alejadas las conjuras de los nobles sedientos de poder.

Roma entró con todo en el juego y su objetivo era apropiarse del estatus de autoridad moral frente a la creciente influencia de Constantinopla, cada vez más alejada teológicamente; debía garantizar que la fe de sus gobernantes era la adecuada.

La dinastía carolingia fue un paso más allá e introdujo la ceremonia sagrada en las coronaciones. De esta forma, inició una etapa en la que las relaciones Iglesia-Estado estuvieron definidas por el 'cesaropapismo': un apoyo mutuo que, sin embargo, abonó el terreno de las intrigas y las corruptelas en todos los nombramientos de uno y otro lado.

LA EDAD DE HIERRO DEL PONTIFICADO

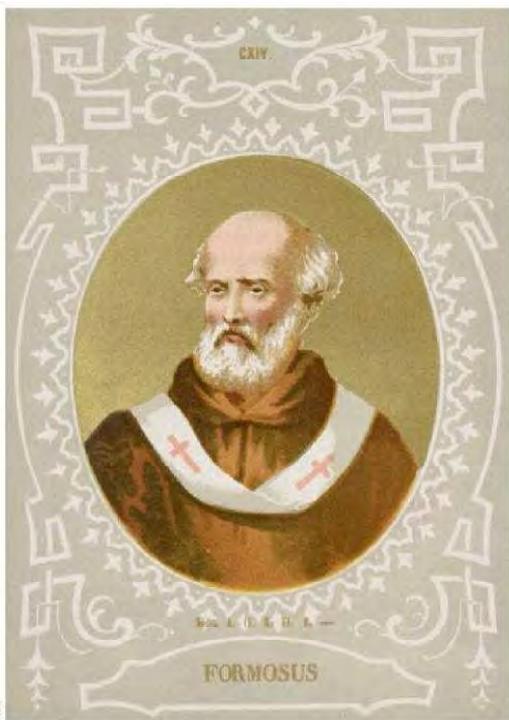
Durante más de cien años, desde finales del siglo IX hasta bien entrado el XI, se sucedieron los ocupantes en la silla de San Pedro a toda velocidad. Una Roma en decadencia asistió atónita a la Edad de Hierro del Pontificado, un periodo convulso que se inauguró con la muerte violenta del papa Juan VIII el 15 de diciembre del año 882, envenenado por un familiar y rematado después con un martillo ante la lentitud de la pócima.

En su *saeculum obscurum* (el siglo oscuro de la Iglesia) se sucedieron los asesinatos, las excomuniones, las abdicaciones y hasta la pura compra monetaria del título de papa.

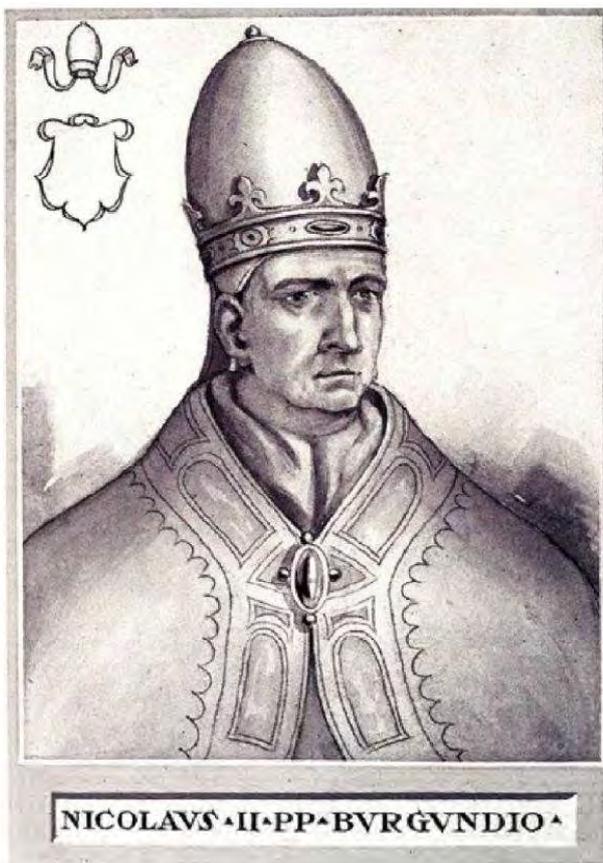
Unas veces, el pontífice era nombrado directamente por el emperador; otras, era el propio papa saliente, si lo hacía con vida, el que elegía a su sucesor en el cargo. El candidato era, con demasiada frecuencia, un familiar. Estos mecanismos fueron comunes hasta que se establecieron nuevas normas que desvincularon los nombramientos de los vaivenes del poder terrenal.

Con la publicación en el año 1059 de la bula *In nomine Domini*, de Nicolás II, se puso fin a un periodo en el que el oficio de romano pontífice se había convertido en una profesión de alto riesgo. Nicolás II decidió que los cardenales obispos fueran los únicos legitimados para elegir un candidato que luego debía ser, eso sí, aclamado por el resto del clero. Aunque no resolvió todas las irregularidades ni fue bien recibida por todos los estamentos, esta bula fue una reforma importante que pacificó

LA EDAD DE HIERRO SE INAUGURÓ CON LA MUERTE DE JUAN VIII, PAPA ENVENENADO Y REMATADO CON UN MARTILLO



Sobre estas líneas, retrato del papa Formoso, cuyo mandato duró del 816 al 896. A la derecha, Nicolás II, Gerardo de Borgoña, papa de 1058 al 1061.



de forma considerable el proceso; por desgracia, llegaría demasiado tarde para el papa Formoso y otros muchos que sufrieron en sus carnes, y hasta en sus huesos, el resultado de un sistema violento y corrupto.

EL AGRAVIO A LOS SPOLETO

A finales del siglo IX, el Ducado de Spoleto gozaba de una gran importancia estratégica y militar. Tras la reunificación protagonizada por los hermanos Guido y Lamberto en el 883, el territorio se había convertido en una marca, una barrera de contención del Imperio franco frente a los catapanes bizantinos que estaban afincados en el sur de Italia.

Tras la muerte de Carlos III el Gordo, Berengario del Friul fue elegido rey de Italia. De inmediato, sabiéndose en una posición de fuerza, Guido III decidió disputarle el trono y lo consiguió, tras vencer con sus tropas en la batalla de Trebbia. El de los Spoleto fue consagrado como emperador del Sacro Imperio en el 891. Al poco, impuso que su hijo Lamberto, de solo doce años, fuera designado cogobernante. El propio Formoso llevó a cabo la ceremonia, muy a su pesar.

La coronación de Lamberto nunca fue del agrado del papa. Con fama de predicador incansable, recto en cuanto a la interpretación de la doctrina y adscrito a la corriente reformista, consideraba al pequeño de los Spoleto un mal cristiano. De hecho, Formoso arrastraba ya algunas enemistades en los círculos de poder tras apoyar en el pasado la figura de Arnulfo de Carantania como aspirante al trono de Italia. La opción del pontífice del momento, Juan VIII, era la profrancesa, encarnada por Carlos el Cal-



Fresco que representa la donación de la iglesia por Nicolás III a san Pedro y san Pablo.

vo, sobrino de el Gordo. Entonces, Formoso fue expulsado de su diócesis y excomulgado por participar en los disturbios que agitaron Roma en favor de la opción política progermánica.

En esta época convulsa, tanto un exilio como una proclamación tenían una perspectiva temporal limitadísima. Tan pronto una facción se hacía con el poder, como tenía que abandonar lo conquistado y escapar sin echar la vista atrás. Según la *Enciclopedia dei Papi*, Formoso estaba acusado formalmente de conspiración contra el emperador y de haber intentado pasar de su sede episcopal a otra más importante. Tras pedir perdón, Juan VIII le permitió volver a la comunión con la Iglesia bajo la promesa escrita de no retornar

nunca a Roma y no intentar recuperar su sede episcopal.

Con la llegada de Marino I al pontificado terminó de diluirse el asunto, ya que autorizó el regreso a la ciudad de los condenados y restituyó a Formoso en la diócesis de Porto. A la muerte de Esteban V, en el 891, Formoso subió al Trono de San Pedro como nuevo papa, con gran consenso entre el clero, a pesar de no cumplir con la norma que prohibía el paso de un prelado de una sede a otra.

UN PAPA ESTRATEGA

Su llegada al papado coincidió con el apogeo de los Spoletto al frente del Imperio, sin embargo, la bicefalia imperial duraría poco: en el 894 murió Guido III y su hijo Lamberto, aquel mal cristiano, pasó a ostentar el poder en solitario.

En manos de la familia lombarda los abusos y las incursiones en los territorios de la Iglesia se habían vuelto muy frecuentes, hecho que inquietaba sobremanera a la curia romana.

Fue entonces cuando Formoso decidió pasar a la acción para apoyar lo que él creía un regidor más adecuado para la Iglesia Occidental y para Italia. Reactivó sus contactos con el rey de la Francia oriental Arnulfo, descendiente del propio Carlomagno por vía bastarda. El de Carantania vio la oportunidad perfecta para

EN MANOS DE LOS SPOLETO LOS ABUSOS E INCURSIONES EN TERRITORIOS DE LA IGLESIA SE VOLVIERON FRECUENTES

eliminar la última amenaza sobre su jurisdicción y respondió veloz a la llamada de auxilio de su amigo. Planeó una invasión relámpago y marchó con sus tropas sobre Roma; cuando llegó, el papa había sido detenido y encerrado en el castillo de Sant'Angelo. A la par, los Spoletino alimentaban la revuelta en la ciudad atrincheros tras las murallas leoninas.

Arnulfo consiguió atravesar la Porta San Pancrazio y liberar a Formoso, obligando a los Spoletino a marcharse. Se convirtió en el nuevo emperador, ungido por su aliado en la fe. Pero el pontífice apenas disfrutó de la tranquilidad que daba el respaldo del Imperio; poco después de haber entregado la corona a su socio, en abril del 896, murió a los 80 años de edad. El detalle de su fallecimiento, sin embargo, no le libraría de la venganza de los Spoletino.

Ese mismo año, el tataranieto de Carlomagno regresó a Baviera y cayó enfermo, lo que le impidió hacer frente a la gestión de sus territorios. Lamberto aprovechó su ausencia y su debilidad para regresar con el ejército y conquistar de nuevo la codiciada corona italiana.

Con los Spoletino otra vez en el trono, estrenó su pontificado Bonifacio VI, sin apenas margen de maniobra, ya que murió a los 15 días y su papado es todavía hoy el segundo más corto de la historia. Lamberto designó entonces al artífice de una de las escenas más dantescas y vergonzosas en la historia de la Iglesia; el papa Esteban VI. Había sido consagrado obispo de Anagni por el propio Formoso, pero no dudó en ordenar que se desenterrara su cadáver meses después de muerto.



La época del imperio carolingio fue convulsa también para la silla de Pedro, con traiciones, enfrentamientos e idas y venidas de diferentes papas. En la imagen, mapa del imperio.

CARLOMAGNO, EL CESAROPAPISMO Y LAS ENTRETRELAS DEL PODER

El 25 de diciembre del año 800, la ciudad de Roma fue testigo de la coronación de Carlos I el Grande. Varios relatos describen la icónica escena: en un momento, durante la misa de Navidad, el rey de los francos se arrodilló para rezar y el papa León III lo consagró como emperador de los romanos. Según el *Liber Pontificalis* (una recopilación de biografías de los primeros papas de la Iglesia), los allí presentes proclamaron hasta en tres ocasiones «a Carlomagno, piadoso augusto, por Dios coronado, grande y pacífico emperador, ¡vida y victoria!». Después de los vítores, el rey de los francos fue ungido con los santos óleos.

Una ceremonia sacra garantizaba cierta protección frente a las posibles conjuras por parte de la aristocracia y los nobles ansiosos de asaltar el poder en un territorio tan extenso. El gesto no fue en absoluto casual; con seguridad respondió a un meditado acuerdo entre ambos, aunque existen dudas en torno al detalle de que la corona fuera impuesta por las manos de León III, en lugar de que se la ajustara el propio Carlomagno.

En el caso del pontífice, la alianza con el Imperio no solo sirvió para afianzar el poder de Roma frente a Constantinopla, sino que el rito se ejecutó casi en legítima defensa. Poco tiempo antes había logrado esquivar un intento de asesinato y necesitaba de la protección de un líder poderoso. Carlomagno, por su parte, venía de conquistar nuevos territorios para el reino franco y pensó que el apoyo de la Iglesia le ayudaría a mantener cohesionados todos sus dominios. No en vano, esta colaboración supuso un importante puntal sobre el que apoyar el peso de una identidad común europea, así como las bases de una comunidad espiritual: «Lo nuestro es: según el auxilio de la divina piedad, defender por fuera con las armas y en todas partes la Santa Iglesia de Cristo de los ataques de los paganos y de la devastación de los infieles, y de fortificarla dentro con el conocimiento de la fe católica. Lo vuestro es, santísimo padre: elevados los brazos a Dios como Moisés, ayudar a nuestro ejército, hasta que gracias a vuestra intervención el pueblo cristiano alcance la victoria sobre los enemigos». Carlo Magno, Epístola VIII (a. 796).

Con esta unión, los pontífices obtenían importantes atribuciones sobre el devenir del Imperio, gracias a Carlomagno y antes, a su padre, Pipino, la Iglesia afianzaba su soberanía en el ducado de Roma. Dicha alianza supuso nada menos que el nacimiento de los Estados Pontificios, los territorios de la Italia central bajo la administración de los papas donde la Iglesia era la máxima autoridad.

Este sistema simbiótico, además, transfería atributos teológicos al rey emperador y dotaba al papa de independencia política. El modelo fue bautizado con posterioridad como cesaropapismo. Pero lo que en aquel momento parecía un trato ventajoso para ambas partes, únicamente lo fue sobre el papel: entre los siglos IX y XI comenzó una época oscura dominada por el tráfico de influencias y la falta de moralidad en la Iglesia.

La corrupción emponzoñó lo sagrado y lo terrenal. Y la elección de los papas, que ahora ostentaban un importante poder, se convirtió en un asunto en el que todos querían influir. Las familias feudales impusieron a sus candidatos durante décadas, meras marionetas cuya única función era atender a los intereses políticos del momento. Obsesionada con proteger sus territorios y controlar a la Iglesia oriental, Roma se dejó someter por el poder temporal.

EL CONCILIO CADAVERICO

Lamberto y su madre Agiltrudis tuvieron que huir de Roma tras la traición de Formoso. Aquel papa había infligido al clan el peor de los agravios, y la venganza debía estar a la altura.

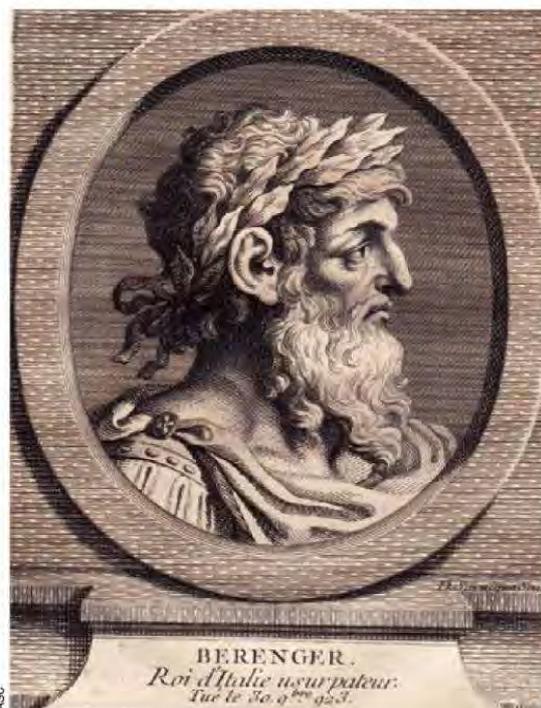
Esteban VI, aunque era el candidato oficial de la familia romana, debió sufrir fuertes presiones para ejecutar el macabro teatrillo. En un principio, había reconocido la legitimidad de Arnulfo a través de una bula, pero al poco tuvo que desdecirse y señalar a Lamberto como único emperador. También hay que recordar que contó con la confianza de Formoso, que lo había nombrado obispo.

En esta lucha interna ganó el instinto de supervivencia y Esteban VI ejecutó los sórdidos deseos de la familia Spoleto, embargada por la ira y el rencor. Así, entre marzo y abril del 897, el pontífice convocó un concilio en la basílica de Letrán siguiendo todas las formalidades.

La reunión tenía un invitado imposible, el papa Formoso, fallecido y enterrado. El concilio también contó con la presencia de obispos, miembros de la curia romana, otros cargos eclesiásticos y hasta un abogado de oficio para que hablara en nombre del muerto.

Se hizo exhumar su cadáver, se le vistió con todo detalle y fue sentado en su silla, amarrado con una cuerda, para que pudiera escuchar las acusaciones que, sobre él, pesaban. La única explicación a esta macabra puesta en escena podría haber sido la aplicación de la doctrina del *corpus delicti*, la distinción jurídica entre la comisión de un delito y la autoría del mismo. La Inquisición había empezado a utilizar esta figura en sus juicios contra los herejes y requería, pues, la presencia del autor del delito, que en este caso era un cadáver. La otra posible motivación era mucho más mundana: la simple revancha de Lamberto y Agiltrudis.

El papel de fiscal recayó sobre Esteban VI, que acusó al cadáver de Formoso de varios delitos: de haber aceptado el papado siendo ya obispo de Porto, de romper su juramento de no volver a pisar suelo romano y de haber traicionado a la corona por llamar a un rey extranjero a invadir Italia.



Grabado de Berengario de Fruil, Berengario II, rey de Italia y emperador de Occidente.

LA DOCTRINA DEL *CORPUS DELICTI*
**REQUERÍA LA PRESENCIA DEL AUTOR DEL
 DELITO, QUE EN ESE CASO
 ERA UN CADÁVER**

ELECCIONES *IN NOMINE DOMINI*

La Iglesia occidental aterrizó en el siglo XI sumida en una profunda crisis moral. El concubinato y la simonía (compraventa de cargos u oficios religiosos) eran faltas habituales entre el clero. La designación directa del papa por parte de los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, la tónica habitual. En este escenario, la llegada de Gerhard de Borgoña, obispo de Florencia, a la silla de San Pedro fue bastante accidentada. La muerte inesperada de Esteban IX propició que las familias de la nobleza romana aprovecharan el desconcierto inicial para asegurarse, previo pago, la elección de su postulante, el obispo de Velletri, que se convertiría en el antipapa Benedicto X. Un mero títere puesto en el cargo por un senador romano.

El manoseo del procedimiento fue tan descarado y alejado de cualquier norma canónica que el candidato nunca llegó a contar con la aprobación del clero y, enseguida, surgió una corriente de cardenales disidentes que auparon al pontificado al obispo florentino bajo el nombre de Nicolás II. Según relató Per Damiani, cardenal reformista de la época, el nuevo papa gozaba de «viva inteligencia y buena cultura», cumplía con el voto de castidad y era generoso en su limosna. Así pues, tenía el respaldo de los círculos religiosos y laicos para continuar con la renovación espiritual de la Iglesia.

En 1059, el palacio de Letrán fue testigo de una reunión clave para el futuro de la Iglesia. Al sínodo acudieron más de un centenar de obispos que recibieron las directrices de la nueva moralidad del clero. Se puso coto a la simonía y también se prohibió el nicolaísmo; los sacerdotes casados debían repudiar a sus esposas si querían esquivar la excomunión. En la bula *In nomine Domini* (en el nombre del señor) la pobreza se estableció como referente frente a la acumulación de bienes y se priorizó la defensa de los débiles y la vida en comunidad del clero. A esta importante regeneración espiritual se sumaría una redacción fundamental en el futuro del cristianismo: la definición del sistema de elección de los papas.

Nicolás II estaba decidido a acabar con las injerencias del Imperio que habían llevado en los últimos años a la pérdida de prestigio y el deterioro de ambas instituciones, de la Iglesia y del Estado. El primer papa reformista estableció que el pontífice debía ser elegido por los cardenales obispos, consagrado por los obispos de la misma provincia y aclamado por los clérigos y el pueblo. Desaparecieron así la influencia de la nobleza romana y la mano del emperador, al que se reservaba, en todo caso, un derecho de confirmación (solo de consenso, nunca de oposición) que, además, podía ser revocado en cualquier momento.

Se obligó a un diácono a hacer de abogado defensor. Y ahí estuvo, de pie, junto al cadáver, tratando de mantener la compostura y la comida en el estómago, ya que, según se recoge en el Concilio romano del año 898, un hedor terrible emanaba de los restos cadavéricos. «A pesar de todo ello, se le llevó ante el Tribunal, revestido de sus ornamentos sagrados, con la mitra papal sobre la cabeza casi esqueletizada donde en las vacías cuencas pululaban los gusanos destructores, los trabajadores de la muerte».

El resultado de aquel esperpento fue la imposición de la pena de la *damnatio memoriae* (condena de la memoria), una solución que se aplicaba en la antigua Roma para borrar todo recuerdo de un enemigo del Estado o de emperadores especialmente impopulares. En este caso, supuso la anulación de todos los actos y

EL CADÁVER FUE DESPOJADO DE SUS ROPAS Y SE LE AMPUTARON 3 DEDOS DE LA MANO



Bonifacio VI, arriba, tuvo el segundo papado más corto de la historia, de 15 días. A la derecha, Carlos el Calvo, quinto emperador carolingio.



ordenaciones que habían tenido lugar durante su pontificado. Este punto le venía muy bien al propio Esteban, que había sido nombrado obispo de Anagni por Formoso y evitaba así romper la regla canónica contraria al traslado de sedes.

Su momia ni siquiera volvió a su sepultura, el cadáver fue despojado de sus ropas y se le amputaron tres dedos de la mano, los mismos que había utilizado en vida para dispensar las bendiciones. En este estado, los restos fueron arrojados al río Tíber.

Al poco tiempo, los partidarios del vilipendiado Formoso protagonizaron una revuelta que se llevaría por delante a su verdugo; asaltaron el Vaticano y Esteban terminó en la cárcel, donde murió estrangulado.

Más allá de estos hechos, el destino final de Formoso es incierto. La leyenda dice que un pescador encontró el cuerpo, lo reconoció y lo salvó de la corriente dándole un entierro cristiano. Después, el papa Teodoro II, decidido a limpiar su nombre, habría mandado a unos monjes a recuperar el cadáver, desenterrándolo, una vez más, para darle sepultura en el complejo funerario de San Pedro, entre el resto de las tumbas papales.

Un merecido descanso para sus reliquias, casi imposible de verificar, ya que los frecuentes y caóticos traslados de los sarcófagos hacen muy complicado rastrear si, de verdad, el papa Formoso reposa en las grutas vaticanas tras sufrir el juicio más infame de la historia. ■

LA LEYENDA
NEGRA
DEL PAPA MÁS
LASCIVO
DE LA IGLESIA

JUAN XII

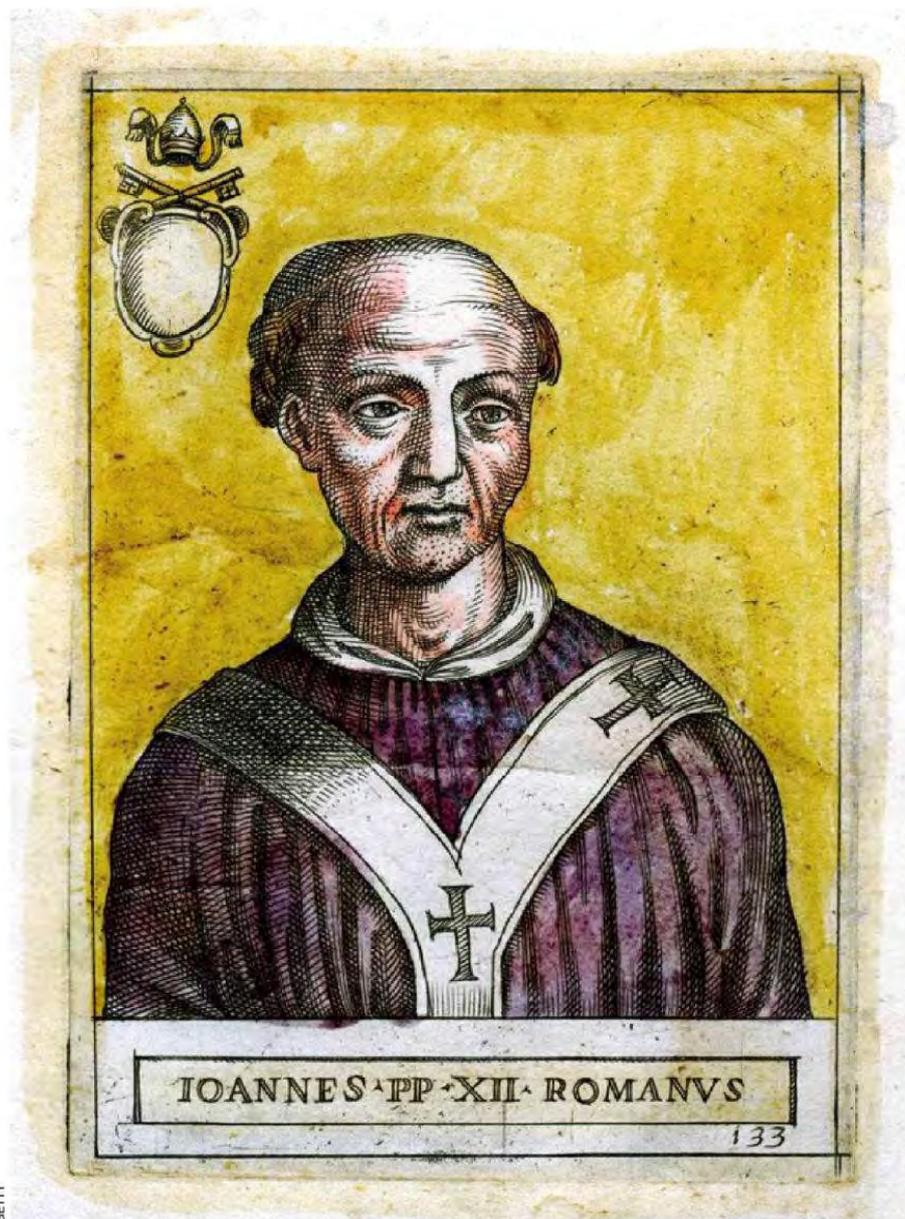
MANUEL P. VILLATORO
Periodista y escritor





El emperador Otón lleva el tesoro de la iglesia al papa Juan XII, obra de la colección del Palacio Apostólico del Vaticano.

GETTY



GETTY

Grabado del siglo XIX de Octaviano de Túsculo ya como Juan XII. Electo con 18 años, el papa más joven de la historia (del 955 al 964) se caracterizó por su obsesión por el sexo y por la corrupción.

Nacido como Octaviano de Túsculo, este pontífice fue acusado en el siglo X de corrupción, sacrilegio, embriaguez y fornicación con mujeres casadas. Sus crímenes se contaron por decenas. Los cronistas del siglo X le acusaron de haber corrompido a la Iglesia, de emborracharse hasta casi desmayarse, de brindar por el diablo y de asesinar sin piedad a sus adversarios. Aunque sí hubo algo que marcó los nueve años de pontificado de Juan XII, el papa número 130 de la Iglesia, y fue su obsesión por el sexo. Además de convertir el palacio de Letrán en un burdel y de mantener relaciones sexuales con las esposas de otros hombres, se le acusó de embozarse para salir en busca de las más bellas presas. «Testigo de ello es la ausencia de todas las mujeres, salvo las romanas: temen venir a rezar a los templos porque han oído como, hace poco, llevó a su lecho a peregrinas por la fuerza, y fuerza a viudas y vírgenes por igual», escribió su contemporáneo, Liutprando de Cremona.

SE CREE QUE JUAN XII FUE EL PRIMER PAPA QUE CAMBIÓ DE NOMBRE AL SUBIR A LA SILLA DEL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES

Todavía hoy es imposible saber si estas tropelías forman parte de una leyenda negra orquestada por sus enemigos, que fueron muchos, o si describen la realidad. Con todo, haber convertido el sexo en el centro de su pontificado ha hecho que Juan XII pase a la historia como uno de los peores papas de la Iglesia.

BANDAZOS POLITICOS

La vida de Juan XII está rodeada de enigmas desde sus primeros compases. Lo poco que se sabe de la infancia de Octaviano de Túsculo, así llamado al nacer, es que fue un hijo ilegítimo de Alberico II, el hombre que lideraba Roma y los Estados Pontificios desde principios del siglo X. A cambio, se desconoce cuándo vino al mundo y el tipo de educación que recibió. Su historia arranca para los cronistas en el 954, ese año aciago en el que, mientras agonizaba, su padre hizo jurar al clero y a la nobleza local que elevarían al chico hasta el solio papal tras su muerte. No pudo haber promesa más amarga. El 31 de agosto, aquel chaval consiguió el poder terrenal tras el fallecimiento de su progenitor. Poco después, a finales del 955, se convirtió en la cabeza visible de la Iglesia después del fallecimiento de Agapito II.

En todo caso, fue un personaje disruptor desde el mismo instante en el que se hizo con el poder eclesiástico. El historiador del siglo XVIII Antoine-Henri Bercastel sostuvo que Octaviano «fue el primer papa que mudó de nombre al subir a la silla del Príncipe de los apóstoles» al decidir llamarse Juan XII. Curioso prelude de lo que se avecinaba. En un suspiro, la sociedad romana entendió que el máximo interés del pontífice era materializar sus desviaciones sexuales, por muy perversas que fueran. Cuesta hallar el porqué de su conducta. Algunos historiadores mantienen que la razón fue su extrema juventud, pues se hizo con el poder cuando sumaba entre 16 y 18 años. Otros tantos son partidarios de la idea de que no sentía ninguna vocación religiosa.

Lo que no se le puede negar fue haber gozado de una visión política heredada de su padre Alberico II, y es que Juan XII soñaba con transformar los Estados Pontificios en un poderoso imperio que aunara el poder terrenal con el eclesiástico. Para su desgracia, fue esa idea la que le llevó al desastre. En el 959, según explicó el fallecido medievalista Harald Zimmermann, el papa cometió la osadía de dirigir sus tropas hacia Capua, Benevento y Salerno en una «guerra promovida de propósito» contra los príncipes locales. Poca finalidad tenía más allá de saciar sus anhelos de batalla y demostrar su fuerza. Pero aquella expedición acabó en desastre y sus tropas fueron derrotadas sin paliativos. Lo peor fue la reacción de Berengario II –el monarca italiano– y de su lugarteniente Adalberto: al percatarse de la fragilidad del pontífice, padre e hijo dispusieron a sus ejércitos para la guerra.

Aquello removió la política del viejo continente. Sabedor de que sus enemigos habían iniciado la marcha hacia el palacio de Letrán, Juan XII solicitó la ayuda militar de Otón I, rey de los germanos. Y, aterrado como estaba, le ofreció como recom



THE TRISUITES OF BRITISH MUSEUM



ASC

Juan XII (a la izquierda) se arrepintió de la sumisión que había mostrado al emperador. Otón (a la derecha) quiso vengarse de la traición del papa invadiendo los estados pontificios.

Juan XII acató los pactos con el nuevo emperador mientras este mantuvo en Roma, poco más podía hacer. Pero la situación dio un giro radical cuando Otón regresó de nuevo a su patria. Tras su marcha, el papa, avergonzado por la sumisión que había demostrado, envió misivas a Adalberto para ganarse su lealtad y, llegado el momento, derrocar al germano. Nadie dijo nunca que la alta política de la época fuese sencilla.

Pero, una vez más, el papa tuvo mala fortuna. Narró Liutprando de Cremona que los ejércitos de Otón I interceptaron varias de aquellas cartas y que el emperador, ávido de venganza, reunió a sus ejércitos para marchar sobre Roma. Huelga decir que tampoco quería desperdiciar la posibilidad de hacerse con los Estados Ponti-

LOS PRIVILEGIOS DE OTÓN I

A penas once jornadas después de la coronación, el 13 de febrero del año 962, Otón I y Juan XII firmaron el *Privilegium Ottonianum*, un documento del que todavía se duda de su autenticidad –no se conserva el original, tan solo una copia– pero que, en la práctica, establecía una serie de derechos y líneas rojas en su alianza. La lista de cláusulas era larga. Para empezar, el emperador confirmaba las donaciones territoriales que sus antecesores, Pipino el Breve y Carlomagno, habían realizado a la Iglesia romana. Además, y según el historiador del siglo XVIII Antoine-Henri Berault-Bercastel, añadía a estas «las ciudades de Rieti, de Amiterno y otras cinco plazas de Lombardía». Todas ellas quedaban, no obstante, bajo la tutela imperial.

Pero el corazón del documento iba mucho más allá. Juan XII aceptaba también que Otón I ejerciera una función de vigilancia sobre la administración de los territorios de la Iglesia y le permitía controlar *de facto* las elecciones pontificas. Y es que, a partir de entonces, el nuevo cabeza de la Iglesia no podría ser consagrado si no prestaba juramento de fidelidad al emperador. En palabras de Berault-Bercastel, lo que se buscaba era «simplemente impedir las turbaciones que se generaban tras la muerte de los papas»; en la práctica, aquello era una forma de que solo ascendieran hasta el solio eclesiástico los religiosos más cercanos al emperador. A cambio, se comprometía a respetar los derechos al pontificado de su par. Qué menos.

JUAN XII FUE ACUSADO DE CORRUPCIÓN, SACRILEGIO, FORNICACIÓN Y EMBRIAGUEZ EN EL SÍNODO PRESIDIDO POR OTÓN I

ficios y de ubicar en la poltrona una marioneta pontificia. Juan XII fue cauto... o cobarde. En lugar de combatir, se exilió a un lugar desconocido y dejó al germano el camino libre hacia la Ciudad Eterna. «Los ciudadanos dieron la bienvenida al santo emperador y a todos sus hombres, prometiendo ser leales y añadiendo bajo un fuerte juramento que nunca elegirían ni ordenarían a un papa sin el consentimiento y la aprobación del augusto emperador», recogió Liutprando de Cremona.

SINODO DE LA VERGUENZA

No tuvo piedad Otón I con aquel traidor libertino. Ya en Roma, convocó un sínodo para tratar la extensísima lista de acusaciones que pesaban sobre el pontífice; aunque la realidad es que su objetivo era deponerle e impulsar hasta el papado a un candidato más afín. Liutprando de Cremona dejó constancia de la marabunta de religiosos italianos y alemanes que participaron en aquella reunión celebrada en San Pedro: hasta medio centenar de personas entre el patriarca de Aquilea –una de las circunscripciones más destacadas de la Iglesia–, arzobispos, obispos, cardenales, clérigos y nobles romanos. Para colmo, fue el mismo emperador quien presidió el juicio; lógico en parte, ya que se desconocía el paradero de Juan XII, pero no por ello menos ortodoxo. Él mismo presentó los cargos de corrupción, sacrilegio, fornicación, embriaguez... y otros tantos «delitos menores», como se refieren a ellos las fuentes de la época.



A la izquierda, Otón I rodeado por las cuatro provincias de su imperio, ilustración perteneciente a un manuscrito del siglo XI. A la derecha Otón I representado en un sello fechado en el año 968, en el que puede leerse: «OTTO IMP AVG (*Otto imperator augustus*)».

LA VENGANZA DEL EMPERADOR

Tardaron muy poco los romanos en olvidar las promesas que habían hecho al germano. Muerto el lascivo líder de la Iglesia, los ciudadanos eligieron nuevo papa a un cardenal que había participado en el sínodo contra Juan XII y en el ascenso de León: Benedicto V. «Juraron además que nunca le abandonarían, sino que le defenderían contra el poder del emperador», recogió Liutprando de Cremona en sus textos. Pero no le valió aquello a un Otón I que anhelaba un pontífice al que pudiera dirigir cual marioneta. En los días siguientes, el ejército imperial asoló y saqueó los territorios cercanos a Roma antes de poner cerco a la Ciudad Eterna en junio del 964. Se avecinaba tormenta de sangre frente a San Pedro.

Desde las murallas de Roma, el nuevo papa llamó a los ciudadanos a la defensa y se dispuso a liderar la batalla. Para su desgracia, aquellos esfuerzos fueron en vano. «El emperador sitió la ciudad estrechamente y no permitió que nadie saliera. Las máquinas de asedio y el hambre completaron la obra y, al final, recuperó su posesión», escribió el cronista. Una vez más, la enésima ya, la población se rindió y juró lealtad a Otón I y a León VIII. Por su parte, Benedicto V fue condenado como usurpador en un concilio celebrado ese mismo julio, degradado a diácono y desterrado. Suerte tuvo de sobrevivir a la cólera imperial, aunque falleció al año siguiente en su exilio en Hamburgo.

Sabemos hasta el tiempo en el que se celebró el sínodo: finales del año 963. Y es que Liutprando de Cremona fue muy descriptivo al narrar la locura que se vivió aquellos días en San Pedro. Fue el emperador quien abrió la sesión, y lo hizo con una pregunta capciosa: «Ruego a todos los presentes que me den su opinión sobre el papa Juan». La respuesta de los cardenales romanos fue igual de directa: «Incluso los habitantes de Iberia, Siria e India saben la respuesta a ella». Huelga decir que el veredicto estaba tomado antes del juicio. A partir de entonces, se sucedió un carrusel de acusaciones enumeradas y analizadas por todos los presentes.

Las primeras pusieron de manifiesto su poco respeto por las tradiciones eclesíásticas. Un sacerdote llamado Pedro se levantó y testificó, en palabras de Liutprando de Cremona, que «había visto al papa celebrar misa sin comulgar». A este le siguió el obispo de Narni (al norte de Roma), quien declaró que Juan XII había perpetrado un deshonor tal como «ordenar a un diácono en un establo y en una época inapropiada». Solo acababan de empezar. Los siguientes confirmaron que había nombrado obispo de la ciudad de Todi a un niño de diez años a cambio de una cuantiosa suma de dinero. Como colofón, se le acusó de dedicar su ocio a la caza, una práctica mal vista entre los religiosos de la época por ser considerada una pérdida de tiempo.

La parte del adulterio fue la más extensa y la más grave. Aunque los llamados padres conciliares confirmaron «que no tenían información visual» de sus perversiones, dijeron «saber con certeza que había tenido relaciones carnales» con la viuda de un tal Rainiero. Corroboraron también que había copulado con «Estefanía, la concubina de su padre, la viuda Ana y su propia sobrina». Gozaba el santo padre con la poligamia, y lo hacía en su propia residencia, una práctica mucho más cómoda que buscar por las calles de la Ciudad Eterna una meretriz. «Había convertido el palacio sagrado en un burdel y un lugar de reunión para prostitutas», añadió el

cronista. No se expuso aquel diciembre, pero Juan XII se había hecho famoso por acosar a las mujeres que rezaban en los templos; hasta tal punto que, según las habladurías de las clases más bajas, había caído de forma drástica la asistencia a misa por miedo a una violación.

Después le tocó el turno a los asesinatos. Según recogió el cronista, el sínodo insistió en que Juan XII había «cegado a su padre espiritual, Benedicto, quien murió a causa de sus heridas». En la práctica, se referían al que había sido su confesor. También «había causado la muerte del cardenal subdiácono Juan, castrándolo», después de que le hubiera reprendido por su comportamiento. Y, para terminar, «había incendiado casas» de la misma Ciudad Eterna. La última remesa de delitos



El final de Juan XII fue tan abrupto como su propia vida.
En la imagen, *Muerte del papa Juan XII*, por Franco Mistrali (siglo XIX).

SEGÚN LAS HABLADURÍAS LA ASISTENCIA A MISA HABÍA DECAÍDO POR MIEDO A UNA VIOLACIÓN DEL PAPA JUAN XII

se relacionó con su falta de fe y su acercamiento a Lucifer. «Todos, clérigos y laicos por igual, lo acusaban en voz alta de beber vino brindando por el diablo. A los dados, decían, pedía la ayuda de Júpiter, Venus y los demás demonios. No celebraba maitines, ni observaba las horas canónicas, ni se fortificaba con la señal de la cruz», explicó Liutprando de Cremona.

MISTERIOSA MUERTE

El sínodo envió una carta a Juan XII en la que le informaba de las acusaciones que se habían vertido contra él y le pedía regresar a la ciudad para defenderse. Pero la respuesta no fue la esperada visita, sino una de sus clásicas amenazas en forma de carta: «He oído decir que deseáis nombrar a otro papa. Si lo hacéis, os excomulgaré a todos en nombre de Dios Todopoderoso». Aquel exabrupto le dio la excusa perfecta a Otón I, quien cumplió sus deseos y consagró, poco después, a un nuevo líder de la Iglesia: León VIII. Un laico que, hasta entonces, había ejercido como responsable de los archivos pontificios. A partir de entonces los hechos se precipitaron. El emperador, cándido, abandonó Roma para regresar a sus dominios convencido de que la situación había sido resuelta. Octaviano, sin embargo, se dispuso a contraatacar desde su exilio.

Cuesta unir las piezas de la última parte de la vida de este pontífice. Liutprando de Cremona, presente aquellos días en la Ciudad Eterna, dejó escrito que «las mujeres con las que el llamado papa solía llevar a cabo sus voluptuosos juegos incitaron a los romanos a derrocar a León y traer a Juan de regreso a Roma». Una buena parte de los historiadores atribuyen esta explicación a la misoginia de la época. Fuera por la causa que fuese, la historia nos dice que el exiliado entró por la fuerza en la *urbs* en febrero del año 964 aprovechando la marcha de Otón I.

El regreso de Juan XII supuso el advenimiento de Lucifer. Vengativo hasta el extremo, persiguió a todos los miembros de la Iglesia que habían cargado contra él durante el sínodo. «Dos fueron el cardenal-diácono Juan y el notario Azo; al primero le cortaron la mano derecha y al otro la lengua, dos dedos y la nariz», explicó Liutprando de Cremona. León VIII, más afortunado, escapó y buscó refugio en las tierras de Otón I.

La pesadilla acabó de forma abrupta antes de que el emperador volviera a Roma. Mientras se dirigía hacia la gran ciudad con sus ejércitos para hacerse con el poder, un mensaje le informó de que la Parca había venido a visitar a su adversario: Juan XII, considerado como uno de los peores papas de la historia, había muerto tras recuperar el solio. La causa, a caballo entre la verdad y la leyenda negra, la recogió su escriba: «Una noche, mientras Juan se divertía con la esposa de un hombre, [este les descubrió y] le asestó un golpe tan violento en las sienes que murió a causa de la herida al cabo de una semana. Además, por incitación del diablo, se negó a recibir los últimos sacramentos». Controvertido hasta el final, vaya. ■



Gregorio VII, en la imagen en un grabado de 1869, quiso reforzar la autoridad papal desvinculándola de los poderes terrenales y laicos y estableciendo serias reformas internas.

ALBANY

LA REFORMA GREGORIANA

GREGORIO VII

Y LA LLEGADA DEL CELIBATO OBLIGATORIO PARA EL CLERO

MARINA SEGOVIA VARA
Doctora en Humanidades y profesora

Corría el año 1073 cuando el monje cluniacense Hildebrando fue elegido pontífice por aclamación popular, transgrediendo la legalidad establecida por el concilio romano de 1059, que había decretado que la elección papal debía estar en manos del colegio cardenalicio y no del pueblo romano. Una vez confirmado como pontífice con el nombre de Gregorio VII, llevó a cabo una profunda reforma de la Iglesia que despertó la antipatía de los poderes laicos y que desembocaría en una confrontación abierta con Enrique IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

GREGORIO VII Y LA LIBERACION DE LA IGLESIA

Nacido en 1020 en la Toscana bajo el nombre secular de Hildebrando de Soana, Gregorio VII ha pasado a la historia como un papa reformador y responsable de cambios radicales y definitivos como la imposición del celibato y la condena de la venta de cargos eclesiásticos. El joven Hildebrando creció en un ambiente monacal, puesto que su familia lo confió desde una edad temprana al cuidado de su tío, abad del monasterio de Santa María en el Aventino, donde hizo los votos monásticos. Tras un breve periplo como secretario del papa Gregorio VI, desterrado a Colonia tras ser acusado de simonía en su elección, ingresó en el monasterio de Cluny, epicentro de la reforma cluniacense.

Este movimiento de reforma eclesiástica había comenzado en el 909, cuando el duque Guillermo I de Aquitania «El piadoso» concedió al abad Bernón los territorios de Cluny para fundar un monasterio benedictino que dependiese directamente del papado. En la Francia feudal del siglo X los monasterios eran ambicionados por los grandes señores feudales, que deseosos de convertirlos en sus señoríos, tomaban el título de abad. Esta práctica se hizo tan habitual que se puede hablar de una secularización del monacato cuyas raíces pueden rastrearse desde el comienzo del medievo. La Iglesia no permaneció ajena a las relaciones feudo-vasalláticas de los siglos X y XI. Ante la inestabilidad política y las turbulencias internas y los peligros exteriores que siguieron a la disgregación del Imperio carolingio, los poderes eclesiásticos se vieron forzados a buscar la protección de reyes y señores. Convencidos de su papel de protectores, estos poderosos señores llegaron a considerar a las iglesias, monasterios y abadías como sus pertenencias.

La concesión de abadías y obispados se efectuaba mediante una ceremonia de “investidura” en la que la Iglesia ocupaba el papel de vasalla. El dignatario religioso recibía el bastón y el anillo, símbolo de su función religiosa, de manos de un señor laico. La investidura laica desembocó en la «simonía»



Gregorio VI nació en la Toscana con el nombre secular de Hildebrando de Soana.



Los cluniacenses denunciaron la vida disoluta y la corrupción del clero y la fórmula Cluny logró una independencia frente a las autoridades laicas. En la imagen, abadía de Cluny.

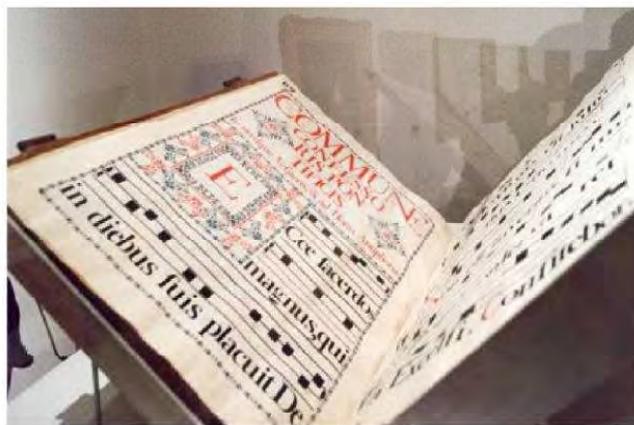
o venta de ordenaciones sacerdotales por el obispo y de obispados y abadías por parte de los señores laicos. Quienes tomaban los hábitos por estos medios, lo hacían muchas veces sin la intención de renunciar a las pasiones terrenales y rehuían el cumplimiento de la disciplina eclesiástica. Los textos de los reformadores hablan de obispos simoníacos, más proclives a actuar como políticos que como religiosos, y de sacerdotes de vida disoluta a los que se acusaba de «nicolaitismo» o amancebamiento. Estos religiosos apoyaban los intereses de los señores a los que estaban ligados a cambio de tierras y otras prebendas. Los cluniacenses denunciaron estas prácticas y trataron de hacer frente a lo que vieron como una crisis moral que hacía peligrar la propia autoridad eclesiástica. La fórmula de Cluny, que logró la independencia frente a las autoridades laicas y los obispos diocesanos, alcanzó un enorme éxito e hizo que otros monasterios solicitasen su inclusión en la reforma. En el siglo XI la orden benedictina superaba los 1200 monasterios.

Su paso por la orden cluniacense marcó el pensamiento de Hildebrando y le hizo encabezar otra de las grandes reformas que marcaron profundamente la organización eclesiástica y la propia fe católica. Durante los años siguientes, Hildebrando se puso al servicio de los sucesivos pontífices. A menudo debió actuar como emisario papal en las cortes de los reyes y señores más poderosos de la cristiandad. Estas-

**QUIENES TOMABAN LOS HÁBITOS A TRAVÉS
DE LA SIMONÍA NO TENÍAN INTENCIÓN
DE RENUNCIAR A LAS PASIONES TERRENALES**

EL CANTO GREGORIANO

Una de las grandes reformas acometidas por Gregorio VII fue la generalización en toda la cristiandad del rito romano. La expansión del rito latino fue acompañada por su expresión acústica, el canto gregoriano. Este canto litúrgico, heredero de una antiquísima tradición transmitida de forma oral, no recibe su



El canto gregoriano es un canto litúrgico católico.

nombre de este Gregorio sino de su predecesor, San Gregorio I el Magno (540-604). Progresivamente fue sustituyendo a otras melodías litúrgicas y se convirtió en el canto propio de la liturgia católica. Realmente, su origen se sitúa a mediados del siglo VIII, cuando el reino franco de Pipino III el Breve adoptó la liturgia romana. Los cantores romanos que cruzaron los Alpes transmitieron los repertorios musicales de forma oral, ya que los manuscritos contenían los textos, pero no las melodías. La fusión del estilo latino y los cantos litúrgicos galicanos propios del norte de la Galia dio lugar a un novedoso repertorio musical. Bajo el imperio carolingio el monacato benedictino se extendió por toda Europa y junto con La Regla de San Benito, cuyo lema era *Ora et Labora*, lo que se conoce como canto gregoriano, alcanzó su máximo esplendor. A finales de la Edad Media, con el desarrollo de la polifonía y el desarrollo de una nueva concepción artística y religiosa asociada al Renacimiento, el canto gregoriano entró en declive y no sería restaurado hasta el siglo XVIII.

labores diplomáticas convencieron a Hildebrando de la necesidad de llevar a cabo una reforma que delimitase las prerrogativas civiles y las religiosas.

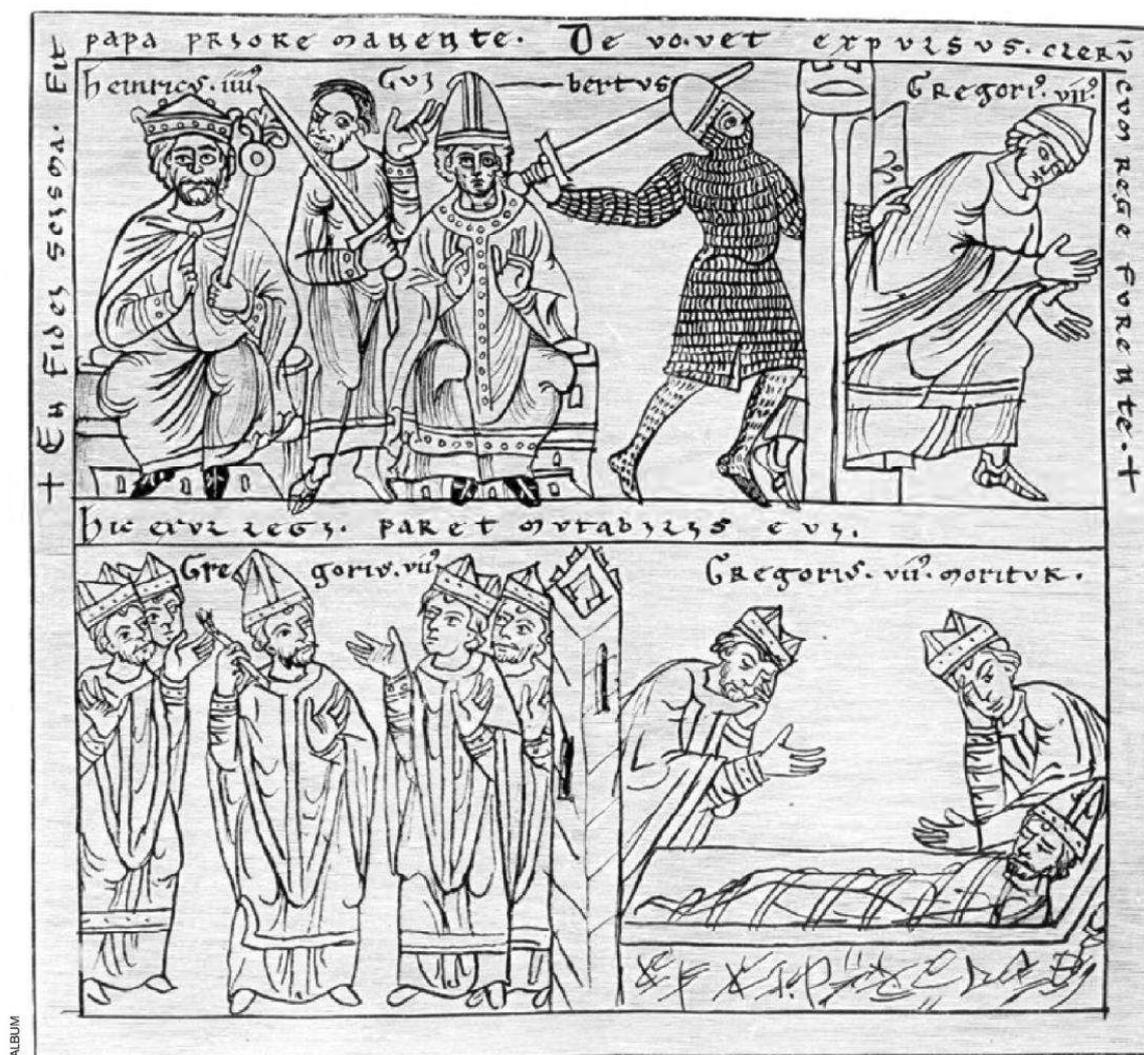
Gregorio VII ascendió al papado firmemente convencido de la necesidad de cumplir su deber como purificador de una Iglesia cada vez más secularizada e inestable frente al poder terrenal. Pretendía reforzar la autoridad papal y lograr la independencia religiosa frente a los poderes temporales. Para ello, uno de los puntos clave era la elección de obispos y eclesiásticos, que estaba entonces en manos de reyes y emperadores. No lo hacía como una figura providencial, sino como una continuación reclamada por numerosos religiosos desde hacía tiempo atrás. Durante este siglo la Iglesia se había visto sumida en su primera crisis importante. El origen de este conflicto, que terminaría llevando a la excomunión de un emperador y el nombramiento de un antipapa, hunde sus raíces en los propios orígenes de la cristiandad occidental.

LA QUERRELLA DE LAS INVESTIDURAS

La denominada querrela de las investiduras enfrentó a los dos principales poderes de la cristiandad, el Papado y el Imperio. Desde que en el 800 el papa León III coronase a Carlomagno como emperador de un restaurado Imperio Romano, conocido como Imperio carolingio, los sucesivos emperadores habían ido adquiriendo cada

EL CESAROPAPISMO, QUE SOSTENÍA EL ORIGEN DIVINO DE LOS REYES, RESPALDABA EL APOYO ENTRE EMPERADORES Y PAPAS

vez más influencia en los asuntos religiosos. El apoyo mutuo entre emperadores, que se erigían como defensores del papado, y pontífices, que otorgaban legitimidad a los primeros, terminó plasmándose en la doctrina política conocida como cesaropapismo, que sostenía la teoría del origen divino de los reyes, que aunaban el poder religioso y terrenal. Se inmiscuían en el nombramiento de obispos y abades con los que mantenían relaciones de vasallaje y controlaban los bienes eclesiásticos de su jurisdicción. Paralelamente, entre los religiosos estaban extendidas prácticas como el nicolaísmo o amancebamiento de clérigos o la simonía, que consistía en la venta de privilegios eclesiásticos. Este conflicto entre poder civil y religioso respondía a



Crónica de Otto von Freising del s. XII que representa a Enrique IV y el antipapa Clemente III; el normando Roberto Guiscardo liberando al papa Gregorio y la muerte de este en 1085.

dos grandes interrogantes presentes a lo largo de toda la Edad Media: ¿Quién tenía el poder para nombrar obispos? y no menos importante, ¿a quién le competía el control de las riquezas de la Iglesia? Para Gregorio VII, defensor de la independencia de la Iglesia, la respuesta estaba clara. El poder espiritual estaba siempre por encima de cualquier autoridad terrenal y los príncipes de la cristiandad debían abstenerse de intervenir en los asuntos religiosos. Esta idea fue respaldada por la teoría de las «Dos Espadas», según la cual el Papa, cabeza de la Iglesia, ostentaría auténtica y plena *auctoritas* espiritual y *potestas* sobre la Iglesia, y el emperador, equivalente poder en el plano temporal, siendo, metafísica y jurídicamente, superior la *auctoritas* espiritual a la temporal.

Inicialmente, Gregorio VII trató de ganarse el favor de las autoridades laicas mediante el envío de misivas en las que les solicitaba que se uniesen a él en su lucha

LOS ANTIPAPAS. EL PODER PAPAL EN DISPUTA

Clemente III, una mera marioneta en manos de Enrique IV, fue uno de los 37 antipapas nombrados a lo largo de la historia de la Iglesia. El antipapa se trata de una figura que, en oposición al Papa elegido legítimamente, es proclamada Sumo Pontífice. Por lo general, los antipapas surgieron en contextos de conflicto político-religioso o en periodos de sede vacante, y gozaban el apoyo del poder secular. Los antipapas eran vistos por sus seguidores no como usurpadores sino como las personas legítimas para ostentar el cargo de pontífice. El título de antipapa no implicaba la adhesión a una doctrina opuesta a la fe católica. El primer antipapa, Hipólito de Roma, se proclamó como pontífice en oposición a los papas Ceferino y Calixto I de los que difería doctrinalmente. Más habitual es la injerencia política de los poderes seculares, que en ocasiones llevó a la deposición, destierro e incluso encarcelamiento del legítimo papa. En ocasiones un papa podía ser depuesto y nombrado antipapa a su muerte, como le ocurrió al papa Formoso cuyo cadáver fue juzgado en el Concilio Cadavérico por el papa Esteban VI por herejía: se le quitaron las vestiduras pontificias, fue mutilado y sus restos arrojados al Tíber, declarándolo antipapa. Más tardíamente los papas Teodoro II y Juan IX rehabilitaron la figura de Formoso.

Otro caso, especialmente complejo, es la elección de dos pontífices al mismo tiempo. Esto ocurre cuando se enfrentan dos o más facciones eclesíásticas y cada una elige a su propio candidato. Por ejemplo, durante el Gran Cisma de Occidente, entre los años 1378 y 1417, llegó a haber tres papas al mismo tiempo.



Tumba de Clemente III en la Catedral de Palma de Mallorca.

contra la simonía y la falta de moral del estamento religioso. En el concilio reunido durante la cuaresma del año 1074, se establecieron condenas a todo aquel religioso que hubiese accedido a su cargo mediante compra o que llevase una vida disoluta. Se les prohibía administrar los sacramentos y a los fieles se les prohibía asistir a los oficios religiosos celebrados por ellos. La reforma suscitó ardientes detractores y como muestran estas emotivas líneas que el pontífice dirigió al abad de Cluny, el Papa pasó por algunos momentos de duda y debilidad espiritual:

«Estoy abrumado por un inmenso dolor y por una tristeza universal. . . Si mediante los ojos del espíritu dirijo la mirada hacia Occidente, hacia el mediodía o hacia el norte, apenas encuentro algunos obispos cuya elección y vida sean regulares, que en el gobierno del pueblo cristiano sean guiados por el amor de Cristo y no por la ambición temporal. Y si yo vuelvo a mí mismo, me siento tan acabado por mi propio peso que no encuentro ninguna esperanza de salud si no es en la misericordia de Cristo».

En 1075 Gregorio VII, apoyándose en la legitimidad que le otorgaba su papel como heredero de San Pedro, publicó la encíclica *Dictatus Papae*, una compilación de veintisiete sentencias que resumen los principios de la reforma gregoriana. Entre los decretos recordaba que el sumo pontífice romano era el único señor de la Iglesia. Eso le otorgaba la exclusividad de nombrar a los obispos y demás dignidades eclesiásticas. Poco después, coincidiendo con la cuaresma, Gregorio VII proclamó en un sínodo la prohibición de otorgar cargos eclesiásticos a laicos so pena de anatema. La negativa del joven Enrique IV a someterse a los dictados papales fue el detonante de una guerra que enfrentó al Sacro Imperio y al Papado. Lo que se dirimía era nada más y nada menos que un dilema en torno a la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado.

CANOSSA: HUMILLACION Y TRIUNFO

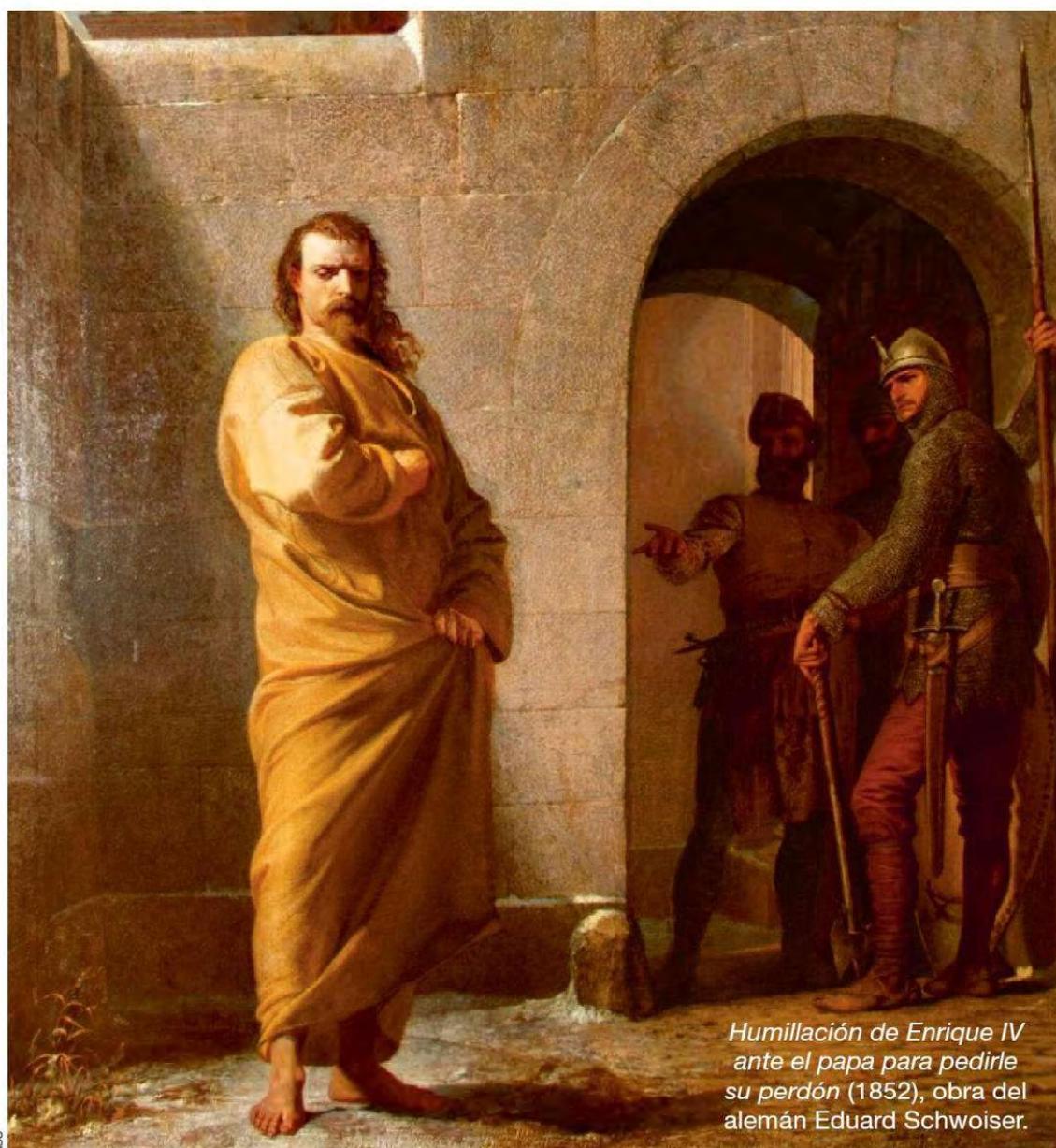
La promulgación de 1075 fue acompañada de sanciones a los obispos rebeldes, provocando la hostilidad del rey (y futuro emperador), alemán. Que la oposición a la reforma partiese de Alemania tiene una explicación histórica y política. Desde la coronación del emperador Otón I, la realeza alemana había cimentado su poder en la fidelidad de los representantes religiosos. La participación del rey en el nombramiento de dignatarios eclesiásticos fieles a la corona aseguraba un contrapeso frente a la rica nobleza alemana.

La tensión entre Gregorio VII y Enrique IV se fue acrecentando. El emperador alemán, pese a las airadas protestas del pontífice, continuó nombrando cargos eclesiásticos. Tras el nombramiento de uno de sus capellanes como arzobispo de Milán, el Papa amenazó a Enrique IV con la excomunión, a lo que este respondió declarando que el pontífice era inválido y pidiendo su abdicación. El Papa, cumpliendo su promesa, excomulgó al alemán por simonía. La excomunión, además de poner en peligro el alma del excomulgado, situaba al emperador en una posición peligrosa. Dado que las monarquías se sustentaban en la gracia divina, cualquier vasallo podría haberse rebelado contra Enrique IV sin mayores consecuencias. Ante el temor a una rebelión en sus territorios, y aduciendo que solo Dios podía juzgar a un rey, Enrique IV reunió a los obispos del Sacro Imperio Romano Germánico en Utrecht con la intención de excomulgar al Papa. Poco después, un rayo caía sobre

TRAS LA SEGUNDA EXCOMUNIÓN **POR PARTE DE GREGORIO VII**, ENRIQUE IV INVADIÓ ITALIA OBLIGANDO A HUIR AL PAPA

la catedral de Utrecht ocasionando un incendio y el obispo de la misma ciudad, murió de forma repentina. Esto atemorizó a la supersticiosa población y algunos nobles aprovecharon la debilidad imperial para rebelarse. Viendo que si pretendía mantenerse en el poder no tenía más remedio que reconciliarse con Gregorio VII y lograr la absolución papal, vestido con un hábito de monje en señal de humildad, viajó a Italia, hasta Canossa, para reunirse con el Papa.

Según algunas fuentes peregrinó a pie en pleno mes de diciembre acompañado de su mujer y su hijo. Una vez en las puertas de la fortaleza de Canossa, en la que



Humillación de Enrique IV ante el papa para pedirle su perdón (1852), obra del alemán Eduard Schwoiser.

ASC / BRITISH LIBRARY



ASC

El Concordato de Worms desligó la investidura eclesiástica de la feudal, prestigiando ambas instituciones y estableciendo acuerdos entre ellas. Arriba, miniatura de Enrique V y Calixto II discutiendo. A la derecha, sepulcro del papa Gregorio VII en la catedral de san Mateo en Salerno.

se encontraba el Papa, debió pasar tres días y tres noches descalzo y arrodillado en actitud de penitencia frente a las puertas. La dueña del castillo, Matilde de Toscana fue la que supuestamente convenció a Gregorio VII del arrepentimiento de Enrique IV. Finalmente, el 28 de enero de 1077, el Papa, bajo fuertes presiones políticas, no tuvo más remedio que perdonar a Enrique IV y disolver su excomunión. Sin embargo, este evento tan humillante, apenas mencionado en las crónicas contemporáneas, ha sido puesto en duda por algunos historiadores, pudiendo tratarse de una construcción historiográfica posterior.

Realmente, la marcha de Canossa fortaleció a Enrique IV, quien una vez librado del anatema afianzó su poder sobre los príncipes alemanes mientras ganaba tiempo para asestar el golpe definitivo al papado. Una vez en sus territorios, Enrique IV continuó desobedeciendo la autoridad del Papa, por lo que fue excomulgado por segunda vez. Esta excomunión no tuvo el mismo efecto que la primera, puesto que los príncipes alemanes mantuvieron su apoyo al emperador. En lugar de humillarse ante Gregorio VII, invadió Italia por las armas, entró en Roma, obligó a huir al pontífice y nombró a un antipapa de su elección, Clemente III, por el cual se hizo coronar emperador.

LA NUEVA CONCEPCION DEL PODER PAPAL

Gregorio VII moría en el exilio en 1085 en la ciudad de Salerno. No obstante, a la muerte de los protagonistas de este conflicto, Imperio y Papado trataron de llegar a un acuerdo. El concordato de Worms de 1122 desligó definitivamente la investidura eclesiástica de la feudal y consolidó el prestigio de ambas instituciones. Gregorio VII es sin duda una figura clave en la consolidación del poder papal en la Edad Media. A pesar del triunfo final del emperador, las ideas que promovió acerca de la supremacía papal frente al poder secular calaron entre sus sucesores y sentaron las bases de un papado fuerte y centralizado. ■

asc
Fresco del papa
Inocencio III en el
Monasterio Sacro
Speco de Subiaco,
en el Lacio, Italia.



CRUZADAS
CONTRA EL INFIEL
Y LA HEREJÍA

INOCENCIO III
EL PAPA
MÁS PODEROSO

ALBERTO DE FRUTOS
Periodista y escritor

Durante sus dieciocho años de papado, Inocencio III (1161-1216) refrendó el poder de la Iglesia en todos los escenarios.

Marcó el rumbo del Sacro Imperio Romano Germánico, puso en marcha la cuarta cruzada, hostigó a los cátaros, autorizó la orden franciscana y convocó el IV Concilio de Letrán.

Clemente III, su tío, lo nombró cardenal-diácono de San Jorge en Velabro y Santos Sergio y Baco en 1190, cuando contaba veintinueve años de edad. De reputado linaje y esmerada educación, su padre era el conde Trasimundo de Segni y estudió Teología en París –con Pedro de Corbeil– y Derecho Canónico en Bolonia –con Ugucione de Pisa–. Cuando aún respondía al nombre

de Lotario de Segni, escribió un tratado ascético muy comentado en su época, *De contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae*: «El hombre –leemos en el primer capítulo– está formado de polvo, fango y cenizas; y lo que es más vil, de semen inmundísimo» (siglos después, Leo Naphta, el reaccionario jesuita de *La montaña mágica*, se lo recomendará a Hans Castorp).

Tras la muerte del anciano papa Celestino III, los cardenales se inclinan, mediante escrutinio, por la figura de Lotario, el más joven de los candidatos; y el 8 de enero de 1198 el papa Inocencio III se sienta en la silla de Pedro. A la sazón, Europa vive horas convulsas, la Iglesia romana es «una plaza asediada», en palabras de Georges Duby; y todos confían en que el nuevo pontífice (nacido en Anagni, no lejos de Roma) la redima con su afán reformista.



Felipe II Augusto recreado por el pintor francés del siglo XIX Louis Félix Amiel.

EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMANICO

El foco de tensión más urgente es el Sacro Imperio Romano Germánico. El emperador Enrique VI, de la dinastía Hohenstaufen, hijo de Federico I Barbarroja, ha muerto unos meses atrás, y su hijo, el futuro *stupor mundi* Federico II Hohenstaufen, nada puede hacer, a sus dos años y pico, frente a los «mayores» que se disputan el trono. A saber: Felipe de Suabia, hermano del difunto rey, y Otón IV, hijo de Enrique el León, de la casa de Welf, y sobrino de Ricardo Corazón de León.

El papa, prudente, tira de diplomacia para complacer a ambos bandos y atajar la guerra civil que los desangra, pero, en último término, toma partido por la facción de Otón. Convencido de que toda autoridad proviene de Dios, en su decreto *Venerabilem* acepta que los alemanes escojan a su rey, pero matiza que el papa tiene el derecho a aceptarlo o no. «Si los príncipes, divididos o incluso unánimes, eligen por su rey a una persona sacrílega o excomulgada, a un tirano

o a un idiota, a un hereje o a un pagano, ¿estamos obligados a ungir, consagrar y coronar a semejante individuo? Ciertamente, no», concluye.

En su política de rearme ideológico de la Iglesia, Inocencio III juega sus bazas con suma inteligencia. Además de marcar el paso al Sacro Imperio Romano Germánico, aprovecha su debilidad para consolidar y ampliar los Estados Pontificios. Así, recupera la Romaña, el marquesado de Ancona, el ducado de Spoleto y las ciudades de Asís y Sora, en manos de distintos caballeros germánicos. Dentro de sus atribuciones más inmediatas, remoja la curia romana, fortalece la tesorería –el camarlengo del Colegio Cardenalicio–, reorganiza la cancillería con cargos de su entera confianza, persigue la corrupción y recalca su poder mediante el impulso de la liturgia. Igualmente, durante su «reinado», la costumbre del diezmo –las «tercias reales» de Castilla– queda sancionada por el IV Concilio de Letrán (1215).

La lucha entre el poder eterno y el temporal, el sacerdocio y el imperio, se resuelve mediante la *plenitudo potestatis* (totalidad del poder), que define la hoja de ruta del más influyente de los papas del Medioevo. Atendiendo a la razón del pecado (*ratione peccati*), el pontífice se arroga el papel de árbitro en los conflictos internacionales –no ya en el Sacro Imperio Romano Germánico, Inglaterra o Francia, sino también en Noruega, Suecia, Hungría, Bulgaria o Polonia–, y no vacila a la hora de subordinar el derecho a sus intereses. Su postura no es nueva –ahí está el enfrentamiento del papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV, con la conocida



ASC/MUSEO DEL LOUVRE

Sobre estas líneas, *Entrada de los cruzados en Constantinopla* (1849), del francés Eugène Delacroix. Fue el papa Inocencio III quien puso en marcha la cuarta cruzada (1202-1204).



Aprobación de la regla franciscana por el papa Inocencio III, obra de Antonio Carnicero.

ASC/MUSEO DEL PRADO

FRANCISCANOS Y DOMINICOS

Bautizado con el nombre de Giovanni, Francisco de Asís nació en esa ciudad italiana entre 1181 y 1182. De haber seguido los pasos de su padre, habría heredado un próspero negocio textil, sin pasar por ningún apuro, pero el joven desdeñaba las riquezas terrenales. Durante la guerra con la vecina Perugia, fue hecho prisionero en la batalla de Collestrada y enfermó gravemente. Repuesto de sus dolencias, empezó a ver la vida de otra forma: renunció a sus privilegios y se entregó al cuidado de los leprosos y la restauración de iglesias en ruinas (entre ellas, la de la Porciúncula, cuna de su movimiento).

Su ejemplo cundió y Bernardo de Quintaval fue el primero de sus seguidores, los varones penitentes de Asís. Tras redactar la primera regla de la orden, o *propositum*, de la que no queda rastro, Francisco se dirigió a Roma y pidió audiencia con el papa para que este le confirmara lo escrito. Según la *Vita prima* de Tomasso de Celano, que fue su primer hagiógrafo, Inocencio III le dio el *placet* oral y se despidió de él con estas palabras: «Id con el Señor, hermanos, y, según El se digne inspiraros, predicad a todos la penitencia. Cuando el Señor omnipotente os multiplique en número y en gracia, me lo contaréis llenos de alegría, y yo os concederé más favores y con más seguridad os confiaré asuntos de más transcendencia». Ese encuentro, recreado por la película de Franco Zeffirelli *Hermano Sol, hermana Luna*, tuvo lugar en la primavera de 1209.

Pero ¿cuál fue el talante del papa hacia esas fundaciones? De acuerdo con Michele Maccarrone (*Riforme e innovazioni di Innocenzo III nella vita religiosa*), se limitó a aprobarlas, pero no las promovió, ya que no quería enturbiar el mensaje unitario de la Iglesia, tal como estipuló el IV Concilio de Letrán. Sin embargo, la mera aprobación de la orden franciscana –al menos, oralmente– y la benevolencia mostrada hacia la dominica –confirmada por Honorio III en la bula *Religiosam vitam* (22 de diciembre de 1216)– revelan que la prohibición de Letrán no fue una «camisa de fuerza».

En el fondo, Inocencio III veía en esas fundaciones un instrumento más en su lucha contra la herejía, así como un acicate para el clero, a menudo infectado por los vicios de la lujuria y la pereza. En ese sentido, admitió otras órdenes menores, como los Hospitalarios del Espíritu Santo (1198), los Trinitarios (1198) y los Humiliati (1201). Así y todo, la aprobación «oficial» de la regla franciscana no tuvo lugar hasta el 29 de noviembre de 1223 en el Palacio Apostólico de San Juan de Letrán, merced a la bula de Honorio III *Solet annuere*.

humillación de Canossa (1077)–, pero Inocencio III lleva al extremo la doctrina teocrática y, justo desde el mismo momento de su elección, procura someter la Corona a su autoridad.

LA CUARTA CRUZADA

Ahora bien, el hijo del conde no lo tuvo fácil para imponer su *dominium mundi*, aunque le asistiera una herramienta aparentemente infalible: la excomunión. El rey francés Felipe II el Augusto cayó en ella, al igual que todo su reino, tras desdeñar a su segunda mujer, Isambur de Dinamarca, y casarse con la bávara Inés de Merania. Juan sin Tierra, sucesor de Ricardo Corazón de León, corrió la misma suerte en 1209. Y el ya citado Otón IV, cuya causa había apoyado primeramente, tampoco se libró de su pena en 1210, cuando el papa reparó en las miras expansionistas de este por el sur de Italia.

Los venecianos que participaron en la cuarta cruzada fueron también objeto de su ira, y con razón, tras desviarse de la conquista de Tierra Santa para pasar a sangre y fuego a los ciudadanos de Constantinopla, capital del Imperio bizantino. Aquella expedición militar fue un siniestro borrón en la cuenta del papa, y, según el historiador Mijail Zaborov, hizo que la Iglesia perdiera el «halo de santidad» que hasta entonces había rodeado a las cruzadas. Ante la incapacidad del ejército de pagar a los venecianos el transporte de las tropas y sus provisiones, estos promovieron el asedio de la ciudad cristiana de Zara (hoy, Zadar, en Croacia) y apremiaron a la toma de Constantinopla, víctima de un brutal saqueo en 1204.

Mucho se ha debatido sobre lo que el papa sabía, o no, de esos desmanes, que condujeron a la creación de un anémico Estado artificial, el Imperio latino, o de



La matanza en Constantinopla fue una mancha en el papado de Inocencio III. En la imagen, *Toma de Constantinopla por los cruzados en 1204*, miniatura de David Aubert del siglo xv.



ASCPALACIO DEL SENADO

LAS NAVAS DE TOLOSA, ¿CRUZADA?

Cuando las huestes almohades derrotaron a Alfonso VIII de Castilla en la batalla de Alarcos (1195), Inocencio III todavía no era papa. Diecisiete años después, la alianza de los tres reyes –el propio Alfonso VIII, Pedro II de Aragón y Sancho el Fuerte de Navarra– en Las Navas de Tolosa (1212) golpeó duramente a esos fundamentalistas. ¿Tuvieron esas hostilidades carácter de cruzada?

Alfonso VIII concibió su plan maestro en septiembre de 1211, tras el asedio y la toma del castillo de Salvatierra (Ciudad Real), pero ya antes el papa había redactado la bula *Exemplo miserabilis* (16 de febrero de 1210), que, dirigida al arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada y a los sufragáneos de Toledo, se hacía eco de la campaña de Pedro II contra los musulmanes. En el texto, animaba al rey de Castilla a sumarse a ella antes de que el enemigo se hiciera más fuerte y profanara «a nuestros santos, como en Oriente, con sus contaminaciones».

Inocencio III siempre estuvo al tanto de las novedades de la península ibérica. No se limitó, pues, a descargar su cólera contra Alfonso IX de León, excomulgado por su «monstruoso incesto» con Berenguela de Castilla, sino que se fue implicando cada vez más en la causa contra los sarracenos. De este modo, reclamó el apoyo de los obispos de Francia y la Provenza para que predicaran a sus fieles, internacionalizando así la campaña (sin ir más lejos, el implacable Arnau de Amalric aportó numerosos soldados, y él mismo combatió en ella).

Desde su posición, Inocencio III prometió la remisión de los pecados a quienes ayudaran al rey castellano con hombres o con dinero, a la par que garantizó la excomunión a quienes interfirieran en sus planes o favorecieran a los enemigos de la cruz de Cristo. Finalmente, el 16 de mayo de 1212, dos meses antes de la batalla, convocó una procesión general en Roma *pro pace universales ecclesie ac populi christiani* («por la paz de la iglesia universal y el pueblo cristiano»), en la que una multitud se dirigió, descalza, hacia la basílica de Letrán, donde se celebró una misa.

Tras la victoria de los tres reyes, aquellos gestos se sustanciaron en una acción de gracias en otoño. El triunfo persuadió a Inocencio III de que Dios estaba de su lado, y unos meses después emitió la bula *Quia maior* (abril de 1213), que sentaría las bases de la quinta cruzada.

Romania, extinto en 1261. Es cierto que, una vez informado de los hechos, Inocencio III clamó contra los abusos y patentizó su disgusto con la excomunión de los venecianos. Sin embargo, no por ello dejó de alabar al Señor, que «milagro tan grande se había dignado operar». Y es que, más allá de la humillación infligida a sus «hermanos» de Oriente, la providencia había resuelto la superioridad de su Iglesia frente a la de Constantinopla. El fracaso, en cualquier caso, fue incuestionable. Si la unión de ambas Iglesias era más que dudosa antes de 1204, a partir de esa fecha fue ya imposible.

Antes de morir en 1216, el papa aún tuvo tiempo de bosquejar una nueva cruzada, la quinta. En efecto, el IV Concilio de Letrán pormenorizó el punto de partida del ejército, estipuló un diezmo a las rentas eclesiásticas para sufragar las operaciones militares, prohibió vender armas, hierro y madera a los musulmanes, así como la celebración de torneos, tal como precisó John V. Tolan en *Sarracenos. El Islam en la imaginación medieval europea* (2007). Sin embargo, fue su sucesor, Honorio III, quien ejecutó aquella cruzada que, como tantas otras antes y después, fue un completo fracaso. Y, aunque tal vez resulte superfluo mencionarlo, no parece que Inocencio III se inmiscuyera en la llamada cruzada de los niños, que tantos ríos de tinta ha hecho correr.

LA LUCHA CONTRA LA HEREJIA

Combativa contra los infieles, la *Ecclesia universalis* de Inocencio III no lo fue menos contra los herejes que, a su entender,

Inocencio III también libró una batalla contra las llamadas «contraiglesias». A la derecha, *Batalla de Muret*, miniatura de *Grandes Crónicas de Francia*. Abajo, *Captura de Beziers*, dibujo de *Historie de France en Cent Paintings*.





Miniatura que representa el IV Concilio de Letrán, de la *Chronica Majora* de Mateo de París.

estaban desgarrando el reino de Francia. A mediados del siglo XII, un grupo de hombres y mujeres se preguntaron si otra Iglesia, menos jerarquizada y más próxima al cristianismo primitivo, era posible, y forjaron un movimiento de disidencia que no tardó en suscitar la reacción de Roma.

Las comunidades albigenses o cátaras se extendieron por toda Europa occidental, con un potente foco de irradiación en la región de Occitania. Tenían una visión dual del mundo, fracturado entre el bien y el mal, creían en un único sacramento –el *consolamentum*, o bautismo en el Espíritu Santo– y se miraban en el nítido espejo de sus «perfectos». Aunque de raíces populares, contaron con la protección de numerosos nobles y señores locales, que a menudo simpatizaban con su causa más por interés que por convicción. La predicación de los dominicos se reveló insuficiente para volver al redil a esas «ovejas descarriadas», y las advertencias de los concilios (Tours, 1163) tampoco atajaron la crisis.

Ante el revés de sus predecesores, Inocencio III declaró la guerra a esa «contraiglesia» en su epístola *Rem crudelem* (marzo de 1208). El *casus belli* fue el asesinato de su legado Pierre de Castelnau en enero de ese año, quién sabe si ordenado por el conde Raimundo VI de Tolosa, uno de los grandes valedores de los herejes. La cruzada fue secundada por el reino de Francia; más concretamente, por aquel Felipe II el Augusto a quien, años atrás, el papa había excomulgado temporalmente por sus deslices de alcoba.

Aunque la cruzada se prolongó durante más de dos décadas, en vida de Inocencio III acontecieron sus hitos más graves. Entre ellos, la masacre de Béziers (1209), en la que miles de inocentes fueron aniquilados por el legado papal Arnau Amalric.

**EL IV CONCILIO DE LETRÁN SE CELEBRÓ
EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 1215,
SIETE MESES ANTES DE QUE EL PAPA FALLECIERA
EN PERUGIA A LOS 55 AÑOS DE EDAD**

Y, cómo no, la batalla de Muret (1213), donde sucumbió el rey de Aragón Pedro II, no por azar llamado el Católico, pero con jugosos intereses en Occitania, lo que lo llevó a desafiar al caudillo cruzado Simón IV de Montfort, proclamado vizconde de Béziers y Carcasona.

«La cruzada albigense –ha escrito el historiador Rodolfo Padilla Sánchez– fue un genocidio en sí mismo o, acaso, una concatenación de genocidios». A la postre, benefició sobre todo a Francia, que se introdujo en el Languedoc y frenó la expansión aragonesa, éxitos que, sumados a la victoria de Felipe II el Augusto sobre los ingleses en Bouvines (1214), afianzaron la dinastía capeta. Sin embargo, Honorio III y Gregorio IX heredaron el problema cátaro. Precisamente, este último papa fue el padre de la Inquisición pontificia, que, nacida mediante la *decretal Ille humani generis*, facultaba a los dominicos de Ratisbona a investigar a los herejes de la ciudad.

EL IV CONCILIO DE LETRAN

La bula *Vineam Domini Sabaoth* (19 de abril de 1213) prenunció el IV Concilio de Letrán con la llamada a una asamblea según «la antigua costumbre de los Santos Padres». El IV Concilio de Letrán se celebró en el mes de noviembre de 1215 –siete meses antes de que el papa falleciera en Perugia, a los cincuenta y cinco años de edad–, con la asistencia de más de mil doscientos obispos y abades.

Fue, sin duda, el concilio más relevante de la Edad Media. Articulado por más de setenta cánones, hizo balance de la cuestión cátara, consolidando la autoridad de Simón de Montfort sobre sus tierras en el Languedoc. Igualmente, condenó la secta de los valdenses –así llamada por Pedro Valdo, un comerciante de Lyon que había promovido una doctrina de extrema pobreza–, a raíz de lo cual muchos de ellos volvieron al seno de la Iglesia con el nombre de «pobres católicos».

Los judíos se llevaron también su parte: en un ejercicio más de antisemitismo, se les impuso una vestimenta concreta para diferenciarse de los cristianos, a la vez que se les excluía de los cargos públicos. A los griegos, entre tanto, se les conminó a unirse a la Iglesia romana, misión imposible tras los desafueros de la cuarta cruzada. Y a propósito de las nuevas fundaciones religiosas, el canon 13 se opuso a ellas con el fin de conjurar la *confusio ordinum* en la Iglesia.

Otros cánones clamaron contra la incontinencia, la ebriedad, la caza de animales o la asistencia a juegos –¡nada de dados!– por parte del clero, mientras que a los laicos el concilio les alentó a confesar y comulgar al menos una vez al año (*utriusque sexus*), rebajando, en su canon 51, la prohibición de contraer matrimonio al cuarto grado de consanguinidad.

A la vista de lo expuesto, no cabe duda de que la Iglesia que el papa dejó a su muerte en 1216 era más sólida que aquella que había encontrado en 1198, cuando el Sagrado Colegio de Cardenales lo designó vicario de Cristo.

El balance para su grey fue, pues, satisfactorio, pero otros colectivos –bizantinos, cátaros, valdenses...– vieron en él poco menos que al Anticristo. Tal como resume el teólogo suizo Hans Küng en *La iglesia católica* (2002), «con sus políticas de poder, reforzado por una compulsión espiritual, con prohibiciones e interdictos, así como con el engaño, la decepción y la opresión, [Inocencio III] minó el amor de las gentes por la silla de San Pedro». ■

EL TURNO DE RODRIGO

ALEJANDRO VI

UN BORJA
EN LA SANTA SEDE

HENAR L. SENOVILLA
Periodista

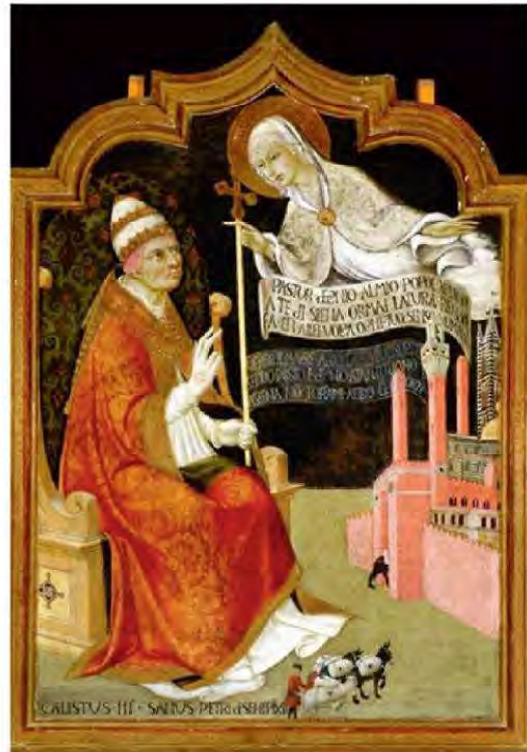


Alejandro VI, el papa Borgia, aunó en su papado una triple vertiente: su cargo de sumo pontífice, la política italiana de su época y sus intereses familiares. En la imagen, un retrato de Alejandro VI de la escuela alemana (siglo XVI).

GETTY

Tras la muerte de Calixto III, la dinastía valenciana de los Borgia escribió un nuevo capítulo lleno de nepotismo, corrupción y amoralidad, protagonizado por Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI.

Prototipo del noble del Renacimiento —culto, humanista y desprovisto de preocupaciones morales—, político sin escrúpulos y gran diplomático, Rodrigo era (a diferencia de su tío Alfonso, hombre recatado y de costumbres austeras) un hedonista, amante del lujo y el refinamiento. Desde muy joven dio buena muestra de su falta de escrúpulos e ilimitada ambición, aunque también es cierto que no se distinguió mucho de otros papas como Esteban VII, que desenterró y sometió a juicio al cadáver de su predecesor, el papa Formoso; Sergio III, que convirtió la Santa Sede en un burdel de lujo, o Inocencio VIII, conocido por su pedofilia. En su mala fama, de hecho, es probable que más que su controvertida moral pesasen otros factores como el no ser italiano o el fortalecimiento inesperado al que llevó a la institución vaticana, que le hizo granjearse numerosos enemigos.



La Virgen recomienda Siena al papa Calixto III, de Sano di Pietro, de 1455.

A LA SOMBRA DE SU TÍO

Rodrigo nació en Xátiva (Valencia), en el seno de una familia de la pequeña nobleza local formada por Jofré de Borja y Doms (también conocido como Jofré Llançol i Escrivà o Jofré de Borja y Escrivà) e Isabel de Borja, hermana del futuro papa Calixto III. En 1437 murió su padre y el pequeño se trasladó a Valencia junto con su madre y sus hermanos Pedro Luis, Tecla, Juana y Beatriz, instalándose en el palacio de su tío el obispo Alfonso de Borja, quien por entonces se encontraba en Italia en el séquito del Magnánimo. Así, fue educado con todas las facilidades de la juventud de la nobleza española del siglo XV.

Inició sus estudios en Valencia, pero en 1453 su susodicho tío Alfonso (entonces cardenal y obispo de Valencia), que residía en Roma, lo envió a estudiar Derecho Canónico en la Universidad de Bolonia, donde se doctoró en 1456, con apenas 25 años. Ese mismo año comenzó su fulgurante carrera bajo el manto de su benefactor tío, elegido papa como Calixto III el 20 abril de 1455. Sin duda, Rodrigo rentabilizó al máximo los tres años de pontificado de su pariente. En febrero de 1456 le nombró cardenal; en mayo, notario apostólico; al año siguiente, en 1457, cardenal diácono de San Nicola in Carcere, gobernador de la Marca de Ancona, comisario de las tropas pontificias y obispo de Gerona y, en 1458, obispo titular de Valencia y car-



SHUTTERSTOCK

Alfonso de Borja fue cardenal y obispo de Valencia (en la imagen vemos la catedral de la capital levantina). Ya como Calixto III, daría ese último cargo a su sobrino Rodrigo.

denal diácono de Santa María en Vía Lata. Asimismo, desde 1457 fue vicescanciller de la Curia con palacio en Via dei Banchi Vecchi, el segundo cargo con más poder e influencia en la Santa Sede. Durante el trienio de Calixto III los títulos de Rodrigo fueron creciendo a la misma velocidad que su ámbito de influencia.

De esa larga lista de cargos el más valioso para sus intereses, sin duda, fue el de vicescanciller de la Iglesia de Roma, que seguiría desempeñando tras la muerte de su tío. En el cónclave celebrado para escoger un nuevo papa, Rodrigo logró, gracias a sus maniobras, que fuera elegido Eneas Silvio Piccolomini, proclamado pontífice con el nombre de Pío II. Este lo premió con la confirmación de su cargo de vicescanciller de la Iglesia, como lo harían más tarde sus sucesores Pablo II, Sixto IV

EL REPARTO DEL NUEVO MUNDO

Uno de los aspectos más destacables de la política internacional de Alejandro VI es su intervención en el reparto y evangelización de las tierras americanas descubiertas en 1492. Los Reyes Católicos solicitaron a la Santa Sede los documentos que debían legitimar la posesión de las nuevas tierras frente al rey de Portugal, Juan II, que reclamaba los territorios en virtud del Tratado de Alcáçovas (1479). Con dos bulas *Inter caetera*, del 3 y el 4 de mayo de 1493, el papa concedió a Isabel y Fernando las tierras —descubiertas o por descubrir— situadas más allá de una línea de demarcación establecida a 100 leguas al oeste de las Azores, desplazada a 370 leguas en los tratados de Tordesillas firmados por Castilla y Portugal en 1494. Lo singular de estas bulas es la cláusula que por primera vez exige a un monarca el deber de evangelizar las nuevas tierras.

e Inocencio VIII. Desde esa posición de poder, Rodrigo gestionó con acierto los más importantes asuntos vaticanos, ya que era habilidoso y muy eficiente como relaciones públicas, administrador y estratega. Su nombramiento como papa, no obstante, no fue inmediato a la muerte de su tío Calixto III, sino que se hizo esperar 34 larguísimos años.

SAVONAROLA, EL AZOTE DE ALEJANDRO VI

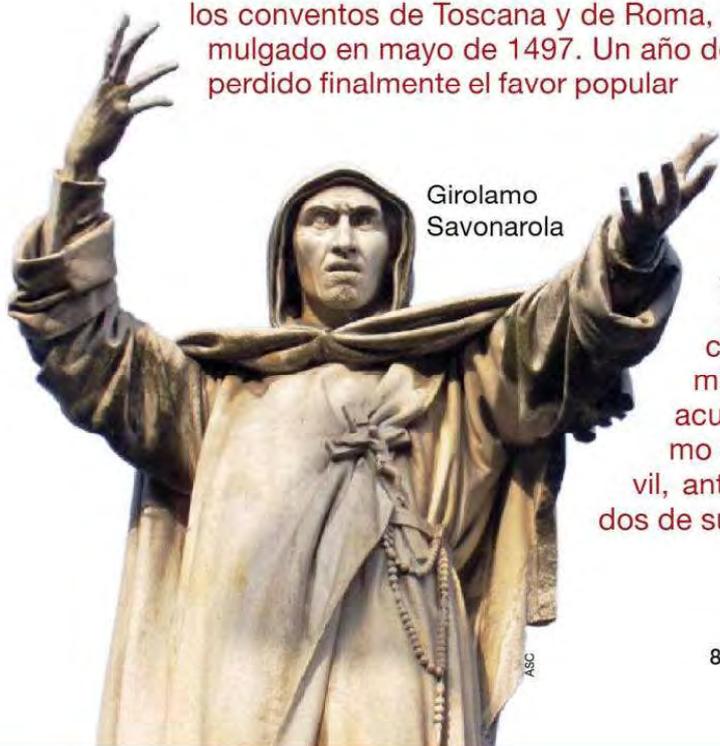
El prior del convento dominico de San Marcos de Florencia, Girolamo Savonarola, daba voz en Italia a las ansias de reforma que bullían en la Iglesia. En sus multitudinarias homilias criticaba los vicios de la curia romana, la inmoralidad, la depravación y la avaricia. Denunciaba la corrupción de la nobleza renacentista, especialmente de la eclesiástica, y presentaba a Carlos VIII de Francia como enviado por Dios para la reforma de esta. Así, mientras que casi toda Italia se unía alentada por Alejandro VI contra las tropas francesas, Florencia permanecía reacia porque los florentinos habían creado una república partidaria del rey francés, al que consideraban un salvador frente a la corrupción instalada en Italia y en los Estados Pontificios. Los discursos y sermones apocalípticos del monje dominico atraían a miles de personas allí, en Florencia, pero también en Milán, en Génova y, cómo no, en Roma, la capital del pecado para Savonarola, afectada por una enfermedad (lujo, depravación, sodomía, simonía...) que iba corroyendo la raíz de la Iglesia y extendiéndose por toda la nobleza italiana de la época.

El papa Borgia le prohibió predicar, pero pronto volvió al púlpito despreciando sus órdenes como contrarias a la voluntad divina y atacando al pontífice. Cuando, en la iglesia de Santa María de Roma y ante una multitud, acusó al papa, a su familia y a su corte de pecadores, corruptos, incestuosos y mentirosos, Alejandro VI le prestó verdadera atención. Supo que el peligro de Savonarola residía en el gran predicamento que tenía sobre las masas; sus encendidas palabras provocaban la rebelión allá donde iba y Florencia era el mejor ejemplo: era máxima autoridad religiosa y política tras conseguir expulsar a los Médici.

Por sus ataques al papa y por negarse a aceptar la Congregación dominicana de los conventos de Toscana y de Roma, que Alejandro había decretado, fue excomulgado en mayo de 1497. Un año después ardió en la hoguera. El fraile había perdido finalmente el favor popular

al negarse a pasar por la prueba del fuego, que él mismo había solicitado como demostración de su misión divina. Fue arrestado, condenado a la pena capital.

El 23 de mayo de 1498, apenas cabía un alfiler en la Piazza della Signoria de Florencia en cuyo centro se levantaban tres cadalsos que esperaban a tres frailes dominicos, excomulgados por Alejandro VI, acusados de herejía. Uno de ellos era Girolamo Savonarola, que fue ejecutado por garrote vil, antes de ser arrojado a la hoguera, junto a dos de sus colaboradores cercanos.



Girolamo
Savonarola



Savonarola denunció la depravación de la curia romana, dando voz a las ansias de reforma. Sobre estas líneas, una xilografía que caricaturiza el libertinaje en la corte papal.

UNA LARGA ESPERA

Cuatro papas, pues, sucederían a Calixto III antes de que Rodrigo se convirtiese en sumo pontífice. Un lapso eterno que, por supuesto, él aprovechó para seguir acumulando títulos y, con ellos, influencia y favores debidos. Gracias a su talento, a su inteligencia y a sus dotes de negociación, Rodrigo mantuvo permanentemente su influencia en la curia romana y consiguió ser el hombre de confianza también de los papas siguientes, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII.

El primer sustituto de Calixto III, como vimos, fue el cardenal Eneas Silvio Piccolomini, Pío II, elegido en 1458, a la muerte de su predecesor. Rodrigo Borgia participó en su elección, como vicescanciller de Roma que era, y a Pío II debió su nombramiento como cardenal protodíacono en 1463, el máximo rango cardenalicio. Un año más tarde, en 1464, Pío II falleció y el cónclave fue convocado de nuevo. En él resultó elegido el cardenal presbítero de San Marcos, Pietro Barbo, que asumió la investidura bajo el nombre de Pablo II. Durante este papado, Rodrigo Borgia consiguió ser nombrado obispo de Urgel y copríncipe de Andorra. A finales del pontificado se vio obligado a ceder su puesto como cardenal protodíacono y las dos diaconías, pero mantuvo la dignidad cardenalicia. Y a ella le debió participar en la siguiente elección papal, celebrada en 1471 para nombrar a Sixto IV, Francesco della Rovere, que le concedió a su vez los títulos de cardenal-obispo de Albano y Porto-Santa Rufina y decano del colegio cardenalicio. La muerte de Sixto IV trajo

como consecuencia un nuevo cónclave, en el que resultó nombrado el más que polémico Inocencio VIII, que designó a Rodrigo obispo de Mallorca y lo promovió a arzobispo de Valencia al crear la archidiócesis en esta ciudad. Este papa murió en 1492 y se abrió al fin la asamblea en la que resultaría elegido Rodrigo Borgia.

EL CONCLAVE DE 1492

A la muerte de Inocencio VIII, tuvo lugar en Roma un cónclave que estuvo marcado por una dinámica similar a la que llevó a la elección de su tío, Calixto III, treinta y siete años antes. Las fuertes rivalidades entre las familias italianas más poderosas impedían que estas llegaran a un acuerdo sobre quién debía ocupar el solio pontificio. Rodrigo Borgia, que era el cardenal más rico del Sacro Colegio y también el más

SU RELACION CON LOS REYES CATOLICOS

Uno de los episodios más destacados de sus primeros años en Roma fue su intervención en el conflicto que generó la boda de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. En 1469, los dos príncipes habían decidido casarse, lo que reforzaría su posición frente a la nobleza en sus respectivos reinos. El casamiento debía celebrarse con urgencia por la complicada situación, pero precisaban una

dispensa eclesiástica (al ser primos segundos) que habría requerido un tiempo que no tenían. Así, resolvieron unirse en matrimonio en secreto utilizando una bula papal falsa. Cuando la noticia llegó a Roma, Pablo II excomulgó a ambos, lo que se tradujo en el inicio de una larga pugna con la Santa Sede. En 1472, siendo ya papa Sixto IV, el cardenal Rodrigo Borgia viajó a España como embajador de los Estados Pontificios y arregló el matrimonio entre Fernando e Isabel otorgándoles el perdón papal, a cambio de una mayor autoridad de la Santa Sede en Castilla y Aragón. Rodrigo sería, además, padrino del primer hijo de la pareja.

Más adelante, siendo pontífice Inocencio VIII, Rodrigo se vio beneficiado por otra disputa entre el papado y Fernando, cuando este era ya rey de Aragón. El monarca se había arrogado la potestad de nombrar ministros eclesiásticos en sus territorios, lo que provocó una vez más la puesta en marcha de otro proceso de excomunicación. Rodrigo entabló conversaciones con Fernando que dieron como resultado la rectificación de este y la paralización del proceso de excomunicación. A cambio, el rey le facilitó la obtención del ducado de Gandía, en 1483, para su hijo primogénito Pedro Luis de Borja.



ASCI PALACIO REAL DE MADRID

Los Reyes Católicos administrando justicia de V. Manzano Mejorada.

ambicioso, vio su oportunidad. Utilizando caros sobornos —como el otorgamiento de títulos de iglesias, abadías y monasterios a otros cardenales—, se colocó entre los *preferiti*, aquellos que son elegibles como papa.

Veintitrés cardenales constituían el colegio cardenalicio en 1492, pero apenas cuatro eran elegibles para suceder a Inocencio VIII: el milanés Ascanio Sforza (que cedió fácilmente al recibir de Borgia cuatro mulas cargadas de plata), el genovés Lorenzo Cibo, sobrino del difunto, el napolitano Giuliano della Rovere (protegido del rey francés) y Rodrigo Borgia, el único no italiano, un hándicap notable para el puesto. Pero, tras unas intensas negociaciones —en las que prometió todo tipo de favores y privilegios y tuvo que utilizar parte de su fortuna para comprar votos (convertirse en papa le costó a Rodrigo Borgia cientos de miles de ducados de oro, decenas de títulos de propiedad y muchas prebendas)—, consiguió el apoyo de suficientes cardenales y de las cuatro principales familias italianas, los Médici, los Sforza, los Orsini y los Colonna, que consideraban la Santa Sede una propiedad más y que sabían que era clave para el control de la península itálica y de gran parte de Europa. Si bien los sobornos no pudieron demostrarse nunca, lo cierto es que el influyente cardenal y candidato Sforza, al no contar con *quorum* para ser elegido, se decantó por apoyar a Borgia para asegurarse la vicecancillería de Roma.

Y así, Rodrigo se convertía en Alejandro VI (escogió el nombre a causa de su admiración por el conquistador Alejandro Magno) por un margen tan estrecho que incluso hubo de votarse a sí mismo. Fue proclamado el 11 de agosto de 1492. Tenía 61 años y comenzaban once años de escándalos por su vida licenciosa y su nepotismo: continuando con la tradición de su tío, utilizó su poder para situar bien a sus numerosos hijos (se le conocen ocho). Asimismo, durante el cónclave y el papado fue autor intelectual, o al menos observador incommovible, de varias muertes a manos de mercenarios contratados por allegados suyos para mantener el control sobre territorios y sectores sociales y políticos. Alejandro intentó someter a la mitad de Italia a la autoridad de la Santa Sede, y quiso convertir esta en una monarquía hereditaria que le permitiera conservar el poder en manos de su familia de forma indefinida. Pero el suyo también fue un papado de hitos históricos como el apoyo al descubrimiento del Nuevo Mundo, la unificación de los Estados Pontificios bajo una única administración centralizada, la unión de la cristiandad tras el Gran Cisma de Occidente o la recuperación económica de Roma.

EXITOS DIPLOMATICOS

Si algo ambicionaba Alejandro VI era que su familia dominase toda Italia, para lo cual no solo había escalado hasta el solio papal sino que estaba dispuesto a establecer las alianzas que hicieran falta y con quien fuera necesario. Naturalmente, para tal objetivo se valió de otros dos de los principales recursos de la época a la hora de medrar: los matrimonios y nombramientos de sus hijos.

Rodrigo impulsó el matrimonio de su hija Lucrecia (uno de los cuatro vástagos nacidos de su amante Vanozza Catanei) primero con Giovanni Sforza, después con Alfonso de Aragón y finalmente con Alfonso d'Este, tres de las más poderosas familias de Europa. Al tiempo, puso a su hijo César al frente de un principado independiente para aumentar aún más el poder de los Borgia en Italia. Por otra parte, elevó a su hijo Juan, duque de Gandía, a comandante en jefe de las Fuerzas Pontificias,



En la imagen de arriba, escudo de armas del papa Alejandro VI de la familia Borgia en la Basílica Santa María Maggiore de Roma.

A la derecha, Vanozza Catanei, amante de Alejandro VI y madre de cuatro de sus hijos.



con el fin de asegurarse el control militar de Roma, y por último a su hijo Jofré lo casó inicialmente con la hija ilegítima de Alfonso II de Nápoles y, más tarde, con María de Milán de Aragón. El *statu quo* en Italia estaba garantizado.

Allende las fronteras de la península itálica, por sus orígenes valencianos, Alejandro VI tomó a la Corona de Aragón como su más poderosa aliada y la benefició en el proceso de distribución de las tierras del Nuevo Mundo, empresa que apoyó sin fisuras. Además, otorgó a los reyes españoles el título de Reyes Católicos, con lo cual los fidelizó ante posibles conflictos.

Como una suerte de árbitro internacional, también fue capaz de entenderse con el Reino de Nápoles (territorio reclamado por la Corona española y la francesa) pese a algunos roces iniciales durante la Primera Guerra Italiana (1494-1498), conflicto que él usó para ampliar su poder. *Grosso modo*, el Reino de Nápoles había dejado de ser francés para pasar a formar parte de la Corona de Aragón. A la muerte de Fernando I de Nápoles, hijo ilegítimo de Alfonso V de Aragón, en 1494, el rey de Francia, Carlos VIII, adujo unos lejanos derechos al trono napolitano y solicitó ser investido. Alejandro VI se negó y el monarca galo entró en Italia con su ejército. Consciente de que por la fuerza no ganaría, el papa Borgia se encontró con el rey francés y lo manejó con tanto acierto que este acabó reconociéndolo como figura principal de la Iglesia y jurándole lealtad. Lo que no imaginaba Carlos VIII es que el valenciano estaba alentando la francofobia italiana y coaligando en su contra a Ferrara, Venecia, Mantua,

ALEJANDRO VI OTORGÓ A LOS REYES ESPAÑOLES EL TÍTULO DE CATÓLICOS FIDELIZÁNDOLOS ANTE CONFLICTOS

Milán y la Corona hispánica. Acorralado por todos, a duras penas logró retornar a Francia, maltrecho, mientras Alejandro VI se apuntaba una nueva victoria.

LOGROS DOMESTICOS

Alejandro VI, destacado por su habilidad diplomática, no solo brilló en política exterior sino también en logros domésticos y eclesiásticos. Estableció reformas jurídicas significativas, incluyendo un Tribunal Supremo y normas contra abusos judiciales. Innovó en las finanzas eclesiásticas y romanas impulsando el turismo religioso, especialmente con el jubileo de 1500 que atrajo a 200 000 peregrinos, modernizando Roma y mejorando su seguridad y justicia. Consolidó la autoridad papal y unificó la cristiandad poscisma de Occidente, expandiendo el territorio vaticano y centralizando su administración. Desmanteló el poder de príncipes territoriales, reforzando el control papal con la ayuda de sus hijos Juan y César Borgia, este último nombrado capitán general y luego duque de Romaña, centralizando así el gobierno en territorios recién conquistados. Aumentó el colegio cardenalicio con aliados y familiares para fortalecer su gobierno, sentando un precedente en la administración vaticana.

UNA MUERTE INESPERADA

Todas estas conquistas, junto a su agitada vida sexual y moralidad relajada, hicieron que Alejandro VI no fuera ajeno a los escándalos, como dijimos. Tanto él como su hijo César utilizaron el poder del papado como arma personal, derribaron príncipes y principados, se sirvieron de Lucrecia para su política de alianzas matrimoniales, eliminaron sin escrúpulos a sus rivales, familiares o no, mataron a sus enemigos a daga o con veneno y se enfrentaron al rey de España, Fernando el Católico, y al de Francia, Carlos VIII, el primer invasor de Italia en 1494. Pero, en una suerte de justicia poética, las mismas intrigas de las que se valió Alejandro VI para conseguir su poder se revolvieron contra él.

El 6 de agosto de 1503, en una calurosa noche, Alejandro y César acudieron a un banquete en la residencia campestre del cardenal Adriano da Cornetto, que había sido secretario personal del papa Borgia. Pocos días después, muchos de los comensales cayeron gravemente enfermos, incluidos el padre y el hijo; la juventud de César le permitió sobrevivir, aunque estuvo mal mucho tiempo, pero el papa no lo logró. Tras una semana en cama con violentos ataques de fiebre y después de haberse confesado y recibido la extremaunción, Alejandro VI falleció a los 72 años, el 18 de agosto. Antes de este suceso, los Borgia estaban en la cúspide de su poder: la salud del papa y la fuerza de César solo hacían prever mayores éxitos. Que los dos cayeran mortalmente tocados al mismo tiempo aquella noche es ciertamente muy sospechoso, y por eso hay varias teorías sobre la muerte del papa: pudo deberse a la malaria o a un envenenamiento, hipótesis que se difundió rápidamente por Roma.

No es fácil valorar una personalidad tan compleja como la del papa Borgia, pues su vida se encuentra rodeada por un halo de leyenda que no facilita el juicio histórico. Todo análisis de Alejandro VI que no contemple una triple vertiente —su cargo de sumo pontífice, la política italiana de su época y sus intereses familiares— será parcial y falso. Lo que es cierto es que su muerte inició el imparable declive de la dinastía. ■



ASC

LA TORMENTOSA RELACIÓN ENTRE JULIO II Y

A la izda., boceto del retrato del papa Julio II por Raphael Santi; en esta página, retrato de Miguel Angel por Daniele da Volterra, h. 1544.



ASC/THE MET

MIGUEL ÁNGEL

UN ARTISTA EN EL AVISPERO PAPAL

CLARA GONZALEZ FREYRE
Historiadora del arte y divulgadora cultural

En lo alto del andamio, Miguel Ángel trabajaba sin descanso en las decoraciones de la Capilla Sixtina. Había estado allí meses, pintando los frescos de su bóveda, un encargo que había aceptado a regañadientes. Ante todo se consideraba un escultor, no congeniaba bien con los pinceles, pero no todos los días el papa te hace llamar a Roma para un encargo de tal envergadura.

A sus pies, mirando intensamente, se encontraba el pontífice: Julio II, un papa poco convencional, de carácter fuerte, que chocaba mucho con el conocido genio del artista.

Llevaba desde 1503 luciendo la tiara papal y, pese a sus más de 60 años, era la encarnación perfecta del papa rey. Más allá de los asuntos de fe, Julio II ponía todo su empeño en la expansión del poder papal. No dudaba en encabezar su ejército, conquistar territorios y tejer alianzas, por algo ha pasado a la historia como el «papa guerrero». Pero su máxima aportación, sin lugar a duda, fue la reconstrucción y mecenazgo en su querida Roma. Esta última era la que había traído a Miguel Ángel hasta lo alto de ese andamio, para acabar pintando los frescos de una de las obras más relevantes de toda la historia del arte.

Ambos, artista y pontífice, trabajaban por su propia gloria. Julio II era un hombre autoritario e impaciente, que exigía resultados rápidos y perfectos. Miguel Ángel,

sin embargo, era un hombre solitario y perfeccionista, que trabajaba sin descanso hasta plasmar la obra maestra que tenía en mente. Su orgullo y amor a su arte le impedían ceder a las exigencias del papa sin rechistar, lo que produjo entre ambos numerosas discusiones y tensiones. Así se construye su histórica rivalidad, en la que es difícil discernir lo real de lo anecdótico.

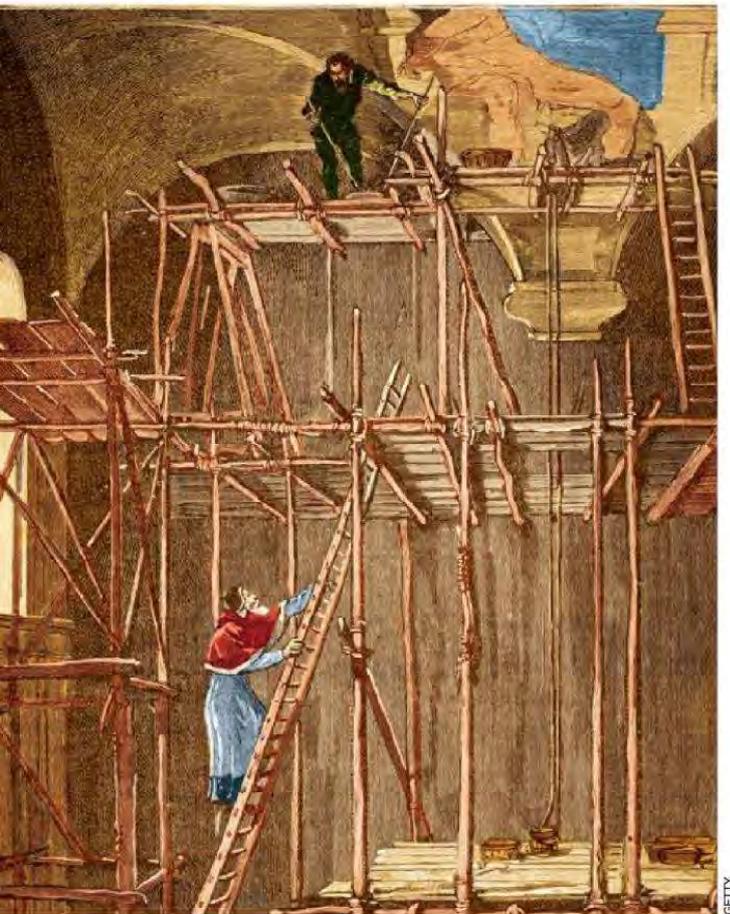


Ilustración que muestra a Miguel Ángel trabajando en el andamio de la Capilla Sixtina bajo la mirada de Julio II.

LOS PRIMEROS AÑOS JUNTO AL PAPA

La primera vez que el papa hizo llamar a Miguel Ángel a Roma, en 1505, este rondaba la treintena y se había labrado un nombre en los círculos florentinos. Con tan solo 24 años, había alcanzado la fama con su *Piedad del Vaticano*, cuya belleza había llevado al artista a plasmar su firma en ella. En Florencia, había realizado el *David*, una escultura que aspiraba a ser la representación de la República de Florencia y que estaba ideada para colocarse en la Plaza de Signoria de la ciudad. Y en ese preciso momento, estaba compartiendo proyecto con Leonardo da Vinci, planteando uno de los frescos de la Sala del Gobierno en el Palazzo Vecchio.



SHUTTERSTOCK

La Piedad, arriba, realizada entre 1498 y 1499, es la única obra firmada por Miguel Ángel. A la derecha, *Miguel Ángel y el papa Julio II*, obra del pintor anastasio Fuontebouni.

Por su parte, el papa tenía entre manos un encargo muy especial: necesitaba un mausoleo a la altura de su legado, un lugar donde descansaría su cuerpo por toda la eternidad y que sentase las bases en los monumentos funerarios de los grandes emperadores romanos. A sus oídos había llegado el talento de Miguel Ángel con el cincel y estaba convencido de encargarle el proyecto. Como era de esperar, el joven Miguel Ángel se volcó en cuerpo y alma en la realización de la tumba, pero pronto se convertiría en la mayor de sus frustraciones.

Durante los meses que pasó en Carrara extrayendo los mármoles, no dejaba de pensar en cómo proyectar la obra para convertirla en algo sin precedentes. Después de darle muchas vueltas, su primer proyecto para la tumba deja a papa y comitentes realmente impresionados por su magnificencia: Buonarroti plantea más de cuarenta esculturas y relieves para decorar cada rincón del monumento, ideado para colocarse en el interior de la basílica de San Pedro del Vaticano. Sobre el papel, el proyecto resultaba maravilloso, pero una obra de tal envergadura acarrea problemas logísticos y financieros que pronto caerían sobre él, como uno de sus bloques de mármol.

El primer encontronazo entre artista y pontífice tiene lugar en abril de 1506, cuando Miguel Ángel, que había dejado todos sus trabajos atrás por este proyecto,

JULIO II QUERÍA UN MAUSOLEO A LA ALTURA DE SU LEGADO, SEMEJANTE A LOS DE LOS GRANDES EMPERADORES ROMANOS

JULIO II, UN PAPA TEMIBLE

Giuliano della Rovere, el futuro Julio II, ha pasado a la historia como un papa cuyas aportaciones políticas, militares y artísticas no tienen precedentes. Durante su papado, luchó por ampliar el poder e influencia de los Estados Pontificios, estableciéndose como una figura temible para sus enemigos y respetada por sus aliados. Más que un papa, Julio II actuaba como un soberano al que no le temblaba el pulso al tomar las armas y que no dudaba en cambiar de aliados a conveniencia. Primero se sumó a la Liga de Cambray, una alianza inserta en las guerras italianas que pretendía frenar la influencia de Venecia en el norte de Italia. En esta, contó con el apoyo de Francia. Años más tarde, cambió de bando, creando la Liga Santa antifrancesa, entre cuyos aliados estaba Venecia. Gracias a sus estrategias, consiguió que los Estados Pontificios vivieran una de sus épocas doradas.

Pero al margen de su carácter, si hay algo ha convertido a Julio II en uno de los papas más relevantes de la historia es su amor por las artes. A través de un intenso programa de mecenazgo, consiguió devolver prestigio a Roma. Su corte contó con algunas de las figuras más relevantes de la historia del arte, como Miguel Ángel, Rafael y Bramante.

se encuentra con la negativa de Julio II para proseguir con su propuesta por motivos económicos. Hoy sabemos que el proyecto entró en conflicto con otro, también ideado por el papa, que acaparó desde entonces su atención y medios: el de la nueva basílica de San Pedro, encabezado por Bramante. Enfurecido por las diferencias entre ambos y sabiendo que su gran obra ya no podría alojarse en su emplazamiento original, Miguel Ángel decide volver a Florencia. En una de sus cartas, dirigida a Giuliano da Sangallo, deja entrever que sintió amenazada su vida, pues le hicieron pensar «que, si se quedaba en Roma, antes se habría hecho su sepultura que la del papa». Solo poseemos su versión de la historia y, antes de crearla a pies juntillas, es mejor ponerla en duda; al final Miguel Ángel buscaba una justificación para su partida y para sus intentos constantes por trasladar el proyecto de Roma a Florencia, con el fin de tener la capacidad de retomar sus otros encargos.

Tras la disputa, Buonarroti permaneció oculto durante meses. Retar al pontífice de esa manera y esperar no tener represalias era algo que ni se planteaba. Pero de poco o nada le sirvió: en diciembre de ese mismo año, Julio II le hizo llamar a Bolonia. Como relata el escultor en sus misivas, fue «con la soga al cuello» a pedirle perdón. El pontífice ya le había perdonado y tenía entre manos un nuevo encargo que prácticamente se convirtió en un castigo: una escultura de bronce de su persona, que sentada medía más de 6 palmos. Miguel Ángel tardó dos años en completarla, pero por desgracia tuvo que vivir su destrucción años más tarde, cuando los enemigos del papa conquistaron Bolonia y la fundieron para convertirla en artillería.

En todo este tiempo, el artista florentino, cabezota como él solo, no había abandonado la idea de retomar su proyecto en mayúsculas: el monumento funerario de Julio II. Por aquel entonces no se podía imaginar que aún quedaba mucho para que pudiera retomar dicha obra y que el papa jamás llegaría a verla en vida. Para su desgracia, el pontífice tenía en mente otro encargo que se alejaba mucho de



ISTOCK

El Moisés es una escultura de mármol blanco realizada en 1513 y 1536 por Miguel Ángel. Originariamente concebida para la tumba del papa Julio II en la basílica de San Pedro, el Moisés y la tumba se colocaron finalmente en la iglesia mayor de San Pietro in Vincoli (Roma).

sus ideas; uno que le daría muchos dolores de cabeza pero que, irónicamente, se convertiría en el verdadero proyecto de su vida.

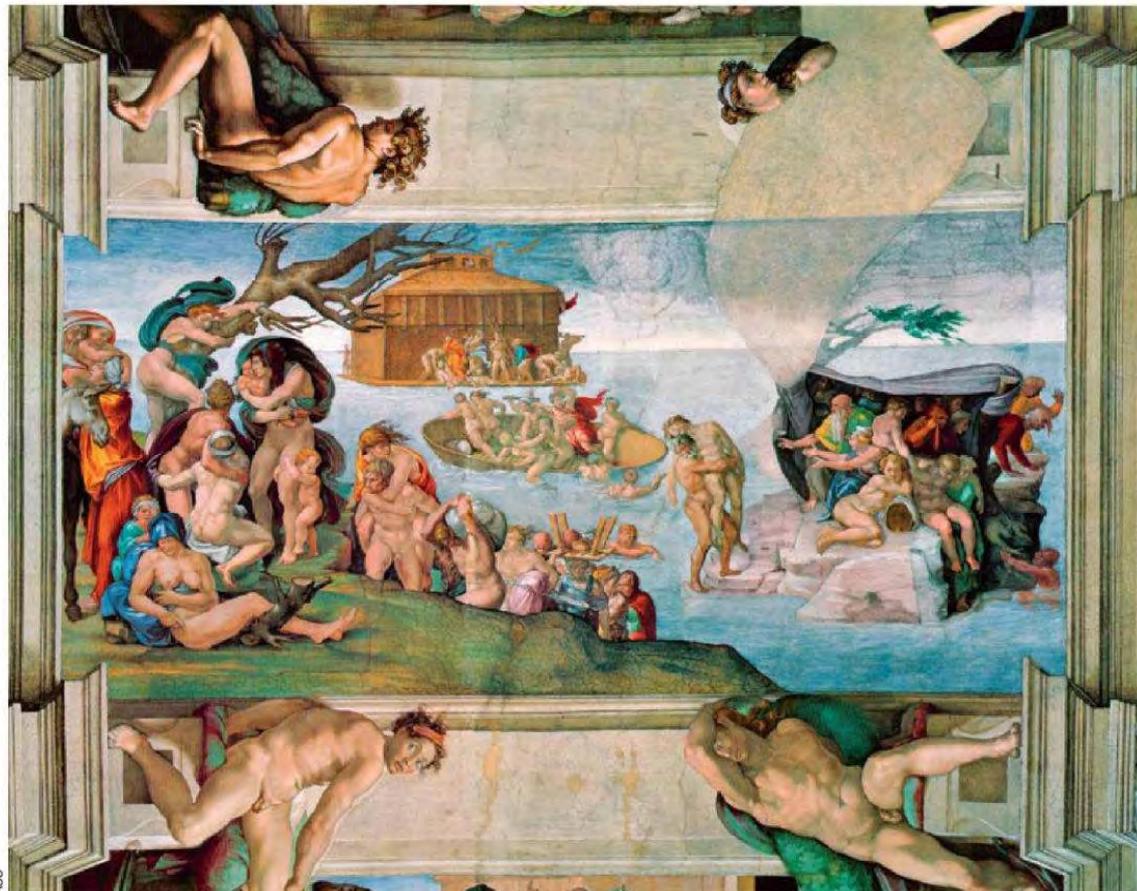
MIGUEL ÁNGEL Y LA CAPILLA SIXTINA

Para 1508, Julio II había convertido Roma en un frenesí de producciones artísticas. Tenía a Rafael empezando los frescos de las estancias, entre los que se encontraría su famosa *Escuela de Atenas*. Bramante, por su parte, estaba envuelto en la recons-

trucción de San Pedro del Vaticano. Ahora solo necesitaba una persona encargada de pintar los frescos de la bóveda para la Capilla Sixtina, un espacio en honor a su tío y también papa Sixto IV, cuyos muros ya habían sido decorados por los más altos artistas de la generación anterior, entre los que se encontraba Botticelli. Y se le había metido entre ceja y ceja que el responsable debía ser Miguel Ángel. La realidad es que, Bramante le había advertido sobre la inexperiencia de Buonarroti en el uso del fresco, una técnica complejísima que no permite cambios y que obliga a pintar rápido y por jornadas, pues al secarse la mezcla aplicada en los muros deja de absorber el color. Miguel Ángel solo había pintado al fresco en el taller de Domenico Ghirlandaio, ya que sus trabajos en el Palazzo Vecchio no habían pasado del cartón. Pero la decisión ya estaba tomada.

DESACUERDOS Y RIVALIDADES

Miguel Ángel aceptó la empresa con poco convencimiento, no olvidemos que él ante todo se consideraba escultor. De hecho, intentó librarse del proyecto en más de una ocasión. Cuando se encontraba pintando los frescos dedicados al diluvio universal, su desconocimiento de la técnica hizo que a la pintura le saliera moho hasta el punto de hacer las figuras indistinguibles. Fue entonces cuando culpando a su inexperiencia trató de abandonar la obra, pero su intento fue en vano. El papa



Frescos de la Capilla Sixtina dedicados al diluvio universal. El desconocimiento por parte de Miguel Ángel de la técnica del fresco provocaría que a la pintura le saliera moho.

AVISPERO PAPAL

La corte del papa Julio II era un nido de talento, sin duda, pero también un auténtico avispero en el que la tensión entre artistas era más que palpable. Pese al entendimiento y altas capacidades de ambos, la relación entre Bramante y Miguel Angel fue visiblemente tirante. Según fuentes de la época, el motivo por el que el arquitecto intentó evitar que Buonarroti realizara los frescos de la Capilla Sixtina podría tener que ver con su propio ego: A Bramante no le gustaba la idea de que pudiera retomar sus trabajos en la tumba de Julio II y que esta opacara su gran proyecto, la remodelación de San Pedro del Vaticano.

Lo cierto es que el conocido carácter de Miguel Angel tampoco ayudaba. De hecho, en Florencia, ya había vivido varios encontronazos con otro de los artistas más grandes de todos los tiempos, Leonardo da Vinci. El último había tenido su origen en los frescos del Palazzo Vecchio, proyecto en el que ambos habían trabajado en los cartones para finalmente dejarlos inconclusos.

Por su parte, Rafael, otro de los artistas predilectos de Julio II, profesaba admiración a Miguel Angel. Así lo demuestran los guiños y referencias directas en sus pinturas al estilo del artista florentino en la Capilla Sixtina, una obra que pudo disfrutar antes de que se concluyera gracias al favor de Bramante. Miguel Angel, al descubrirlo, lo tomó como una conspiración en su contra.

Si bien, la leyenda de su rivalidad se extiende más allá del papa guerrero, cuando el pontífice León X decidió contribuir en las decoraciones de la Capilla Sixtina. Encargó entonces a Rafael una serie de tapices dedicados a las vidas de san Pedro y san Pablo, que despertaron la envidia de Miguel Angel. La leyenda dice que, pese a su calidad técnica, los tapices no llegaron a exponerse en su ubicación original por orden del propio Miguel Angel, que temía que opacaran su gran obra. Esto probablemente no sea cierto, ya que el artista florentino no tenía la capacidad de vetar la obra. Sin embargo, sí que despertó su cólera enterarse de que el joven pintor de Urbino había recibido un pago más elevado por los mismos que el que él recibió en su día por los frescos.



El Milagro de los panes y los peces de Rafael.

**EL FUERTE CARÁCTER DE MIGUEL ÁNGEL
DIFICULTÓ SU RELACIÓN CON
OTROS ARTISTAS, POR EJEMPLO CON
BRAMANTE, RAFAEL O LEONARDO DA VINCI**

mandó a Sangallo, uno de sus artistas predilectos y fiel amigo de Miguel Ángel, quien determinó que era un problema de la humedad en la mezcla y, una vez corregido, le ordenó que continuara con el proyecto.

Los trabajos en la Capilla Sixtina se prolongaron varios años, durante los que existieron varios episodios de tensión y desacuerdo entre papa y pintor. A pesar de que Julio II había hecho el encargo a Miguel Ángel, existían discordancias significativas entre las visiones de ambos para el proyecto y su diseño final. No llegaron a estar de acuerdo ni en la temática, tal y como recoge el propio Miguel Ángel en sus cartas, donde se atribuye la elección de los temas del Antiguo Testamento para la parte central de la bóveda. En primera instancia, el papa quería pintar en la bóveda una representación de los 12 apóstoles que el artista florentino consideró demasiado pobre. Supuestamente Julio II dio bastantes libertades a Miguel Ángel, algo poco común en la época.

La mayoría de las anécdotas respecto a la rivalidad entre ambos están directamente relacionadas con los tiempos de trabajo. Hicieron falta meses de angustia para que Miguel Ángel dominara la técnica. Su perfeccionismo le hacía trabajar en los frescos sin descanso, cuidando hasta el más mínimo detalle. Julio II, por su parte, no soportaba la lentitud con la que trabajaba y a menudo se impacientaba por ver el resultado final. Una de las anécdotas más famosas al respecto es la recogida por Ascanio Condivi, biógrafo y discípulo de Miguel Ángel. Esta narra cómo el papa llegó a amenazar a Buonarroti con tirarle del andamio si este no avanzaba a buen ritmo con las obras. Fiel a su fama de impaciente, en otra ocasión llegó supuestamente a golpear al artista con una maza. Lo cierto es que este tipo de historias carecen de una fiabilidad histórica absoluta, pero son realmente relevantes dado que son las que han alimentado la idea de rivalidad entre ambos personajes.

Curiosamente, también existen anécdotas en las que es el propio pontífice la víctima de los ataques, algo sumamente improbable dado su poder y carácter. Giorgio Vasari, autor de *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos*, recoge en su obra uno de los episodios más conocidos. En él, Miguel Ángel se niega a enseñar los avances en la Capilla Sixtina, prohibiéndole a sus ayudantes que dejen a acceder a nadie, incluyendo al mismísimo papa. Encolerizado ante su desobediencia, lanza varias tablas desde lo alto de uno de los andamios, con tan mala suerte de que el receptor de estas sería Julio II. Según Vasari, tras el incidente Miguel Ángel huyó de Roma y no fue hasta varios meses después, tras calmarse el papa —que no soportaba la idea de que los frescos quedaran inacabados—, cuando decidió regresar para proseguir con el proyecto.

El ambiente en la corte papal tampoco ponía facilidades para que Miguel Ángel se centrara en la obra. Los rumores que surgieron en torno al odio de Bramante por su persona —rumores que nunca llegaron a comprobarse—, afectaron realmente al artista, quien entró en un estado de paranoia. Según estos, Bramante no solo había intentado disuadir al papa para que le entregara el proyec-

JULIO II NO SOPORTABA LA LENTITUD CON LA QUE TRABAJABA MIGUEL ÁNGEL Y SE IMPACIENTABA POR VER EL RESULTADO



Miguel Ángel finalizó la pintura de la Capilla Sixtina en 1512, aunque años más tarde pintaría el Juicio Final (en la imagen), esta vez encargado por el papa Clemente VII.

to a Buonarroti, sino que disfrutaba con sus dificultades y deseaba que fracasase estrepitosamente. Prefería que los frescos de la Capilla Sixtina llevaran la firma del jovencísimo Rafael, pero esto nunca llegó a ocurrir.

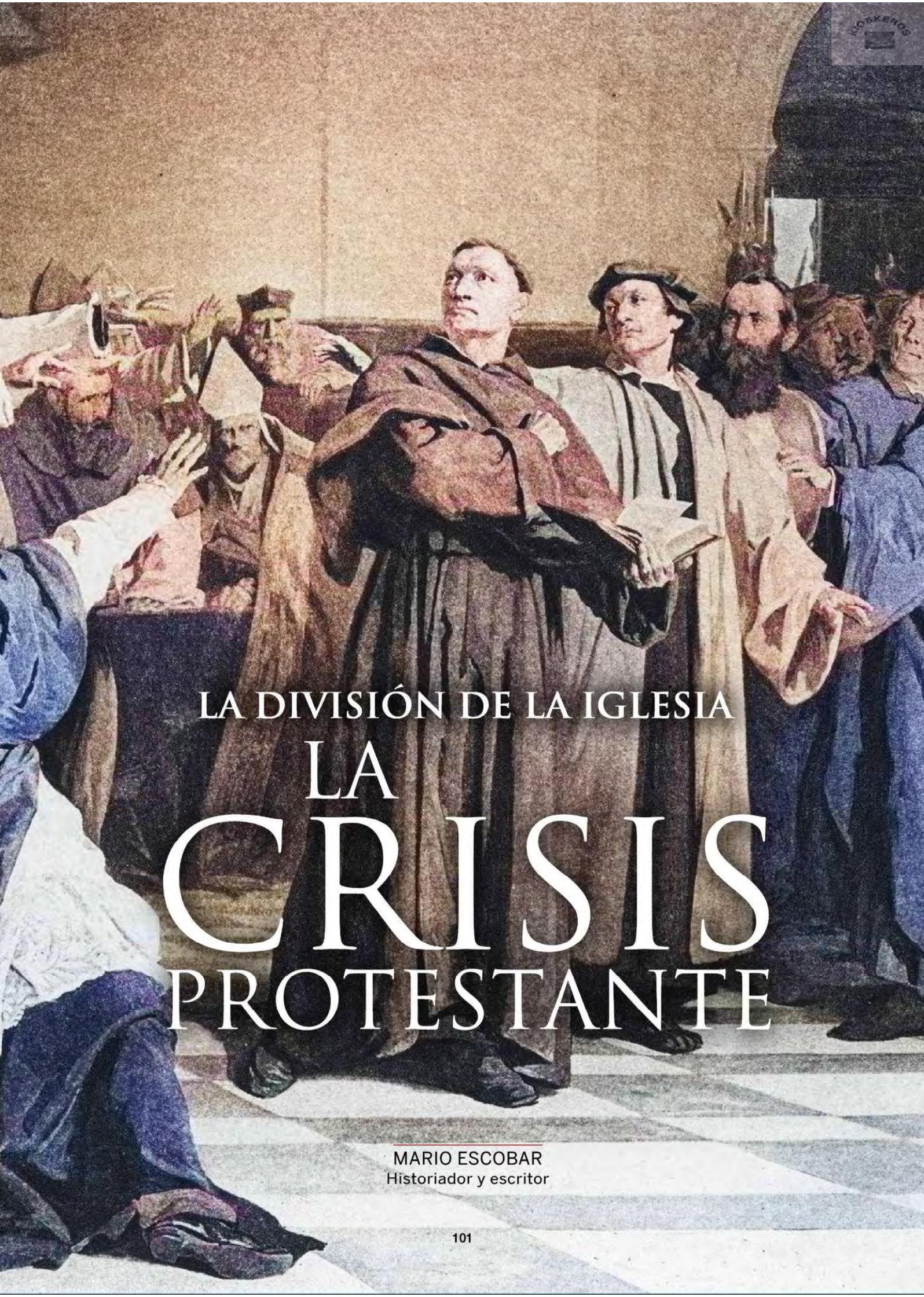
Pese a todo, en 1512, tras cuatro años de posturas incómodas y discusiones con el papa, Miguel Ángel daba por finalizada la bóveda de la Capilla Sixtina. Llegó justo a tiempo para que el papa Giuliano della Rovere se arrodillara ante su creación, pues fallecería poco después, en febrero de 1513. Miguel Ángel, sin embargo, no había acabado su trabajo en la capilla: años más tarde volvería para pintar su juicio final, otra de sus obras maestras, esta vez a cargo del papa Clemente VII.

Incluso después de muerto el papa, la relación entre Julio II y Miguel Ángel continuó. En su testamento, el pontífice dejó por escrito su deseo de que la persona que realizara su mausoleo fuera Miguel Ángel, aunque ya había asumido que tendría que ser más modesto. Entre el primer proyecto y el definitivo pasaron 40 años, en los que tuvo que trabajar con distintos papas y presentó hasta 6 proyectos. El resultado final fue mucho más humilde de lo que él deseaba, pero no dejó de legar al mundo una de sus esculturas más impresionantes, el *Moisés*.

Así fue como arte y ambición se encontraron en un duelo épico protagonizado por un artista y un pontífice. Discernir realidad de ficción en sus anécdotas es prácticamente imposible, pero tensiones y desacuerdos aparte, lo que sí sabemos con certeza es que su relación dio a luz algunas de las obras más importantes del Renacimiento. Su legado se extendería más allá de su época para cambiar la forma que tenemos de entender el arte. Por supuesto, la historia recordará la relación entre Julio II y Miguel Ángel como una de las más tormentosas; lo que nadie debería olvidar es que también fue una de las más fructíferas. ■

GETTY
Lutero atacó la corrupción de la Iglesia de Roma y defendió una nueva visión del cristianismo. En la imagen, grabado de Martín Lutero ante el Concilio de Worms.





LA DIVISIÓN DE LA IGLESIA
LA
CRISIS
PROTESTANTE

MARIO ESCOBAR
Historiador y escritor

Después de varios siglos de lenta recuperación y de que Europa pasase varias pestes y las ciudades comenzaran a recuperar su esplendor, mientras que en Italia el Renacimiento y el progreso económico sacaban a la sociedad de la Edad Media, en la Europa del norte la revisión del cristianismo y la investigación de las fuentes bíblicas traían consigo un deseo de reforma dentro de la Iglesia.

La Iglesia ya se había dividido en muchas ocasiones, aunque desde la legalización implantada por el emperador Constantino esta, que estaba muy unida al poder, había perseguido cualquier disidencia y doctrina heterodoxa. La división entre la Iglesia de Roma y la Iglesia Ortodoxa del año 1054 quedaba muy lejos, pero muchos miembros de la iglesia veían la necesidad de cambiar la forma de gobierno dentro del mismo seno de Roma. Los papas vivían en un lujo desmedido y muchos de los príncipes de la iglesia entraban en esta más por las riquezas materiales que les aportaba que por celo cristiano.

En Inglaterra, John Wycliffe ya había defendido una mayor separación de la iglesia y del estado, además de un regreso a las fuentes bíblicas.

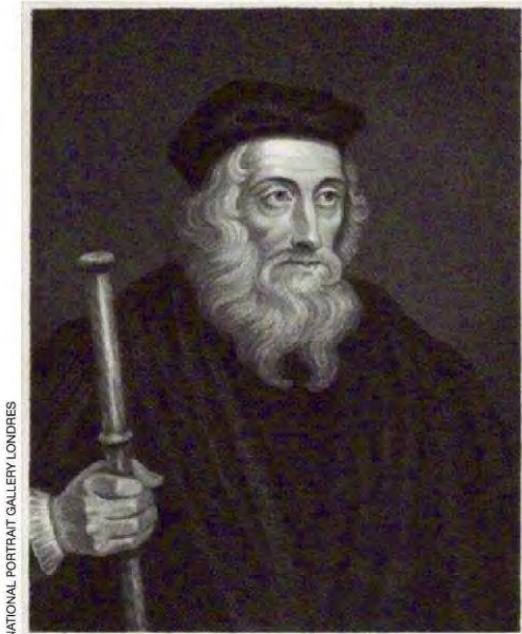
Wycliffe había contribuido a la traducción de la *Biblia* al inglés y su difusión a través de predicadores itinerantes. Tras un éxito inicial, su obra y misión fue condenada, su cuerpo desenterrado y quemado por hereje.

En Praga, Juan Hus, defendió una reforma en la iglesia, un sacerdocio más cercano a los feligreses y que diera ejemplo, y la transformación de la jerarquía eclesiástica. Convocado al Concilio de Constanza, tras ser apresado fue quemado en la hoguera.

En Alemania, en una ciudad pequeña, capital del Principado de Sajonia, un monje agustino, que había pasado la mayor parte de su vida torturado por la idea del infierno, tras licenciarse en filosofía y teología, se convirtió en profesor de *Biblia* en la recién creada Universidad de Wittemberg. Mientras impartía sus clases,

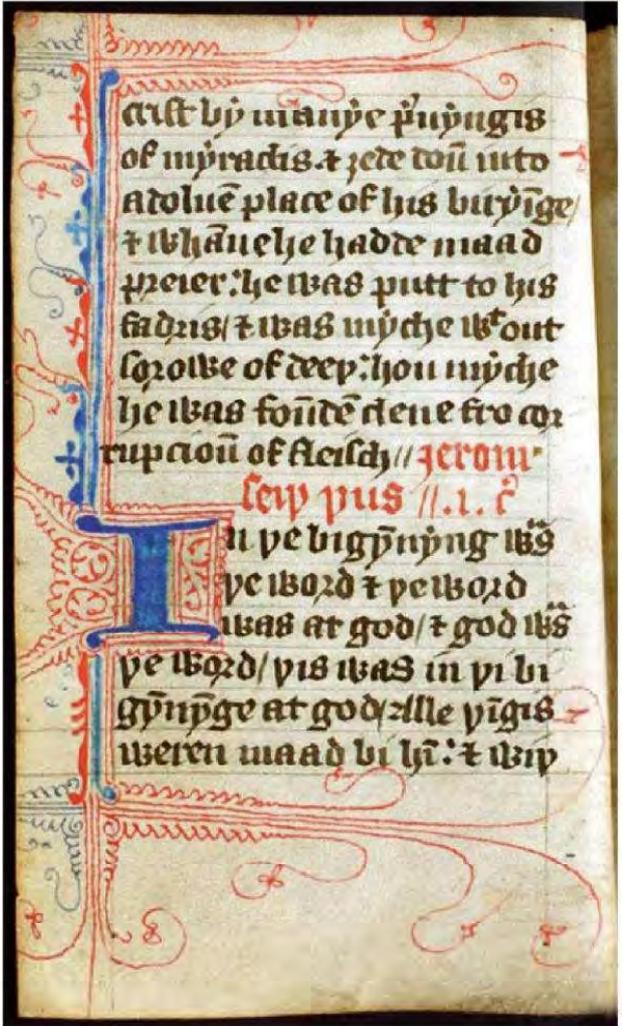


La Iglesia ya se había dividido antes, como en el 1054 entre la de Roma y la Ortodoxa. En la imagen, Santo Sepulcro en Jerusalén, sede del Patriarcado Ortodoxo de Jerusalén.



NATIONAL PORTRAIT GALLERY LONDRES

John Wycliffe (arriba) defendió la separación entre Iglesia y Estado y una vuelta a las fuentes bíblicas. A la dcha., su traducción de la *Biblia* al inglés.



ASC

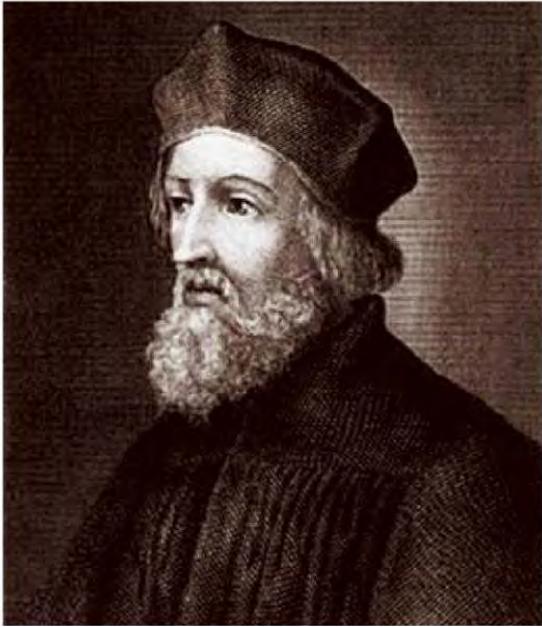
se dio cuenta que en varias de las epístolas de Pablo el apóstol hablaba de la gracia. Martín se vio liberado del peso de la culpa, ya que no tenía que hacer obras para ganar la salvación, además de vivir rigurosamente, sin llegar a saber que su vida agradaba a Dios.

Las ideas de Lutero no habrían tenido mucho eco si su mensaje no coincidiera con una de las mayores revoluciones de la información que se ha dado antes del siglo XX: el invento de la imprenta unos años antes facilitaba que las ideas y libros del reformador alemán llegaran a cada rincón de Alemania y más tarde de toda Europa.

EL CONFLICTO

El papa León X no tenía dinero para completar la construcción de la suntuosa Basílica de San Pedro. Desde tiempos inmemoriales la ciudad de Roma y la Basílica de San Pedro habían sido el centro de la Cristiandad. El papa León X retomó el ambicioso plan de reformas de los viejos edificios de la sede pontificia y, en especial, la basílica, y con este fin contrató a los mejores artistas de la época y usó los materiales más nobles, pero para sufragar los onerosos gastos debía encontrar nuevas formas de financiación. Para ello creó una indulgencia especial en el año 1515 a través de la cual, tras un pago cuantioso, el fiel podía acortar el tiempo que debía pasar en el purgatorio, tanto él como sus familiares.

En Alemania, Alberto de Brandeburgo, un joven cardenal sin muchos escrúpulos y poca vocación religiosa, se hizo cargo de la venta de las indulgencias. Estaba en



Jan Hus (arriba), filósofo y teólogo checo considerado precursor de la Reforma Protestante, murió quemado en la hoguera tras ser condenado por herejía en el Concilio de Constanza. A la derecha, *Martirio de Jan Hus* (1485) de Spiezer Schilling.



ese momento muy endeudado por la compra de todos los cargos eclesiásticos que ostentaba y necesitaba sanear sus cuentas. El cardenal había pedido permiso al Papa León X para vender en Maguncia y Brandeburgo, los territorios que gobernaba, la venta de indulgencias.

Alberto nombró como predicador al dominico Johann Tetzel, un hombre famoso por sus predicaciones apasionadas y un tanto manipuladoras. Tetzel era capaz de conmover a cualquier audiencia y conseguir que se plegara a sus propósitos. El dominico tenía el dicho de que «en cuanto la moneda sonaba en el cofre, un alma salía automáticamente del purgatorio».

Cuando llegó a oídos de Martín Lutero que la compra de indulgencias había llegado a su región el profesor se indignó. No le gustaba que la gente sencilla diera todo el dinero que poseía para librarse de un purgatorio inexistente dentro de la doctrina bíblica. El maestro de Biblia clavó, no sabemos si esto forma parte o no de la leyenda, sus 95 Tesis para abrir un debate amplio sobre las doctrinas de la Iglesia y todo lo que esta había añadido a la Palabra de Dios.

LAS 95 TESIS DE LUTERO

El día 31 de octubre de 1517, una fecha simbólica pues se trataba del día de todos los santos, el profesor agustino se levantó temprano para colgar sus tesis en las puertas de la catedral de Wittemberg. Las noventa y cinco tesis eran propuestas académi-

cas, la mayoría centradas en las indulgencias, pero también trataban otros temas de conducta y doctrina en el seno de la Iglesia.

Entre los puntos más polémicos destacaban:

- El verdadero arrepentimiento es un acto espiritual, no de carácter monetario.
- El Papa no tiene autoridad directa sobre las almas del purgatorio, por tanto no puede disponer de ellas.
- Las indulgencias distraen del verdadero arrepentimiento y fomentan la corrupción espiritual.

La reacción del Papa León X no se hizo esperar: aquel hombre orgulloso, más preocupado por el lujo que por la doctrina, no soportaba que nadie le cuestionara. Era miembro de la influyente familia de los Médici, una de las más poderosas del



ASC / BIBLIOTECA ESTIVAL DE BERLIN

Texto de *El Cuestionamiento al poder y eficacia de las indulgencias (Disputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum)*, más conocido como las noventa y cinco tesis de Lutero. Impresas en formato de pancarta en Nüremberg en 1517 fueron colgadas el 31 de octubre de ese año en la puerta de la catedral de Wittenberg.

mundo en aquel momento, y para él que aquel monje insignificante de Sajonia, una de las zonas más lejanas del Imperio Romano Germánico, se atreviera a contradecirlo, era una afrenta terrible.

Al principio actuó con cierta presencia, enviando emisarios para seducirle primero y más tarde amenazarle, pero sus artimañas no sirvieron contra el adusto monje.

En junio de 1520, el papa emitió la bula *Exsurge Domine* en la que condenaba las tesis de Lutero y le conminaba a retractarse en el plazo de sesenta días.

LA RUPTURA CON ROMA

Martín Lutero, que contaba con la protección del príncipe de Sajonia, Federico III, que no veía con buenos ojos que parte de sus rentas se fueran del principado para construir un palacio en Roma, decidió quemar la bula el 10 de diciembre de 1520 en



ASC

León X retratado por Rafael alrededor de 1519. Este papa emitió bulas para poder sufragar las suntuosas obras de la Basílica de San Pedro.



Este grabado del libro *Die deutsche Geschichte in Bilder (Imágenes de la historia alemana)*, publicado en el año 1862, representa el momento en el que el dominico Johann Tetzel, nombrado por Alberto de Brandeburgo, predica para vender las bulas papales.

medio de la plaza principal de Wittenberg. A partir de este momento, Lutero comenzó a escribir un sinnúmero de libros que exponían sus ideas, todas ellas basadas en las Sagradas Escrituras como *Comentarios sobre los Salmos*, *Lecciones sobre la Carta a los Romanos*, *Sermones de Indulgencias y la gracia* y *Resolución sobre las 95 tesis*, todos ellos con la intención de difundir sus pensamientos.

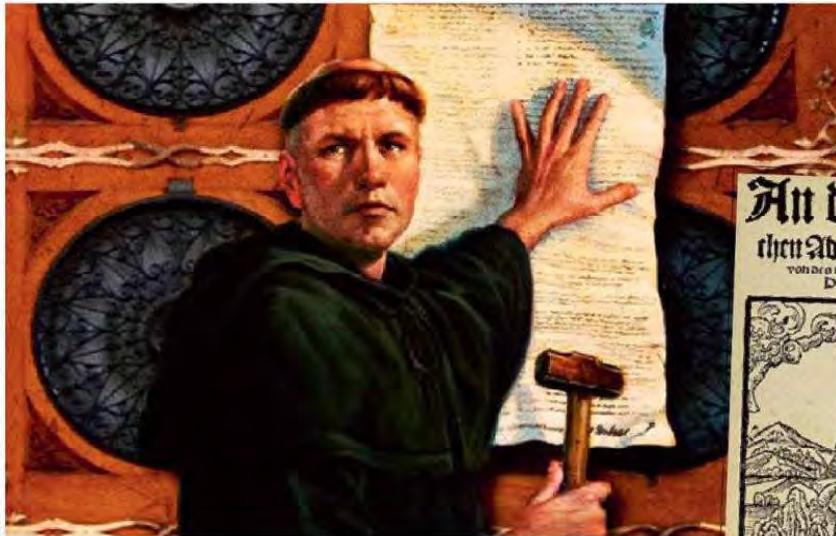
Cuando el conflicto se enconó y Lutero se enfrentó a Johann Eck en un debate llamado la Disputa de Leipzig las acusaciones contra Lutero se acrecentaron.

En Leipzig, el predicador Johann Eck comparó a Lutero con Juan Hus, que había sido condenado a la hoguera por hereje, Lutero no se amedrentó, defendió sus ideas, y declaró que tanto el Papa como los concilios se habían equivocado, lo que le sacaba de la ortodoxia de la Iglesia y le convertía en un hereje.

LAS OBRAS MAS INCENDIARIAS.

Martín Lutero, que al principio había disculpado al Papa León X, que creía mal informado, comenzó a escribir varias obras que se contraponían a la fe católica y ensalzaban el nacionalismo alemán.

En el folleto titulado *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, Lutero animaba a los príncipes alemanes a reformar la iglesia y desafiar la autoridad papal.



ASC

En sus *Tesis*, Lutero proponía una reforma íntegra de la Iglesia. Arriba, recreación de Lutero clavando su tesis en Wittemberg. A la dcha. su obra *A la nobleza cristiana de la nación alemana* y *Sobre la libertad cristiana*.



ASC

ASC

En su libro *Sobre la libertad cristiana*, se resumían sus ideas sobre la doctrina de la justificación por la fe. En *La Cautividad babilónica de la Iglesia*, Martín. Lutero denunciaba los engaños de la doctrina de Roma al difundir y apoyar doctrinas falsas sobre varios puntos, pero sobre todo sobre los sacramentos.

La lucha doctrinal de Lutero trascendió el ámbito religioso y se convirtió también en un asunto político. El joven Carlos I de España y V de Alemania acaba de acceder al poder y necesitaba el apoyo de todos los príncipes, pero buena parte de ellos estaban divididos por cuestiones religiosas. Carlos V había sido educado por Erasmo de Rotterdam y quería que se convocara un concilio y se reformara la iglesia, pero las ideas del monje alemán le parecían muy radicales. Ante el temor de que el luteranismo dividiera su imperio, el emperador convocó al monje a la Dieta de Worms en 1521, una reunión de los príncipes alemanes que se convocaba para tratar asuntos importantes que concernían al imperio.

LA DIETA DE WORMS

Martín Lutero recibió un salvoconducto del emperador Carlos V, que le garantizaba la vida y la libertad. El príncipe de Sajonia era su protector y uno de los más influyentes en el imperio, por lo que Lutero pensó que el emperador no se atrevería a incumplir su palabra. Mientras se dirigía a Worms, fue vitoreado por el pueblo alemán como un héroe, pero las cosas se tornaron más oscuras en la ciudad de la dieta.

El emperador Carlos pretendía dar una última oportunidad a Martin Lutero y así terminar con el problema del luteranismo, además de mostrar su autoridad imperial frente a la división sectaria y tratar de restaurar así la unidad religiosa y política del imperio.

Lutero llegó a la ciudad el 16 de abril de 1521. Los habitantes le recibieron con vítores pero dentro de la fortaleza las cosas no parecían tan halagüeñas. Al día siguiente,

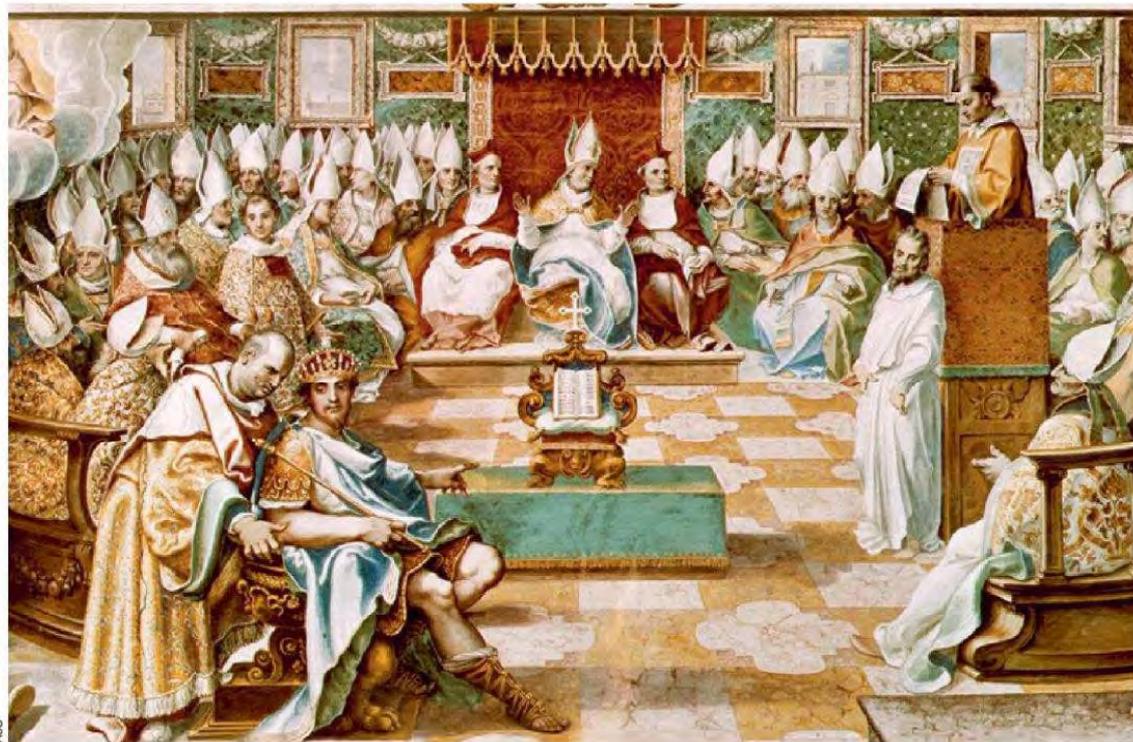
LUTERO PENSÓ QUE PODRÍA DISCUTIR SOBRE SUS IDEAS, PERO EL EMPERADOR LE OBLIGÓ A QUE SE RETRACTARA DE SUS OBRAS

Lutero fue llevado ante el emperador que presidía la reunión y el secretario Johann von Eck le conminó a que reconociera las obras que estaban en una mesa cercana y después le pidió que se retractara de todas ellas. Lutero se quedó paralizado, pensaba que podría discutir sobre sus ideas, pero el emperador le obligaba a retractarse sin más. El monje pidió permiso para reflexionar y se marchó de la dieta lleno de incertidumbre. Pasó toda la noche orando y a la mañana siguiente, se volvió a presentar frente a los príncipes y el emperador.

Lutero dijo que no podía retractarse de todas sus obras por tres razones. La primera razón que argumentó era que sus escritos sobre la fe y la doctrina cristiana estaban basados en las Escrituras y no podía rechazarlos. La segunda razón que dio, con respecto a los escritos sobre la corrupción del papado, fue que la corrupción que denunciaba era real y tampoco podía retractarse. En la tercera razón, sobre sus escritos polémicos, admitió que en algunos podía haber usado un tono demasiado fuerte, pero que tampoco podía retractarse porque su intención solo era defender la verdad.



Ilustración de un antiguo grabado de Martín Lutero quemando la bula papal —que lo amenazaba con la excomunión— ante el Elstertor en Wittenberg, el 10 de diciembre de 1520.



La grave disputa teológica que arrasaba las congregaciones cristianas del Mediterráneo oriental forzó al emperador a convocar un concilio en Nicea (Turquía) en el año 325. En la imagen, fresco del Vaticano que recrea a Constantino presidiendo este evento.

Cuando el secretario le conminó a que se retractara de sus ideas sin más dilación, Lutero contestó: «A menos que se me convenza mediante testimonios claros de las Escrituras o por razones evidentes – porque no creo ni en el Papa ni en los concilios, ya que está probado que se han equivocado y contradicho entre sí – estoy sujeto a mi conciencia y ligado a la Palabra de Dios, y no puedo ni quiero retractarme, porque hacer algo contra la conciencia no es ni seguro ni saludable. ¡Que Dios me ayude! Amén».

Con estas sencillas palabras, Martín Lutero anteponía su conciencia a las autoridades políticas y eclesiásticas, rompiendo el principio antiguo y medieval de la obediencia a las autoridades.

LA DIVISION DE LA CRISTIANDAD DE OCCIDENTE

A partir de ese momento, la iglesia de occidente comenzó a dividirse, ya lo había hecho antes en 1045 cuando la iglesia ortodoxa no había reconocido la supremacía del papa ni de Roma, pero la Reforma no lo haría como un bloque homogéneo. La libre interpretación de las Escrituras y la ruptura con las jerarquías romanas propiciaron una fragmentación de la Iglesia en diferentes doctrinas y énfasis, desde Ulrich Zwinglio en Zúrich, Juan Calvino en Ginebra, Martín Bucero en Estrasburgo o Johannes Oecolampadio en Basilea.

El surgimiento de la Reforma Radical con los anabaptistas y las guerras campesinas enturbiaron al movimiento reformado, que llevó a casi dos siglos de luchas religiosas dentro de la Europa occidental.

EN SEVILLA LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA DESCUBRIÓ MÁS DE TRESCIENTOS SEGUIDORES DE LAS IDEAS DE LUTERO

El legado de Martín Lutero, además de contribuir al surgimiento del alemán moderno, fue la defensa de la verdad por encima de las autoridades anteriores, lo que abrió el campo a la investigación científica, la libertad de conciencia y de pensamiento. Por el lado negativo, se abrió una era dogmática y de intolerancia que desprestigiaría al cristianismo, llevando a buena parte de los intelectuales del siglo XVIII al deísmo, renunciando a seguir las doctrinas cristianas. La caja de Pandora que se abrió dejó en el fondo la esperanza: la esperanza de que por encima de las divisiones dogmáticas el cristianismo tenía un mensaje relevante que transmitir al mundo, una esperanza de regeneración interior en base al ejemplo de su fundador, Jesús de Nazaret.

LA REFORMA EN ESPAÑA

Las ideas de Martín Lutero también llegaron a España pero la rápida actuación de la Inquisición echó al traste su extensión. En las principales ciudades de la Península comenzaron a surgir grupos reformados. En la populosa ciudad de Sevilla, un grupo que tenía como origen la Escuela de la catedral, liderado por el Doctor Egidio y Constantino Ponce de la Fuente, ambos predicadores y canónigos de la catedral, fue perseguido por la Inquisición. Cuando comenzaron los procesos, los Inquisidores descubrieron que había más de trescientos implicados, entre ellos todo el convento de los jerónimos en Santiponce, pero también nobles como Juan Ponce de León y sus hermanos, Fernando de Sanabria, hijo del Marqués de Villanueva de Cañedo o mujeres como Isabel de Baena y María de Virués.

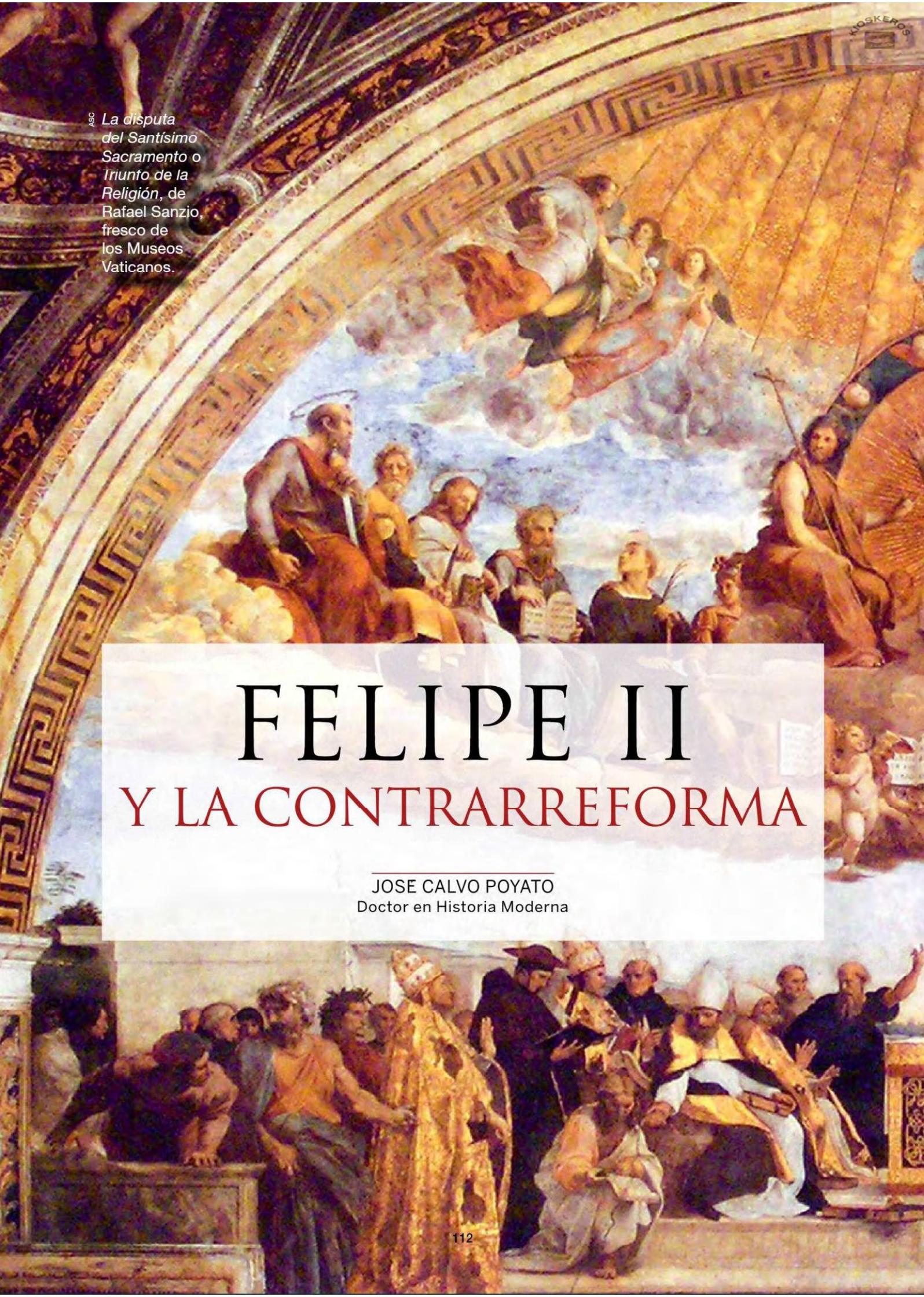
En Valladolid surgió otro grupo en torno a la familia Cazalla, un antiguo predicador de Carlos V. Allí el grupo fue algo más reducido, aunque destacaron también figuras importantes como Carlos de Seso, noble italiano; Francisco de Zúñiga y Avellaneda, IV marqués de Mirabel, y la familia de Cazalla. En los autos de fe de Valladolid y Sevilla de 1559 y 1560 se condenó a unas 130 personas y 46 fueron condenadas a la hoguera. Escaparon algunos monjes jerónimos como Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera y Antonio del Corro, que en el exilio tradujeron la Biblia al castellano y pastorearon algunas iglesias en distantes ciudades de Europa. ■



ASC/ACADEMIA BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

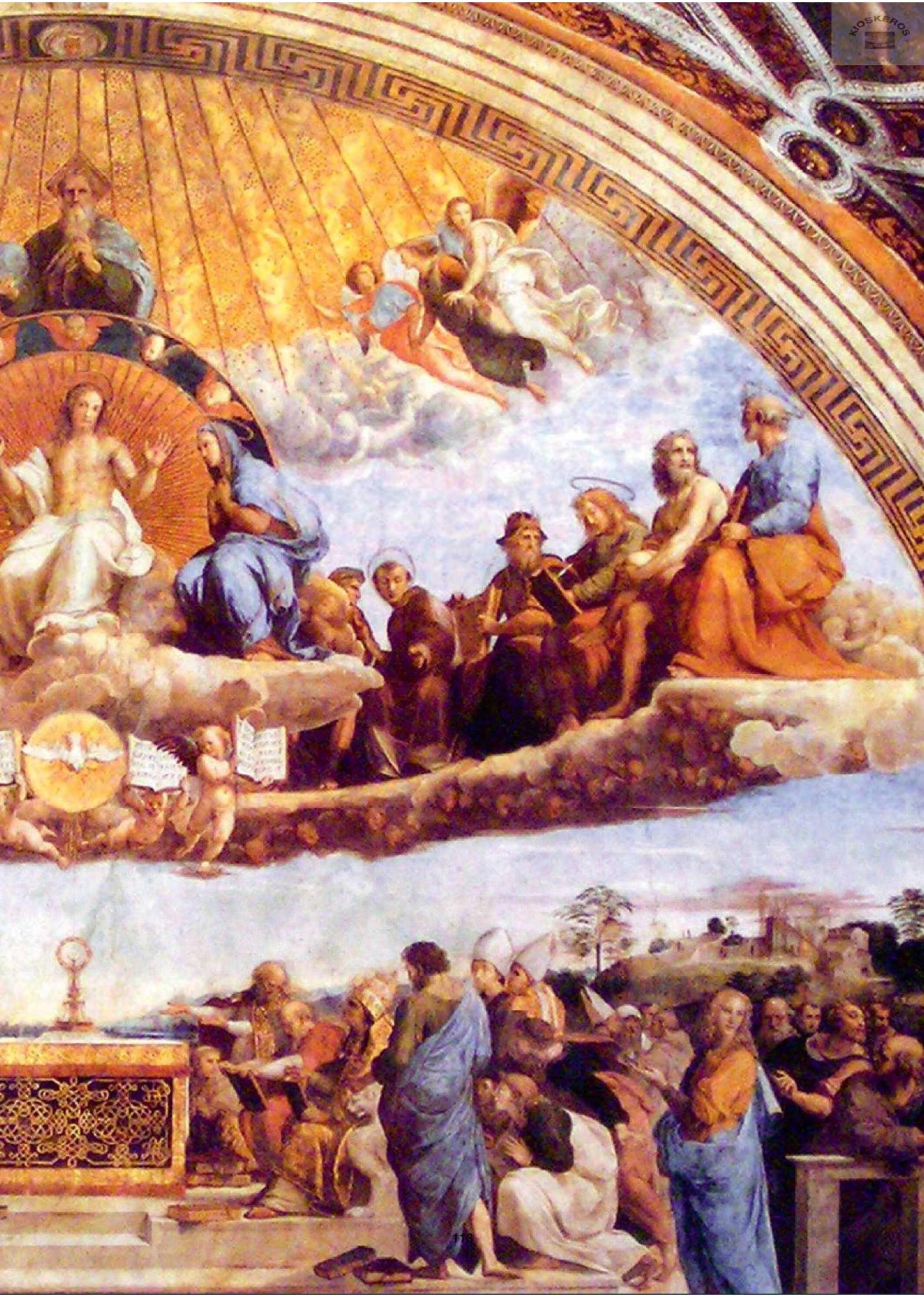
Sobre estas líneas, *Auto de fe de la Inquisición*, óleo sobre tabla de Francisco de Goya.

ASC
*La disputa
del Santísimo
Sacramento o
Triunfo de la
Religión, de
Rafael Sanzio,
fresco de
los Museos
Vaticanos.*



FELIPE II Y LA CONTRARREFORMA

JOSE CALVO POYATO
Doctor en Historia Moderna



La abdicación de Carlos I –Carlos V en su condición de emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico– en su hijo, convertido en Felipe II, tuvo lugar en Bruselas en 1556, cuando el Concilio de Trento se encontraba interrumpido y los enfrentamientos religiosos se estaban dirimiendo en el campo de batalla.

El debate de ciertas cuestiones relacionadas con la Iglesia que Martín Lutero había planteado en 1517 al clavar en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus noventa y cinco tesis, donde proponía un debate sobre el perdón de los pecados y contra las indulgencias promovidas por la iglesia de Roma, había dividido a la cristiandad y llevado la cuestión religiosa al enfrentamiento militar. Los intentos de buscar puntos de encuentro entre las partes enfrentadas, que Carlos V había propiciado con la celebración de varias dietas, habían concluido con estrepitosos fracasos.

Los esfuerzos para no romper la unidad de la cristiandad ya no se contemplaban como una posibilidad antes de que mediara aquella centuria. Ni siquiera el avance de los otomanos por el Mediterráneo y por la cuenca del Danubio –se habían apoderado de Budapest en 1526 y asediaron Viena en 1529 y 1532– sirvió como catalizador de un posible acuerdo. Las diferencias iniciales fueron en aumento con el paso de los años y la fosa que separaba a los reformados de los romanos –protestantes y papistas en términos despectivos utilizados por ambos bandos para referirse a sus contrarios– era insalvable.

Como hemos señalado, cuando Carlos I abdicaba en su hijo el concilio estaba paralizado. Las sesiones conciliares hasta entonces se habían celebrado en Trento. –una pequeña ciudad situada en el norte de Italia–. Aquel concilio era la reacción de Roma para hacer frente a los avances de los luteranos. Sus sesiones se habían iniciado en diciembre de 1545 y, por diferentes circunstancias se prolongarían durante casi veinte años, celebrándose su sesión de clausura en diciembre de 1563.

Las vicisitudes que se vivieron a lo largo de estas casi dos décadas fueron numerosas. Se sucedieron varios pontífices, cuyos criterios eran muy diferentes respecto a la celebración del cónclave, por lo que hubo prolongadas interrupciones y notables desencuentros, antes de alcanzar por fin los acuerdos que permitieron impulsar la llamada Contrarreforma.

El papa que lo convocaba, Paulo III, a instancias del emperador que deseaba buscar un acuerdo, moría cuatro años después (1549) de celebrarse la apertura del cónclave. El nuevo pontífice, Julio III, decidió continuarlo, pese a las dificultades existentes, tanto de tipo político como militar. Apenas celebradas sus primeras sesiones se produjo una grave amenaza sobre los obispos allí reunidos, por lo que el concilio interrumpió sus sesiones en la primavera de 1551, antes de que se cumpliera un año desde su reanudación. La muerte de Julio III en 1555 significó un nuevo, inconveniente porque el pontificado del nuevo papa, Marcelo III, no llegó a durar un mes y la elección de un nuevo pontífice llevó a Gian Pietro Caraffa a convertirse

LAS SESIONES DEL CONCILIO DE TRENTO SE PROLONGARÍAN DURANTE DOS DÉCADAS CLAUSURÁNDOSE EN 1563



MUSEO DEL PRADO

Retrato de Felipe II con el Toisón sobre el pecho. De 1573, es obra de Sofonisba Anguissola.

en el nuevo obispo de Roma. Tomó el nombre de Paulo IV y decidió no reanudar las sesiones. Su pontificado quedó en blanco desde el punto de vista conciliar. Fue durante el mismo cuando se produciría la abdicación de Carlos I. Será con el siguiente papa, Pío IV, muy presionado por Felipe II, con el que se reanudará el concilio, no sin dificultades, tras la firma de la paz de Cateau-Cambrésis, en 1559. Sus sesiones se darán por concluidas en 1563.

Así, pues, los primeros años del reinado de Felipe II coincidieron con las sesiones del concilio y las directrices que emanaron del mismo se convertirían en las princi-



El Concilio de Trento pretendía devolver la unidad a la cristiandad. En la imagen, pintura de una sesión del concilio en Santa María la Mayor presidida por el cardenal Ettore Gonzaga.

pales armas de los católicos en su enfrentamiento con luteranos, calvinistas, presbiterianos... y demás facciones en que se había fragmentado la Iglesia Reformada.

FORTALECER LA IGLESIA

Felipe II albergaba la esperanza de que el concilio se convirtiera en un instrumento para devolver la unidad a la cristiandad y, en todo caso, dotar a la iglesia de Roma de los instrumentos necesarios para hacer frente a los herejes. Una prueba del interés del rey de España lo tenemos en el importante número de obispos de las diócesis españolas que concurrieron al cónclave una vez reanudadas sus sesiones y en el papel desempeñado por algunos de sus más brillantes teólogos. Fue el caso de Benito Arias Montano, Melchor Cano, Diego Laínez, segundo general de la Compañía de Jesús o Alonso de Salmerón.

El monarca español se convertiría en el principal adalid de esa Contrarreforma, impulsando los preceptos tridentinos en sus dominios y luchando contra los herejes que habían aparecido en territorios tanto bajo su dominio como en aquellos otros lugares donde el enfrentamiento religioso era una realidad. Así queda recogido en la pragmática que, en 1564, el rey ordenó que se hiciera pública en todos sus reinos y señoríos. En ella, pese a las diferencias que separaban a Felipe II de algunos de los planteamientos del pontífice, se ordenaba:

«Nos, como rey obediente y verdadero hijo de la Iglesia, queriendo santificar y responder a la obligación en que somos, y siguiendo el ejemplo de los reyes que nos precedieron, nuestros antepasados, hemos aceptado y recibido, y aceptamos y re-

cibimos, al dicho sacrosanto concilio y queremos que en todos nuestros reinos sea jurado, cumplido y ejecutado. Daremos para la dicha ejecución y cumplimiento, y para la conservación y defensa de lo en él ordenado, toda nuestra ayuda y favor».

Precisamente, la aplicación de los decretos tridentinos en Flandes fue el detonante de una rebelión, atizada por influyentes grupos de protestantes. El rechazo a los planteamientos de Roma se sumó a otros factores de carácter nacionalista y económico. Suponía un claro desafío al poder real, por lo que Felipe II, por mano del duque de Alba, buscó aplastar aquel desafío a su autoridad y al rechazo a los planteamientos teológicos de la Iglesia de Roma salidos de Trento.

No es una cuestión baladí el hecho de que Luis Cabrera de Córdoba, contemporáneo del monarca y persona próxima al rey, en su *Historia de Felipe II*, nos lo presente como el brazo armado de la Iglesia. La primera parte de dicha obra se publicó en 1619, pero la segunda no llegó a ver la luz entonces. Importantes personalidades de Aragón entendieron que la obra era tendenciosa con los sucesos relacionados con la fuga, prisión y huida de Antonio Pérez que llevaron, entre otras cosas, a la ejecución del Justicia Mayor de aquel reino, Juan de Lanuza.

LAS TENSIONES ENTRE FELIPE II Y LA SANTA SEDE POR LA HERENCIA DE PORTUGAL

La sucesión al trono de Portugal quedaba vacante en 1578 como consecuencia de la muerte de don Sebastián en el desastre de su ejército en Alcazarquivir. Tras el breve reinado de Enrique I, el llamado rey-cardenal, Felipe II reclamó sus derechos al trono lusitano, como hijo de Isabel de Avis, la emperatriz. Hubo otros candidatos al trono como Catalina de Avis, duquesa de Braganza, hija de Duarte, hermano de la emperatriz. Aquello dio lugar a un debate jurídico donde era fundamental la preeminencia sucesoria del varón. Felipe II lo era frente a la duquesa, pero los derechos de esta le llegaban por vía masculina y los de Felipe II por vía femenina. Los juristas de la universidad de Salamanca dictaminaron a favor del monarca español, pero los de la universidad de Coímbra dictaminaron a favor de la duquesa.

El papa, a la sazón Gregorio XIII, planteó la preeminencia de la Santa Sede para disponer de la sucesión al trono de un reino cristiano que había quedado vacante, irrogándose el derecho, aludiendo a la primacía del poder espiritual que representaba. Felipe II se negó a que Roma se inmiscuyera en el asunto y, tras fuertes tensiones, el papado renunció a intervenir.



Grabado de la Batalla de Alcazarquivir.

Pretendieron que Cabrera de Córdoba rectificase, algo a lo que se opuso e impidió que se diera a la estampa. Esta segunda parte solo vería la luz hasta ya muy avanzado el siglo XIX.

AUTOS DE FE E IMAGINERÍA

En España y otros dominios de la monarquía hispánica la Inquisición actuaría contra los herejes, como ponen de relieve los autos de fe celebrados en Valladolid en 1559 contra el círculo agrupado en torno al doctor Cazalla, que había ejercido como capellán de Carlos I, algo que le permitió viajar junto al emperador por buena parte de Europa y conocer los planteamientos del luteranismo. También los autos de fe de Sevilla, celebrados entre 1559 y 1562, donde se condenó por herejía protestante a significados miembros de la sociedad sevillana y a un importante número de clérigos del monasterio de San Isidoro del Campo, ubicado en la vecina localidad de Santiponce.

Felipe II impulsará el culto a los santos, definido con la denominación de culto de latría, como señalaba la doctrina conciliar, frente a las tesis de los protestantes que lo consideraban una manifestación de idolatría. Los templos se llenaron de imágenes que concentraban la devoción de los fieles y dieron lugar a la gran eclosión de la imaginería española —obras religiosas, talladas en madera y policromadas, que recogían imágenes de vírgenes, de santos o de momentos de la pasión de Jesús de Nazaret— que tuvo sus principales centros en Valladolid (escuela castellana) y Sevilla, Granada y Málaga (escuela andaluza), con maestros como Gregorio Fernández, Martínez Montañés, Juan de Mesa o Pedro de Mena. Se fundaron numerosas cofradías para rendir culto a esas imágenes no solo en sus capillas, sino que se sacaron a la calle para procesionarlas principalmente en la Semana Santa.

Se dará gran importancia a las reliquias, a las que se tributará culto, que se convertirán en una de las obsesiones de Felipe II. El monarca acumuló una colección que se elevaba a más de siete mil que se concentraron en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Entre ellas había una docena de cuerpos de santos, ciento cuarenta y cuatro cabezas y trescientos seis miembros de otras partes del cuerpo. Había que añadir huesos y otros objetos que habían estado en contacto con ellos como tejidos o cíngulos. Felipe II llegó incluso a plantearse el traslado del sepulcro del apóstol Santiago para instalarlo en El Escorial. Argumentaba el rey que las tierras gallegas estaban expuestas a los ataques de ingleses y otros enemigos de la monarquía.

Según Muñoz Machado en su obra *Vestigios*, una de las pretensiones de Felipe II en relación a esa abrumadora cantidad de reliquias, a las que consideraba dotadas de un poder taumatúrgico, habría que relacionarla con el simbolismo político que se les daba. Eran consideradas como un instrumento para sostener la antigüedad de la España cristiana y su resistencia frente a la invasión islámica. No debemos perder de vista que en los años inmediatamente posteriores a la finalización del concilio de

**A LO LARGO DE SU VIDA FELIPE II
LLEGÓ A ACUMULAR MÁS DE 7000 RELIQUIAS
A LAS QUE CONSIDERABA DOTADAS
DE UN PODER MILAGROSO Y POLÍTICO**

ASC / NATIONAL MUSEUM OD CAPODIMONTI



ASC



ASC



El papa Pablo III (arriba, a la izda., retratado por Tiziano en 1543) convocó el Concilio de Trento a instancias de Carlos V y moriría cuatro años después de su inicio. A pesar de su defensa a ultranza del catolicismo, las relaciones del sucesor del emperador, su hijo Felipe II, con el papado no fueron fáciles. El rey español se las vió con Julio III, Marcelo II, Pablo IV (arriba, a la dcha., en un retrato del círculo del pintor italiano Jacopino Conte), gran luchador contra la herejía, y Pío IV (a la izda. en un retrato del círculo de Scipione Pulzone) al que presionó para que se reanudara el Concilio de Trento.

Trento, Felipe II hubo de hacer frente a la sublevación de los moriscos del reino de Granada y a un conflicto armado que se prolongaría durante tres años (1568-1571) conocido como la guerra de las Alpujarras.

La defensa de la cristiandad romana, convertida en uno de los ejes de la política del monarca español, se manifestó en su lucha no solo contra los herejes, sino contra los infieles en su papel de campeón del catolicismo. Esta última cuestión explica el impulso que dio a la lucha contra los turcos, que eran una grave amenaza en el Mediterráneo y que alcanzaría su punto álgido en Lepanto (1571). Esa lucha no sería obstáculo para que Felipe II a partir de mediados de la década de los setenta buscara llegar a un acuerdo con la Sublime Puerta para establecer una especie de armisticio con los otomanos, aprovechando que tenían serios problemas en su frontera con los persas. Para conseguirlo envió a Estambul a Giovanni Margliani quien consiguió cerrar en 1578 un armisticio con el sultán Murat III que duraría tres años al que siguió una tregua por otros tres más, hasta 1584.

Como campeón de la Contrarreforma para Felipe II cobró singular importancia la rebelión que tuvo lugar en Flandes. Una guerra larga y costosísima, que es conocida

UNA TREGUA FIRMADA POR FELIPE II QUE ROMA RECHAZABA

Los numerosos frentes de lucha que tenía abiertos la monarquía hispánica en los años finales de la década de los años setenta, habían llevado a Felipe II a buscar un acuerdo con los otomanos, que supusiera cierta tranquilidad en el Mediterráneo. Su objetivo era centrar sus esfuerzos en la lucha contra los herejes, principalmente en Flandes. En el Mediterráneo se había librado en 1571 «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros», en palabras de Miguel de Cervantes. Pero, a pesar de la victoria de Lepanto, el peligro otomano estaba lejos de quedar conjurado, a lo que se sumaban los ataques de los piratas berberiscos a las costas de España. Felipe II buscó una tregua que le diera un respiro en ese frente. Algo que también convenía a los otomanos con serios problemas en su frontera con Persia.

El papa vio con malos ojos esa tregua por lo que amenazó a Felipe II con retirarle los recursos económicos procedentes de las llamadas «Tres Gracias» y que procedían de la bula de la Santa Cruzada, del Subsidio y del Excusado. Estos dos últimos eran impuestos que grababan los ingresos anuales de los eclesiásticos y beneficiados. Felipe II, que estaba utilizando estos recursos y otros más en su lucha contra los herejes, hizo saber al papa su malestar con esa amenaza. Logró que el sumo pontífice diera marcha atrás y la Corona siguiera percibiendo los ingresos de esa procedencia.



Fotografía de peditorio de la bula de la Santa Cruzada.



ASC

La Paz de Cateau-Cambresis, en la imagen en un pintura italiana, sellaba la paz entre los monarcas Felipe II de España, Enrique II de Francia e Isabel I de Inglaterra.

como guerra de los Ochenta Años, al prolongarse entre 1568 y 1648. Fue aquel un conflicto donde se mezclaron intereses muy diversos, pero donde la cuestión religiosa que enfrentaba a católicos y protestantes desempeñó un papel fundamental. En ese contexto se atribuye al monarca español una frase dirigida al papa Pio V que es un compendio de sus planteamientos religiosos: «Podéis asegurar a Su Santidad que antes de sufrir la menor cosa en perjuicio de la religión o del servicio de Dios, perdería todos mis Estados y cien vidas que tuviese, pues no pienso ni quiero ser señor de herejes... Y si no se puede remediar todo como yo deseo, sin venir a las armas, estoy determinado de tomarlas».

Felipe II impulsó la doctrina de Trento en todos aquellos aspectos fundamentales en que quedó definido el dogma, la moral y el papel de la Iglesia y sus ministros. Entre otras cosas, el concilio determinó la presencia real de Cristo en la Eucaristía, estableció una serie de cánones sobre los sacramentos, sobre la existencia del purgatorio, sobre el establecimiento de los seminarios como centros para la formación del clero, defendió la primacía del celibato, lanzó fuertes críticas sobre el concubinato y estableció la necesidad de que hubiera un índice de libros prohibidos, por cuanto su lectura era dañina para las almas.

Esa defensa a ultranza del catolicismo, que es uno de los ejes sobre los que giró la política de Felipe II, no significa que las relaciones con el papado fueran fáciles. Al contrario, las tensiones afloraron en muchos momentos y los deseos de la Iglesia de entrometerse en cuestiones civiles supusieron el rechazo de plano por parte del monarca español. Felipe II no admitía planteamientos que cuestionaran su autoridad ni siquiera por parte del papa. ■



El pontificado de Pío IX supuso un antes y un después del papado y del poder de la Iglesia. En la imagen, Cripta con la imagen de Pío IX en la Basílica de Santa María Magiore en Roma.

ISTOCK



EL ÚLTIMO PAPA REY

PÍO IX

JAIME VAZQUEZ ALLEGUE

Profesor del CESAG-Universidad Pontificia Comillas

Pío IX

Pío IX, amado por unos y odiado por otros, puso fin al poder monárquico de la Iglesia. Pasó a la historia como el último Papa Rey y el primer Papa moderno que configuró una nueva forma de actuar al frente de la Iglesia. Su pontificado, uno de los más largos de la historia, fue traumático y contradictorio, pero también creativo y novedoso, y supuso un antes y un después no solo para la Iglesia católica sino también para Europa. La primera mitad del siglo XIX europeo supuso el comienzo de la puesta en práctica de los principios de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Este hecho produjo numerosos reveses en las relaciones entre la Iglesia católica y los Estados Pontificios.

EL FIN DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Por otro lado, los gobiernos y las instituciones civiles de muchos países europeos pusieron en práctica políticas laicas que situaron a la Iglesia católica ante una situación nueva. La Iglesia vivió en su propia sede la llegada de la modernidad y la influencia de las ideas revolucionarias. El nacionalismo, el liberalismo y la cuestión social se convirtieron en los tres principales problemas que determinaron la posición de la Iglesia a lo largo del siglo. Tres problemas que para la institución religiosa conducían a la secularización de la sociedad. El poder temporal de los papas fue perdiendo credibilidad y el control romano sobre las iglesias locales fue diluyéndose. A todo esto había que añadir las consecuencias de la pérdida de poder sobre los Estados Pontificios que, salvo el Vaticano, habían pasado a formar parte de la nueva Italia surgida tras la reunificación. La unidad de la antigua Cristiandad, el matrimonio entre el altar y el trono, se daban de bruces con unas políticas liberales que derogaban los privilegios y derechos eclesiales. La educación comenzó



En el siglo XIX la iglesia vivió la pérdida de poder sobre los estados pontificios, que salvo el Vaticano, habían pasado a formar parte de la nueva Italia surgida tras la reunificación.

LA UNIÓN ENTRE EL ALTAR Y EL TRONO CHOCABA CON UNAS POLÍTICAS LIBERALES QUE DEROGABAN PRIVILEGIOS ECLESIALES



Retrato del papa Pío IX realizado por el americano G. P A. Healy, hacia el año 1871.

a dejar de estar en manos de la Iglesia para convertirse en una cuestión estatal. Muchas propiedades de la Iglesia fueron nacionalizadas. A nivel social, los clérigos pasaron a convertirse en ciudadanos como los demás. Las nuevas políticas fijaron una separación entre la moral religiosa y la moral pública. La salud empezó a ser considerada un bien público, al margen de las congregaciones religiosas hospitalarias, los municipios empezaron a hacer registros de nacimiento y de defunciones. Y mientras un sector de la Iglesia de mentalidad restauracionista añoraba el pasado y luchaba por recuperar el poder perdido, otros sectores aceptaban la nueva situación y comenzaban a adaptar sus estructuras.

UN HOMBRE AMABLE

Los biógrafos definen a Pío IX como un papa muy emotivo. Bautizado como Giovanni Maria Battista Pellegrino Isidoro Mastai Ferretti, había nacido el 13 de mayo de 1792 en Senigallia, una pequeña población pesquera situada en la costa del Adriático que pertenecía a los Estados Pontificios. Provenía de una familia de la nobleza, los condes de Mastai Ferretti. A los cinco años, sufrió un traumatismo craneal al caer por un torrente que le dejó secuelas que se tradujeron en puntuales ataques epilépticos y frecuentes migrañas. Esas secuelas hicieron que tuviera que interrumpir su educación en varias ocasiones y le impidieron hacer carrera en la Guardia de la Santa Sede. Frustrados sus proyectos de futuro, el joven Mastai ingresó en el seminario de Roma en donde residió hasta ser ordenado sacerdote en 1819. Sus primeros años pastorales los realizó como misionero en Chile, Uruguay y Argentina. En 1825 regresó a Roma para ocupar el puesto de canónigo de Santa Maria in Via Lata. Con 35 años, fue nombrado arzobispo de Spoleto y cinco años después de Imola. En 1840 fue nombrado cardenal. En 1846, el cónclave que sobrevino a la muerte de Gregorio XVI, lo eligió papa con el nombre de Pío IX. Un cónclave que duró solo dos días y que se celebró en el palacio del Quirinal, en aquel momento sede papal. Aunque los médicos declararon en varias ocasiones que su epilepsia había sido superada, Pío IX vivió un pontificado acompañado de numerosas crisis de ansiedad, trastornos emocionales y abundantes altibajos temperamentales que se traducían de una profunda inestabilidad. A pesar de ello, quienes lo trataban a diario destacaban su amabilidad y cercanía en el trato. Era habitual verlo pasear por el centro de Roma y pararse a hablar con la gente con la que se cruzaba por las calles.

UN PAPA PACIFISTA

La elección de Pío IX había sido muy bien recibida no solo por los fieles sino por los gobiernos europeos. Su perfil era el de un pontífice liberal. Se decía que su predecesor nunca se había fiado de su forma de pensar. «Hasta los gatos de Mastai Ferretti son liberales» solía decir Gregorio XVI de él. Muchos creían que aquella tendencia liberal facilitaría el cambio de mentalidad en la Iglesia y su apertura a la modernidad. Aunque en su primera encíclica se mostró pesimista sobre el estado en el que se encontraba la sociedad, sus primeras decisiones no defraudaron las expectativas: reformas en la estructura de la institución eclesial, creación de un Estatuto Fundamental para los territorios pontificios, nuevas medidas económicas, amnistía de condenados por delitos, cambios en las formas de gestión y administración propia.

En 1848, su segundo año de pontificado, Pío IX mostró una nueva cara del cabeza de la Iglesia. Las sucesivas revoluciones europeas habían llevado al pueblo italiano a coger las armas para liberar el norte de Italia del dominio austríaco.

LA DEFENSA DE LA PAZ DE PÍO IX EN EL CONFLICTO CONTRA LOS AUSTRIACOS FUE MAL RECIBIDA POR LOS ITALIANOS



ASC

Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen. En la imagen, *Inmaculada* de Alonso Cano.

El pueblo pidió al pontífice que se uniera a la causa popular italiana y declarase la guerra a Austria, sin embargo, en una alocución pública Pío IX anunció que no podía declarar la guerra a un país católico y que la misión universal de la Iglesia abrazaba con amor paterno a todos los pueblos por igual. Para mayoría de los italianos aquel posicionamiento en favor de la paz fue el comienzo del fin del poder político del pontificado.

EL DOGMA DE LA INMACULADA (1854)

Desde su infancia, Pío IX había mostrado una marcada espiritualidad mariana. La figura de María, la madre de Jesús, estaba presente en el acontecer diario de su vida. Como obispo, cardenal y pontífice sus escritos siempre incorporaban alguna referencia a María. Pronto se dio cuenta de que el proceso de secularización europea y el avance del naturalismo que despreciaba toda cuestión sobrenatural era la mejor disculpa para potenciar una nueva espiritualidad mariana en todo el mundo. Pío IX estaba seguro de que la declaración teológica de la concepción inmaculada de

DURANTE SU PAPADO SURGIERON NUEVAS DEVOCIONES Y HUBO UN AUJE DE LAS BEATIFICACIONES Y DE NUEVAS ÓRDENES

María se convertiría una devoción muy popular. Así, a través de la bula *Ineffabilis Deus* promulgada el 8 de diciembre de 1854, el pontífice anunciaba al mundo la definición dogmática que sostenía que la Virgen María había sido preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción, condenando a todo el que tuviera duda a este respecto. De esta manera, el dogma de la Inmaculada, que llevaba siglos debatiéndose por los teólogos católicos, se convertía en el cuarto dogma mariano de la Iglesia católica. Pío IX había acertado en el momento y en la oportunidad. Pronto, el dogma de la Inmaculada Concepción de María o de la Purísima Concepción, se convirtió en una de las celebraciones más solemnes del calendario litúrgico y en una de las fiestas marianas más populares.

NUEVAS ESPIRITUALIDADES

Con Pío IX los cambios en la Iglesia fueron inevitables. Mientras, la Santa Sede trabajaba en su adaptación a la nueva situación política y a su relación con el resto del mundo. En su interior, la Iglesia desarrolló nuevas formas de espiritualidad que se

EL NACIMIENTO DE LA FAMOSA DIPLOMACIA VATICANA

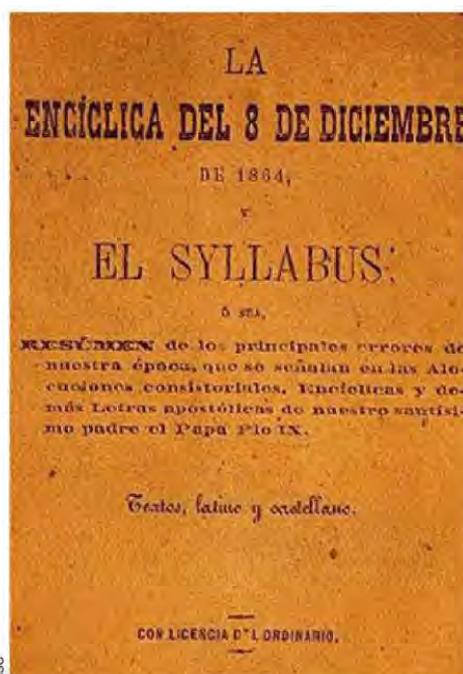
La separación del orden civil y religioso a lo largo del siglo se fue manifestando en que la sociedad civil era colectiva mientras que la religiosa se dirigía a Dios de manera individual. La sociedad civil buscaba el bien temporal y terreno de los ciudadanos mientras que la religiosa ponía el énfasis en la vida eterna y celestial. Con la llegada de los gobiernos liberales, desaparecía la idea de religión de Estado y se afianzaba la plena libertad de conciencia. De esta forma, las leyes civiles dejaron de tener en cuenta el orden canónico.



ASC

La pérdida de poder político de la Iglesia llevó a Pío IX a diseñar una nueva forma de relaciones con los países del mundo que se basaba en el sistema de los concordatos. La fórmula consistía en rubricar acuerdos reconociesen las tradiciones religiosas y garantizasen la presencia y el ejercicio de la fe en las nuevas sociedades laicas. Con este objetivo, el Estado Vaticano comenzó a desarrollar una estructura diplomática que pronto se convirtió en un referente ineludible en las relaciones internacionales. Había nacido la Diplomacia Vaticana.

tradujeron en el surgimiento de nuevas devociones, el auge de beatificaciones y canonizaciones de santos, el nacimiento de numerosas congregaciones religiosas, muchas de ellas de carácter social, destinadas a cubrir los ámbitos que los organismos públicos no podían abarcar. Así nacieron numerosas congregaciones religiosas educativas, hospitalarias o sanitarias, y otras de carácter cultural y social. En Roma, el pontífice creó colegios nacionales de diferentes países para formar a futuros sacerdotes bajo un mismo patrón teológico. Promocionó la presencia de la Iglesia en África y en Asia con la fundación de congregaciones misioneras. El nacimiento de estas instituciones religiosas masculinas y femeninas, dio lugar a la aparición de nuevas formas de presencia religiosa en la sociedad.



Primera edición del *Syllabus* del año 1864, el pecado de los «ismos».

EL SYLLABUS, LA GUÍA DE LOS ERRORES DE LA MODERNIDAD

El 8 de diciembre de 1864, Pío IX firmó el *Syllabus*, uno de los documentos más polémicos de la historia de la Iglesia. El documento se presentaba al mundo con estas palabras: «Colección de los principales errores de nuestro tiempo, señalados en las alocuciones consistoriales, en las encíclicas y otros escritos apostólicos de nuestro Santísimo Padre el papa Pío IX». El documento era una recopilación de 80 errores que mostraban al mundo los peligros de la modernidad que habían seleccionado numerosos teólogos e intelectuales del momento entre los que se encontraba el español Donoso Cortés que acaba de publicar su obra *Ensayo sobre el catolicismo, el socialismo y el liberalismo*.

Conocido como el pecado de los «ismos», el *Syllabus* condenaba el modernismo, el progresismo, el positivismo, el panteísmo, el naturalismo, el socialismo, el comunismo, el racionalismo, el utilitarismo y el laicismo. En sus páginas, el pontífice dejaba en evidencia los últimos intentos pontificios por frenar la pérdida del poder de la Iglesia en un mundo que comenzaba a caminar más rápido que la institución eclesial. El documento condenaba la separación de la Iglesia y el Estado, la ideal liberal de excluir a la Iglesia del poder estatal y la forma de cualquier gobierno autónomo liberado de la religión.

Además de condenar todos aquellos errores, Pío IX hizo pública la Quanta Cura, un documento paralelo que explicaba lo que el *Syllabus* condenada y en el que se pretendía demostrar que la modernidad conducía al abandono de la fe y sus prácticas, y eso llevaba a las personas a la perdición. Su intención se presentaba como buena: salvar a los creyentes de caer en unos errores modernos que alejaban de Dios y negaban lo sobrenatural.

El *Syllabus* dirigía su condena a aspectos puntuales que hoy, fuera del contexto en el que se produjeron, resultan sorprendentes. Así, por ejemplo, se condenaba



Fotografía oficial de Pío IX en 1864. El papado del último soberano de los Estados Pontificios duró 31 años, del 16 de junio de 1846 hasta su muerte el 7 de febrero de 1878.

la libertad de culto, las publicaciones que no tuvieran la aprobación de una autoridad religiosa, las ideologías que no estuvieran fundamentadas en la tradición evangélica, la defensa del progreso humano que no fuera presentado como obra de Dios o estuviera al margen del orden sobrenatural. En cuanto a las estructuras, el *Syllabus* condenaba las sociedades secretas, las sociedades bíblicas y las sociedades clérico-liberales, a las que describía como pestilenciales doctrinas.

Tras la publicación del *Syllabus* llegaron las reacciones: desde fuera de la Iglesia muchos lo consideraron una prueba del oscurantismo católico. Desde dentro, aunque sectores conservadores aplaudieron el documento, los católicos más liberales, como los jesuitas, propusieron hacer una distinción entre las tesis y las hipótesis que se presentaban en la obra. De esta forma, mientras las condenas recaían en las ideologías, en casos concretos, situaciones específicas y circunstancias particulares se podía justificar la permisividad. Fueron los teólogos de la Compañía de Jesús quienes advirtieron que para entender las condenas del *Syllabus* había que ir a los documentos anteriores de donde habían sido sacadas.

EL CONCILIO VATICANO I **CONDENÓ** A **TEÓLOGOS APERTURISTAS** Y RECHAZÓ LAS NUEVAS CORRIENTES TEOLÓGICAS

PIONONOS DE SANTA FE

En Granada, una de las tradiciones pasteleras más arraigadas que se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, tiene como protagonista al papa Pío IX con los populares piononos, unos pasteles de bizcocho laminado y enrollado bañado en jarabe de azúcar y aderezado con crema tostada. La forma pretende recordar la figura del pontífice que promulgó el dogma de la Inmaculada Concepción de María.



ASC

Su creador, el pastelero Ceferino Isla, natural de la población granadina de Santa Fe, muy devoto de la Virgen, quiso rendir homenaje al Papa con un dulce cargado de energía y que inmortalizase el nombre del pontífice. La popularidad de los piononos fue tan rápida y de tanto éxito que el propio Clarín, en su obra *La Regenta*, nombra los piononos en una escena en la que un grupo de niños discuten la calidad y el nombre de los dulces que están viendo en el escaparate de la confitería más lujosa de la ciudad de Vetusta.

EL CONCILIO VATICANO I (1869-1870)

En 1869, Pío IX anunció la celebración del Concilio Vaticano I, el primero que se hacía en la sede vaticana y que reunió a setecientos obispos de todo el mundo. Lo había convocado con la intención de frenar el racionalismo y el laicismo que se habían impuesto en las sociedades europeas y que consideraba que marginaba la fe y las tradiciones cristianas. El Concilio duró dos años y solo tuvo cuatro sesiones, ya que fue suspendido en octubre de 1870 al conocerse la unión a Italia de los Estados Pontificios. A pesar de su brevedad, se aprobaron dos constituciones dogmáticas, *Dei Filius* sobre la fe católica y *Pastor Aeternus*, sobre la tradición de la Iglesia y su independencia, y en la que se declaraba el dogma de la infalibilidad del Papa. El Concilio Vaticano I pasó a la historia como una asamblea universal de la Iglesia en la que no se aceptó la cultura moderna ni las nuevas corrientes teológicas y condenó al ostracismo a teólogos aperturistas como Rosmini, Montalembert y Newman.

PRISIONERO EN EL VATICANO

El largo pontificado de Pío IX inició su final en 1870 cuando el ejército de Víctor Manuel II de Saboya tomó Roma y la ciudad fue proclamada capital de Italia. El hecho disgustó de tal manera al Papa que se autoproclamó prisionero y se encerró en el Vaticano. Allí, sin salir de los muros que lo circundaban, permaneció los últimos ocho años de su vida gobernando la Iglesia de forma cada vez más autoritaria. La imagen de un Papa encarcelado hizo que muchos fieles de todo el mundo sintiesen que la Iglesia se encontraba cautiva y su representante en situación de martirio. Este hecho generó una gran devoción hacia el pontífice que en algunos casos rozaba la papolatría o la divinización de su figura.

Pío IX murió el 7 de febrero de 1878. Su figura pasó a la historia como la de un hombre contradictorio que cambió la imagen de la Iglesia. Muchos historiadores consideran que en medio de las dificultades consiguió fortalecer la unidad de la Iglesia y hacer de ella una institución más activa y a la vez más viva, pero también más espiritual y en consecuencia más ajena al mundo terrenal. ■

LOS PAPAS Y LA MODERNIDAD

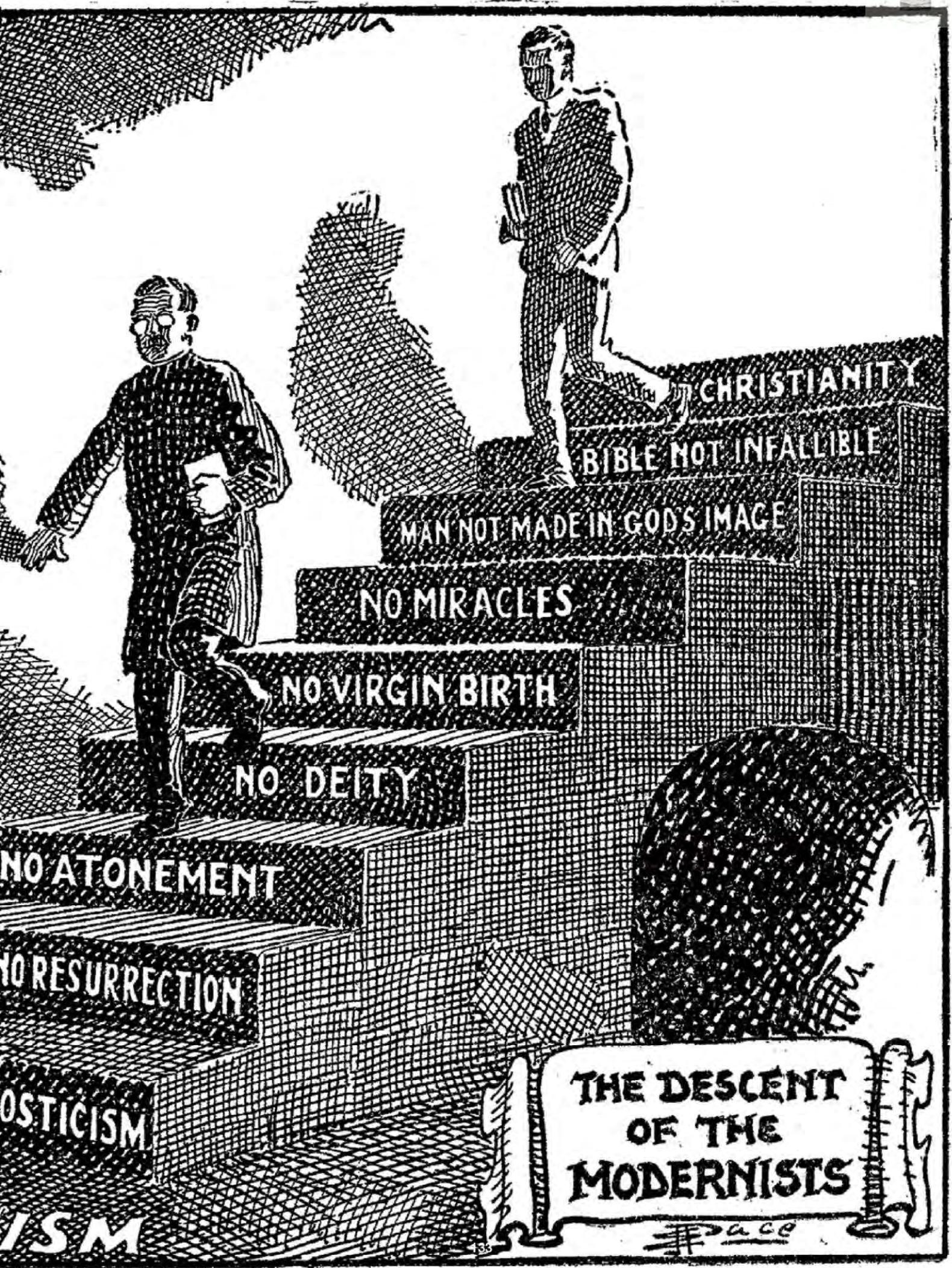
DE LEÓN XIII A PÍO XI

DR. RUBEN BUREN
Escritor e Investigador universitario (UDIT)

*El descenso de los modernistas hacia el
ateísmo (1922), ilustración de E. J. Pace
publicada en la obra Christians Cartoons.*



ASC



CHRISTIANITY

BIBLE NOT INFALLIBLE

MAN NOT MADE IN GOD'S IMAGE

NO MIRACLES

NO VIRGIN BIRTH

NO DEITY

NO ATONEMENT

NO RESURRECTION

AGNOSTICISM

RATIONALISM

THE DESCENT OF THE MODERNISTS

—Pace

El final de siglo XIX supuso un punto de no retorno en lo que a la fe social en la iglesia concierne. El malestar general de la clase obrera y el alejamiento de la vida cotidiana de los poderes eclesiales, con sus conivencias en las injusticias estatales, tampoco habían ayudado. Los avances científicos desmontaron demasiados mitos y la consolidación del pensamiento liberal difuminaron la lucha de reformistas y contrarreformistas en favor de un creciente ateísmo. También se instauró el modelo capitalista que abogaba por el individuo, el ahora, sin esperar la vida futura del más allá. A varios pontífices les tocó lidiar con la pérdida de poder moral y político del Vaticano, así como posicionarse frente el horror de la I Guerra Mundial, la Guerra Civil Española o los totalitarismos.

LEON XIII Y LA CUESTION SOCIAL

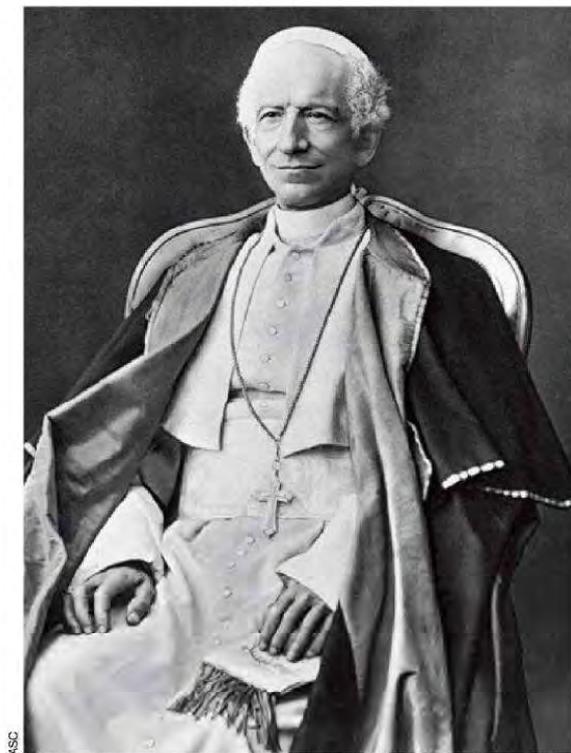
El siglo XIX había separado definitivamente la religión de la sociedad, solo era cuestión de tiempo que aquellos nuevos estados revolucionarios hicieran germinar la semilla del ateísmo liberal. León XIII (Giacchino Vincenzo Raffaele Luigi Pecci) llega a papa en el 20 de febrero de 1878, a la muerte de Pío IX. Es un papa sin estado, ya que los Estados Pontificios habían sido anexionados por el nuevo reino italiano, con una docena de cañonazos sin apenas resistencia. Víctor Manuel II se había instalado en el Quirinal poco después de aquel septiembre de 1870 y al papa le quedaban una basílica con palacio, una plaza y unos jardines como montante territorial (aun así, no fue hasta 1900 cuando se dieron por finiquitados definitivamente los Estados Pontificios). Tenía 68 años y parecía tener una salud no muy duradera, cosa que no fue así ya que estuvo en pie de guerra unos cuantos años, intentando siempre que los jefes de estado europeos le tratasen como a un igual y le otorgasen de nuevo el papel de arbitraje neutral (si es que la iglesia fue neutral alguna vez) entre conflictos y tensiones.

Ante el anticlericalismo de la nueva Italia llegó a pensar en trasladar el papado a Austria o a España, pero aunque hubo conversaciones, no se llegó a concretar.



Los papas de la primera mitad del siglo XX tuvieron que enfrentarse a grandes conflictos como la Primera Guerra Mundial o la Guerra Civil Española. En esta fotografía de la izquierda vemos a Francisco Franco con el nuncio Cicognani en mayo de 1944.

EL ANTICLERICALISMO DE LA NUEVA ITALIA **HIZO PENSAR EN TRASLADAR EL PAPADO DE PAÍS, PERO NO SE LLEGÓ A CONCRETAR**



Leon XIII, a la izquierda, optaría por un mandato autoritario y creó un cuerpo diplomático muy activo. En su labor le ayudaría el cardenal Rampolla del Tindaro, arriba, su secretario de estado.

No quería ser otro Pío IX, aislado políticamente y con sus doctrinas lejos del mundo real. Optó por un autoritarismo, junto a su secretario de Estado, Rampolla del Tindaro. Creó un cuerpo diplomático vaticano que intentó movilizar a católicos y laicos, como un movimiento activo y con peso político interestatal. Quizá los países más proclives a ayudarlo fueran los entonces más débiles internacionalmente como España o Portugal, por eso debía quemar sus naves convenciendo a Bismarck o a Napoleón III (quizá también a los ingleses, que estaban alejados de Roma desde hacía siglos, como los rusos). León XIII también fomentó la acción directa, es decir, la participación de los católicos en la vida política y social, promoviendo la idea de un orden basado en la justicia cristiana. Esta visión influiría en el desarrollo de partidos demócrata-cristianos en Europa y América Latina durante el siglo XX.

La unificación alemana tampoco ayudó al desarrollo católico en la Germania, que eligió el luteranismo, desterrando a obispos y congregaciones religiosas. Los católicos alemanes organizaron el partido Zentrum para detener aquellos desmanes. En 1882 se firmó la Triple Alianza entre austriacos, italianos y alemanes, lo que desbarató cualquier esperanza del papa de actuar contra el gobierno italiano, que se había mostrado bastante reacio a restaurar cualquier poder vaticano.

En el 85, tuvo que lidiar entre España y Alemania con el asunto de la soberanía de las Islas Carolinas: buscando la connivencia de pareceres con Bismarck les otorgó a los alemanes la posibilidad de utilizar los puertos. El tratado se firmó en

LEON XIII CONFIABA EN QUE OTTO VON BISMARCK LE AYUDARA A RECUPERAR LA SOBERANÍA PONTIFICIA

el Vaticano, lo que devolvía la idea de ese Estado mediador político y Bismarck le devolvió la jugada suavizando su política anticatólica. León pensó que era el momento de pedir la soberanía pontificia con tan poderoso aliado, a lo que Bismarck le comentó: «Comprendo que sin territorio no existe verdadera independencia, no existe soberanía real». El canciller mantuvo sus esperanzas, pero realmente no hizo nada para cambiar el estatus. En Italia le comenzaron a denominar como el «Papa alemán» en diversos panfletos que circulaban por Roma. Así que había que girar las naves y Rampolla cambió la deriva hacia Francia, sabiendo que no rascaría nada más del más listo de la clase, Otto Von Bismarck. Quizá Francia era un frente aún más complicado, puesto que la división entre republicanos ateos y católicos (proclives a la monarquía) se decantó en favor de los primeros en la década de los 80.



A GOLPE DE ENCICLICAS...

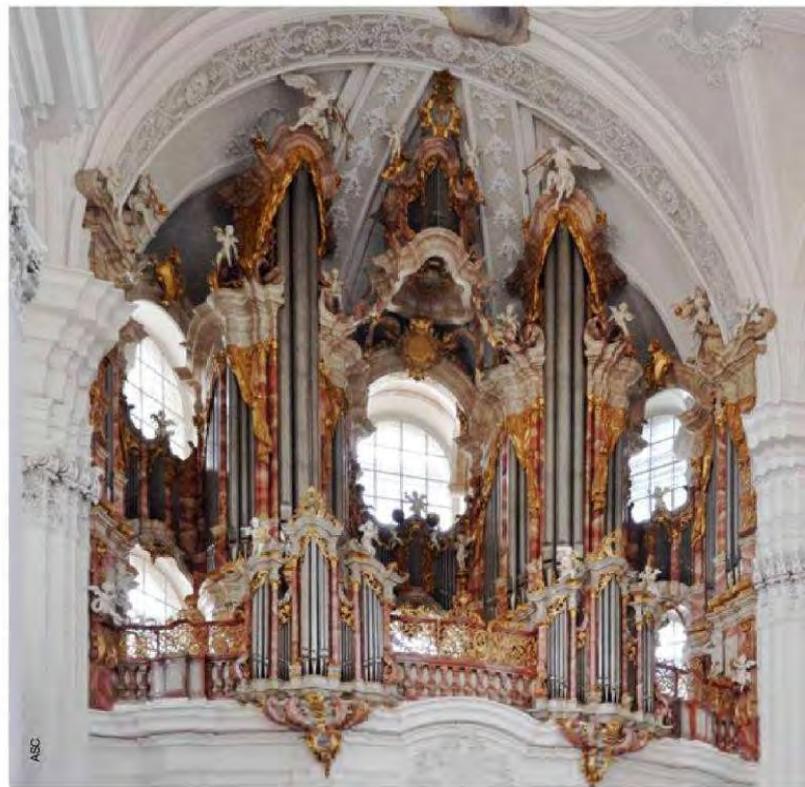
León XIII publicó varias encíclicas proponiendo nuevas líneas de actuación y de pensamiento religioso. Con *Humanus Genus* (1884), atacó directamente a los masones y a las nuevas co-

Tumba de Leon XIII, de Giulio Tadolini, en la iglesia de San Juan de Letrán en Roma. Arriba, encíclicas de Leon XIII.





Arriba, retrato del papa de Pío X, que abordó una reforma musical sacra volviendo al órgano como instrumento principal.



rrientes que surgían dentro del catolicismo. La familia, el Estado y la Iglesia debían resistir ante ese mal liberal. En *Nobilissima Gallorum Gens* (1184) dirige a los franceses una exordio de responsabilidad ante las ideas anticlericales y propone una lucha por la educación para crear una nueva generación que, aunque fuera republicana, fuera también católica. *Inmortale Dei* (1885) propone reconciliar la Iglesia y el Estado, bajo la batuta de Dios como autoridad, por supuesto, y vuelve a atacar al liberalismo y al laicismo, exhortando a los cristianos a desobedecer (pacíficamente) las leyes injustas anticatólicas. Luego vinieron *Libertas* (1888), sobre la libertad humana verdadera o falsaria, siendo la verdadera la obediencia a las leyes de Dios con la guía moral de la Iglesia; incluso entra ya a condenar el socialismo o el anarquismo, como destructoras del orden social. Los obreros no entendieron muy bien que hacer el bien significase seguir obedeciendo a los de arriba, con sus pocos miramientos ante el trabajo infantil en fábricas o cualquier mejora laboral o vital, lo que volvió a alejar a muchos de las estructuras eclesiales.

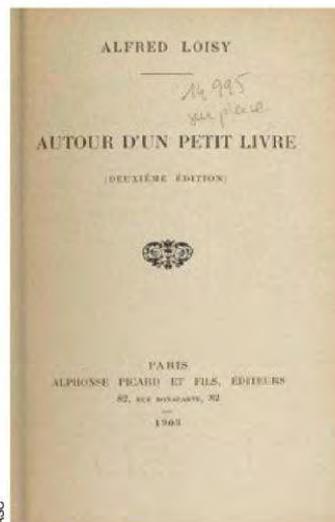
Quizá la encíclica más importante fue *Rerum Novarum* (1891), que marcó un hito en la doctrina social de la Iglesia. En ella, León XIII rechazó tanto el socialismo como el liberalismo extremo, defendiendo el derecho a la propiedad privada, pero también subrayando la obligación moral de los empresarios de garantizar condiciones justas para los trabajadores: «Dar oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto que sin merecerlo se hallan en una condición desgraciada e inmerecida». Además, respaldó la existencia de sindicatos cristianos como un contrapeso ante las injusticias laborales y la armonía entre obreros y empresarios para un futuro común.

En sí, León XIII intentó remover o reactivar las bases católicas para la acción directa y social, lo que sería la base para esa nueva iglesia que debía afrontar el

PÍO X LLEGA A ESTABLECER UN JURAMENTO ANTIMODERNISTA OBLIGATORIO PARA CLÉRIGOS Y PROFESORES DE TEOLOGÍA



ASC



ASC

Pietro Gasparri, a la izquierda, proclamado por Pío X Secretario de Estado de la Santa Sede y Camarlengo. Arriba, *Autour d'un petit livre* de Alfred Loisy, sacerdote y teólogo francés acusado de modernista.

siglo XX con algo de renovación y frescura. Ya no valía el posicionamiento claro con los poderosos o la ristra de pecados y prohibiciones sin más, ahora se necesitaba una política real, que tuviese practicidad en lo cotidiano. Murió a los 93 años, el 20 de julio de 1903, después de un inesperado largo papado.

PÍO X Y LA CRISIS MODERNISTA

El Cardenal Giuseppe Sarto, Patriarca de Venecia, tomó el nombre de papa de Pío X (1903-1914) a la muerte de León XIII. El nuevo lema fue: *Instaurare omnia in Christo*, que aludía a que había que recuperar el timón de una sociedad que había perdido el norte y se dirigía a la destrucción, tanto moral como real. «La humanidad se ha alejado de Dios. Es necesario devolverla a su señorío para que recupere el camino de la verdad y la salvación».

En 1907, condenó el modernismo que pretendía adaptar lo científico y filosófico con lo religioso. En sus propias palabras: «El modernista es el enemigo más poderoso de la iglesia, porque no ataca desde fuera, sino desde dentro». Como una especie de lucha contra la disgregación sectaria, llega a establecer un juramento antimodernista obligatorio para clérigos y profesores de teología. Que no le toquen la doctrina, que ya la dicta él desde el Vaticano, no vaya a ser que comencemos con las reinterpretaciones y nos perdamos con otra reforma. Los modernistas eran aquellos que pretendían adaptar la ciencia imperante en el final de siglo a las ideas

religiosas, como Alfred Loisy, un peligro para la interpretación de los milagros, de la naturaleza divina de Cristo, la fundación de la Iglesia y, en general, de la mayoría de hechos tenidos por históricos de la Biblia. La fe y la razón, o el *mythos vs Logos*, no se reconcilió hasta el Concilio Vaticano II de Juan XXIII, en los años 60.

ATEMOS EN CORTO...

Pío X propone la eucaristía diaria, si se puede, y adelanta la comunión y las catequisis para niños y niñas, es decir, con la reforma educativa y la mayor preparación de los sacerdotes la iglesia se asegura un control cotidiano de la fe para evitar descarrilamientos prematuros. También se preocupó de una reforma musical sacra para recuperar su pureza y solemnidad, volviendo al órgano como instrumento principal y fomentando que los fieles cantasen en las liturgias, pero sin ritmos o estilos modernos que desvirtuaban la fe. Un golpe de efecto contra toda la iglesia afroamericana de Estados Unidos o las nuevas propuestas litúrgicas de Sudamérica que utilizaban (y utilizan) el canto popular para acercar los temas al pueblo, muchas veces, iletrado.

A partir de ahora los curas deben prepararse para la vida moderna, siendo un ejemplo tanto en el trabajo como en su vida personal. Fiel a Santo Tomás, propone en su exhortación *Haerent animo*, una vía de ejercicios espirituales y autocrítica para los ministros del señor. Por supuesto, es sabido que la mayoría adopta aquello del acatar para la galería, pero no para cumplirlo en vida real.

Con la Constitución *Commisum Nobis* (1904) pretende dar poder papal para controlar las órdenes religiosas cuando sea necesario, sobre todo en cuanto a los franciscanos se refiere. También reforma el Cónclave, sistema de elección sobre los futuros papas, prohibiendo (y excomulgando) la puerta giratoria de los cardenales, que muchas veces llevaban su voto alentados por su puesto político civil, presente o futuro. Que las potencias preferían un papa connivente, que uno que no.

Aligera la curia romana en 1908, anquilosada desde la reforma de Sixto V en 1587, reduciendo las congregaciones de 18 a 11, distribuyendo de una manera más lógica



Funeral de cuerpo presente de Pío X (Giuseppe Melchiorre Sarto) en la Basílica de San Pedro. Su papado había durado desde el 4 de agosto de 1903 hasta su muerte el 10 de agosto de 1914, a los 79 años de edad.

y definida sus facultades. Evita así duplicidades y choques de opinión, estando cada una a lo suyo, ya fuera administrativa o tribunalicia. También aprovecha para dar una vuelta al Derecho Canónico, con su secretario Pietro Gasparri.

TIEMPOS REVUELTOS PARA LA FE

Francia atacó directamente la educación religiosa y expropió la mayoría de las propiedades, al igual que hicieron Portugal y, con menos ímpetu, España. Este ataque era directo contra el poder político y económico del Estado Pontificio, no solo en lo tocante a la fe. Tiempos difíciles para el papa, que tuvo recurrir al endurecimiento de la fe y la doctrina de la historicidad real de los hechos de la Biblia para contrarrestar a aquellos ateos que no tenían miramientos para atentar contra el *statu quo* de hacía siglos. Pío X murió el 20 de agosto de 1914, abrumado y pidiendo la paz en la terrible guerra Europea que apenas comenzaba.

BENEDICTO XV Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Llegó el nuevo papa con la brutalidad y devastación europea en marcha. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) sumió a Europa en una destrucción sin precedentes. El papa Benedicto XV (1914-1922), antes cardenal Giacomo della Chiesa, arzobispo de Bolonia, asumió su pontificado apenas iniciado el conflicto y dedicó su papado a promover la paz.

Desde el inicio, Benedicto XV condenó la guerra como una «carnicería inútil».



ASC

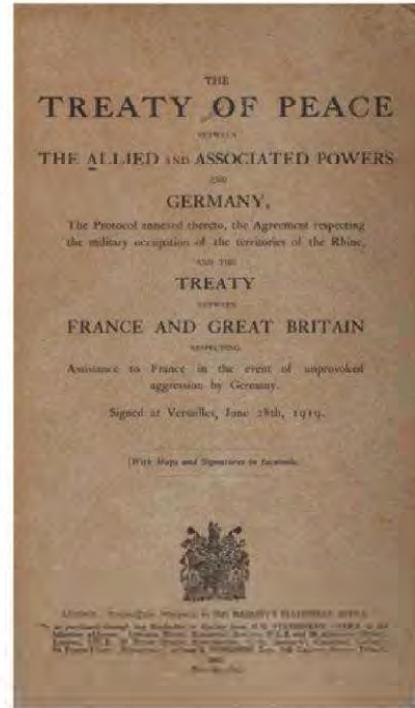
Benedicto XV, en una fotografía de 1915, tuvo que lidiar con una guerra europea devastadora.

En 1917, presentó una propuesta de paz que instaba a la reconciliación y al desarme, ignorada por las potencias beligerantes. Esa lucha por la neutralidad le salió cara y la Santa Sede fue vista con desconfianza por ambas partes, ya que muchos católicos estaban divididos por nacionalidades en el conflicto. De hecho, fue acusado de favorecer a uno u otro bando indistintamente, filtrando a la prensa muchas veces sus negociaciones. Clemenceau, jefe de gobierno francés, le llamó «papa boche», mientras Erich Ludendorff, de facto Jefe de Estado Mayor alemán, le decía «el papa francés».

Sin embargo, su labor humanitaria fue incuestionable. Organizó redes de asistencia a prisioneros de guerra en los campos de concentración, promovió el intercambio de heridos y ayudó a la reconstrucción de Europa tras la guerra.



El papa Benedicto XV avisó al acabar la guerra que los nacionalismos llevarían al desastre. A la derecha, Tratado de Versalles, el tratado de paz entre Alemania y Francia y Gran Bretaña al finalizar la Primera Guerra Mundial.



Según el estudio de Federico Requena, el Vaticano emitió 170.000 peticiones de información atendidas por los gobiernos sobre heridos, intercambios de prisioneros, repatriados, etc. El Vaticano invirtió unos 82 millones de liras-oro para acometer miles de acciones humanitarias.

Cuando se firmó la Paz de Versalles, el papa avisó con su *Dei Munus* (1920) sobre los peligros del nuevo reparto y entrevió que tanto nacionalismo derivaría en algo peor, poniendo el foco sobre la prensa, como agitadora. Recordemos que la prensa había hecho un flaco favor en sus intentos de mediación entre potencias.

Su liderazgo marcó un nuevo rol del papado en asuntos internacionales, alejándose del poder temporal pero consolidando su papel moral en conflictos globales. Intentó ser más moderado que su predecesor en cuestiones como el modernismo, y terminó la reforma del Derecho Canónico. Se preocupó también de las misiones americanas con su encíclica *Macimum illud*, intentando diferenciar el expolio económico del colonialismo europeo de la misión evangelizadora que debían respetar las culturas autóctonas.

El papa murió de gripe el 22 de enero del 22, tras un pontificado breve.

PIO XI Y LOS TOTALITARISMOS

El pontificado de Achille Ratti, Pío XI (1922-1939), coincidió con el auge de los regímenes totalitarios en Europa de los que ya había avisado Benedicto XV. Frente al

EL PAPA BENEDICTO XV SE PREOCUPÓ DE LAS MISIONES DIFERENCIANDO LA EVANGELIZACIÓN DEL EXPOLIO



ASC



ASC

Pío XI defendió un pan-nacionalismo cristiano. Arriba a la derecha, firma de los Pactos de Letrán con Mussolini. A la derecha, la encíclica *Mit Brennender Sorge*, escrita en alemán, que condenaba la opresión y el racismo del régimen hitleriano.

fascismo de Mussolini, el nazismo de Hitler y el comunismo soviético, la Iglesia adoptó diferentes estrategias. La paz que supuestamente habían firmado después de la guerra solo vendría, según palabras de nuevo papa, si se tenía paz en el interior: en las familias, en el corazón, «la paz de Cristo en el reino de Cristo». Contra el laicismo que trae destrucción, había que volver a la fe. De nuevo, como sus predecesores, ataca todo atisbo de liberalización y modernismo y propone un pan-nacionalismo cristiano. Propone de nuevo la Acción católica, un ejército de laicos y miembros de la iglesia y refuerza el carácter unitario de las misiones, centralizadas desde Roma (encíclica *Rerum Ecclesiae*, de 1926).



ASC

CON EL DUCE Y EL FÜHRER HEMOS TOPADO...

En 1929, Pío XI firmó los Pactos de Letrán con Mussolini, estableciendo la soberanía de la Ciudad del Vaticano y normalizando las relaciones con Italia. Sin embargo, cuando el fascismo atacó la autonomía de la Iglesia (al suspenderse *Azione Cattolica*) el Papa denunció sus abusos y condenó el fascismo en la encíclica *Non Abbiamo Bisogno* (1931).

El nazismo fue condenado en la encíclica *Mit Brennender Sorge* (1937), escrita en alemán y leída en todas las iglesias de Alemania. En ella, Pío XI criticó el racismo,

LA ENCÍCLICA *MIT BRENNENDER SORGE*, UNA CRÍTICA AL RÉGIMEN HITLERIANO, FUE LEÍDA EN LAS IGLESIAS DE ALEMANIA

el neopaganismo y la opresión del régimen hitleriano. Aunque la cosa no había comenzado igual, en el 33 se había intentado un concordato con el nuevo gobierno para proteger los intereses católicos, que Hitler interpretó a su manera, como hacía siempre.

El papa fue abiertamente anticomunista y antibolchevique. Por supuesto, el anarquismo es identificado con esa corriente atea y modernista que es veneno para la fe y la unidad del mundo cristiano. En la encíclica *Divini Redemptoris* (1937), el Papa condenó el comunismo ateo de la Unión Soviética, denunciando su persecución a los cristianos y avisando a navegantes de su amenaza internacional.



GETTY

Pío XI consideró la Guerra Civil Española como una «cruzada», aún más con las noticias de la quema de iglesias en España, como la de la imagen en Madrid.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Si en un primer momento el Vaticano tachó de «revuelta militar» el golpe de estado de Mola y los demás generales, poco a poco, con la prensa aireando (y muchas veces ficcionando o exagerando) las poco justificables, y brutales, muertes de sacerdotes o la quema de iglesias, su postura se fue radicalizando en favor de la «Cruzada». Al fin y al cabo, Franco luchaba contra la lacra bolchevique. El cardenal Gomá comentó aquello de que «la guerra de España no es una guerra civil, sino una lucha de los sin Dios contra la verdadera España, contra la religión católica». Gomá visitó el Vaticano en diciembre del 36 para recoger apoyos y la condición era que Franco respetase todos los privilegios de la Iglesia y no tocar mucho la relación con el PNV, muy acordes con el papa. De hecho, no fue hasta la caída de Bilbao, en junio del 37, cuando se tomó una posición clara en favor de Franco, designando al monseñor Antoniutti para el Gobierno Provisional de Burgos. El Generalísimo, por otro lado, prometió (a través de Gomá) suprimir todas aquellas leyes liberales y ateas de la II República y restablecer todos los privilegios tanto territoriales, como educativos, así como un largo etcétera que sumió a España en una vuelta al medievalismo, muy alejada de las políticas europeas de uno u otro cariz. Por otro lado, la iglesia-estado se politizó por parte del Régimen, santificando falangistas y quedando como única legitimación intelectual después de la caída de Hitler o Mussolini. Por si acaso, en noviembre del 39 se reactivó la financiación estatal de la iglesia española. ■

GETTY El papa Pío XII de pie ante su silla papal es llevado en andas por las salas apostólicas del Vaticano para bendecir a los fieles.



PÍO XII

UNA FIGURA CONTROVERTIDA

JAVIER GRANDA REVILLA
Periodista

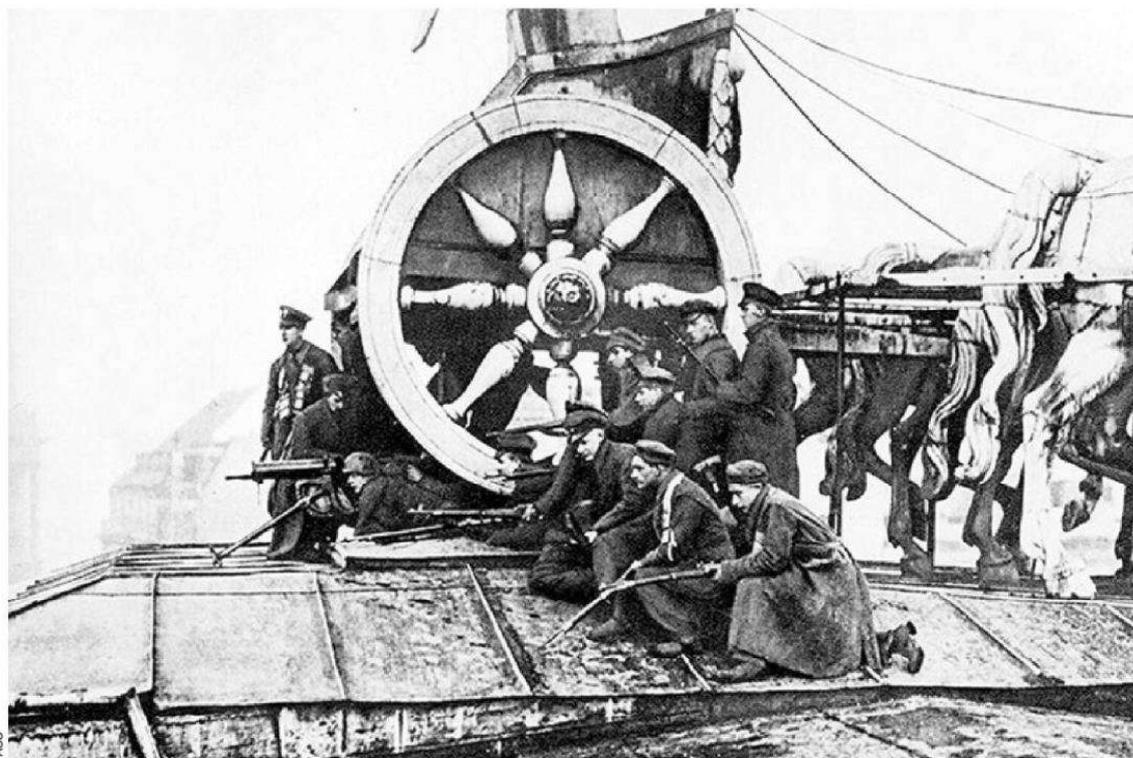


Comienza febrero de 1939 con un ambiente de guerra inminente en toda Europa. El papa Pío XI ha convocado en Roma un encuentro con todos los obispos italianos. Quiere comentar con ellos la encíclica que planea publicar para dar su punto de vista sobre el fascismo, el nazismo, el racismo y el antisemitismo que se están extendiendo en el continente. Ha sufrido varios problemas cardíacos el año anterior, está acatarrado y pide a su médico algún fármaco que le alivie lo suficiente como para poder celebrar el encuentro. Es inútil: morirá de forma súbita el día 10, a los 81 años.

Tras discretas gestiones de la diplomacia alemana e italiana con el colegio cardenalicio, ocupa el trono de San Pedro el cardenal Eugenio Pacelli, con el nombre de Pío XII. Tiene 63 años y una de sus primeras decisiones es guardar en un cajón el texto de la encíclica, que está prácticamente terminada y de la que no tenía noticia, pese a ser estrecho colaborador de Pío XI. Piensa que hacerla pública solo servirá para aumentar la tensión con los regímenes alemán e italiano.

Es el 260º papa de la historia. Ha nacido en 1876 en Roma, en una familia noble con raíces en la élite vaticana. Con 24 años se ordena sacerdote y, un par de años después, ingresa en la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Tras ir escalando en diversos puestos, es nombrado nuncio de Baviera en 1917, iniciando una estrecha relación con Alemania que proseguirá durante toda su vida. Allí, en la ciudad de Múnich, vive en primera persona la revuelta de la Liga Espartaquista, llegando a temer por su vida y desarrollando un furibundo anticomunismo que mostrará en numerosas ocasiones a lo largo de su pontificado.

Ese mismo año de 1917 también es nombrado arzobispo y, doce años después, accede al cardenalato. Inmediatamente, el 7 de febrero de 1930 ya es secretario de Estado



Como nuncio en Baviera desde 1917, Pío XII vive en Múnich la revuelta de la Liga Espartaquista (*Spartakusaufstand*), durante los últimos años de la Primera Guerra Mundial.



Sobre estas líneas, la tienda de un judío tras la Noche de los Cristales Rotos.

del Vaticano, el segundo puesto en importancia de la Iglesia. Y será entonces responsable absoluto de las relaciones con Alemania, en permanente contacto con los obispos teutones, que le muestran su preocupación por la situación política del país.

El 20 de julio de 1933, apenas seis meses después del ascenso de Hitler al poder, firma el Concordato con Alemania. Para el historiador David Kertzer, autor del libro *Los papas contra los judíos* (Plaza y Janés), Pacelli no tenía simpatías por el nacionalsocialismo, pero le preocupaba que, si Pío XI hacía algo que pudiera molestar a Hitler, se pondrían en peligro los privilegios que la Iglesia tenía en Alemania.

ARDIENTE PREOCUPACION

Su inquietud cristaliza cuatro años después, cuando Pío XI impulsa la encíclica *Mit brennender Sorge*, sobre la situación de la Iglesia en la Alemania nazi, donde comenzaban a promulgarse leyes antijudías y se empezaba a perseguir a sacerdotes. Ya desde su título, «Con ardiente preocupación», en alemán en vez de en el habitual latín, desglosa durísimas críticas contra las teorías raciales y el culto seudorreligioso que se estaban imponiendo, señalando que podría desatarse una guerra de exterminio.

El contundente documento, que pilla de improviso a Hitler, es leído el Domingo de Ramos en todas las iglesias alemanas. Tras una primera reacción, al día siguiente, en el periódico oficial nazi, Goebbels –ministro de Propaganda– insta a guardar

**A PACELLI LE PREOCUPABA QUE
PÍO XI PUSIERA EN PELIGRO LOS PRIVILEGIOS
QUE TENÍA LA IGLESIA EN ALEMANIA**

SHUTTERSTOCK



El día de la elección de Pío XII un error hizo que no saliera la fumata blanca, teniendo que anunciarse su nombre por megafonía. A la derecha, una imagen de Pío XII en diciembre de 1939.

GETTY



silencio en los medios. La Iglesia intenta introducir decenas de miles de copias impresas, pero la Gestapo descubre la maniobra y envía a cientos de personas a campos de concentración. Paradójicamente, año y medio después, en la Noche de los Cristales Rotos, la Iglesia guardará silencio.

El 2 de marzo de 1939, como se dijo, Pacelli es elegido papa, tras un breve cónclave de un par de días. Sin embargo, la fumata blanca no funciona como debería, expulsando humo de diferentes colores, lo que provoca que el nombre del nuevo papa –Pío XII, en honor a su predecesor– tenga que anunciarse por megafonía. Antes de ser coronado, escribe ante notario una carta de renuncia por si fuera hecho prisionero por los nazis (una obsesión que le persiguió toda la vida, pero de la que no hay constancia documental de que existiera un plan para hacerlo). Teme que le suceda lo que a Pío VII, encarcelado por tropas napoleónicas en 1809 por no sumarse a la alianza contra Inglaterra.

**TRAS SER NOMBRADO PAPA, ESCRIBIÓ
UNA CARTA DE RENUNCIA ANTE NOTARIO POR
SI FUERA HECHO PRISIONERO POR LOS NAZIS**

Durante la Segunda Guerra Mundial, Pacelli, haciendo gala de su anticomunismo, maniobrará en 1940 para formar una gran coalición contra la URSS, intentando que Gran Bretaña se sume a una Alemania sin Hitler. Pensaba que esa sería una de sus grandes contribuciones, pero Churchill nunca le contestará.

NUNCA USO LA PALABRA «JUDÍO»

Uno de los aspectos que más llaman la atención a historiadores como Suzanne Brown-Fleming (del Museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos) es que, durante el transcurso de la contienda, Pío XII jamás llegaría a utilizar la palabra «judío» ni la palabra «nazi» en sus discursos y mensajes. Sin embargo, existen evidencias de que al Vaticano llegaban informes sobre exterminios masivos y matanzas que, como en el caso de la ocurrida en Lviv (Ucrania), fueron despachados con argumentos como que los judíos exageraban o que los ortodoxos no eran «un ejemplo de honradez».

Cuando la cantidad de pruebas fue abrumadora, Pío XII arguyó que una condena solo aumentaría el número de crímenes. En el largo mensaje de Navidad de 1942, que era muy esperado por los aliados, pronunció una única frase refiriéndose a los judíos de forma velada. ¿Por qué no los nombró si no era antisemita o seguidor de Hitler? La pregunta sigue hoy sin respuesta.

Uno de los momentos más controvertidos sucede el 13 de octubre de 1943. Acaba de proclamarse la República Social Italiana, un gobierno títere nazi, y comienzan de inmediato las deportaciones de judíos. Ese día empiezan a redactarse listas y, el 16 de octubre, 1259 judíos romanos son detenidos y encerrados en un colegio militar muy cercano al Vaticano, a apenas 800 metros cruzando el Tíber. Tan cerca, que el historiador Saul Friedländer, autor del clásico *Pío XII y el Tercer Reich* (Península), escribirá que estaban «ante las ventanas del papa». Pese a las protestas vaticanas al embajador alemán, serán enviados en trenes a Auschwitz, donde la inmensa



Las Actas y Documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra mundial fueron publicados entre 1965 y 1981 en francés por el Vaticano.

ASC



En sus discursos Pío XII evitaba mencionar la palabra judío y nazi, y alegó que la condena podía aumentar el número de crímenes. En la imagen, estrella de tela que obligaban a portar a los judíos y esvástica.



mayoría morirán gaseados un par de días después. Solo volverán con vida dieciséis de ellos, quince hombres y una mujer.

Sin embargo, sí mostrará su preocupación en julio de 1943 por los bombardeos aliados sobre la Ciudad Eterna, especialmente el Vaticano, por lo que escribirá directamente a Churchill y Roosevelt para que los cancelen.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, su imagen salió fortalecida, con la impresión de que sus gestiones privadas habían contribuido a salvar decenas de miles de vidas. Esta imagen se mantuvo hasta su muerte, en 1958.

OBRA ROMPEDORA

Cinco años después, la obra de teatro *El vicario* –escrita por el polémico dramaturgo alemán Rolf Hochhuth– destruyó el mito al ser estrenada en Berlín y Londres y, posteriormente, en Broadway. Pese a ser criticada por sus inexactitudes históricas (incluso se acusó al autor de estar a sueldo del KGB para hundir la influencia vaticana), dio comienzo a una polémica que dura hasta hoy.

La Santa Sede reaccionó organizando un equipo de cuatro jesuitas que publicó, entre 1965 y 1981, hasta 11 volúmenes en francés de documentación de tiempos de guerra. Son los llamados Actas y documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial. Fueron considerados insuficientes por los estudiosos, sobre todo porque no constaban las respuestas de Pío XII y porque no podían ser cotejados con los archivos nazis, que fueron destruidos en su gran mayoría (los documentos que pudieron salvarse fueron enviados a Londres y Washington, con acceso limitado a los estudiosos e investigadores).

El anuncio de la apertura de la causa de canonización de Pío XII, en 1967, reavivó de nuevo la polémica. Un par de años antes, Pablo VI había hecho la primera declaración de la Iglesia contra el antisemitismo. Los gestos posteriores han sido constantes: Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco I han visitado Auschwitz. Aun así,

UN PAPA PECULIAR

Diferentes publicaciones han destacado algunas de las peculiares características de la personalidad de Pío XII. Obsesionado con las moscas, recorría las estancias vaticanas persiguiéndolas con un matamoscas o un pulverizador. También estaba obsesionado con el ahorro y apagaba todas las luces que encontraba a su paso; incluso, llegó a utilizar el reverso de un sobre ya escrito para escribir sus últimas voluntades.

Además, era aficionado a los buenos vinos y a los deportes, especialmente el fútbol. Eso pudo comprobarlo el mítico árbitro internacional español Pedro Escartín, que fue designado para arbitrar en Turín el partido internacional Italia-Inglaterra que conmemoraría los 50 años de la Federación Italiana de Fútbol. Los ingleses machacaron por 4-0 a los locales.

Escartín, aprovechando el viaje, había solicitado una audiencia papal. Se le advirtió de que debía permanecer de rodillas hasta que el pontífice le diera permiso para incorporarse. Pío XII le preguntó quién era y, cuando escuchó que era el árbitro del partido, parece ser que replicó: «Pero, por favor, si usted es el que ha anulado dos goles a Italia...», a lo que el español respondió que estaban bien anulados. El papa, poco convencido, le tuvo de rodillas durante toda la audiencia.



GETTY

En esta fotografía, el nuncio Pacelli abandona el Palacio Presidencial en Berlín. Al acabar la guerra, se difundió que las gestiones de Pío XII habían salvado miles de vidas.



El papa Pablo VI hizo la primera declaración de antisemitismo de la Iglesia.

CUANDO BENEDICTO XVI NOMBRÓ VENERABLE A PÍO XII EN 2009 ARRECIARON LAS CRÍTICAS DE LAS ORGANIZACIONES JUDÍAS CONTRA EL VATICANO

las críticas de las organizaciones judías arreciaron cuando Benedicto XVI lo proclamó venerable a finales de 2009, lo que constituía el primer paso hacia la beatificación, a la espera de un milagro que aún no se ha producido.

Siguiendo la tradición, los archivos de Pío XII debían abrirse en 2028, a los 70 años de su fallecimiento. Sin embargo, el papa Francisco anunció en 2019 que abriría antes los Archivos Secretos Vaticanos, recalcando que «la Iglesia no teme a la historia, la ama y quiere amarla más y mejor, como la ama Dios. Con la misma confianza de mis predecesores, abro y confío a los investigadores este patrimonio documental». Además, el registro cambiaba de nombre, para conocerse desde entonces como Archivo Apostólico Vaticano.

VISIONES CONTRAPUESTAS TAMBIÉN EN EL CINE

La polémica de la postura de Pío XII también puede verse en el cine y la televisión. Quizá la película más crítica sea *Amén*, de Costa Gavras, estrenada en 2002 e inspirada en la obra de teatro de Rolf Hochhuth. La cinta se centra en Kurt Gerstein, un personaje real, miembro de las SS y suministrador del gas Zyklon B a los campos de exterminio, que finalmente denunció a los aliados y al papa las atrocidades que estaban sucediendo, sin obtener respuesta.

La obra que mejor muestra la labor del Vaticano a la hora de salvar a judíos perseguidos –aunque con papel secundario de Pío XII– es la miniserie televisiva *Escarlata y Negro*, de 1983. Está centrada en el sacerdote irlandés Hugh O’Flaherty, interpretado por Gregory Peck, que acogió en el Vaticano durante la Segunda Guerra Mundial a judíos, soldados aliados huidos y familiares de partisanos italianos. Le dan la réplica Christopher Plummer como coronel nazi y John Gielgud como el pontífice.



GETTY

En la imagen, los miembros del Archivo Apostólico Vaticano asisten a una conferencia de prensa sobre la apertura de los archivos sobre el pontificado del papa Pío XII.

Los documentos se pondrían a disposición de los investigadores interesados en el tema, que solo podrían consultar tres por la mañana y dos por la tarde, por lo que es evidente que se tardarían años en revisar los 16 millones de folios, 15 000 sobres y 2500 fichas disponibles.

Finalmente, se estableció que la fecha de apertura sería el 2 de marzo de 2020. La pandemia hizo que los archivos se cerraran tres días después, cuando apenas habían empezado a ser desbrozados por los 200 expertos que se habían inscrito para poder analizarlos.

A día de hoy, la imagen de Pío XII sigue muy polarizada, con voces a favor y en contra. Libros recientes, como el del archivista vaticano Johan Ickx (no publicado en España), aseguran «el cuidado de 24 horas al día con el que Pío XII y los once colaboradores de su oficina, junto con los nuncios y ayudantes del extranjero, trabajaban para acudir en ayuda de los perseguidos de toda Europa». Según sus datos, se conservan en el Vaticano 170 fascículos con 4800 expedientes de las personas que pidieron ayuda al papa. «Es una prueba irrefutable de su compromiso para salvar a cada ser humano, sin importar su color o credo», ha declarado Ickx.

¿Se sabrá algún día cuál fue realmente su posición ante el Holocausto? El padre Norbert Hofmann, responsable de las relaciones del Vaticano con los judíos, declaró cuando se desclasificaron los documentos el año pasado que no creía que se fueran a descubrir «pruebas irrefutables».

Para la reflexión final, queda la frase de Elie Wiesel, superviviente de los campos de concentración de Auschwitz y Buchenwald: «La neutralidad ayuda al opresor. No a la víctima». ■

EL FALSO MISTERIO DEL
CADÁVER DE

JUAN XXIII

EL PAPA QUE VENCIO A
LA PUTREFACCIÓN

MANUEL P. VILLATORO
Periodista y escritor



El papa Roncalli, Juan XXII, ocupó la silla de San Pedro de 1958 a 1963, siendo sucedido por Pablo VI.

GETTY

Le llamaban el «Papa bueno», y la perenne sonrisa que se dibujaba en su rostro bonachón lo corroboraba. Ni el tumor gástrico que le aquejó en la última parte de su vida logró arrebatarle la alegría y la preocupación congénita que sentía hacia los demás. Y no es una frase hecha. El 2 de junio de 1963, cuando veía las puertas del cielo abrirse y sus allegados se despedían entre lágrimas de él, Juan XXIII, dolorido y postrado en la cama, tuvo unas palabras para su secretario personal: «Cuando esto acabe, vaya a ver a su madre, a la que por culpa mía hace tanto tiempo que no visita». Al día siguiente, mientras Radio Vaticano anunciaba que solo la oración podía salvarle, el sumo pontífice tranquilizó a todos antes de partir: «Cristo me acoge. Estoy al lado de Jesús. Ya está, estoy dispuesto». Su muerte se confirmó a las ocho de la tarde.



Juan XXIII, el «Papa bueno», murió a los 81 años aquejado de un tumor gástrico.

Cuando Juan XXIII dejó este mundo a los 81 veranos, la maquinaria del Vaticano trabajó a la velocidad del rayo. Diez siglos de tradiciones funerarias se pusieron al servicio del «Papa bueno» para darle el último adiós. Se le vistió con las mejores galas, se le exhibió frente a los feligreses, se le introdujo en los tres ataúdes de rigor... Tan solo hubo una excepción: su cadáver no fue abierto en canal para ser embalsamado, una práctica habitual en la Santa Sede que solo se cancela si el Sumo Pontífice se niega a ella de forma expresa. Por ello, los operarios encargados de trasladar en 2001 sus restos a otra capilla de la basílica de San Pedro se quedaron sin palabras cuando abrieron los féretros y se percataron de que el cuerpo del Santo Padre había vencido a la putrefacción 38 años después.

NACE EL MISTERIO

Toda buena historia tiene un arranque igual de sorprendente. Y la que nos ocupa empezó en enero de 2001, cuando los trabajadores de la Santa Sede se toparon con una sorpresa que jamás hubieran imaginado. Su tarea no era extraña: reconocer los restos de Juan XXIII antes de que fuesen sacados de las grutas vaticanas para ser depositados en la Capilla de San Girolamo, en la misma basílica. La idea era cumplir así uno de los últimos deseos del sumo pontífice, devoto hasta el extremo de ese santo. En principio fue un día más; quitaron la losa de mármol, levantaron las tapas de los ataúdes y retiraron el velo blanco. Pero lo que vieron les dejó ojipláticos: la cara del beato estaba intacta. La noticia no trascendió en principio a la prensa, pero sacudió los cimientos de la Iglesia. Al final, y para ganar tiempo, la caja fue revestida de material plástico.

Tres meses después, a finales de marzo, el Vaticano informó del hecho mediante una rueda de prensa. Para entonces ya se había elaborado un informe en el que un perito confirmaba que el cadáver no había sufrido los efectos de la putrefacción: «Una vez

levantado el lino que las cubría, las manos aparecieron enfundadas en guantes rojos. El rostro del beato, una vez liberado del paño que lo tapaba, se mostró íntegro, con los ojos cerrados y la boca ligeramente entrecabierta, con los rasgos que recordaban inmediatamente la fisonomía familiar del venerado pontífice». Los periódicos, televisiones y radios se hicieron eco del suceso. «Todo el cuerpo de Juan XXIII está intacto, según un testigo», rezaban los titulares en España. No parecía haber trampa ni cartón. Los técnicos y las autoridades que habían estado presentes en el reconocimiento corroboraban lo sucedido. Y entre ellos estaba el que años después se convertiría en secretario de Estado del Vaticano, Angelo Sodano, entonces capellán de Su Santidad.

El fuego de la religiosidad estalló entonces por todo el mundo católico. Y no por casualidad. El primero en avivar las ascuas fue el propio Sodano. En la rueda de prensa, aseguró que no era descartable que hubiese «algo de milagroso» en el hecho de que el cadáver estuviese intacto. El cardenal Virgilio Noé, arcipreste de la Basílica de San Pedro, fue más comedido. En declaraciones a la agencia Reuters desdijo a su colega y corroboró que, según tenía entendido, el cadáver había sufrido algún tipo de intervención poco después de la muerte. Con todo, no tuvo más remedio que admitir la realidad: «Ninguna parte del cuerpo se había descompuesto. Fue como si hubiera muerto ayer. Parecía tranquilo. Su boca estaba ligeramente abierta, pero lo cierto es que estaba tranquilo». De forma paralela, la Iglesia ya barruntaba exhibir al «Papa bueno» ante el gran público.

La semilla de la discordia ya se había plantado y, el 3 de junio de ese mismo año, el cadáver incorrupto vio de nuevo las luces del día. A eso de las diez menos cuarto de la mañana, los restos del hombre que había impulsado el Concilio Vaticano II fueron depositados en una colosal urna. Las cifras de aquella vasija todavía estremecen: 450 kilogramos de peso y cristales antibalas clarificados. Para evitar que el contacto con la luz dañara el rostro del sumo pontífice, este fue rodeado con una consistente capa de cera. Así le vieron los 30 000 fieles congregados en la plaza de San Pedro mientras un peso pesado de la Iglesia como Juan Pablo II oficiaba una ceremonia en su honor. Fueron unas pocas horas en las que se escucharon, una y otra vez, las mismas palabras: «¡Milagro, milagro!».

Tras el baño de masas, el cadáver fue llevado de nuevo a la basílica entre aplausos, donde la urna fue colocada delante del altar de la Confesión, en el centro del templo.



Sobre estas líneas, el cuerpo incorrupto de Juan XXIII se expuso en la Basílica de San Pedro hasta 2018 cubierto de cera para que la luz no dañara el rostro del pontífice.

Allí, cientos de feligreses pasaron para darle su último adiós durante ocho horas. A los lados de la urna, elaborada en bronce y metal, custodiaban el cadáver del «Papa bueno» un séquito de monjas y sacerdotes. La frase era la misma: «¡Este hombre es un santo!». El punto final del cadáver incorrupto llegó un suspiro después. Ya durante la noche cerrada, fue depositado en la basílica de San Pedro, resguardado por la mirada atenta de la estatua del santo que le daba nombre. Durante años, Juan XXIII descansó allí, bajo el altar de San Jerónimo. Así hasta que, en 2018, fue enviado a su ciudad natal.

Así podría haberse quedado el misterio, pero, una jornada después de aquella multitudinaria misa, un médico de 78 años llamado Gennaro Goglia desveló la realidad. El relato del anciano no tuvo precio.

SECRETO DESVELADO

Goglia confirmó que, el 3 de junio de 1963, cuando era un reputado especialista en anatomía de la Universidad Católica de Roma, recibió una llamada; el papa acababa de morir y le necesitaban. Salió de su hogar sin decirle a su familia a dónde se dirigía, era máximo secreto. Pero él ya sabía que iba a embalsamar al sumo pontífice mediante un revolucionario líquido que había inventado y que estaba formado por nueve

LA EXPLOSION DEL CADAVER

Pío XII, nacido como Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli, fue un pontífice fuera de lo normal en muchos sentidos. Espigado, de gafillas redondas y pelo escaso, el papa que lideró a la Iglesia durante la Segunda Guerra Mundial se hizo famoso por dos cosas: padecer un hipo crónico ocasionado por complicaciones en el esófago y sentir una aversión enfermiza a que su cuerpo fuese abierto de par en par por un bisturí después de morir. Como es normal, la última fue la que más le obsesionó en el ocaso de su vida. Cuando vio cerca la guadaña de la Parca, el hombre más poderoso de la cristiandad afirmó que no quería ser embalsamado. Su excusa: descansar como Dios le había creado. Un problema para el protocolo del Vaticano.

La solución llegó de la mano de su médico personal, Riccardo Galeazzi Lisi. El 9 de octubre de 1958, tras la muerte de Pío XII, el galeno afirmó que conocía un nuevo método para preservar el cadáver inventado por un especialista llamado Oreste Nuzzi; uno que no requería extraer los órganos. Sus palabras fueron recogidas por los medios de comunicación de medio mundo. Esgrimió que podría hacer que se mantuviera «en un estado natural de frescura y blandura indefinida» a través de una serie de efluvios que entraban «por ósmosis» en el fallecido. «Mientras que el proceso de embalsamamiento empleado por los antiguos egipcios petrificaba los cuerpos, el nuestro no», repitió. Al final, los altos cargos del Vaticano aceptaron.

El resultado fue un desastre y una humillación póstuma para Pío XII. Casi de inmediato, el cadáver se ennegreció y comenzó a despedir un hedor que turbó sobremanera a los presentes. Hasta tal punto, que envolvieron el féretro en el que se trasladó el cuerpo en celofán. Lo peor fue que, cuando la comitiva se hallaba en las cercanías del Vaticano, el cóctel que formaban los gases acumulados en el ataúd y el calor que reinaba por entonces en la ciudad provocó una pequeña explosión en el interior del ataúd. Al llegar a la basílica, los dos médicos tuvieron que reconstruir el cadáver y adecentarlo de nuevo para que pudiera ser expuesto. Un desastre absoluto.

ingredientes; entre ellos, alcohol etílico, formalina, sulfato sódico y nitrato potásico. «Viéndome allí aquella noche, haciendo ese trabajo macabro, me encontré en un conflicto emocional. Por un lado, tenía el honor de ser yo; por otro, me sentía abrumado por la responsabilidad», confirmó.

La labor no podía estar más alejada de las tradiciones del Vaticano. El médico tenía miedo. «Era el cuerpo del papa, había que hacer un buen trabajo», afirmó. El proceso le llevó «cinco o seis horas». Colocó encima de la escalera un tanque de plástico del que salía un tubo; este acababa en una aguja que introdujo en la muñeca del cadáver. Poco a poco, en las venas del fallecido se deslizaron unos cinco litros de esta solución milagrosa. A la par, hizo lo propio en el estómago de Juan XXIII; de esta forma, evitaba que la putrefacción provocada por el cáncer se extendiera. También decidió que no le extraerían la sangre. «Era peligroso, podría haber caído en malas manos como reliquia». Luego salió de allí bajo promesa de no decir nada. Fin del enigma, aunque había hecho una finta a mil años de tradiciones.



Angelo Sodano (en el centro), secretario de Estado del Vaticano.

RITOS MILENARIOS

Antes de sorprender de forma más que macabra a la cristiandad, el augusto cadáver de Juan XXIII pasó por una serie de ritos funerarios que el Vaticano replica desde hace siglos. Un extenso abanico de ceremonias que, con la salvedad de Juan Pablo I, han arrancado siempre en la residencia privada del sumo pontífice. Dicta la tradición que, cuando el arquiatra pontificio —su médico personal—, siente que el papa ha abandonado este mundo, debe acercar una candela encendida a su boca; si la respiración no apaga la llama, es que ha fallecido. A partir de aquí comienza un interminable carrusel de misas en favor de su alma y la maquinaria eclesiástica se pone a trabajar. Para empezar, se cubre con un velo blanco su rostro para, a continuación, adecentar el cuerpo y taparlo con una sábana roja.

El peso de la Iglesia recae a partir de entonces sobre el camarlengo, el administrador de los bienes de la Santa Sede. Su primera misión es corroborar que el sumo pontífice ha muerto y, para ello, recurre a un ritual tan ancestral como rústico: se acerca al cadáver y repite tres veces su nombre de pila, en espera de que responda. Durante décadas, la tradición dictaba que, cada vez que le llamaba, debía golpear la frente del fallecido con un martillo con empuñadura de plata y mango de marfil; aunque esta costumbre cayó en desuso tras la muerte de Pío IX en 1878 y fue eliminada, precisamente, en la época de Juan XXIII. En todo caso, si no obtiene respuesta, certifica la defunción con una frase lapidaria: *Vere Papa mortuus est* («En verdad, el papa ha muerto»). Entonces se le retira el anillo del Pescador para destruirlo.

Los siguientes en actuar son los embalsamadores, los encargados de lograr que el cadáver venza los síntomas de la putrefacción y pueda ser exhibido. Su trabajo no es agradable; cual artesanos de la muerte, extraen las vísceras del sumo pontífice y las depositan en unas urnas que se conservan en una cripta subterránea de una iglesia ubicada frente a la Fontana di Trevi. La única excepción es que el papa se niegue en

vida a este proceso. Cuando está listo, se le adecenta y se le cambia de ropa, como contó el cardenal Konrad Krajewski, al que encargaron esta tarea tras el fallecimiento de Juan Pablo II: «Lo revestí junto a otras tres monjas que lo habían cuidado durante mucho tiempo. Ellas siguieron hablando con él como si estuvieran hablan-

EL ANILLO DEL PESCADOR

Cuando un papa muere, el camarlengo declara *Vere Papa mortuus est* (verdadamente el papa está muerto) y retira el anillo del cadáver. El ritual ha sido el mismo durante siglos y siglos. Tras la muerte del sumo pontífice, y en el transcurso de la primera de las congregaciones cardenalicias, el camarlengo es el encargado de inutilizar el símbolo del poder papal. Según la tradición, debe acometer su triste tarea con un martillo de plata hasta deformar el gran sello con la imagen de san Pedro. De los mil y un actos litúrgicos, este ha sido siempre uno de los más emotivos; normal, pues supone el final del reinado del pontífice y la aceptación de que la cátedra de la Santa Sede queda vacante.

La constitución apostólica *Universi dominici gregis*, promulgada por Juan Pablo II en 1996, se limita a indicar «que sean anulados el anillo del pescador y el sello de plomo, con los cuales son enviadas las cartas apostólicas». En puridad, ya no es pues preciso destruirlo. El anillo del pescador del papa emérito Benedicto XVI fue anulado con un revestimiento, y el de Juan Pablo II se custodia en un convento de Wadowice (Polonia). Así, hasta que Benedicto XVI cedió el testigo a Francisco en vida allá por 2013. En ese caso, y tal y como informó por entonces el Vaticano, «se rayó con una cruz para anularlo». Porque hasta las prácticas más arraigadas en el seno de la Iglesia evolucionan. Este anillo es el sello personal del sumo pontífice. Recibe su nombre de la imagen que lleva grabada: san Pedro, con sus redes, pescando en una barca. Un guiño a la frase que Jesucristo le espetó a este apóstol y a su hermano en el mar de Galilea: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». El nombre correcto es *pis-cotario* o anillo del Pescador y recuerda que solo puede ser llevado por el legítimo sucesor de San Pedro, quien fue pescador. La mención más antigua que se tiene del uso del anillo del Pescador la encontramos allá por el siglo XIII en una carta que el papa Clemente IV le escribió a su sobrino. Básicamente se usa como sello. En efecto originalmente los papas lo utilizaban para sellar toda la correspondencia privada, pero ahora eso no es muy práctico. Actualmente el anillo tiene un uso más bien

simbólico de la autoridad del sumo pontífice. Salvo algunas excepciones, en todos los anillos que han usado los papas ponemos ver la imagen de San Pedro sobre una barca y en la parte superior el nombre del papa que lo va a utilizar. El anillo de pescador está hecho de oro macizo y, a pesar de lo que se suele repetir, no es destruido a martillazos, sino inutilizado por el camarlengo. Después se funde y, con el material resultante, se fabrica la joya que lucirá en el dedo anular del nuevo líder de la Iglesia. El recientemente fallecido Francisco optó por un anillo elaborado en plata dorada; fue el primero en llevar un anillo en cuya elaboración no se usó el de su predecesor. Otra cosa que diferencia a Francisco es que solo usa el anillo del Pescador en ciertas ocasiones ya que normalmente lleva el anillo que poseía cuando era obispo de Buenos Aires.



ASC

do con su propio padre. Le pusieron la sotana, el alba y la casulla y le besaron con reverencia».

MIL DESPEDIDAS Y TRES ATAÚDES

Cuando el cadáver está dispuesto, se le transporta hasta la Capilla Sixtina. El silencio y la solemnidad rodean la comitiva hasta que es depositado en un catafalco bajo el fresco del Juicio Final. Aquí se despedirá Su Santidad de los fieles que tengan el privilegio de acceder a la sala tras la apertura del Portón de Bronce del Palacio Apostólico. Así, hasta la noche, cuando el acceso se cierra y de nuevo se cambia de ropa al fallecido. En este caso se le viste con sus mejores galas: cintos, falda, estola... Aunque, desde las reformas de Pablo VI, la ingente cantidad de prendas se ha reducido mucho.

Con las primeras luces del alba, un gigantesco cortejo acompaña al cadáver del papa a través de varias salas de la basílica de San Pedro. El destino es la Capilla del Santísimo Sacramento. Allí, es depositado sobre un túmulo de dos metros de altura para que los presentes puedan despedirse. Hubo un tiempo en el que el cadáver se colocaba de tal forma que sus pies traspasaran la verja que le separaba de la multitud; así, las autoridades podían besarle los zapatos como símbolo de respeto. Pero es una costumbre que ha pasado a la historia. Tres días después, al fin, el cadáver acomete su último paseo; en este caso, hacia la Capilla de los Canónigos, otra de las muchas salas que alberga este colosal templo.

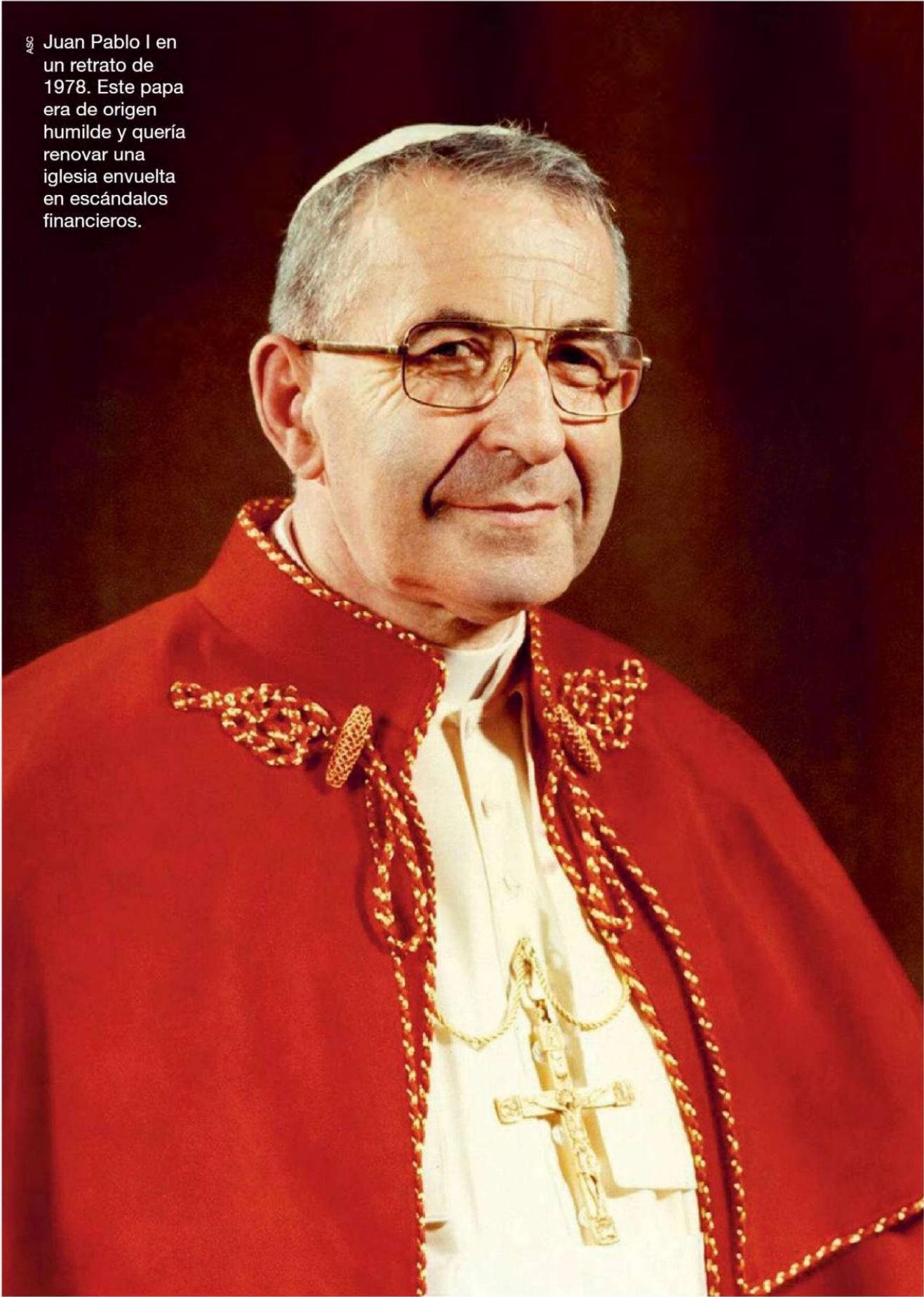
En este momento arranca el proceso más emotivo. El camarlengo entona la solemne absolución: «¡Librame, oh, Señor, de la muerte eterna!». Cuando acaba, el cadáver se introduce en tres ataúdes, metidos uno dentro de otro. El exterior está elaborado en madera de olmo barnizada, el del medio en plomo de un grosor de cuatro milímetros y, el último, sobre el que yace el papa, en ciprés y forrado de terciopelo carmesí. Su rostro se cubre con un paño blanco y se cruzan sus manos; así será como descansará al fin. Por si se podía añadir más emoción, se lee un pergamino con un extenso discurso en el que se recogen los hechos más destacados de la vida del fallecido. Este papel se guarda en el féretro junto con un saco lleno de monedas y medallas de su pontificado.

Y de la emotividad, a la incomodidad. Tras las mil despedidas, le toca el turno a los *sampietrini*; en minutos, los trabajadores de la basílica cierran los tres féretros. La tapa de ciprés no exige más que unos sencillos tornillos, pero no ocurre lo mismo con la de plomo, que debe ser soldada a golpe de llama viva. Ya acurrucado y seguro, el santo padre es bajado mediante poleas hasta la cripta, donde un túmulo que será tapiado con ladrillos le aguarda. El peso es máximo; unos quinientos kilogramos. Allí permanecerá durante un largo año, hasta que la tumba definitiva esté lista. Porque, como ha quedado claro, todo en el Vaticano necesita de mucho tiempo de preparación. ■



El camarlengo anuncia la muerte del pontífice, de A. Beltrame.

ABC Juan Pablo I en un retrato de 1978. Este papa era de origen humilde y quería renovar una iglesia envuelta en escándalos financieros.



¿ASESINATO
O TRAGEDIA NATURAL?

EL MISTERIO
TRAS LA MUERTE DE
JUAN PABLO I

CHRISTIAN CAMPOS
Periodista y escritor

A las once de la mañana del 29 de septiembre de 1978, en una edición extraordinaria, el diario *L'Osservatore Romano* publicaba una noticia que iba a conmocionar al mundo. Su Santidad Juan Pablo I había muerto. El comunicado rezaba así: «Esta mañana, hacia las cinco y media de la mañana, el secretario particular del Papa, padre Magee, ha entrado en la habitación del Papa Juan Pablo I. No habiéndole encontrado en la capilla, como de costumbre, le buscó en su habitación y le encontró muerto en la cama con la luz encendida, como si aún leyera. El médico que acudió inmediatamente constató su muerte, acaecida probablemente a las veintitrés horas del día anterior, repentinamente, a causa de un infarto agudo de miocardio».

El estupor invadió a los fieles. ¿Cómo era posible, se preguntaban, que el hombre que los había deslumbrado con su característica sonrisa apenas 33 días antes, en su primera aparición pública tras ser elegido Papa, hubiera fallecido de forma tan repentina? El desconcierto no tardó en dar paso a la duda razonable, especialmente por la decisión de la Iglesia de no practicarle la autopsia, amparándose en su propia tradición y en la información recogida en el certificado de defunción, a lo que se sumaron los cambios de versión que pronto surgirían.

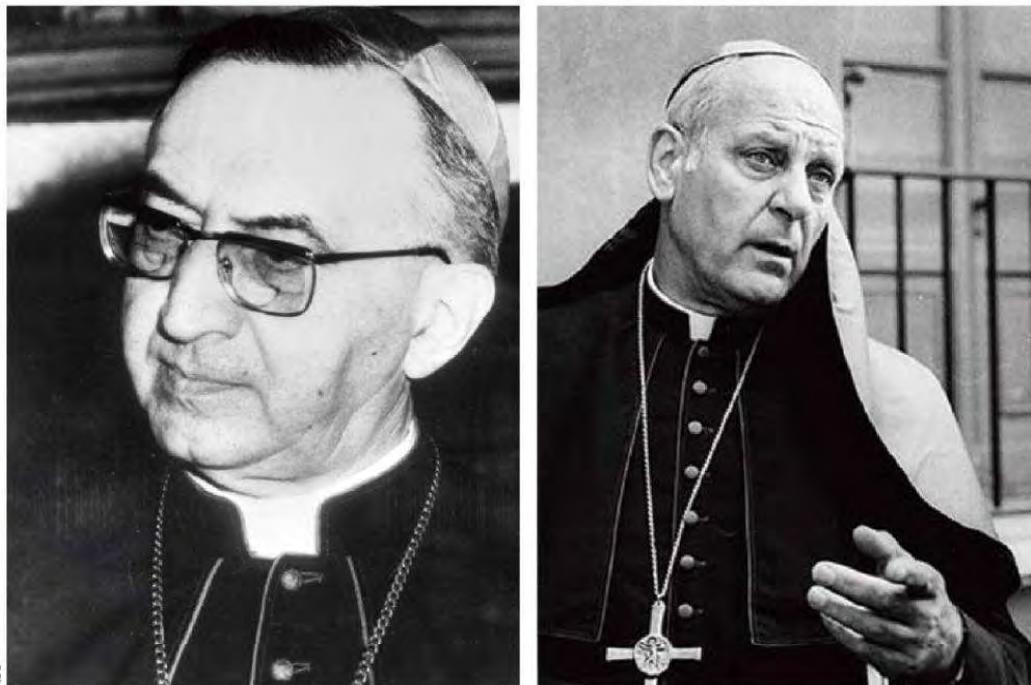
Días después del hallazgo, una filtración promovida entre los pasillos del Palacio Apostólico, y de ahí, a la prensa, puso en entredicho el comunicado oficial: en realidad, el cuerpo sin vida del Santo Padre había sido descubierto por las monjas que lo asistían. A las 5:15 h, como todas las mañanas, sor Vincenza Taffarel había depositado una taza de café en la sacristía y, varios minutos después, al notar que



GETTY

El papa Juan Pablo I de cuerpo presente en la capilla Clementina de la Basílica de San Pedro. Este pontífice solo ocupó la silla de Pedro durante 33 días.

EN REALIDAD EL CUERPO SIN VIDA DEL SANTO PADRE HABÍA SIDO DESCUBIERTO POR LAS MONJAS QUE LO ASISTÍAN



Algunas teorías dicen que el papa tenía pensado destituir al cardenal Jean Marie Villot, a la izquierda, responsable de la Secretaría de Estado, y al arzobispo Marcinus, a la derecha, presidente del Instituto para las Obras de la Religión.

seguía intacta, decidió dirigirse a los aposentos del pontífice, seguida de sor Margherita Marin. Tras llamar varias veces a la puerta y no obtener respuesta, entraron y descubrieron lo impensable. El Papa yacía en la cama, vestido con su pijama. Su espalda descansaba sobre varios almohadones y sostenía unos documentos en una de sus manos. En su relato de los hechos, publicado en el libro *Papa Luciani. Cronaca di una morte*, de la periodista Stefania Falasca, sor Margherita también contó que Juan Pablo I «se encontraba recostado un poco a la derecha, con una leve sonrisa, las gafas puestas, los ojos medio cerrados, como si durmiera. Le toqué las manos. Estaban frías. Me impresionaron las uñas, un poco oscuras».

ESCANDALOS FINANCIEROS

Los documentos que acompañaban al Santo Padre en su lecho de muerte también fueron motivo de controversia. En un primer momento, la Iglesia comunicó que el Papa había fallecido mientras leía el libro *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Posteriormente, la versión se alteró y el misterio en torno a aquellos papeles alimentó nuevas teorías: desde la posibilidad de que se tratara de un discurso que el Papa tenía previsto pronunciar en aquellos días hasta un listado de nombramientos o destituciones que habrían de producirse en breve.

JUAN PABLO I, LA VIDA DEL PAPA HUMILDE

La personalidad cercana y desprendida de Juan Pablo I fue reflejo de sus raíces humildes. Nació el 17 de octubre de 1912 en una modesta villa de montaña en la región del Véneto. Como él mismo reconocería en sus discursos, caracterizados por un lenguaje sencillo y accesible, desde su niñez sufrió las consecuencias del hambre. Esta experiencia marcó su magisterio, basado en la austeridad y el servicio a los más desfavorecidos.



Siendo obispo, participó en el Concilio Vaticano II (1962-1965) y, tras escuchar a numerosos matrimonios jóvenes, expresó su apoyo al uso de la píldora anticonceptiva en un momento de intenso debate. Sin embargo, su sentido de obediencia lo llevó a acatar la decisión de Pablo VI cuando este la declaró ilícita en la encíclica *Humanae Vitae* (1968).

Tras ser elegido Papa, renunció a la ceremonia de coronación, una tradición milenaria, y al uso de la silla gestatoria para sus desplazamientos. No obstante, terminó utilizándola para poder ser visto por los fieles. Gran comunicador y de destacada capacidad intelectual, fue autor del libro *Illustrissimi* (1976), una recopilación de cartas dirigidas a personajes históricos y literarios como Dickens, Twain, Chesterton —de quienes era admirador—, Penélope, Pinocho y el propio Jesucristo.

Albino Luciani se asoma al balcón de la Plaza de San Pedro para saludar a la muchedumbre. Es el 26 de agosto de 1978 y acaba de ser elegido papa: Juan Pablo I.

En el libro *In God's name*, publicado en 1984, el investigador David Yallop reveló la existencia de una conspiración dentro de la Iglesia para acabar con la vida de Juan Pablo I. Según su versión, el Papa había decidido destituir de sus cargos al cardenal Jean-Marie Villot, responsable de la Secretaría de Estado y el segundo hombre más influyente del Vaticano, y al arzobispo Paul Marcinkus, presidente del Instituto para las Obras de Religión (IOR), una entidad que en aquellos años se vería envuelta en dos de los escándalos financieros más controvertidos de su historia. El autor señaló que el pontífice, antes de asumir su cargo al frente de la



El cardenal Marcinkus tenía relación con Michele Sindona, un banquero con vínculos con la mafia. En la imagen, durante el juicio por la quiebra del Banco Privata Finanziaria en 1984.

Iglesia, ya era consciente de la manera en que Marcinkus dirigía la institución y su relación con Michele Sindona, un banquero con fuertes vínculos con la mafia siciliana e integrante de la logia masónica Propaganda Due (P2). Afirmó que el 27 de agosto de 1978, en una cena con el cardenal Villot, el Papa le encomendó una investigación destinada a revisar todas las operaciones del Vaticano, mostrando un especial interés en la actuación del IOR, del que solicitó una inspección financiera de «forma discreta, rápida y completa», en palabras de Yallop. Una vez revisara el informe, tomaría las decisiones necesarias.

La manera en que Paul Marcinkus dirigía el Instituto para las Obras de Religión desencadenó un intenso conflicto cuando en 1972 tomó la decisión de vender al Banco Ambrosiano la participación del Vaticano en la Banca Cattolica Veneto, sin consultar a los obispos venecianos ni a su patriarca, Albino Luciani, futuro Juan Pablo I. Sucedió que la Banca Cattolica Veneto ofrecía préstamos a bajo interés a sacerdotes y proyectos sociales. Tras la venta, los intereses comenzaron a pagarse más altos, lo que obligó a sus clientes a buscar otras fuentes de financiación, incluso recurriendo a la caridad. La situación generó una profunda indignación en la diócesis de Venecia, y llevó tanto a Luciani como a los obispos a cerrar sus cuentas en protesta.

Tan solo dos años después, en 1974, la quiebra del Franklin National Bank, propiedad de Michele Sindona, provocaría una nueva crisis en la banca vaticana, esta vez con importantes pérdidas económicas. El banquero siciliano, miembro de la logia masónica Propaganda Due (P2) y experto en manejar y reinvertir el dinero de la mafia procedente de la heroína, se había convertido en el consejero económico de la Santa Sede tras ganarse la confianza del papa Pablo VI. Como explica Yallop en su obra, la intercesión del empresario hizo posible que el Vaticano pudiera eludir



Detención de Roberto Calvi, apodado «el banquero de Dios», debido a su estrecha relación con la Santa Sede, que fue asesinado en Londres en 1981.

LA MUERTE DE ROBERTO CALVI

Entre las décadas de 1970 y 1980, Roberto Calvi construyó un imperio bancario basado en fraudes que acabó desmoronándose. En 1981, tras ser juzgado y condenado, huyó a Londres, donde fue encontrado ahorcado en un andamio bajo el puente de Blackfriars (Frailes Negros), con varios ladrillos en los bolsillos y cerca de 15 000 dólares en diversas monedas, entre otros objetos.

Aquella trágica escena contenía elementos desconcertantes. La logia masónica Propaganda Due (P2), con la que Calvi tenía vínculos, usaba un fraile negro como símbolo, mientras que los ladrillos, que tienen un profundo significado dentro de la masonería, podrían agregar otra capa de simbolismo. Aunque en principio se consideró un suicidio, en 1989 un tribunal italiano dictaminó que se trató de un asesinato. La teoría más aceptada sostiene que Calvi fue trasladado en una barca hasta el puente, donde fue estrangulado y colgado.

En 1997, fiscales italianos implicaron a miembros de la mafia siciliana y romana en el crimen y, varios años después, concluyeron que la mafia no solo actuó en su propio beneficio, sino también para evitar que Calvi chantajeara a figuras políticas, a la masonería y al IOR, con los cuales había invertido grandes sumas de dinero, parte de ellas provenientes de la Cosa Nostra y empresas públicas italianas.

las leyes impositivas italianas sobre el patrimonio de acciones e invertir su fortuna en Estados Unidos, Suiza, y Alemania, entre otros países.

Mientras tanto, Sindona construía un imperio financiero sustentado en fraudes y operaciones ilegales junto a las familias Izerillo, de Sicilia, y Gambino, de Nueva York, que terminaría derrumbándose. El terremoto llegó hasta la Santa Sede, que perdió un total de 240 millones de dólares. La Curia entonces adoptó un rictus de sobrecogimiento, afirmando sentirse traicionados por su consejero y desconocer sus actividades delictivas. En 1980, Sindona fue condenado a 25 años de prisión por fraude bancario, malversación de fondos y falsificación, y cuatro años después a cadena perpetua por el asesinato del abogado Giorgio Ambrosoli, quien investigaba sus actividades financieras ilícitas. En 1986 fue encontrado muerto en su celda de la prisión de Voghera, tras haber sido envenenado con cianuro.

La historia volvería a repetirse. Durante los años setenta, el IOR, bajo la administración de Marcinkus, se convirtió en el principal accionista del Banco Ambrosia-

no, presidido por Roberto Calvi, también miembro de la logia P2, quien creó una red de cuentas y filiales en países lejanos para transferir grandes sumas de dinero fuera de Italia, eludir regulaciones financieras y facilitar actividades ilícitas, incluyendo el lavado de dinero para la mafia y la financiación de partidos políticos. De esta manera, el Vaticano podía llevar a cabo transacciones a escala mundial sin depender de instituciones bancarias ajenas. Cuando, en 1982, el Banco Ambrosiano se declaró en quiebra debido a un agujero financiero de alrededor de 1300 millones de dólares, salió a la luz que el IOR había proporcionado garantías que permitieron a Calvi otorgar préstamos a empresas inexistentes. El Vaticano, aunque nunca admitió una responsabilidad directa, acordó la entrega de 224 millones de dólares a los acreedores del Banco Ambrosiano en concepto de responsabilidad moral.

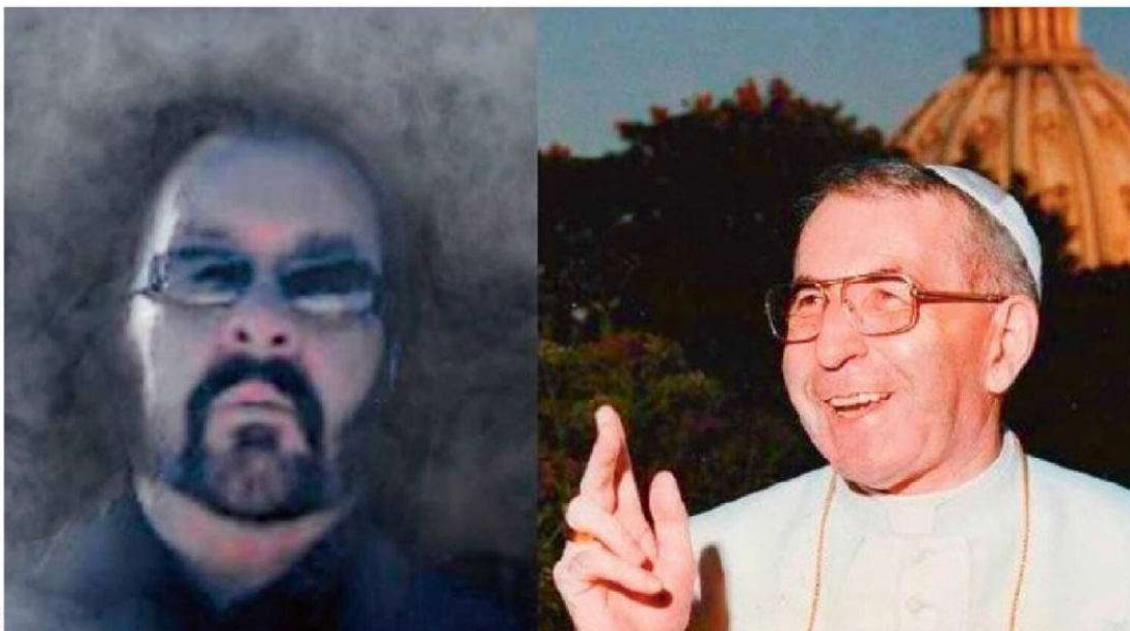
Hacía tiempo que los movimientos de Roberto Calvi resultaban sospechosos. En 1978, el Banco de Italia concluyó en un informe que el Banco Ambrosiano había transferido ilegalmente varios miles de millones de liras. La investigación condujo en 1981 a la detención de su presidente, quien fue condenado a cuatro años de prisión y al pago de una multa de unos veinte millones de dólares. Calvi apeló y, mientras el litigio se resolvía, huyó a Londres, donde fue encontrado ahorcado bajo el puente de Blackfriars. Aunque en un principio la policía calificó su muerte como suicidio, investigaciones posteriores confirmaron el asesinato.

En cuanto a Marcinkus, la magistratura italiana emitió una orden de busca y captura en su contra en 1987. Sin embargo, las autoridades eclesiásticas reclamaron inmunidad diplomática para el



ASC

Roberto Calvi, a la izquierda, creó una red de cuentas y filiales en países lejanos. Abajo, a la izquierda, Anthony Raimondi, exgánster que declaró que había formado parte del entramado para asesinar al papa.



ASC



Juan Pablo II tuvo un papado breve pero fue muy querido, alejándose del boato y las ceremonias. A la dcha., filas de personas en la plaza de San Pedro para ver al difunto papa el 30 de septiembre de 1978.

arzobispo, amparándose en el Tratado de Letrán de 1929, que garantizaba la soberanía de la Ciudad del Vaticano sobre Italia. En su defensa, Marcinkus sostuvo que no había cometido ninguna irregularidad. En 1989, fue cesado como presidente del IOR, y al año siguiente, renunció a su cargo como pro-presidente de la Comisión Pontificia. Posteriormente, se trasladó a Phoenix, Arizona, donde falleció por causas naturales en 2006.

A lo largo de su investigación, David Yallop sostiene que Juan Pablo I fue asesinado porque conocía parte del entramado en el que estaba envuelto el IOR debido a la gestión de Marcinkus, y porque tenía la determinación de sanear la banca vaticana y destituir a su máximo responsable. En concreto, afirma que fue envenenado con digitalina, un glucósido cardíaco utilizado en medicina por sus efectos sobre el corazón, pero que en dosis elevadas puede provocar náuseas y arritmias peligrosas, entre otros síntomas. Según el autor, el crimen fue ordenado por Licio Gelli, gran maestro de la logia P2, con la complicidad de Marcinkus y de los cardenales Jean-Marie Villot, secretario de Estado del Vaticano, y John Cody, arzobispo de Chicago.

En apoyo de esta versión, en 2019, el exgánster Anthony Raimondi, sobrino del líder mafioso Lucky Luciano y antiguo miembro de la familia Colombo, reveló que había formado parte del entramado que terminó con la vida de Juan Pablo I, bajo las órdenes de Marcinkus, de quien afirmó ser primo suyo. El propósito, interrumpir

EN SU BREVE PAPADO LUCIANI APOSTÓ POR UNA IGLESIA CERCANA Y POR UN FIRME COMPROMISO CON LA RENOVACIÓN

una investigación sobre una serie de maniobras fraudulentas en las que estaban involucradas destacadas empresas estadounidenses. Raimondi aseguró que durante los días previos vigiló los hábitos del pontífice y que, durante la noche de su muerte, el Papa quedó inconsciente tras tomar una infusión que contenía una elevada dosis de valium. Después observó cómo Marcinkus entraba en los aposentos del papa para administrarle una solución de cianuro.

PROBLEMAS CIRCULATORIOS

La investigación de David Yallop trató de ser contrarrestada por John Cornwell en su libro *A Thief in the Night: The Death of Pope John Paul I* (1989). Dos años antes, el periodista británico cruzaba la Plaza de San Pedro después de haber sido llamado por el arzobispo John Foley, integrante de la oficina de comunicación de la Santa Sede. Tras entrevistarse con varias personalidades cercanas al pontífice, Cornwell llegó a varias conclusiones, entre ellas que Juan Pablo I no tenía intención de indagar en las finanzas vaticanas, que sufría problemas circulatorios y que estaba superado por la responsabilidad del cargo, al punto de no querer seguir viviendo. Según sus propias palabras, «solo hizo falta su negativa a ver a un médico y la negligencia de los demás para asegurar el fin que tan devotamente deseaba». Esta aseveración estaba sustentada en una opresión torácica que Juan Pablo I había experimentado durante las horas previas a su fallecimiento, y que décadas más tarde Stefania Falasca incluiría en su investigación.

La periodista, quien fue también vicepostuladora en el proceso de beatificación de Juan Pablo I, hizo público un documento, hasta entonces secreto, que el doctor Renato Buzzonetti, asistente del Papa, había remitido a la Secretaría de Estado el 9 de octubre de 1979. En él se señala que el día del óbito, alrededor de las 19:30 h, el Santo Padre sufrió un «episodio de dolor localizado en la parte superior de la región esternal». El malestar se prolongó durante cinco minutos, mientras rezaba acompañado de uno de sus secretarios, John Magee, quien declaró que el pontífice decidió no avisar al médico, aparentemente para no causar molestias. Asimismo, Falasca documentó en su obra que en 1975, Albino Luciani fue hospitalizado por un problema cardiovascular que fue tratado con anticoagulantes. En los años siguientes se creyó que la enfermedad había remitido, ya que los médicos no detectaron ninguna anomalía que sugiriera que su salud estuviera comprometida.

Si bien el pontificado de Juan Pablo I fue uno de los más breves de la historia, también fue uno de los más queridos por los fieles. Su cercanía en las audiencias, especialmente con los niños, y su lenguaje sencillo lo hicieron accesible para todos. Luciani apostó por una Iglesia más cercana, alejándose de ceremonias y gestos que reforzaban la imagen del pontífice como un monarca excelso. Pero, sobre todo, mostró un firme compromiso con la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II, buscando una Iglesia que pudiera adaptarse a los nuevos tiempos y tuviera en su seno a los pobres y necesitados. Porque de ellos, como dijo Jesucristo, es el Reino de los Cielos. ■

ALBUM

En la imagen, miles de fieles reciben a Juan Pablo II en la misa de beatificación del Padre Cyprian Tansi, en Onitsha (Nigeria), el 13 de febrero de 1982. El papa Wojtyla visitó 129 países durante los años de su papado.



LA REVOLUCIÓN DEL
PAPA POLACO

JUAN
PABLO
II

JOSE LUIS HERNANDEZ GARVI
Escritor y divulgador histórico

Protagonista de su tiempo y figura hasta cierto punto controvertida, el papa Juan Pablo II fue uno de los personajes más influyentes de finales del siglo xx.

Karol Józef Wojtyła, nombre secular del papa Juan Pablo II, nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, una pequeña ciudad polaca situada a cincuenta kilómetros de Cracovia. El futuro pontífice nació en el seno de una modesta familia que vivía en esa tranquila localidad. Cuenta la leyenda que su madre Emilia Kaczorowska, una ferviente católica y maestra de escuela, quiso que el menor de sus tres hijos naciera



Karol Wojtyla hacia 1930.

lo más cerca posible de una de las iglesias de Wadowice para que los primeros sonidos que el recién nacido pudiera escuchar fueran «los rezos y cánticos alabando a Dios». Su padre Karol Wojtyła, hombre de fuertes convicciones religiosas y sastre de profesión, había combatido en la Primera Guerra Mundial como suboficial del ejército austrohúngaro. Con la independencia polaca, fue admitido en el ejército nacional y ascendido a teniente del cuerpo administrativo. Debido a la grave enfermedad que padecía su mujer se retiró prematuramente en 1927 y murió en Cracovia el 18 de febrero de 1941 durante la ocupación alemana de Polonia.

VOCACION TEMPRANA

Con apenas nueve años, el pequeño Karol se enfrentó a la muerte de su madre debida a una miocarditis y un fallo renal. Nunca llegó a conocer a su hermana Olga, que falleció en 1914 siendo muy pequeña y antes de que él naciera. Su hermano mayor Edmund, médico de profesión, murió en 1932 como consecuencia de la escarlatina contagiada por un joven paciente. Fue entonces cuando su padre decidió mudarse a la cercana Cracovia para que su hijo superviviente continuase sus estudios en la Universidad Jaguelónica, prestigiosa institución académica que había tenido entre sus alumnos al matemático Nicolás Copérnico.

Matriculado en las carreras de filosofía y teología, consumado ajedrecista y aficionado a la montaña y al teatro, el joven Wojtyła formó parte de un grupo de actores universitarios. El estallido de la Segunda Guerra Mundial truncó sus planes iniciales y cuando las autoridades de ocupación alemanas ordenaron el cierre de la universidad tuvo que ponerse a trabajar en una cantera y posteriormente en una fábrica química para ganarse la vida, evitando así la amenaza de una más que probable deportación a Alemania.

Durante la brutal ocupación de Polonia, el inquieto universitario, amante de las tablas de un escenario, decidió no permanecer de brazos cruzados y se unió a un grupo clandestino formado por jóvenes católicos que pretendían hacer frente a los despiadados invasores alemanes mediante acciones de resistencia pasiva. Sus acciones también incluían la ayuda a judíos perseguidos, sin descartar la lucha armada. Aunque Wojtyła se mantuvo al margen de sus compañeros más extremistas,

Karol Wojtyła
fotografiado
cuando era
un joven
sacerdote
(el segundo
por la
izquierda),
con un
grupo de sus
estudiantes
en Cracovia
(Polonia) en el
año 1950.



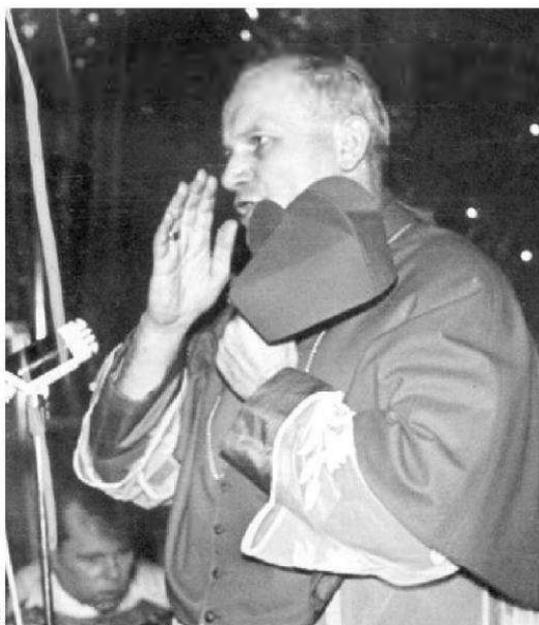
ASC

su nombre apareció en las listas que barajaba la Gestapo y se vio obligado a pasar a la clandestinidad mientras permanecía escondido en una buhardilla. Con los nazis pisándole los talones se refugió en los sótanos del arzobispado de Cracovia. En 1942, las enseñanzas transmitidas por su devota familia influyeron decisivamente en su vocación sacerdotal. En medio de un clima de peligrosa inseguridad, Wojtyła empezó a asistir a las clases del seminario mayor clandestino de Cracovia dirigido por el cardenal arzobispo Adam Stefan Sapieha, donde continuó con sus estudios de teología. Al final de la guerra que arrasó Polonia, su vida estuvo a punto de tomar un rumbo muy diferente del que le llevaría a la cúspide de la curia romana.

Capturado por las tropas soviéticas junto a un grupo de compañeros seminaristas, Wojtyła se salvó de ser enviado a un gulag de la Unión Soviética cuando un joven capitán del Ejército Rojo descubrió que aquel polaco curtido en el duro trabajo de la cantera sabía varios idiomas. En contra del deseo de sus superiores, el oficial soviético consiguió retenerle a su lado para que le ayudase a traducir al ruso los textos en latín y alemán que necesitaba para seguir cursando su carrera de Historia. Este suceso, que muchos de sus biógrafos han calificado de providencial, fue interpretado por el mismo Wojtyła como una señal divina que le puso en el camino hacia el que debía orientar su vida.

CARRERA ECLESIASTICA

Después de superar todas estas dificultades, Karol Wojtyła prosiguió con sus estudios en el seminario mayor de Cracovia y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagelónica. Como colofón a su vocación, el 1 de noviembre de 1946 fue ordenado sacerdote en Cracovia. Gracias a la mediación del cardenal Sapieha, fue enviado a Roma para continuar sus estudios en la facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, prestigiosa institución académica controlada por la orden dominica y conocida popularmente como Angelicum. Fue en sus aulas donde en 1948 obtuvo el doctorado en teología con una tesis sobre la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En esos años de sacerdocio pasó sus vacaciones ejerciendo su ministerio pastoral entre las comunidades de emigrantes y exiliados polacos dispersos por diferentes países europeos.



Karol Wojtyła en Cracovia en el año 1967.

Ese mismo año regresó a su añorada Polonia para ejercer de coadjutor en una parroquia de las afueras de Cracovia y posteriormente en la Iglesia de San Florián, situada en el centro de la ciudad, donde sus feligreses siempre le recordaron con gran cariño. En los años siguientes Wojtyła desarrolló una intensa vida académica que en 1953 le llevó a presentar una nueva tesis en la Universidad Jagelónica. Profesor de Teología Moral y Ética Social en el Seminario Metropolitano de Cracovia y en la Facultad de Teología de Lublín, el 4 de julio de 1958 fue nombrado Obispo Auxiliar de Cracovia por el Papa Pío XII.

En la primera mitad de los años sesenta del siglo XX se produjo el despegue definitivo de la carrera eclesiástica

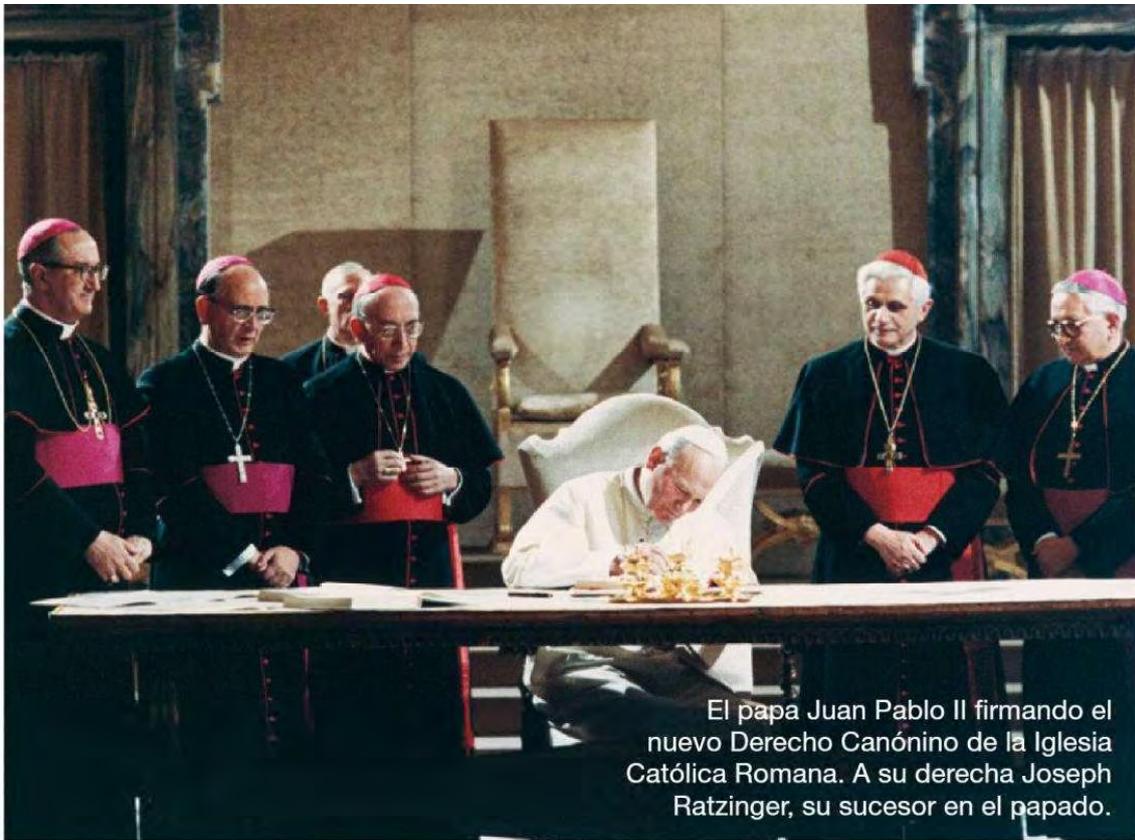
de Karol Wojtyła. A su nombramiento en 1964 como arzobispo de Cracovia por el Papa Pablo VI, le siguió el de cardenal el 26 de junio de 1967, el segundo más joven de la curia romana de aquellos días. Entre 1962 y 1965 participó activamente en el Concilio Vaticano II. Durante sus sesiones habría trabajado en la redacción de la constitución pastoral *Gaudium et spes* («Alegría y esperanza»), relativa al papel de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Sin embargo, a día de hoy todavía no se ha podido determinar cuál fue su aportación al documento.

A la clausura de las sesiones del Concilio Vaticano II, el cardenal Wojtyła pasó a formar parte de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, dicasterio o departamento de la curia romana especializado en esos temas, y del Consejo Pontificio para los Laicos. En permanente conexión con las iniciativas vaticanas, en octubre de 1977 acudió al sínodo de obispos celebrado en Roma. Allí coincidió por primera vez con Joseph Ratzinger, por aquel entonces arzobispo de Múnich, que con el tiempo se convertiría en su mano derecha y sucesor.

EL PONTIFICADO DE UN PAPA VIAJERO

El 28 de septiembre de 1978 murió Juan Pablo I a causa, supuestamente, de un infarto de miocardio. Su repentina muerte, tras solo treinta y tres días de pontificado, sorprendió a la opinión pública internacional. El cónclave para elegir a su sucesor comenzó el 14 de octubre y terminó dos días más tarde tras celebrarse ocho votaciones. Los cardenales eligieron a Karol Wojtyła como nuevo pontífice. El hasta entonces arzobispo de Cracovia aceptó la elección y tomó el nombre de Ioannes Paulus II.

La noticia de la elección del primer papa polaco de la historia, el primero que no era italiano desde 1523, dio la vuelta al mundo. Siguiendo una estela que rompió moldes, con 58 años se convirtió en el pontífice más joven del siglo XX. Superada la sorpresa inicial, su inesperado nombramiento dentro del tradicional inmovilismo de la curia romana fue interpretado como un soplo de aire fresco con el que se



El papa Juan Pablo II firmando el nuevo Derecho Canónico de la Iglesia Católica Romana. A su derecha Joseph Ratzinger, su sucesor en el papado.

GETTY

buscaba cierta renovación en su seno. El 22 de octubre Juan Pablo II dio inicio a su ministerio y desde un primer momento manifestó su deseo de colocar a la Iglesia católica como un referente espiritual en el mundo contemporáneo. Con ese objetivo se propuso dar a conocer el mensaje de amor universal de Cristo a través de una nueva evangelización que se dirigió hacia los más desfavorecidos. En esa misma línea, también denunció la injusticia provocada por las desigualdades sociales y se mostró como un activo defensor de la paz, contrario a la carrera de armamentos que empobrecía a los pueblos.

Frente a los que le criticaron por sus posiciones un tanto reaccionarias, hay que señalar que Juan Pablo II aplicó el rigor doctrinal para condenar las posiciones más radicales de la Teología de la Liberación, pero también actuó contundentemente contra ciertos sectores ultraconservadores, como el liderado por monseñor Lefebvre, al que no dudó en excomulgar. Tampoco eludió manifestarse sobre temas incómodos. Opuesto al comunismo por razones obvias, condenó el capitalismo salvaje y denunció el materialismo de las opulentas sociedades occidentales, de naturaleza insolidaria y hedonista.

Sin duda, fue uno de los líderes mundiales más viajeros de la historia. A lo largo de sus casi veintisiete años de pontificado, Juan Pablo II visitó 129 países en 104 viajes apostólicos internacionales. En algunos casos, como el de España, en más de una ocasión. Su periplo fuera de Italia comenzó el 25 de enero de 1979, con su visita a la República Dominicana y México. El último de su pontificado fue el 14 de agosto de 2004, cuando con su salud visiblemente deteriorada rezó en el santuario mariano de Lourdes. A pesar de sus numerosos compromisos por todo el mundo sacó tiempo

JUAN PABLO II FUE EL PAPA MÁS JOVEN DEL SIGLO XX Y EL PRIMERO QUE NO ERA DE NACIONALIDAD ITALIANA DESDE 1523

LOBOS GRISES

En la Eurocopa de fútbol de 2024 celebrada en Alemania, el jugador de la selección turca Merih Demiral realizó un extraño gesto con sus manos después de marcar un gol contra Austria. Aquella celebración, en apariencia inofensiva, guardaba un significado oculto que le hizo ser sancionado por la UEFA con dos partidos.

La posición de los dedos de las manos del jugador turco representaba el conocido como «saludo del lobo», que busca asemejarse a la cabeza de este animal y con el que se reconocen los miembros de los Lobos Grises, una organización política turca de ideología nacionalista de extrema derecha. Esta organización también es conocida con el ambiguo nombre de Hogares Idealistas e integra la formación de las juventudes del Partido de Acción Nacionalista, socio de la coalición que apoya al presidente turco Tayyip Erdogan.

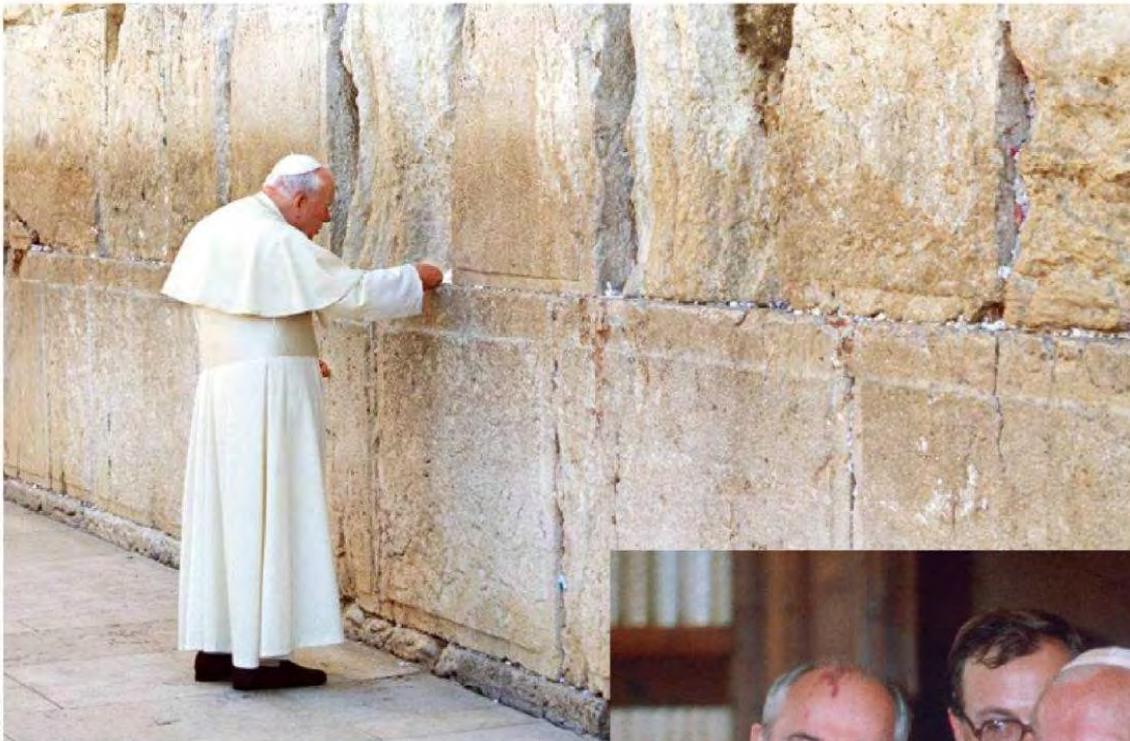
La polémica de la Eurocopa volvió a poner de actualidad a los Lobos Grises, un grupo poco conocido fuera de las fronteras turcas pero que saltó a las primeras páginas de la actualidad cuando Mehmet Ali Aca, miembro de la organización, atentó contra Juan Pablo II. En las décadas de los años setenta y ochenta del siglo xx participaron activamente en graves enfrentamientos contra militantes de izquierda de su país. Más recientemente, los disturbios se han trasladado a algunos países europeos, especialmente Alemania, donde la minoría turca alcanza los tres millones de personas. En los últimos años, ha crecido su implantación en estas comunidades, especialmente entre los sectores más jóvenes.

La organización no tiene la consideración de grupo terrorista, pero Austria ha prohibido el «saludo del lobo» en actos públicos y Francia ha vetado cualquier actividad política de sus integrantes. En Alemania, la Oficina Federal para la Protección de la Constitución, agencia policial de inteligencia dedicada a la lucha contra las amenazas al orden democrático, calcula que cuenta con más de 20 000 miembros activos dentro de sus fronteras.

Proscritos en Azerbaiyán y Kazajistán bajo la acusación de intervención en asuntos de política interna, nunca se han aclarado del todo las vinculaciones de los Lobos Grises con los verdaderos instigadores del atentado contra Juan Pablo II. En la actualidad, algunos investigadores y periodistas afirman que guarda estrechos vínculos con el llamado «estado turco profundo», una supuesta red que con fines totalitarios actúa en la sombra infiltrada en las estructuras de poder en Turquía. Sin embargo, las autoridades de Ankara han negado reiteradamente su existencia, al mismo tiempo que permite el «saludo del lobo» como expresión del espíritu nacional.

para recorrer Italia en 144 viajes. Juan Pablo II fue el primer papa en visitar Grecia, un país de religión cristiana ortodoxa. También oró en la Gran Mezquita de Damasco, donde fue recibido por el gran muftí. En 1985 celebró en Casablanca el primer encuentro de un papa con una comunidad musulmana. Durante su viaje por Tierra Santa tuvo la oportunidad de recorrer emocionado algunos enclaves de la tradición cristiana. Tras el reconocimiento de los derechos nacionales palestinos, Juan Pablo II logró que el Vaticano entablase relaciones diplomáticas con Israel. Ante el Muro de las Lamentaciones pidió perdón por los cristianos que habían permitido la persecución de los judíos y rezó sobrecogido en el Museo del Holocausto.

En sus viajes, Juan Pablo II fue más allá de un telón de acero que contribuyó a desmontar con su firme defensa de la libertad. Sus encuentros con el presidente



ALBUM

En la fotografía de arriba, el papa Juan Pablo II poniendo su oración en una grieta del Muro de las Lamentaciones de Jerusalén (Israel) en marzo de 2000. A la dcha, Karol Wojtyla se reúne por primera vez con el Secretario General del Partido Comunista Ruso, Mijail Gorbachov en la Ciudad del Vaticano, el 1 de diciembre de 1989.



ALBUM

de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov y las visitas a su Polonia natal, dirigida con mano de hierro por el general Jaruzelski, marcaron un antes y un después en el desarrollo de los acontecimientos que desembocaron en el colapso de los regímenes comunistas de los países del Este. Con Fidel Castro, que le recibió con todos los honores, y con la Nicaragua sandinista, a la que reprochó públicamente por su deriva comunista en la figura del sacerdote, teólogo y ministro Ernesto Cardenal, no tuvo tanta suerte. Por otro lado, fue muy criticado por mostrarse más benevolente con dictaduras como la de Pinochet en Chile, o por haber apoyado expresamente a Pío Laghi, nuncio en Argentina, que respaldó la brutal represión contra sectores de la izquierda llevada a cabo por los militares. Al que fue reconocido como «el papa viajero» le quedaron pendientes dos visitas que no le dio tiempo a realizar: una a Moscú y otra a China.

Al inicio del pontificado de Juan Pablo II, la Santa Sede mantenía relaciones diplomáticas con ochenta y cuatro países, número que se vio aumentado hasta los ciento setenta y tres estados en el momento de su muerte. Las cifras que acompañaron a su incansable actividad empujaban la labor apostólica desarrollada por cualquier otro pontífice. En las Audiencias Generales de los miércoles partici-

paron millones de peregrinos, sin contar los cerca de mil encuentros mantenidos con jefes de estado y primeros ministros de todo el mundo.

EL ATENTADO

A las 17.17 del 13 de mayo de 1981, Juan Pablo II completaba su segunda vuelta a la plaza de San Pedro a bordo de un Fiat Campagnola blanco mientras saludaba a los cerca de 20 000 fieles allí congregados para la audiencia de los miércoles. Confundido entre la multitud que se agolpaba ante las barreras para ver al papa, un hombre de aspecto patibulario y que parecía estar ausente de lo que tenía a su alrededor aguardaba la llegada del vehículo descubierto con la mano metida en el bolsillo de su cazadora. Al pasar a su altura y mientras Juan Pablo II sostenía en brazos a la niña Sara Bartoli, aquel hombre reprimió un gesto ante el obstáculo que se interpuso de pronto delante de su objetivo. Segundos después se escucharon varias detonaciones que la

LA CLÍNICA GEMELLI

El Policlínico Universitario Agostino Gemelli, también conocido como Clínica Gemelli, fue construido en Roma sobre un terreno donado por el papa Pío XI. Inaugurado en julio de 1964, cuenta con 1575 camas, capacidad hospitalaria que lo convierte en el segundo hospital más grande de Italia y una de las mayores clínicas privadas de Europa. En la actualidad sirve como hospital universitario para la facultad de medicina de la Università Cattolica del Sacro Cuore, centro educativo fundado en 1921 por el fraile franciscano, médico y psicólogo Agostino Gemelli. Aunque los servicios que presta este hospital son gratuitos, al estar integrado dentro del sistema nacional de salud italiano, cuenta también con habitaciones privadas para pacientes de pago.

La entrada al centro sanitario está presidida por una gran estatua dedicada a Juan Pablo II, uno de sus pacientes más famosos. El Gemelli, como se le conoce popularmente, se convirtió en foco de atención internacional cuando atendió de urgencia al pontífice después de sufrir el atentado perpetrado por Ali Aca en la plaza de San Pedro. Los cirujanos del hospital consiguieron salvarle la vida después de una operación que duró más de seis horas para extraerle la bala que tenía alojada en el abdomen. Esa fue la primera ocasión en la que un papa recibía tratamiento en un hospital que a partir de entonces estaría íntimamente ligado a la atención médica de los pontífices romanos. Para tratar al papa de sus múltiples dolencias y preservar su intimidad se habilitó un pequeño apartamento privado en la décima planta. La habitación principal, decorada en un blanco inmaculado, cuenta con una sala de estar y una pequeña capilla con un reclinatorio y un gran crucifijo donde el pontífice puede oír o celebrar misa y rezar. Cuando un papa es ingresado en el centro se establece un cordón de seguridad para garantizar su protección. En estos casos, el pasillo de acceso al apartamento permanece custodiado por la Policía del Estado italiana y la vigilancia de la habitación es encomendada al Cuerpo de la Gendarmería vaticana.

A lo largo de su largo pontificado, Juan Pablo II acudió en diez ocasiones al Policlínico Gemelli para ser tratado de diferentes dolencias, entre ellas un tumor intestinal benigno, una luxación de hombro, una operación de apendicitis, una fractura de cadera y la realización de una traqueotomía cuando se agravó su estado de salud por la enfermedad de Parkinson.

hermana Letizia Giuduci, monja franciscana, confundió en principio con petardos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el hombre que tenía delante no sostenía una cámara fotográfica como en principio había creído, sino una pistola automática.

El pánico se desató entre la multitud cuando Juan Pablo II se desplomó sobre los brazos del padre Stanisław Dziwisz, su secretario personal, mientras el soldado de la Guardia Suiza Alois Estermann le protegía con su propio cuerpo frente a otros posibles disparos. El Fiat se abrió paso a toda velocidad a través de la plaza con el papa todavía consciente mientras sus labios musitaban una oración. En un primer momento fue trasladado hasta la Dirección de Servicios Médicos vaticana. Fue allí donde Dziwisz se percató de la gravedad de sus heridas al ver el suelo manchado de sangre y presionó para detener la hemorragia que manaba de su abdomen, gesto con el que posiblemente salvó la vida del papa.

Se decidió entonces su traslado inmediato a la Policlínica Gemelli. A su llegada al hospital Juan Pablo II perdió el conocimiento. En el quirófano, los doctores procedieron a cortar la hemorragia peritoneal, cortaron varios centímetros del intestino, cosieron el colón afectado y realizaron una transfusión de sangre. En las puertas de la Policlínica se concentró una multitud preocupada por el estado de salud del papa mientras las autoridades italianas llegaban al centro hospitalario.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos Mehmet Ali Ağca, el autor de los disparos, un sicario a sueldo con supuestos contactos con la organización ultranacionalista turca de los Lobos Grises, la mafia, los servicios secretos de los países del Este y la siniestra Red Gladio, intentó huir del lugar de los hechos. Acosado por los fieles, la hermana Letizia, testigo directo de los hechos, corrió detrás de él. Ağca habría intentado abrir fuego contra sus perseguidores pero su pistola se había encasquillado.



GETTY

El papa cae herido tras ser disparado en la Plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981.

La valerosa monja consiguió darle alcance antes de que el agente de policía Augusto Ceccarelli consiguiera reducirle junto con sus compañeros. Desde allí fue trasladado a la central de la División General de Investigaciones y Operaciones Especiales, unidad de inteligencia de la Policía del Estado donde fue interrogado. Entre sus pertenencias se le encontró una carta en la que declaraba: «Me veo obligado a matar al papa para protestar contra el silencio ante los crímenes del mundo y la muerte de miles de inocentes ejecutados por los asesinos imperialistas de América y la Unión Soviética».

Juan Pablo II fue alcanzado por cuatro balas, dos de las cuales se alojaron en su estómago, otra le alcanzó en el brazo derecho y la última en la mano izquierda. En el tiroteo también resultaron heridas la norteamericana Ann Odre, alcanzada en el pecho, y la jamaicana Rose Hall, que sufrió una herida superficial en un brazo por una bala rebotada. El mundo contuvo la respiración hasta que a las once de la noche de ese largo día los médicos informaron que la intervención para salvar la vida del papa había concluido con éxito.

A lo largo de todos estos años se han difundido diferentes teorías sobre quién pudo estar realmente detrás del atentado. Parece claro que Ağca, el único condenado por la justicia italiana, fue un simple ejecutor movido por hilos en la sombra. Él mismo se encargó de difundir diferentes versiones contradictorias con el objetivo de distraer la atención. Parece demostrada su relación con varios agentes de los servicios secretos búlgaros, que habrían planeado el atentado siguiendo instrucciones del KGB. Para las autoridades soviéticas, Juan Pablo II representaba un peligro contra el comunismo, como habría demostrado al apoyar decididamente la causa de la libertad defendida por el sindicato polaco Solidarność dirigido por Lech Wałęsa. El propio Yuri Andropov, director del KGB, habría afirmado, «El papa es nuestro enemigo». Como es lógico, tanto La URSS como Bulgaria negaron categóricamente cualquier implicación en un supuesto complot.

Ali Ağca fue condenado a cadena perpetua por la justicia italiana. Juan Pablo II le visitó en la cárcel para reunirse con él y le perdonó por haber intentado asesinarle. En el año 2000 fue indultado por el gobierno italiano a petición del papa y extraditado a Turquía, donde cumplió condena por el asesinato de un periodista y varios atracos a bancos. Finalmente recuperó la libertad el 18 de enero de 2010, después de pasar casi veintinueve años entre rejas. Al conocer la muerte de Juan Pablo II, Ağca expresó la pena que sentía por la pérdida del que consideraba su hermano.

FALLECIMIENTO Y CANONIZACION

El atentado perpetrado por Ağca no fue el único que Juan Pablo sufrió en su pontificado. El 12 de mayo de 1982 el sacerdote español Juan Fernández Krohn, seguidor de monseñor Lefebvre, le atacó con una bayoneta durante el peregrinaje del papa al Santuario de Fátima en agradecimiento a la Virgen por haberle salvado la vida. Por fortuna, el atacante fue reducido por los servicios de seguridad antes de poder consumar el atentado.

Aunque la excelente condición física de Juan Pablo II le permitió disfrutar de una buena salud, las secuelas del atentado acabaron pasando factura. En los últimos años de su pontificado, el tercero más largo de la historia, fue apreciable un progresivo deterioro que unido a la edad y a los síntomas de la enfermedad de Parkinson que padecía limitaron en gran medida su actividad.



Centenares de cardenales participan en el funeral de Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro el 8 de abril de 2005. Los menores de 80 años comenzarán el Cónclave el 18 de abril.

Después de una larga agonía, Juan Pablo II falleció el 2 de abril de 2005 a las 21:37 hora local de Roma. Según el último parte médico hecho público, murió como consecuencia de un «choque séptico con colapso cardiocirculatorio debido a una infección, ya detectada, de vías urinarias». En contra de lo afirmado oficiosamente, los médicos que le atendieron en sus últimos instantes afirmaron que en todo momento permaneció inconsciente. Monseñor Leonardo Sandri fue el encargado de anunciar la noticia a los fieles concentrados en la Plaza de San Pedro y al mundo entero, mientras todas las luces de la habitación del pontífice en el Palacio Apostólico fueron apagadas por unos instantes.

A su funeral asistieron setenta y cinco grandes mandatarios mundiales, entre ellos jefes de estado, representantes de la realeza y primeros ministros. A los actos solemnes acudieron miles de personas que esperaron pacientemente durante horas para ver la procesión fúnebre con sus restos mortales en medio de un impresionante silencio roto por los gritos de aquellos que pedían «¡Santo subito!» («¡Santo de inmediato!»).

El 13 de mayo de 2005, el cardenal Camillo Ruini, vicario para la ciudad de Roma, comunicó la apertura del proceso de beatificación de Juan Pablo II. El papa Benedicto XVI concedió el 28 de abril de ese año la dispensa del plazo requerido de cinco años de espera después de la muerte que exige el derecho canónico para iniciar la causa. Tras reunirse los testimonios sobre su vida y los milagros que se le atribuyeron, el 19 de diciembre de 2009 Juan Pablo II fue proclamado venerable por su sucesor en la silla de Pedro.

Finalmente, el 27 de abril de 2014 fue canonizado por el papa Francisco. Según los responsables vaticanos, todo el proceso, considerado como el más corto de la historia moderna de la Iglesia católica, se realizó de manera rigurosa, aportando las detalladas investigaciones que se realizaron para constatar los milagros realizados por Juan Pablo II, el papa que revolucionó el Vaticano y la iglesia católica con su forma de dar a conocer el Evangelio. ■

MISE RICOR DIA EN SALIDA



GABINO URIBARRI BILBAO
Catedrático de Teología dogmática en
la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas
y Miembro de la Comisión Teológica Internacional

El papa Francisco celebrando la misa en la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios en la Basílica de San Pedro en enero del 2025. Francisco fallecería meses después, el 21 de abril de 2025.



El papa Francisco era un jesuita vertebrado por el conocimiento interno del Señor Jesús, a partir de haber experimentado personalmente la misericordia de Jesucristo con él. Su lema episcopal y papal lo refleja: *Miserando atque eligendo* («misericordiendo y eligiendo»).

Este mundo vital, reflejo de su llamada vocacional, se troquela en una asimilación del Concilio Vaticano II marcada por dos rasgos. Primero, el contexto de la Iglesia latinoamericana en Argentina, con la llamada «teología del pueblo». Esto se traduce en la comprensión de que todos y cada uno en el pueblo de Dios, desde el individuo más sencillo, posee el don del Espíritu, la dignidad de hijo de Dios, la capacidad de entender a fondo con su olfato el evangelio de Jesucristo. A este respecto, ya lo hizo notar en la famosa entrevista con A. Spadaro (el 21 de agosto de 2013), a los pocos meses de su elección como Romano Pontífice: «Una imagen de Iglesia que me complace es la de pueblo santo, fiel a Dios. Es una definición que uso a menudo y, por otra parte, es la de *Lumen gentium* en su número 12». No se puede entender bien al papa Francisco sin conocer las líneas básicas de la teología argentina del pueblo.

Segundo, el Vaticano II quiso poner a toda la Iglesia en misión de anuncio del evangelio al mundo actual. Este aspecto lo captó realmente bien, según Bergoglio, Pablo VI, especialmente con su exhortación *Evangelii nuntiandi* (anunciando el evangelio), de 1975. Como papa no pretendió otra cosa que dar continuidad a lo dicho por Pablo VI. Bergoglio fue durante unos años profesor de teología pastoral en la facultad de teología de los jesuitas en el San Miguel, en el gran Buenos Aires. Allí se empapó a fondo de este programa pastoral y evangelizador de Pablo VI. En su opinión este era un documento «no superado», «una cantera de inspiración», «siempre un punto de referencia» (20 de junio de 2014). En el fondo, su documento programático, *Evangelii gaudium* (la alegría del evangelio), no pretendía otra cosa que actualizar la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI.

UN PROGRAMA MISIONERO

El contexto de la elección de Francisco como papa vino determinado por dos circunstancias. Primera, el prestigio anejo por haber sido el presidente del comité de redacción del documento fruto de la asamblea continental del episcopado de América Latina y el Caribe reunida en Aparecida (Brasil), que se puede resumir con la expresión «discípulos y misioneros», determinante del programa esbozado en *Evangelii gaudium*. A esto se le puede sumar el impacto en muchos cardenales de su intervención durante las congregaciones (reuniones de cardenales) previas a su elección, donde presentó un auténtico programa misionero para la Iglesia. Segundo, la enorme crisis que se vivía en la Santa Sede con respecto a los modos de funcionar de la curia vaticana. En



Gabino Uríbarri, catedrático de Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de Comillas.

FRANCISCO, CUYO LEMA PAPAL ERA *MISERANDO ATQUE ELIGENDO*, PRESENTÓ UN PROGRAMA MISIONERO PARA LA IGLESIA

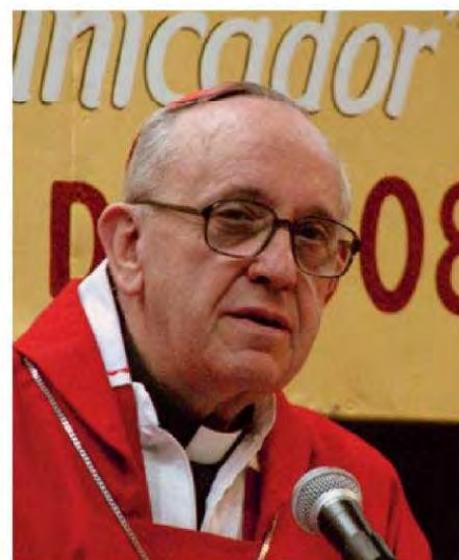


Francisco, recién elegido como papa, saluda a los congregados en la plaza de San Pedro el 13 de marzo de 2013. Jorge Bergoglio se convertía así en el primer papa latinoamericano.

estas largas conversaciones entre los cardenales se clamó por una reforma a fondo de la curia. Recordemos las dificultades de Benedicto XVI con traiciones graves por parte de personal de la curia vaticana, lo que se llamó «vatileaks», como punta del iceberg.

Con este bagaje emprende como obispo de Roma un camino de anuncio del centro del evangelio, la misericordia de Dios para con todos, estén donde estén; y la reforma eclesial, tanto de la curia vaticana como de maneras y tics clericales. Este programa se refleja en documentos, que comentaré, pero también necesariamente en un estilo y un talante personal de proximidad pastoral, propia de un párroco, del que el vocabulario accesible, las imágenes expresivas y los gestos forman parte consustancial. De hecho, con las misas en Santa Marta, homilías comprensibles y elocuentes especialmente incluidas, se convirtió de algún modo en una suerte de párroco mundial, especialmente los primeros años de su pontificado.

Su programa de pontificado vino definido en *Evangelii gaudium*: Iglesia en salida misionera. En su primer número declara: «Quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora» marcada por la alegría del encuentro con Jesucristo. Este programa se despliega de modo coherente en sus otros grandes documentos y en su línea de actuación.



El Concilio Vaticano II, a la izda. presidido por Pablo VI, quiso, según Bergoglio, a la derecha como cardenal, poner a toda la Iglesia en la misión del anuncio del evangelio al mundo.

Un elemento clave de dicho programa es la alegría. La actividad misionera, la reforma eclesial, la Iglesia en salida, la Iglesia hospital de campaña... Todo viene determinado por la alegría del encuentro con la misericordia de Dios encarnada en Jesucristo. Por eso la alegría se repite en el título de documentos muy significativos: La alegría del evangelio (*Evangelii gaudium*), la alegría del amor en la familia (*Amoris laetitia*), la alegría de la verdad de la fe (*Veritatis gaudium*, sobre el estudio de las ciencias sagradas), *Alegraos y Regocijaos (Gaudete et exsultate)*, sobre la santidad misionera. Junto con la alegría, también la alabanza, que incluye el júbilo. Ya está presente en *Alegraos y Regocijaos (Gaudete et exsultate)*, pero también en *Alabado sea (Laudato si')* y *Alabad a Dios (Laudate Deum)*, documentos sobre la ecología. El evangelio es una buena noticia alegre que impulsa a la alabanza y eso dinamiza y es contagioso.

LA MISERICORDIA

El aspecto fundamental, de suyo determinante de la alegría, es el encuentro con la misericordia de Dios (*Gaudete et exsultate*). Por eso, ha instituido los «misioneros de la misericordia», ha repetido hasta la saciedad que el confesonario no es una aduana, y convocó el Año de la Misericordia (2016), para llevar a toda persona, sea su situación personal la que fuere, la misericordia del buen Dios. Aquí se inscribe la bula de convocatoria: *Misericordiae vultus*, el rostro de la misericordia, que es Jesucristo; y la carta en la clausura del año de la misericordia: *Misericordia et misera*, la misericordia y la mísera, sobre el encuentro de Jesús con la pecadora adúltera, la mísera, que nos representa a todos y cada uno de nosotros. Su último gran documento, *Dilexit nos (Nos amó)*, es un canto al corazón de Jesús: protosímbolo y expresión máxima de la misericordia de Dios, hecha carne y crucificada por amor a todos nosotros, pecadores.

Esta misericordia alumbró e impulsa la vida humana a mejor y hacia el bien en todas las situaciones. Me fijo en cuatro ámbitos significativos, sin abarcar todos los aspectos que abrasaban el corazón del papa Francisco (por ejemplo, los migrantes,



Francisco durante el Encuentro Internacional del proyecto pastoral *Evangelii Gaudium* organizado por el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización en 2014.

guerras, Amazonía). El orden no es jerárquico. Primero, las familias. El tema fue objeto de una asamblea sinodal en dos fases (2024-2025), fruto de la cuales publicó la exhortación *Amoris laetitia (La alegría del amor)*. Lo más llamativo ha sido su apertura hacia las situaciones llamadas «irregulares» (AL, cap. VIII). Francisco no se ha contentado con repetir la doctrina. Desde una aproximación más pastoral ha incidido en la espiritualidad matrimonial (cap. IX) y en la posibilidad de una atención personalizada, ayudando a crecer en cada situación particular, aunque esté alejada de la doctrina oficial, abriendo caminos hasta entonces vedados, como el acceso a los sacramentos incluso en una situación irregular (AL 305, nota 351).

Segundo, los jóvenes. Los jóvenes y su vocación fueron objeto de una asamblea sinodal (2018). Fruto de esta surgió la exhortación *Christus vivit (Cristo vive)*. A Francisco le preocupaba gravemente una Iglesia y una sociedad que no escucha ni a los jóvenes ni a los ancianos, que no los acompaña, que no los considera. Francisco no quería una Iglesia que se cerrara a las preguntas y los desafíos de los jóvenes que le plantean. A la vez, también quería hablar a los jóvenes. Les desafió así a abrir su corazón al encuentro con Jesucristo, a escuchar la llamada de Dios y ponerse en marcha, desde la respuesta vocacional, para con su energía transformar la sociedad y la Iglesia hacia el reino de Dios.

Tercero, los pobres y los descartados de todo tipo. Ya denunció la cultura del descarte en EG 53, donde también propuso la cultura del encuentro, que incluye el diálogo como componente fundamental. Este aspecto se profundiza con la encíclica *Fratelli tutti (Todos hermanos)*. Allí esboza la necesidad de una renovación a fondo de la política y la econo-



El papa Francisco con Benedicto XVI en la inauguración de la estatua de San Miguel.



ISTOCK

Sobre estas líneas, el papa Francisco celebra la Santa Misa de Corpus Domini en la plaza de Santa Mónica en Ostia Lido, en Roma, el 3 de junio del año 2018.

mía, para que estén al servicio de todas las personas, los grupos sociales y los países, especialmente los grupos sociales que quedan fuera. Los dos motivos que presiden la encíclica son la suprema dignidad de toda persona humana, creada y amada por Dios; y la amistad social entre los diferentes, como modo de convivencia lograda.

Cuarto, la casa común. Con su encíclica ecológica (*Laudato si'*), la exhortación sobre la Amazonía (*Querida Amazonía*) y sobre el cambio climático (*Laudate Deum*), denunció que el deterioro de las condiciones de vida en la casa común de todos afecta en mayor medida a los pobres, diagnosticando la situación como una crisis eco-social, que requiere un nuevo paradigma de organización social, frente al paradigma tecnocrático predominante. También puso de relieve la existencia de un antropocentrismo depre-



ASC

Francisco siempre se mostró cercano y profundamente preocupado y conmovido por los más pobres y los marginados, exhortando para que la Iglesia esté al servicio de todos, especialmente de los grupos sociales que a veces quedan fuera de los planes políticos y económicos.



ASC



ASC

dador, que nos lleva a todos juntos a la ruina. Reclamó también un cambio drástico en nuestros estilos de consumo y de producción. En una palabra, una conversión ecológica integral que percibe la crisis ecológica como una crisis eco-social, en la que los pobres llevan la peor parte.

IGLESIA SINODAL

Llevar todo este programa adelante requiere el compromiso y la participación de todos. Este aspecto se ha tematizado en el proceso sinodal y la asamblea sobre la sinodalidad (2021-2024), fruto del cual ha de ser una Iglesia sinodal, en la que el bautismo, común a todos, y el sentido de pueblo de Dios (LG 12), se quieren asumir con todo su peso. En esta línea Francisco dio pasos notables: la inclusión de no obispos con derecho a voto en la asamblea, mujeres incluidas; la asunción como propio del documento final elaborado por la asamblea sinodal; nombramientos de mujeres para puestos directivos en la Santa Sede, propiciados por la reforma de la curia (*Praedicate evangelium*). Y todo ello debía ir reforzado y acompañado por un nuevo modo de hacer teología (*Veritatis gaudium*).

En todo este contexto se inscriben con suavidad muchos de los gestos del papa Francisco, por ejemplo: la atención personal a los descartados (jueves santo en la cárcel, escucha a víctimas de abuso) y a las periferias (visita a Lampedusa, elección de cardenales «periféricos», selección de los países visitados).

La evangelización pasa por la cultura del encuentro y por el diálogo (patriarca Bartolomé; imán Ahmed Al-Tayyib; centenario de la reforma luterana), como ya indicara Pablo VI en su encíclica programática *Ecclesiam suam* (1964). Un diálogo que se tornó simbólicamente en oferta mundial de esperanza durante la pandemia del Covid-19 (*Statio orbis*: momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia).

Francisco no puso el foco ni en un cambio ni en una renovación de la doctrina, sino en línea con el Vaticano II y la tradición ignaciana, en el necesario discernimiento pastoral para afrontar las situaciones complejas de la vida, sin imponer más cargas (reformas para las nulidades matrimoniales) y atajando con decisión situaciones estructuralmente lejanas a lo que la Iglesia ha de ser (legislación en torno a los abusos).

Como síntesis destaco cuatro aspectos significativos: una concepción sinodal de la Iglesia, que arranca de la raíz bautismal común a todos; un foco en los descartados, como criterio de discernimiento y luz evangélica; una atención pastoral y en discernimiento a las personas que cargan con su vida sin una aplicación de la doctrina que no sopesa todas las circunstancias de la situación personal, estirando la clave esencial de la acogida misericordiosa e incondicional de Dios hasta el máximo (*Fiducia supplicans*, sobre las bendiciones privadas a parejas de hecho y parejas homosexuales). Para llevar ahí la palabra de vida del evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que siempre es amor, perdón y esperanza, como dice la bula de convocatoria del año jubilar: la esperanza no defrauda (*Spes non confundit*). ■



El papa argentino con sor Raffaella Petrini, presidenta de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano.

BIBLIOGRAFÍA

- ❑ ABADÍAS AURIN, DAVID. *Historia de los concilios. La iglesia a través de sus concilios ecuménicos*. Almuzara 2023.
- ❑ BARRACLOUGH, GEOFFREY. *El papado en la Edad Media*. Editorial Almed, 2012.
- ❑ BOO, JUAN VICENTE. *Descifrando el Vaticano. Desde dentro y desde fuera*. Espasa, 2021.
- ❑ BORGUESI, M. *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intelectual*. Encuentro, 2018.
- ❑ CARCEL ORTI, VICENTE. Pío XII (1939-1958) *El papa defensor y salvador de los judíos*. Editorial Almuzara, 2022.
- ❑ DAL BELLO, MARIO. *El secuestro de Pío XII*. Editorial Ciudad nueva, 2015.
- ❑ DAL BELLO, MARIO. *Los Borgia. La leyenda negra*. Editorial Ciudad nueva, 2016.
- ❑ DE PADUA, MARSILIO. *Sobre el poder del Imperio y del Papa*. Biblioteca nueva, 2013.
- ❑ DÍAZ VILLANUEVA, FERNANDO, GARIN GARCÍA, ALBERTO. *Lutero, Calvino y Trento. La reforma que no fue*. Sekotia, 2022.
- ❑ FAGGIOLI, MASSIMO. *La onda larga del Vaticano II. Por un nuevo posconcilio*. UAH Ediciones, 2015.
- ❑ FRANCISCO. *Esperanza. La autobiografía*. Plaza&Janés, 2025.
- ❑ FRATTINI, ERIC. *El libro negro del Vaticano*. Booket, 2017.
- ❑ GANSWEIN, GEORG. *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI*. Desclee de Brouwer, 2023.
- ❑ GARCÍA BLANCO, JAVIER. *Historia negra de los papas*. Luciérnaga, 2017.
- ❑ GÓMEZ, LOURDES. *La iglesia y sus enigmas*. Luciérnaga, 2018.
- ❑ GRACIAS, FERNANDO. *Los secretos del Vaticano*. Editorial Arcopress, 2005.
- ❑ HERRANZ CASADO, JULIAN. *Dos papas*. Railp, 2023.
- ❑ JIMÉNEZ ALCAILDE, LUIS. *Los papas que marcaron la historia*. Editorial Almuzara, 2014.
- ❑ JIMÉNEZ LOZANO, JOSÉ. *Un momento deslumbrante. Crónicas del Concilio Vaticano II*. Editorial Renacimiento, 2024.
- ❑ KAISER, AXEL. *El papa y el capitalismo, un diálogo necesario*. Unión Editorial, 2020.
- ❑ KERTZER, DAVID I. *El papa en guerra. La historia secreta de Pío XII, Mussolini y Hitler*. El ático de los libros, 2024.
- ❑ LABOA GALLEGO, JUAN MARÍA. *Historia de los papas. Entre el reino de dios y las pasiones terrenales*. PPC Editorial, 2023.
- ❑ LOPEZ FACAL, JAVIER. *El declive del imperio vaticano*. Editorial La Catarata, 2012.
- ❑ LOPEZ SAEZ, JESÚS. *El papa que mataron. La trama oculta*. Editorial Última Línea, 2022.
- ❑ LOZANO, VICENS. *Vaticangate: el complot ultra contra el papa Francisco y la manipulación del próximo cónclave*. Roca Editorial, 2023.
- ❑ LUTERO, MARTÍN. *Sobre el papado de Roma*. Independently Publishing, 2013.
- ❑ MARTEL, FREDERIC. *Sodoma. Poder y escándalo en el Vaticano*. Roca, 2024.
- ❑ MARTÍN, MALACHI, TREMPES, ENRIC. *El último papa*. Editorial Ivat SL, 2018.
- ❑ MARTÍNEZ BROCAL, JAVIER. *El Vaticano como nunca te lo habían contado*. Editorial Planeta, 2018.

❑ MARTINEZ-PINNA, JAVIER. *Esto no estaba en mi libro de historia de la Iglesia católica*. Almuzara, 2024.

❑ PIAZONNI, AMBROSIO M. *Las elecciones papales. Dos mil años de historia*. Editorial Desclee de Brouwer, 2005.

❑ VIAN, GIOVANNI MARIA. *El último papa. Retos presentes y futuros de la iglesia católica*. Deusto, 2025.

❑ VON RANKE, LEOPOLD. *Historia de los papas en la época moderna*. Fondo de cultura económica, 1943

❑ VON RANKE, LEOPOLD. *Historia de los papas*. Fondo de cultura económica, 2000.

❑ ZAVALA, JOSE MARIA. *Papas. Tras los muros del Vaticano: del papel de Pío XII en la Segunda Guerra Mundial a Francisco, el papa mediador*. Editorial Plaza&Janés, 2021.



SHUTTERSTOCK

MUY HISTORIA

REDACCION

Directora: **Carmen Sabalet** (csabalet@zinetmedia.es)
 Redactora jefa: **Cristina Enriquez** (cenriquez@zinetmedia.es)
 Coordinador de Diseño: **Oscar Alvarez**
 Director de Muy Interesante Digital:

Eugenio Fernández (efernandez@zinetmedia.es)

Colaboradores: **Manuel Pérez Villatoro** (coordinador), **Ramón Teja**, **Federico Romero**, **Alberto de Frutos**, **Carollina Mínguez**, **Manuel P. Villatoro**, **Marina Segovia Vara**, **Honar L. Senovilla**, **Clara González Freyre**, **Marlo Escobar**, **José Calvo Poyato**, **Jaime Vázquez Allegue**, **Rubén Buren**, **Javler Grandá Revilla**, **Christian Campos**, **José Luis Hernández Garvi**, **Gabino Urbarri Bilbao**.

Carmen Castellanos (edición y corrección),
Andrés Pérez (maquetación).

DIRECCION Y TELEFONO

C/ Alcalá 79 1º A - 28009 Madrid; tel.: 810 58 34 12
 Suscripciones: suscripciones@zinetmedia.es



Consejera Delegada: **Marta Ariño**
 Director General Financiero: **Carlos Franco**
 Director Comercial: **Alfonso Jullá** (ajulia@zinetmedia.es)
 Brand Manager: **Marta Espresate** (mespresate@zinetmedia.es)

Editada por **Zinet Media Global, S.L.**
 Distribuidor exclusivo en España: Logista Publicaciones
 Distribuidor exclusivo en México: Sefeco México, S.A. de C.V.
 con domicilio en calle Corona No. 23. Colonia Cervecera
 Modelo Municipio Naucalpan de Juárez,
 Estado de México. CP. 53330. Tel. (55) 7586 5532.
 Número de Certificado de Reserva de derechos al uso exclusivo del
 Título MUY HISTORIA: 04-2004-101814264400-102 de fecha 18 de
 octubre de 2024 ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

IMPRESO EN ESPAÑA. EDICION:06/2025
 Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI).



Depósito Legal: M-34023-2019. ISSN 2695-5377
 © Copyright Zinet Media Global, S.L. Prohibida su reproducción total
 o parcial sin autorización expresa de la empresa editora.

**«Una Iglesia con
las puertas cerradas se
traiciona a sí misma
y a su misión y,
en vez de ser puente,
se convierte en barrera.**

**La Iglesia no es una
aduana. Es la casa paterna
donde hay lugar
para cada uno.**

**La Iglesia es la portera
de la casa del Señor,
no es la dueña»**

Papa Francisco